CÉCILE MURY

PARÍS HOLLYWOOD



CONTRALUZ

CÉCILE MURY

París-Hollywood

Traducido del francés por M.ª Dolores Torres París

CONTRALUZ

A mi hermano Louis

1
Vértigo

Hasta la alfombra sabe que no pinto nada aquí.

Sisea con desdén bajo mis zapatillas. Hotel Meurice, cinco estrellas, tercer piso. Camino rozando molduras doradas con pan de oro a lo largo de un pasillo demasiado tranquilo, cuyo lujo cremoso parece querer engullirme entera.

Casi echo de menos el caos que reina abajo. La calzada bloqueada desde la calle Rivoli hasta la Concordia. Los gritos, los bocinazos. La mitad de los policías de París —no exagero— empujados, desbordados. Los fans, una vorágine de teléfonos móviles, de pancartas con declaraciones de amor y ramilletes de flores envueltos en papel kraft. Los *paparazzi* con sus teleobjetivos tamaño bazuca. Los curiosos que se paran y se agolpan frente al hotel:

—Pero… ¿qué pasa?

—Es Ben Whyte. Dicen que está ahí…

Por supuesto que ese cretino está aquí. Por su culpa, me he visto obligada a jugar a *Los juegos del hambre* a través de una multitud de rivales apelotonados. Casi me fusiono con una valla de seguridad mientras esperaba a que uno de los seguratas con pinganillo se dignase venir e inspeccionar la foto de mi carné de prensa para asegurarse de que no pertenezco a la especie rabiosa de los adoradores incondicionales, dispuestos a todo para acercarse al célebre objeto de su deseo.

Y de todas mis fantasías desde la adolescencia.

Ben Whyte.

El actor al que tengo que entrevistar hoy. La estrella de mi generación.

Ben Whyte y sus ojos verdes. Y el hoyuelo que le rasga una mejilla, una sola —la izquierda—, cuando sonríe. Dios mío de mi alma, ese hoyuelo.

Dios mío de mi alma, qué canguelo.

Me está bien empleado. Por hacer la payasa. Así aprenderé a no pasarme de lista. Que si Ben Whyte esto, que si Ben Whyte aquello. Que si pongo una foto suya (a caballo, con armadura) de fondo de pantalla en el trabajo. Y venga a comportarme como una frívola descerebrada. Y a tragarme todas sus películas. Una especie de recreo mental, con el cerebro en barbecho, entre un drama germanoserbio y un documental sobre la extinción de las especies. Poco a poco, sin querer, planté mi bandera y me apropié del castillo, del caballo y del caballero.

Cada loco con su tema. Todo el mundo tiene sus pequeñas obsesiones. Todo el mundo sueña despierto alguna vez. Pero yo soy periodista de cine de *L'Œil Hebdo,* el primer magacín cultural de Francia. Debería haber visto venir el peligro.

Cuando trabajas en *L'Œil,* no solo tienes el privilegio de que te gasten sin parar las mismas bromas («Ah, vaya, ¿eres becaria?»). También puedes acercarte a las estrellas. Un poquito. A veces. Por ejemplo, cuando hay una gira promocional mundial con escala en París. Tenemos «grandes oportunidades», como dicen los agentes de prensa.

Y es así como una acaba atrapada al fondo de un pasillo de un hotel de lujo en una cálida tarde del mes de marzo.

Me cago en las «grandes oportunidades».

Suites 312 y 314. Frente a las puertas, cuesta pasar por alto el caballete con el cartel XXL de la superproducción que nos venden hoy: rascacielos en ruinas, un caos de chatarra retorcida que parece suplicar al cielo. El taquillazo se llama *Z-End*. «Z» de zombis, pero sobre todo de ¡zas! ¡Ni rastro de hoyuelo!: en primer plano, desgreñado y zarrapastroso, el último superviviente de la humanidad

hace una mueca de fastidio. Porque el fin del mundo es triste. Y los muertos vivientes son tan estúpidos como un intestino delgado.

Ayer por la mañana intenté, en vano, convencer a mi redactor jefe. Bernard Teyssier-Turpi —a quien todos, incluidos su mujer y su dentista, llaman BTT— me llamó a su despacho. A juzgar por el baile de sus cejas, encanecidas y pobladas, estaba convencido de que me estaba haciendo el regalo del siglo:

—Adivina a quién vas a entrevistar mañana.

Muchas gracias. Que me guste mirar fotos del Himalaya no significa que quiera palmarla en su cumbre.

Inmediatamente, traté de quitarme el muerto de encima; nunca mejor dicho: en primer lugar, *Z-End* no es más que un enorme parque temático virtual para frikis necrófilos. ¿Por qué ayudar a vender ese engendro publicando una entrevista? ¿De verdad nos necesitan para algo esos *panzer* de la cultura desechable globalizada? ¿Eh, BTT? Solo que, en realidad, todavía en *shock,* me limité a decir:

—Pero, Bernard, esa película es un bodrio.

BTT dio una calada a su cigarrillo electrónico, que burbujeó como una pajita en el fondo de un vaso, y replicó:

—¡Nos ha jodido mayo con sus flores! Es Ben Whyte. Dos páginas, para el lunes.

Con todo el respeto para mi jefe y para la mayoría del público internacional, el tipo es cualquier cosa menos un regalo. Como decimos en el oficio, es un cliente difícil. En román paladino: el quídam se desayuna un periodista cada mañana.

En 2016 se largó de un plató de la cadena estadounidense NBC en pleno directo. El presentador tuvo la ocurrencia de hacerle leer las minúsculas letritas de una tabla de optometría. Ben Whyte es notoriamente miope; cegato como un topo, vaya. El gag no le hizo ninguna gracia y se negó. El otro, erre que erre… Y se quedó más solo que la una. Portazo, corte a publicidad, escándalo.

Al menos, yo no planeo endosarle unas gafas.

En 2021, durante una fiesta en un yate frente a la costa de San Bartolomé, arrojó por la borda el teléfono móvil de un tipo que intentaba fotografiarlo a hurtadillas. Si se conformó con el móvil fue solo porque otros invitados le impidieron *in extremis* practicar el lanzamiento del semoviente.

Por último, está lo de Seúl, el año pasado. En el marco de una gira promocional como esta, en un hotel como este, expulsó *manu militari* —agarrándolo por el cuello de la camisa—, al periodista coreano que lo entrevistaba. «Un error de traducción», dijeron.

Son solo tres explosiones entre muchas otras. «Mi estrella» es una bomba. Yo tengo una cita dentro de un cuarto de hora y casi puedo oír el tictac del temporizador.

La suite 312, abierta de par en par a un tropel de iniciados, hace las veces de sala de espera. Entra uno, sale otro. La gente se agolpa en el pasillo, de pie contra una pared o incluso sentada en el suelo.

Leve murmullo. Excitación contenida.

Justo al lado, el acceso a la 314 está custodiado por un par de gigantes imperturbables, cariátides dopadas con anabolizantes, traje negro y cabeza rapada. Si esos dos son de la prensa, yo soy Bob Esponja.

La puerta no está cerrada del todo. Hasta nosotros llega el rumor de la entrevista en curso. De repente, Su Voz. Imposible confundirla con cualquier otra. Profunda, amplia y vibrante como la obertura de una ópera de Wagner.

Estoy a punto de sufrir una crisis cardíaca. En alemán.

Sigo clavada en el pasillo, soñando con un triple baipás, cuando aparece Françoise Saunier, la agente de prensa que organiza todo esto.

—¡Yujuuu, Marianne!

¿Cómo que «yujuuu», si apenas la conozco? Y, sin embargo, me recibe como si acostumbrásemos a pasar nuestras tardes libres pintándonos la una a la otra las uñas de los pies. Supongo que será para poner un poco de humanidad en esta maquinaria de hacer dinero. Mua, mua. Vaharada de perfume: flores en polvo, con una

nota de cabeza migrañosa. Miro su cabello rubio, cortado al ras, sus gestos vivaces, el maquillaje que disimula el cansancio y las arrugas. Calculo que debió de empezar en el oficio cuando yo estaba en la guardería… Probablemente ninguna de las dos hemos cambiado mucho desde entonces. Bien por ella; una penita lo mío.

—¡Veinte minutos! —¿Cómo?—. ¡Los demás se van a morir de envidia! Te hemos conseguido veinte minutos con Ben.

Veinte minutos. No lo entiendo. ¿No quedamos en que era una rueda de prensa? Una fábrica de promo. Una masacre. La versión hollywoodiense de la distribución masiva. Cada uno su entrevista liofilizada, en minisegmentos de cuatro o cinco minutos como máximo, y que pase el siguiente. Bueno, normalmente.

Veinte puñeteros minutos. No estoy lista. No estoy a la altura. No tengo suficientes preguntas. No tengo suficientes puntos de vida, como dicen en los videojuegos.

Quiero irme a casa. Ahora mismo.

Como no es telépata, mi interlocutora no me oye gimotear. Ella cree que está tratando con una auténtica profesional, no con una párvula retrasada, atrapada por error en un trabajo de adultos. En cualquier momento me van a desenmascarar: «¿Y tú qué haces aquí, bonita, has perdido a tu mamá?».

Pues no. Todo lo contrario. Françoise Saunier me mira radiante, esperando que yo también me ilumine.

—Ya verás, Ben es increíble. Muy muy simpático, muy sencillo. Incluso me atrevería a decir que es auténtico…

No me digas más.

¿Qué significa «auténtico»? Aquí nada es «auténtico», excepto quizás el elegante mobiliario de la suite 312, en la que finalmente entro.

El interior está abarrotado. Esquivo trípodes de cámaras, busco un asiento libre, no lo encuentro, me abro paso hacia el fondo, donde se alza una especie de bufé de *snacks,* bebidas en plan barra libre, repostería variada y una pila multicolor de *macarons* de Ladurée. Mordisqueo uno de frambuesa; es de color rojo brillante,

algo pegajoso, y me arrepiento al instante. Solo me faltaba terminar con una sonrisa de vampiro.

Justo antes de ir a revolotear hacia otra víctima, Françoise Saunier me da la puntilla:

—Y, sobre todo, no lo olvides, Marianne, nada de preguntas personales. Le horrorizan.

Mira tú. Como si fuera a preguntarle el color de sus calzoncillos, o su postura tántrica favorita. Vale, pero ¿y si se me escapa? ¿Qué pasa si cruzo la línea por error? Por ejemplo, ¿está permitido preguntarle sobre sus orígenes sin que me salte a la yugular? Ben Whyte no es estadounidense. Antes de que a los diecinueve añitos le tocase la lotería de Hollywood, nació como un simple mortal en Auckland, Nueva Zelanda. Desde entonces no para de cosechar triunfos. Tres Globos de Oro, un premio de interpretación en Cannes, aunque ningún Óscar todavía.

Nota mental para luego: no mencionar los Óscar bajo ningún concepto.

Picoteo otro *macaron*. De vainilla, esta vez, porque combina con el marfil de los dientes. Lamo el azúcar de los dedos; intento calmarme un poco anticipando el alivio que sentiré después. ¿Qué son veinte minutos en la vida de una persona? Una insignificancia. Un trayecto en metro. Una buena ducha.

«Nada de preguntas personales» y hasta luego, Lucas.

2
Apocalypse Now

Está oscureciendo. No tengo ganas de encender la lámpara de la mesilla. Ni siquiera de cambiarme de ropa. Me quedo tirada a los pies de la cama para purgar mi vergüenza. En sentido literal y en sentido figurado: la mancha de café en mis vaqueros no se ha secado del todo. Aún desprende ese escalofrío húmedo de la vergüenza.

Hace un rato, fue lo primero que vio Ben Whyte. Mi muslo. El derecho. Pintarrajeado desde la cadera hasta la rodilla.

—Sírvete algo de beber —me había dicho la buena de Françoise.

Hace dos horas que repaso la película en bucle. La espera interminable, lidiando con el canguelo y la impaciencia, un pase por la derecha (todo saldrá bien), uno por la izquierda (de esta no salgo con vida). La enorme jarra humeante que acababa de coger, cuando la Gentil Organizadora se materializó por última vez detrás de mí: «Vamos. Te toca».

Di un respingo.

No se hace esperar a una estrella: había que entrar *ipso facto* en la suite 314. Y, entonces, ¡zas!, jamón cocido a la arábica. Todo el contenido de la jarra por encima. Un litro entero, a la altura del muslo. El montón de servilletas que me agencié al vuelo para limpiar el desastre no sirvió de mucho.

«This is Marianne Corvo, from the French magazine L'Œil Hebdo. Acaba de sufrir, ejem, un pequeño percance…».

And this is Ben Whyte.

Me abraso.

Estoy en la réplica exacta del salón que acabo de dejar, otro guardamuebles Luis XV o XVI, no tengo ni idea del Borbón en cuestión. El único hombre que reina aquí es él. Imponente, inmóvil y lánguido en el delicado oropel de su sillón, como si se dispusiera a impartir justicia, con el mentón apoyado en el puño.

Cualquiera diría que posa para el cartel de un drama inédito de Shakespeare. Poder y tinieblas. Solo faltan las pieles de armiño y la corona torcida. Por lo demás, desde la barba corta hasta los mechones castaños alborotados, desciende directamente de Ricardo III: Ben Primero, alias el Taciturno, tan acogedor como un puente levadizo en pleno asedio.

¿Cómo se puede ser tan corpulento y grácil al mismo tiempo? Y, dicho sea de paso, tan maleducado. No se levantó, no esbozó un gesto ni dijo una palabra, ni siquiera un «¡acércate, plebeya!». (O, en V. O. con gorguera: *«Come forth, thou flithy slob!»*). Se limitó a mirar fijamente mi muslo humeante.

Flanqueándolo a diestro y siniestro, un hombre y una mujer, también sentados, me miraron avanzar a toda prisa —chap-chap, plof-plof— con esa mezcla de desdén y distracción que solemos reservar para los gruesos insectos enamorados de las farolas en las noches de verano.

Ella es morena; él, flaco. Están borrosos.

Françoise Saunier, detrás de mí, intentó presentármelos. Gente de la Golden Lion, el gran estudio que produce la película. Normal. No se conoce a estrellas de esta magnitud si no es en presencia de un par de barreras de contención. Sin embargo, no entendí sus funciones exactas. Ni sus nombres. Con el alma y la piel ardiendo, a duras penas recordaba el mío.

No hay nada más turbador que reconocer a un desconocido. Ben Whyte solo ve una mancha; yo solo veo a sus personajes. Todos reunidos en el mismo cuerpo, sobre el mismo sillón. Cada detalle de ese rostro me resulta más familiar que mi propio reflejo. El mentón casi demasiado largo, una hermosa mandíbula de perdonavidas. El labio superior lo bastante fino como para que te den ganas de

morder el otro, más carnoso. La nariz muy recta, las fosas abiertas, semilleros de ira.

Y los ojos, sobre todo los ojos. Alargados, rasgados, ligeramente caídos. De perro apaleado. Pero ningún chucho callejero, maltratado o no, tiene esa mirada de un verde selvático. Musgo, torrentes y abetos. El territorio de un lobo.

¡Alto ahí con mis delirios de cinéfila! El lobo no es un animal doméstico. Es una especie peligrosa. Este ejemplar, más que cualquier otro, loco de aburrimiento en su jaula de oro. Cuando la encargada de prensa se marchó para dejarnos «a solas», tuve que resistir el impulso de aferrarme a su falda. Al cerrarse, la puerta emitió un imperceptible clic carcelario.

Fue entonces cuando me pareció que lo mejor sería sentarme en la primera cosa disponible.

La primera cosa disponible era un ser humano.

El cuarto en discordia. Cómodamente arrellanado en su sofá. Difícil pasarlo por alto. Sin embargo, y que nadie me pregunte cómo, lo confundí con un cojín. Cuando aterricé pesadamente en sus rodillas, todo el mundo soltó un gritito, incluida yo. Salté como un demonio en el infierno, directa a la mesa de café.

Vibraciones. Tintineos. Un vaso rodando hasta el borde del tablero. Ben Whyte dijo: *«Oh, God».*

Algún día quizá saque una buena anécdota de esto. La clase de historia que nos gusta alargar, al final de una velada, para entretener a la galería. «¡Venga, Marianne, cuéntanos otra vez cómo te sentaste encima de Ben Whyte!». «Que no fue encima de Ben Whyte, tíos, no fue encima de Ben Whyte. Pero esperad, que la cosa no acabó ahí…».

Algún día, pero no esta noche ni en un futuro próximo. Esta noche me reconcomo en la oscuridad, soñando con meterme en un contenedor de basura y cerrar la tapa, esperando a los servicios municipales.

La estrella se removió un poco en su asiento. Recibí su mirada gélida en plena cara. Con el subtítulo obvio: «¿Nos ponemos a ello o

qué coño?».

Qué coño.

Dije: *«What…».*

Repetí: *«What…?».* Y luego nada.

La nada más absoluta.

Había preparado unas preguntas. Las había traducido, me las había aprendido de memoria. Las había repasado esta mañana en el trabajo. Después en el metro. Luego en la suite contigua, donde obviamente se quedaron atrapadas, en compañía de los *macarons*.

Él se inclinó hacia delante. Un mechón de pelo cayó sobre su frente: *«What… what?».*

¿Que qué es qué?

Me fijé en el dibujo horrendo de su camiseta: una cabeza en descomposición hurgándose el oído con la lengua. Y justo encima, impreso en letras góticas gris sobre negro, el nombre de algún oscuro grupo de *metal:* The Dead Cherries. Las cerezas muertas.

Muertas. *Dead*.

Braindead, The Walking Dead… Shaun of the Dead… Evil Dead. Z-End.

—¿Qué se si…?

Dead…

—¿Qué se si…? ¿Cómo es rodar con zombis?

Sí, realmente pregunté eso.

—Bueno, yo… Espere. ¿Cómo que con zombis?

—Ejem… Quiero decir…

(Nada en absoluto).

—¿Es distinto que con… humanos?

Naufragio. *Titanic. Lusitania.*

Las aletas de la nariz de Ben Whyte palpitan.

—No son reales, lo sabe, ¿no? Los zombis. Y en *Parque Jurásico* los dinosaurios tampoco. Espero que no esté muy decepcionada.

—Ah, no, para nada. Solo quería saber si había… esto, disfrutado… —todavía nada— de un buen polvo.

Estupefacción en las filas.

Estábamos de acuerdo. Nada de preguntas personales.

Pero nunca hablamos de los lapsus.

Y, acto seguido, me lancé a arreglarlo. De cabeza:

—¡No, no, NO! *Crew, crew,* no *screw!*… Un equipo. Un buen equipo. No el… no un…

Algo se iluminó en los ojos de Su Majestad.

A su izquierda, la mujer morena se empequeñeció. A su derecha, el flacucho empuñó lentamente su teléfono móvil. Detrás de mí, el sofá emitió un leve chillido de angustia.

El silencio se estiró.

Tic, tac.

Ben Whyte se pasó la mano por la barba. Una mano de estrangulador. Grande, gruesa, cuadrada. Con un anillo de metal gris en el meñique, coquetería de mafioso.

Se tomó su tiempo para encender un cigarrillo. Dunhill rojo. Como si no estuviéramos allí. Ni yo ni los esbirros de la Golden Lion ni las leyes antitabaco. El hotel incluso le había proporcionado un magnífico cenicero de cristal de Baccarat, ya saturado de colillas.

Finalmente, con demasiada calma, envuelto en una voluta de humo tentador, dijo:

—Siéntese al menos. A ver si por fin empezamos en serio esta *fucking* entrevista.

«Fucking».

Tic, tac.

Me apresuré a obedecer, teniendo mucho cuidado de no aplastar a nadie. Así que esta vez casi me siento en el vacío. Por algún milagro, una de mis nalgas encontró el reposabrazos del sofá. Y allí me quedé en equilibrio inestable.

Él apagó el cigarrillo recién encendido.

—La escucho.

—Yo también.

—¿Perdón?

—Perdón.

—…

—Esto, de acuerdo. Entonces. A propósito de los zombis…

—Ah, otra vez. ¿Sí?

—Hum… Bueno, yo… ¿Le gustan?

—¿A quién, a mí? ¿Quiere decir como espectador?

—Sí, pero no… Oh, no, nada…

(… de preguntas personales.)

—Usted…, o sea…, al otro. ¿Le gustan?

—¿A qué otro?

—El otro… En *Z-End*…

—¿Mi personaje?

—Sí, eso. A él. ¿Le gustan?

—¿Ha visto la película?

—Por supuesto, yo…

—Entonces… tiene que haber notado que él se pasa el tiempo cortándolos en trocitos, a los zombis, ¿no? Mientras que ellos intentan zampárselo. ¿No?

—Sí.

—Entonces ya tiene la respuesta a su… pregunta. Bueno, eso creo.

—Pero… No necesariamente. La carne roja, por ejemplo… Nos encanta, y sin embargo…

…

No sé qué me pasó. Con la distancia, me atrevo a diagnosticar un episodio delirante. Los de la Golden Lion se miraron entre sí, probablemente preguntándose si intervenir o dejar que Ben Whyte hiciera él solito el trabajo sucio.

Y él dijo:

—Deduzco que no es usted vegana.

Treinta segundos de silencio, mirándonos a los ojos. Treinta segundos en ese verde interminable son una eternidad.

Y luego dije «no» con la cabeza, con tanta vehemencia que la horquilla que sujetaba mi moño salió disparada como una rana a la fuga y rebotó a sus pies.

Frunció los labios. A través de un espeso velo de vergüenza y cabello, lo vi inclinarse hacia delante. Creí que iba a recoger la horquilla. Pero no. Permaneció doblado, con los brazos cruzados, como bajo el efecto de un intenso dolor.

Demasiado, es demasiado.

Quise disculparme.

—Pues ahora mismo lo dejo… Perdón por haber sido tan pegajosa.

Acabo de comprobarlo y dije «pegajosa».

Clumpy, en lugar de «torpe». *Clumsy*.

Una vez más traicionada por el inglés. Y eso que mi año de Erasmus en Dublín tampoco está tan lejos. Desde esa ajetreada etapa de inmersión en la Guinness, todos consideran, yo la primera, que soy bilingüe. La idea de pedir un intérprete para la entrevista de hoy ni siquiera se me pasó por la cabeza. Todavía doblado en dos, Ben Whyte emitió una especie de hipo. Y luego otro. Un perceptible temblor le recorrió los hombros.

Los espasmos de la risa floja.

Se incorporó de repente; intentó hablar, medio asfixiado, con los ojos anegados en lágrimas, y vuelta a empezar. Fue la aparición del hoyuelo, esa alegre fisura en su mejilla, lo que terminó por derribar las últimas defensas que me quedaban. Podría haber estallado en sollozos allí mismo, pero su hilaridad venció a mi llanto. Mi bolso resbaló al suelo, me tambaleé al borde del reposabrazos y de un ataque de nervios.

Tardé en darme cuenta de que él se había calmado por fin; de que yo era la única que estaba tronchándose de risa en aquella antesala del infierno. Recogí mis cosas, pensando en las temibles cejas de BTT cuando se enterase de la noticia. La entrevista, amigo mío, puedes esperarla sentado e ir despidiéndote, como yo.

Casi había alcanzado la puerta cuando…

—Eh… Espere…, ¿cómo se llama?

—Corvo. Marianne Corvo.

—Marianne, ¿no quiere intentarlo al menos… un poco más?

Me quedé de una pieza, casi menos estupefacta que el trío de cancerberos.

—Venga, vuelva.

Maldición.

Me miró obedecer, con esa gran sonrisa canalla que le levanta los pómulos, le alarga un poco el mentón y causa desmayos entre las multitudes. Tan diferente de la fiera hosca y altanera del principio.

Logré la hazaña de sentarme normalmente.

—¿Cuántos años tiene, Marianne?

Mira qué bien. Cambio de roles.

—Veintiocho.

—Caramba, creí que era más joven. ¿Es usted periodista desde hace tiempo?

—Unos cinco años.

—Ah, vaya, quién lo diría.

Zasca en toda la boca.

—¿Sabe a quién me recuerda?

No me lo diga. ¿A *Borat*? ¿A *Dos tontos muy tontos*? Me importaba un comino. Divisé mi pobre horquilla, que yacía olvidada cerca de su elegante zapato de cuero negro.

—A Peter Sellers. ¿Lo conoce?

Mira por dónde. Casi acierto. El añorado Peter Sellers. Enorme actor cómico de los años sesenta. Célebre por sus papeles de desastre andante, sobre todo en *El guateque* (sabotea una fiesta) y *La pantera rosa* (sabotea una investigación).

—Lo que daría por conocerlo…

¿Este tío sabrá que Sellers murió antes de que él naciera?

—Ahora, gracias a usted, es casi como si ya lo hubiera hecho.

Pues mira qué bien. Ben Whyte solo me ha retenido para burlarse de mí, para lucir su hoyuelo a mi costa entre dos tandas de entrevistas con gente seria.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, la carne roja. Estábamos debatiendo sobre el tartar de zombis…

Y entonces vio mi expresión. Supongo que le di pena:

—*Nevermind*. Venga, sigamos.

Demasiado tarde.

Apenas había tenido tiempo de balbucear dos preguntas penosas y Françoise Saunier regresaba para liberarme, seguida de cerca por un equipo de televisión.

Todo el mundo se puso en pie. Esta vez, incluso Ben Whyte hizo el esfuerzo. Me di de narices con él.

Bueno, nariz contra pecho, para ser exactos. Me quedaba un poco alto de más. Me pregunté cómo sería escalarlo. Ligero vértigo. Justo antes de que él ignorase mi mano tendida y me tomase en sus brazos.

En sus puñeteros brazos reales.

Bueno, casi. Por supuesto que sé reconocer un *hug,* ese vago abrazo formal, esa pantomima de cordialidad al estilo americano. Pero cuando Ben Whyte me rozó los hombros, olvidé la existencia misma de dicha costumbre. En mi descargo, acababa de descubrir su olor. Engullida de pronto en una indescriptible prueba de humanidad. Tabaco, ropa recién lavada, verbena. Reaccioné por instinto.

Un instinto muy francés.

Él se inclinó para el abrazo, y yo me estiré para el beso. Un segundo de confusión, un inoportuno resbalón contra la barba más suave de toda la historia de la vellosidad masculina… Y mi boca acabó en su cuello.

El ruidito de succión chabacana en su piel me perseguirá hasta el fin de mis días.

Obviamente, cuando me resigné a informar al Cejijunto en jefe, opté por ofrecerle una versión ligeramente edulcorada de los hechos. Al fin y al cabo, un muslo escaldado es casi un accidente laboral y…

—¡Me importa un carajo tu historia del café!

Ni un ápice de compasión. Son las siete de la tarde y me está cayendo la del pulpo por teléfono.

—Así que lo que vas a hacer, Marianne, es arreglar este desastre.

—Pero…

—No hay pero que valga. Te recuerdo que Ben Whyte es la portada del próximo número. Te las apañas como quieras, pero su perfil tiene que estar en mi mesa el lunes por la mañana. Así que ya estás llamando a la agente de prensa y diciéndole que necesitas completar la entrevista.

—Pe… pero es demasiado tarde, no…

—Te buscas la vida. El artículo, joder. El lunes.

Salir del fuego y caer en las brasas.

3
El día de la marmota

Ya bien entrada la noche, con la nariz pegada a la ventanilla del taxi, veo desfilar el bulevar de Batignolles. Los escaparates pintan las aceras de amarillo eléctrico, los contenedores de basura esperan, los árboles se aburren en sus jaulas; todo está en calma.

Todo, excepto yo. Y este viejo cacharro, que también vibra demasiado y reduce la velocidad en la plaza de Clichy, delante del cine Wepler. De pronto, Ben Whyte me mira desafiante desde un cartel publicitario de dos pisos de altura. Un gigante furioso, armado y harapiento, bajo las grandes letras agrietadas de *Z-End*.

Estiro el cuello para verlo mejor y me encuentro con la frase promocional: «Es el fin de tu mundo. ¿Sobrevivirás en el suyo?».

Buena pregunta.

Una risa nerviosa, brutal, amenaza con fisurarme las costillas. Me atraganto y la cosa degenera en un ataque de tos.

El conductor me lanza una mirada rápida por el espejo retrovisor: «Hala, otra más… A estas horas, siempre lo mismo. Solo borrachuzas. Después, si echa la papilla, ¿quién es el pringado que tiene que limpiarlo?».

Para el carro, bocachancla. El alcohol no tiene nada que ver con esto.

Te equivocas de borrachera.

Si lo hubiera sabido…

Si lo hubiera sabido, el canguelo habría cambiado de escala.

Al principio de la noche, temblaba como una azogada por mi trabajo. Pintaba mal. Cuando Françoise Saunier entendió por qué la llamaba, se le olvidó rápido el tuteo.

—¿Mañana? ¿Otra vez? ¡Tiene que estar de broma!

Balbuceé algo ininteligible, incluso para mí.

—Pero ¿por qué? ¿No le fue bien? Nadie me ha dicho nada. Y, además, lo oí reír mientras que…

¿Mientras que a los demás les sacude?

—La agenda está hasta arriba. El *staff* de Ben nunca validará una segunda entrevista…

Para ser sincera, yo, en su lugar, tampoco me «validaría». Me anotaría en una lista negra de por vida.

—A no ser que…

Casi podía oír a la pobre Françoise pensando a toda pastilla. A un lado de la balanza, yo, la zoquete de *L'Œil*. Pero también la portada de *L'Œil*. Los lectores de *L'Œil*. Al otro, la estrella y su *staff,* que se carcajean de la prensa francesa como de su primer *latte* de pepino.

—Mire, lo intentamos. Ahora mismo, Ben está en el informativo de France 2; todo el mundo está desbordado. Ya le diré algo. Estamos en contacto. Pero, en fin, entre usted y yo, creo que lo tiene crudo.

Cuando finalmente llamó, yo ya estaba entre las sábanas, con la nariz pegada al ordenador, rumiando mi fracaso frente a un episodio de *Doctor Who*. Ciencia ficción británica y un trozo de pizza rancia; la receta del consuelo.

Solo que…

—¿Marianne? ¡Está hecho! Tiene cinco minutos con Ben. Pero no mañana. Ahora mismo.

Salir disparada del pijama.

Correr a la ducha.

Resbalar. Volcar todos los frascos. Chafar el maquillaje. Empezar de nuevo. Parecer un lémur tuneado por Tim Burton. Perder un tiempo precioso buscando mi único vestido negro en el fondo del armario en vista de que me encajaban en una fiesta elegante.

Françoise había dicho «cuidadín, hay un *dress code*. De cóctel». Dando por supuesto que yo lo entendería.

Pues nada, el trapito negro.

Dirección: hotel Raphael. Otro palacio, en el distrito XVI, muy cerca del Arco de Triunfo, en el epicentro del lujo. Nuevas barreras, nuevos controles. La misma tortura. La versión cinco estrellas del mito de Sísifo, con Ben Whyte en el papel de la roca.

Llegué a la terraza en plena fiesta de preestreno.

Z-End acababa de ser proyectada en el Grand Rex, con asistencia del actor. Apuesto lo que sea a que ni siquiera se quedó a ver la película. Solo tres pasos sobre la alfombra roja para las cámaras; tiempo suficiente para bloquear los bulevares y enloquecer a los curiosos.

Nada tan vulgar en la azotea del Raphael. La noche era templada y la voz de Nat King Cole acariciaba *Mona Lisa* bajo un cielo de terciopelo negro. Esta vez, salvo algunos propietarios de periódicos —y yo desentonando como una nota falsa—, la prensa no estaba invitada a compartir esta postal para americanos de luna de miel, con vistas a los tejados opalinos y los destellos de la Torre Eiffel. El gran jardín vertical, lleno de alcobas vegetales, mesas discretas y rincones tenues, estaba reservado para la élite.

Cóctel.

Exquisita mezcla de actores, *influencers,* productores y otros aceites esenciales. Estrellas, famosos de medio pelo y astros en declive. E incluso Bertrand Levallon, nuestro infame ministro de Cultura. Esa sabandija ultraliberal pontificaba en el bufé, ante un grupúsculo de tiralevitas. Me dieron ganas de clavarle las brochetas de *foie gras* en las fosas nasales, como las banderillas en una corrida, lo que da idea de lo a gusto que me sentía entre los efluvios del poder y los canapés tibios, sin saber qué hacer ni a quién encomendarme. Françoise Saunier me había advertido que no estaría presente porque estaba ocupada preparando la jornada de prensa del día siguiente. No me explicó mucho más, salvo que mi nombre estaría en una lista.

Y que «Ben» en persona me había «validado».

—Sus colaboradores me mandaron a la m… porra, no querían saber nada, como era de esperar —insistió Françoise—. Pero él se

echó a reír tan pronto como escuchó su nombre. Y dijo: «Ya encontraremos dónde encajarla… ¡O encima de quién!». Si le soy sincera, no entendí el chiste, pero… Resumiendo: que tiene usted mucha suerte, Marianne.

La suerte del ahorcado.

Esperé bebiendo champán junto a un tablero de ajedrez gigante. Me pregunté quién podría usarlo en aquella guarida de millonarios apremiados, mientras Nat King Cole celebraba el amor desgranando cada letra de la palabra *«Love»*. Iba por la V, como *«Very, very extraordinary»,* cuando hubo movimiento. La concurrencia osciló. Algunos fotógrafos dispararon sus *flashes.* Ben Whyte acababa de hacer su aparición. Americana negra, camisa negra. *All black*.

Very, very extraordinary.

—¿No tienes palabras más fuertes? No estoy seguro de que realmente hayamos percibido tu éxtasis las primeras doce veces.

Jean se restriega los ojos. Tiene el pelo alborotado y la marca de la almohada todavía tatuada en la cara. La definición misma de público cautivo.

El taxi acababa de dejarme frente a su edificio, en la plaza Pigalle. Sí, en plena noche. No quería volver a mi casa todavía, no de inmediato. Necesitaba desahogarme, contarlo todo, aunque solo fuera para convencerme a mí misma de que era real. Y, por supuesto, le tocó la china a él. Mi mejor amigo. Mi hermano del alma.

Lo nuestro viene desde primaria. Lo de estar a las duras y a las maduras.

Sobre todo, a las duras, considerando la hora.

¡Por una vez que no está de guardia! Jean es enfermero en el hospital Necker. Y yo, esta noche, tengo una urgencia.

Sentado en calzoncillos en el sofá-cama deshecho de su estudio —un cuchitril incluso más pequeño que el mío, al final de una escalera apolillada que apesta a sopa rancia y a fregona húmeda—, me odia con toda su alma somnolienta. Su novio, en cambio, ni

siquiera está molesto. Serge, víctima colateral. Barba grisácea. Tan moreno, rechoncho y bajo como Jean, pálido, alto y rubio. Un molinillo de pimienta junto a un airoso salero.

Serge se pone las gafas y dispara un montón de preguntas: «¡Cielo santo!… ¿DOS veces con Ben Whyte en un solo día? ¿Y cómo era? ¿Simpático?… ¿Horrible?… ¿Está tan cachas como parece?… ¿Lo tocaste?… ¿Estaba duro?».

Paciencia.

Jean bosteza como un viejo león hastiado y yo reanudo mi relato.

En la azotea del Raphael, Ben Whyte estrechó infinidad de manos. Dio algunos abrazos, muy pocos.

Nadie aprovechó la ocasión para darle un chupetón en el cuello.

Sin embargo, los invitados luchaban a brazo partido, pisándose unos a otros y mendigando una pizca de atención, algunas palabras, el tributo de su mirada. Mientras hablaba con él, una mujer de moño alto no dejaba de tocarse el hombro y apartar el borde de su kimono de raso. Como consumida por la urgencia inconsciente de arrancarse la ropa. Allí mismo, en ese instante, inmediatamente, para él, entre dos yucas. Yo no me veía en absoluto irrumpiendo en mitad de todo aquello: «Buenas noches, señora, disculpe que interrumpa su parada nupcial de primavera, pero es por mi trabajo…».

Él la dejó con la palabra en la boca, atrapado por otra persona. Y yo lo perdí de vista, bloqueada tras una barrera cambiante de invitados más tenaces. La sensación era como estar en el Louvre frente a la *Gioconda,* con un autobús lleno de colegiales de salida extraescolar.

Vacilé, esquivé y di empujones durante más de media hora antes de que aquello se calmase.

Y por una buena razón: él había desaparecido.

Di dos vueltas completas a la terraza. Miré detrás de cada arbusto. Nada. Ni una cara conocida. Nadie que pudiese ayudarme.

Era medianoche, al borde del abismo.

Acabé por batirme en retirada y me alejé hasta un salón exterior rodeado de enormes setos de boj. Teca, ratán, cojines, una ilusión de quietud. Vencida, desplomada en el sofá, pensé en mi edredón, mi pijama y mi *Doctor Who,* con la tierna morriña del exiliado por su lejana aldea natal.

Sobre la mesa de café, docenas de velas multicolores agitaban sus cabecitas ardientes.

Un mensajito a BTT —«Intento fallido de nuevo»— y a la piltra.

…

—¿Viene de un entierro, Peter?

Se me cayó el teléfono.

De repente, él estaba allí, en el temblor de las llamas.

El rey del mundo.

Emoción vertical.

—¿Y por qué dijo eso? ¿Estabas triste? —pregunta Serge, que está decididamente interesado, mientras que Jean se cae de sueño.

—¡Qué va!, era por mi vestido —le contesto.

Serge mira de reojo el corsé. El bullón de tul transparente. Los corchetes. Los lacitos. Un híbrido entre viuda corsa y rosa de pitiminí gótica, regalo de mi hermana Charlotte. Totalmente (y mal) cosido a mano. Hasta esta noche, la cosa colgaba, ajena a las modas, en una percha olvidada.

—Ah. Vale. Aun así, es un pelín borde, ¿no?

Un pelín.

Ben Whyte estaba de pie en la entrada de la alcoba vegetal, con los ojos llenos de mechas y de pavesas.

Me habría encantado devolverle la pulla, una de esas réplicas bravuconas y artificiales que solo se oyen en el cine: «En efecto. Mi dignidad no sobrevivió a nuestro primer encuentro. ¿Usted también está de luto?». Al fin y al cabo, él iba vestido de negro de pies a cabeza, como yo.

O, mejor dicho, como Cary Grant en noche de estreno.

El metal en su dedo reflejó la luz. Un destello frío y amenazador que me recordó la famosa frase de Tolkien: «Un anillo para gobernarlos a todos y atarlos en las tinieblas».

… En las tinieblas, donde se arrastraba la respuesta más insulsa de toda mi existencia:

—¿Un entierro?… Ejem, no. Vengo de mi casa.

Él dio un paso adelante. Yo me hundí en el sofá.

Tranqui, Pet… Marianne. Tú a lo tuyo. Después de todo, solo es un tío, no el Taj Mahal. De todo menos perfecto. No es lo que se dice guapo guapo. Una jeta de asiduo de *pub,* de guiri rudo, con ese rostro un poco tosco, mentón sarcástico, silueteado de sombras. Un simple turista, descendiente de aventureros y soldados, de indigentes y buscadores de oro.

Un pedigrí de lo más novelesco.

—¿Y dónde está esa «casa suya»?… ¿Cerca de aquí?

Creí que iba a añadir un «¿nos vamos?». De verdad. Al primero que me explique por qué, lo invito a un *spritz*. Un segundo de pánico: ¡todos a cubierto!

—Ah, no, no; está lejos. Lejísimos. Tendríamos que coger un taxi…

—¿Quéééé? —dijo Serge.

—¿Tendríamos? —dijo Ben Whyte—. ¿Es una invitación?

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Qué va! Yo nunca, jamás, yo…

Él esbozó una sonrisa canalla.

—¿Cómo, qué, qué va? ¿Nunca jamás? ¡Ohhh!

—Ah, no, pero… Por supuesto que usted…, o sea, yo… que a mí… me encantaría… recibirlo, eh, en mi…, pero…

—¿Ah, sí?

Supercontento.

—… ¡en MI CASA! Pero solo lo decía, porque…

Me callé. Encefalograma plano.

Mañana sin falta pido cita para una trepanación.

—Porque vive lejos; sí, lo he entendido. ¿En qué planeta?

Esos ojos alabeados como una virgulilla, la de coña o la de ceño, el de BTT cuando mañana me despida.

Detrás de Su Majestad, algunos cortesanos se partían la caja. El *staff.* El inevitable séquito. Me apuesto lo que sea a que incluso por la mañana, en el cuarto de baño, este hombre tiene que llevar a cuestas masajeadores de barba y porteadores de pastillas de jabón.

Solo le faltaba una bufona.

—Bueno, ¿nos ponemos a ello? ¿Arreglamos esa entrevista desastrosa?

Y, con la misma, se instaló en el sofá. Justo a mi lado. El ratán tembló, yo también. El aire se impregnó de verbena y de confort. Nadie puede oler a limpio de esa manera. Sobre todo después de medianoche.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, dos tipos de su escolta decidieron tomar por asalto los sillones de enfrente. Ben los fulminó con la mirada:

—¿Qué coño estáis haciendo?

—La prensa… —se arrancó el más veterano con tono ligero.

—Gracias —lo cortó Ben Whyte—. Pero, esta vez, la prensa y yo nos las arreglamos solitos. ¿Verdad, Peter?

Se pusieron de pie, en posición de firmes.

—¡Un momento! Me tomaría algo. Un whisky, seco. Dalmore, si lo tienen por aquí. ¿Y…?

Verbena. Pero dije:

—Lo mismo que usted.

Jean, al que creía dormido sobre el hombro de Serge, se incorpora de golpe para interrumpir mi relato:

—Pero si a ti te horroriza el whisky… Desde aquella tajada, ya sabes…

Ya sé.

Nos trajeron aquel matarratas, una botella acampanada de color ámbar y decorada con una cabeza de ciervo plateada. Sagrado carburante, para cinco míseros minutos de entrevista cara a cara, entre tres paredes vegetales y una pared humana: la enorme espalda de un gorila encargado de proteger a la estrella.

«Peter» y el dragón: el regreso.

Ben Whyte se ventiló su whisky en un abrir y cerrar de ojos. Yo aproveché para mirar de reojo los movimientos de su nuez y derivar suavemente hacia el delicado hoyito en la base del cuello, entre las clavículas…

—Sí, ya. Eso se llama *manubrium sternal*. ¡Oh, Dios mío! ¡Tiene huesos! ¡Era un ser humano desde el principio!

Jean pone los ojos en blanco y se levanta para preparar café en su minicocinita.

Vale. Por lo menos, ahora está bien despierto.

De todas formas, el tal *manubrium sternal,* en la discreta abertura de la camisa, ¿no merecería otro nombre, por ejemplo la Cuna del Deseo? ¿La Cucharita del Paraíso?

—¿No le apetece probarlo? —preguntó el actor—.

Jesusito de mi vida.

—Pues usted se lo pierde, porque es un whisky excelente.

—… Es que yo… ¿Puedo grabarlo? Sería mejor para…

El resto de la frase murió en el acto, aplastada por su mirada, que se paseó desde mi cuello hasta mis muslos.

—¿Esa sotana infernal le llega hasta los pies?

Se inclinó, como si fuera a atarme los cordones:

—Ah, no, menos mal.

Del arte de hacerse el gracioso y reírse de sus propias gracias.

—¿Hacen capirotes a juego?

Intenté no perder el rumbo:

—Ejem… no. Verá… como solo tengo cinco minutos…

—Ah, sí, es verdad. Cinco minutos son un poco justos para una misa negra.

—Yo…

—¿Quiere que pidamos un pollo? No vamos a sacrificar plantas verdes, digo yo.

De nuevo, esa risa de fumador, cálida y rasposa.

—Vale, vale, ya paro… Pero que conste que es culpa suya también… Con su pequeño envoltorio de Halloween y sus ojos gigantes…

¿Mis ojos gigantes?

—Parece como si Piolín acabase de ofrecerse a Satán.

Megajolgorio.

El gorila, casi dos metros de carnuza hostil y varias capas de morrillo apiladas en el cuello, se giró brevemente, sin duda para comprobar que Dark Piolín no estaba cargándose a su cliente a golpes de gags.

Me vengué con el whisky. Era amargo y repugnante, pero mejor ser humillada bajo anestesia. De paso, también derramé un poco sobre mis rodillas.

Me repasó de nuevo en mi vestido, antes de infligirme su compasión burlona en la cara:

—¿Alguna vez hace algo normal? ¿Entre dos bailes de disfraces?

En lugar de responder, bebí otro sorbo. Ya ni siquiera tenía ganas de admirar su *matrimonium central.*

—Su *ma-nu-brium sternal*… —suspira Jean, con la nariz sobre su taza humeante.

—Tú te callas.

Ben Whyte se recostó contra el respaldo y descansó la cabeza.

—Perdone. Ha sido un día muy largo y empiezo a notar el cansancio…

El tiempo se estancó. Solo se oía el rumor quedo de las conversaciones, más allá de los arbustos. Y a Nat King Cole, siempre

de servicio, siempre tierno, que nos arrullaba en sordina. *Quizás, quizás, quizás*… Buena respuesta. ¡Que se atreva a preguntarme *que cuándo, cómo y dónde*… y ya verá cómo me las gasto!

—Venga. Adelante. Y olvídese de los cinco minutos. A ver hasta dónde llegamos.

—Gracias. Y también por su paciencia esta tarde…

—Se equivoca, no tengo ninguna paciencia.

—Pero si me…

—¿Le demostré lo tranquilo y amable que soy? Peter, todo el mundo sabe que tengo muy malas pulgas… —Ben Whyte se calló un momento y bajó la mirada, como si buscase sus palabras directamente en mi boca—. Pero usted…, usted fue…, es… graciosa.

Muchos actores son adictos al juego de la seducción. Lo sé muy bien. Es superior a ellos; les encanta interpretar la comedia de la intimidad en las entrevistas. ¿Por qué no? Nadie se llama a engaño y es más divertido que un par de tartazos.

Desde que empecé en este oficio me han dedicado unos cuantos números de encanto. Pero lo de esta noche sería como comparar un banco de sardinas con *Tiburón*.

—Muy graciosa.

Fervientes deseos de chapotear cerca del peligro. Lo suficientemente cerca como para apreciar la curvatura femenina de sus pestañas, su espesor, sus puntitas perfectamente alineadas. Para distinguir algunos hilillos rubios en el castaño de esa barba que…

Total, que perdí un poco el hilo.

—¿Marianne?

Mé-ri-en… Mi nombre, mi auténtico nombre, en Su Lengua.

—Espero sus preguntas. Tampoco es que tengamos toda la noche.

Casi me muero de vergüenza. Haz tu trabajo de una santa vez. Vete a calmar tus arrebatos de erotomanía delante de una película, como millones y millones de tus congéneres. Todos esos que creen poseer al tipo por la cantidad de veces que lo han visto disfrutar,

sufrir, entregarse. Porque han olvidado que la pantalla solo refleja su propio deseo.

Ben Whyte y su cuerpo público, en su bonito traje negro. Rodeados por la avidez de las multitudes hambrientas…

—¿Esos zombis que lo persiguen son una metáfora de la fama?

Un largo silencio, después de una pregunta, a veces es buena señal.

Otras, no tanto.

Si una mirada pudiera morder, yo habría necesitado puntos de sutura.

—¿Qué tiene eso que ver con la fama? ¿De dónde saca esa estúpida idea?

No más estúpida que la mamarrachada de tu película. Para una vez que tenía una auténtica pregunta… Llevaba horas soportando que este tipo me amargase la vida, so pretexto de que tengo que ganármela. Y aun así, estaba a punto de disculparme. Un automatismo.

Pero luego añadió:

—Es muy amable con lo de sus zombis, todos nos hemos reído mucho, pero, si sigue por ahí, esto va a ser muy pesado. Esta noche es su comodín. No lo malgaste.

Ben Whyte, estrella internacional y campeón del mundo de la condescendencia y el *mansplaining*.

Y, dicho y hecho, lo malgasté.

—No son mis zombis.

—¿Cómo?

—Que no son «mis» zombis. Pero, si lo prefiere, puedo preguntarle sobre ponis. No he visto muchos trotando en *Z-End,* pero vale, si le hace ilusión, usted mismo. O, si no, podemos volver a mi vestido. Sí, eso sí que es pertinente. Nada pesado ni fuera de lugar. Muy profesional. Seguro que aún le quedan unas cuantas bromas en la cartera… ¿Qué tal Piolín destripa-cabras? ¿O Piolín secuestra-vírgenes?… Mejor, ¿no?… Lástima. Por mí puede

metérselos por el mismo sitio que su «comodín». Gracias y buenas noches.

Y apuré mi whisky. Hasta el fondo.

4
Ojos de fuego

—¿Le soltaste todo eso… en inglés? —Serge me mira boquiabierto.

Jean también, aunque por razones distintas.

—Que alguien llame a un exorcista.

Es cierto que normalmente no tengo instintos asesinos. Y me quedo corta.

El problema de este tipo de incendios es que se apagan muy rápido. Me levanté temblando como un flan, sin atreverme a mirarlo, con la confusa intención de poner pies en polvorosa.

—No.

Qué chorro de voz.

Hasta el gorila parpadeó. Alcancé a entrever un perfil duro, esculpido por toda una vida de mamporros.

—Siéntese.

Un tono más bajo.

La voz era firme, pero no hostil. Me atreví a echarle una miradita de reojo.

Impasible. Casi. El hoyuelo de la mejilla lo traicionaba.

—Conque ponis, ¿eh?

—Sí. Pero…

—¿Qué demonios hace todavía de pie?

—Creo que sería mejor…

—Sentada.

La orden percutió directamente en la parte posterior de mis rodillas, que cumplieron con su función y caí de nuevo sobre el sofá.

A Jean se le atraganta el último sorbo de café:

—¿Y le obedeciste? ¿Estás loca? Pero ¿esto qué es? *¿Cincuenta sombras de Whyte?*

Sí, en plena sesión de BDSM: Bendito sea Dios qué Sarao de Mierda.

Su Majestad levantó un dedo —*«Hold on»*—, rebuscó en sus bolsillos, encontró sus Dunhill y un ridículo miniencendedor rosa fluorescente.

El cigarrillo chisporroteó.

—Los zombis no tienen nada que ver con el público, si es eso lo que quiso decir. Son los otros, en general. El grupo que devora al individuo. La comunidad que se revuelve contra ti. Siempre es la misma pesadilla, y ahí puede meter lo que le dé la gana. La dictadura. La sociedad de consumo… Pero comparar el amor de la gente por el cine, su necesidad de soñar, con la voracidad de una horda de muertos vivientes… No. Eso me parece despreciativo.

—Si siempre es la misma pesadilla, ¿por qué repetirla? ¿Qué aporta de nuevo *Z-End*?

—La soledad absoluta de mi personaje. Su impotencia. Todo se va al carajo sin remedio, haga lo que haga. Es el último fantasma de su especie… No es una película, es un agujero negro. Pero, aun así, procure no decirlo demasiado en su artículo. Sigue siendo entretenimiento. Queremos espectadores, ¿eh?, no suicidios colectivos.

—A propósito… Casi siempre acaba mal para usted en la pantalla. En *Z-End,* en *Neville's Cross,* o en *La hueste de las tinieblas* e, incluso, en *White Trash*…

—¿Es una pregunta?

—Sí. ¿Por qué se muere siempre?

—Caramba, esta es buena. Es la primera vez que me lo preguntan. ¿Por qué? Ni idea. A lo mejor porque me excita. Porque es menos definitivo…

—¿Hace este trabajo «porque es menos definitivo»?

Me miró de un modo extraño. Flotante, como en la superficie de un estanque.

Entonces, una rubia asomó la cabeza entre los arbustos y el bíceps monumental de King Kong:

—Ben, el coche está listo…

Él ni siquiera giró la cabeza.

—Más tarde. No hemos terminado.

Tras un segundo de insistencia muda, la rubia había desaparecido.

—Perdone. Es que me esperan en otro sitio.

—¿A estas horas?

—Sí, a estas horas. Ya ve por qué «me muero siempre». Me da la oportunidad de acostarme.

Jean se ha puesto a revolver en su ropero.

—Bueno, a mí también me esperan en otro sitio. Y antes tengo que darme una ducha. Así que, si vamos a tragarnos toda la entrevista…

Vale, acelero. Me salto el repaso que le dimos a su filmografía. Y también el detalle de que, mientras hablaba, jugaba sin parar con su anillo. Me pregunté si a fuerza de darle vueltas en el dedo haría algún tipo de magia.

Si Ben Whyte iba a terminar desapareciendo.

Por supuesto que iba a desaparecer.

Yo ya había obtenido lo que había ido a buscar y había agotado todas mis preguntas. Y, sin embargo, me devanaba los sesos buscando otras. Lo que fuera para retenerlo un poco más, antes de que volviese para siempre a una pantalla. Si alguien me hubiera dicho eso ayer, me habría muerto de risa. Si me hubieran dicho que él se dejaría llevar, tan tranquilo como yo, me habría muerto a secas.

Media hora y pico más tarde seguíamos allí. La gente de su equipo debía de estar inmolándose en grupo, después de tres o cuatro intentos fallidos de extracción.

Yo navegaba sobre la azotea del Raphael desde la noche de los tiempos, en un barco irreal de follaje iluminado con velas. Un claroscuro dibujaba sombras en su rostro y le pintaba ojeras de pirata. Me sentía bien. Embriagada. Y no solo porque él no paraba de llenar nuestros vasos.

Y, de repente, todo se descontroló. Después de mi última pregunta improvisada.

—¿Qué es lo que menos le gusta de su trabajo?

—Las entrevistas, creo.

Desde las profundidades de mi whisky, me pareció desternillante. El remate perfecto para semejante broma:

—¡Hombre, claro! Menudo suplicio, ¿no?

Y, sin darme cuenta de lo que hacía, le di una sonora palmada en el muslo: ¡plaf!

Debería estar grabado con letras de oro en todas las facultades de periodismo: «prohibido beber en acto de servicio».

—Oh, mierda. Oh, perdón —chillé *in French*. Se me despejó la cogorza de golpe, la palma de la mano todavía emocionada por su breve pero gallardo encuentro con una tela lustrosa y un músculo sólido.

—Ah, Peter…, ¿qué voy a hacer con usted?

Me va a devorar. La disparatada idea revoloteó en mi cabeza y se estrelló contra mi pecho. Tal vez a causa de aquella alegría de ogro. Aquel aire de tunante. O a lo mejor era solo el alcohol.

Hice ademán de incorporarme.

—Bueno, pues ya está, así que…, gracias por todo, voy a…

—Espere. Todavía le queda un minuto.

El mundo al revés.

—No vamos a despedirnos con un malentendido.

¿Qué malentendido?

Hizo una pausa, tomándose su tiempo para saborear mi desconcierto. Casi relamiéndose los bigotes.

—Es usted un desastre. Hasta un punto… Nunca había visto nada igual. Y eso que no empecé ayer. Pero…

A train wreck. Un choque de trenes, un desastre.

Busqué a tientas un cigarrillo en mi cajetilla.

—Cuando se olvida de tener miedo, es de lo más… Bueno, diferente. Si supiera las estupideces que me preguntan habitualmente… Intente recordarlo con sus próximas víctimas.

Bajo aquella luz, sus ojos se tornaban leonados.

—Así que, cuando digo que no me gustan las entrevistas, no se dé por aludida. Usted es la excepción que confirma la regla.

Fuego. Necesitaba fuego.

—Y una bonita excepción, además.

El cigarrillo apagado empezó a temblar entre mis dedos.

—Muy muy bonita. Incluso con ese… capisayo encima. Qué suerte tiene Satán.

Lucky bastard.

Esa voz de provocador.

Se rio en bajito:

—Perdone. No he podido resistirme.

—Cierra esa boca de tres cuartas —le dice Jean a Serge—. ¡Ni que la hubiera pedido en matrimonio…!

Por supuesto que no. Pero casi me salvó la vida.

Hasta esta noche, no sabía que se podían oír los latidos del corazón. El mío latía como la entrada de una discoteca. Una sola idea se elevaba por encima de aquel estrépito: fumar el puñetero cigarrillo y agarrarme a él hasta que el universo se estabilizara. Pero ni rastro de mecheros por ningún lado. Ni siquiera el de Ben Whyte, de un fosforito fácil de detectar.

Ni en mi bolso, ni sobre la mesa. Ah, ¿en el suelo?

Él malinterpretó mi nerviosismo, mis ojos escrutadores. Lo oí murmurar, mientras yo apartaba febrilmente un cojín.

—Eh, Peter… *Take it easy*. No estoy intentando…

Las velas. ¡Pues claro! Las velas. Me lancé hacia ellas con el pitillo en la boca.

—Ay, que lo veo venir y esto va a acabar mal —dijo Jean.

Y acabó mal.

Yo tengo el pelo largo. Muy largo y muy abundante. El fuego prendió al instante. Fumar mata.

Ben Whyte se abalanzó sobre mí.

Me empujó hacia atrás, contra el respaldo del sofá, aporreando frenéticamente los mechones en llamas.

No duró ni tres segundos.

—*Oh, for fuck's sake… Damn you, Peter Sellers!*

Nos dio a los dos un ataque de risa, en medio de un penetrante olor a cerdo chamuscado. Hasta que caímos en la cuenta de la delicada posición en la que nos había colocado el incidente.

Yo, medio recostada. Él, inclinado sobre mí, con las manos hundidas en mi pelo.

Muy pegado a mis senos.

Él los miró. Yo los miré. Sentí un pulgar moverse, apenas. Una pequeña descarga eléctrica. Luego se apartó sobresaltado.

Otra ráfaga de *«fuck»* y ya estaba de pie.

—Con todo lo que ha bebido podría haber explotado. Piénselo antes de demandarme.

La sensación que tenía es la de haber bebido una tisana alucinógena. Yo también me puse de pie, sin estar segura de que mis piernas fuesen a colaborar.

—¿Demandarlo?

—Pero cómo es posible ser tan idiota. ¡Es que no puede ser! ¡Qué idiota!

—¿Perdón?

—Usted es muy guapa, y eso es cosa suya; no es asunto mío. No soy yo quien debería decírselo.

Acabas de arreglarlo, tío. Para peor.

Beautiful.

—Eso ya era absolutamente inapropiado. Pero luego tocarla, aunque fuese para… apagarla… Es tarde, he bebido demasiado,

estoy agotado. Nunca debí aceptar esta entrevista. ¿Será suficiente con que le presente mis excusas o prefiere algo más oficial?

Sí, quiero un agente judicial con un acta notarial, una conferencia de prensa y una muestra de pelo chamuscado.

—Pero si… soy yo quien se inflamó solita.

Sonrió, divertido a su pesar, por la torpeza de la frase.

—En efecto. Pero usted es muy… contagiosa.

—Querrá decir peligrosa. De hecho, me sorprende que su amigo no haya intervenido.

—¿Quién, Carmine?

Ambos nos volvimos hacia el imperturbable Portón Humano.

—¿Carmine? ¿De dónde lo ha sacado? ¿Del *casting* de una película de Scorsese? ¿De la mafia?

Se inclinó sobre mí y pude aspirar su aliento cargado de dos gramos de alcohol.

—No, de la CIA. Operaciones especiales. Asesinatos, tortura, secuestros… Pero tuvo que tomarse un año sabático. Por culpa de las tendinitis.

—Dios mío, ¿es en serio?

—No.

Impávido. Excepto los pómulos, redondeados, traviesos, tentadores.

Me tendió la mano.

—Muy bien, Peter, buenas noches.

Después, todo se volvió borroso.

Al amanecer, entre el familiar aroma del café, frente a Jean lavándose los dientes y Serge plegando el sofá cama, ya no estoy segura de nada. Me pierdo en un destello informe.

Vuelvo a ver el rostro de Ben Whyte acercándose.

Sin embargo, sé que no se ha movido. El impulso procedía de mi cuerpo, el ímpetu de mis talones. Corriente ascendente. Fui yo la que alzó el vuelo y aterrizó en sus labios.

—¿QUÉÉÉ?

Serge, mi público más entusiasta.

Lo besé, chicos. Besé a Ben Whyte. Yo que nunca me atrevo a nada.

Por una vez en mi vida. Durante un segundo de roce sedoso. Birlé un recuerdo. Me serví yo misma, sin pedirle permiso.

Eso debe de pasarle todo el tiempo.

Y, esta vez, por su parte, ninguna reacción.

Era como besar a un muerto. Un muerto de pie, perfumado con whisky, pero un muerto al fin y al cabo, rígido y frío. El Óscar a las mejores calabazas por el conjunto de mi carrera. Atónita, mortificada, intenté apartarme.

La palma de una mano firme me bloqueó la nuca.

Me atrajo tan vivamente hacia sí que estuve a punto de darle un topetazo. Sus dedos treparon por mi cabello y me retuvieron un instante en la frontera, rostro contra rostro. Sentí un leve aleteo de pestañas, la presión de su frente. Lo escuché sobre mi piel, en mi aliento:

—Bah, ¡que les den!

Screw it.

Y su boca abrió la mía.

Dios mío Dios mío Dios mío.

¡Qué beso, tíos!

Esa lenta y melosa caricia del alcohol, lo dulce y lo áspero, y las manos aventurándose, las suyas hacia mis hoyuelos de Venus, las mías en la espesura de sus mejillas, en su cuello. Me tambaleé en la punta de los pies. En lugar de inclinarse, me alzó, me arqueó, casi me izó hasta su altura.

Un primer beso siempre es un atraco, un robo con fractura. Desvalijamos una carne oculta, desconocida. Famosa o no, eso es lo de menos. Todo lo que ofrecía era nuevo, desconcertante, su densidad y sus contornos, su sabor extraño, sus maneras decididas, redondeadas e intensas. No sabía nada de él hasta que respiré su verdadero olor. Bajo el roce fresco de la verbena, su piel ardía como la corteza en verano.

Un milagro en tres dimensiones, al amparo de los setos, bajo la celosa guardia de Carmine. Si es que realmente se llamaba así.

Ben Whyte sonrió en mis labios, recorrió con el dedo la cremallera de mi vestido, jugueteó con algunos lacitos del corsé. Su susurro me puso la piel de gallina: *«Well, then, Peter…».*

Y alguien lo llamó. Muy cerca.

Me aparté tan rápido que perdí el equilibrio. Apenas llegué a entrever la silueta de un hombre junto a Carmine, antes de lanzarme de cabeza entre dos arbustos enmarañados. Me golpeé la pantorrilla contra una maceta, me despellejé la mejilla con las ramitas, abriéndome paso como pude.

Corrí por la terraza, corrí por las escaleras, corrí hasta la parada de taxis.

—¿Le dejaste una chancleta, Cenicienta? —se cachondea Jean—. ¿Y por qué te largaste así?

—Y yo qué sé. ¿Qué querías que hiciera?

Cojo un cigarrillo, Serge hace una mueca, lo devuelvo a la cajetilla.

—En cualquier caso, y respondiendo a tu pregunta de antes, sí, está muy cachas… Y, ejem, sí…, estaba duro.

Nos reímos al unísono, ante la mirada consternada de Jean.

—Si te hubieras quedado —insiste Serge guiñándome un ojo—, habrían pasado un montón de cosas.

—¿En público? ¿Entre las plantas? ¿Y por qué no en mundovisión retransmitido por satélite para las vacaciones de Semana Santa? No, ya era tan bueno que era demasiado.

—No vas a superarlo nunca.

—¡Jamás! Pienso darle la chapa a mi descendencia con esta historia. Ya lo estoy viendo: «Si te comes el brócoli como un niño bueno, te vuelvo a contar cómo la yaya le dio un beso de tornillo a Ben Whyte».

—Pobres niños.

—Que se aguanten. Y, si no tengo hijos, torturaré a mis sobrinos.

—Esto parece *Notting Hill*. Ben Whyte es tu Julia Roberts.

—Nunca pensé que escucharía eso algún día. Después de ponerse hasta arriba de testosterona, claro. Me refiero a Julia…

Nos echamos a reír de nuevo.

Y Jean pierde los estribos.

—Vale. ¿Y yo qué? ¿Quién soy yo en esta comedia romántica nocturna, eh? ¿La inevitable cuota de clichés?, ¿el confidente gay de turno, siempre tan servicial que se le puede fastidiar a cualquier hora del día o de la noche? ¿Qué haríamos sin él? ¿Me lo quieres decir? Lamento chafar el momento festivo, pero este cliché tiene que irse al curro ahora mismo. Y en cuanto a ti, Marianne, deja de entusiasmarte con un tipo que en este momento te confunde ya con los arbustos de su terraza. Por el amor de Dios, despierta. Y luego hazme el favor de irte a dormir.

5
El imperio contraataca

«¡NO!».

El grito de la joven se confunde con el viento. Su terror parece acamar las hierbas secas, atormentar el paisaje.

Travelling hacia atrás: un gran circo de rocas y vegetación marchita corona la montaña, como si algún titán hambriento y furioso la hubiera desgarrado a bocados hace milenios.

Incluso en la pantalla de mi ordenador, el plano tiene una desmesura sospechosa, la flamante irrealidad de los efectos especiales.

La prisionera está de rodillas en la pradera muerta. Una zarpa del monstruo la sujeta por el cabello. Con la otra, presiona la hoja curva de una daga contra su garganta.

O sea, una mierda.

Enorme, cubierto de pieles, el raptor es una variante de orco.

Ojo, no de orca, el mamífero marino, sino de orco, la criatura de fantasía heroica.

Es el líder: se nota por la doble hilera de colmillos de jabalí que le abarrotan la mandíbula. Y por las pinturas de guerra que cubren su piel escamosa. Rojas en su caso, negras en la de sus soldados, agrupados en un semicírculo en torno a la rehén. Contraplano: Ben Whyte acaba de desmontar del caballo.

Se yergue a unos metros de distancia, con la espada desenvainada. La cabeza descubierta, sombrío, huraño, el cabello azotado por el viento, revestido de cuero tachonado y piezas de armadura dispares.

Truena en mis auriculares: *«Déjala ir, Maa'hgon. Tómame a mí en su lugar». El orco deja escapar una risita socarrona y tosca.*

¿Por qué en este tipo de películas los villanos siempre parecen tener la boca llena de *tartiflette*?

«Creí que nunca vendrías, Samael. Que dejarías morir a la mujer que amas. Has estado a punto de decepcionarme».

Se le entiende todo, a pesar de las patatas y del reblochon.

Los ojos verdes de Samael se posan en la rubia cautiva.

De repente, expresan una renuncia tan desgarradora que me veo obligada a congelar la imagen. Me doy un respiro y continúo.

«Ahora estoy aquí».

La damisela en apuros forcejea bajo el cuchillo, desesperada: «No, Samael, te lo suplico, por la savia del Olmo Sagrado… ¡Vete de aquí, es una trampa!».

No me digas. Y yo que pensaba que era un pícnic temático.

Maa'hgon la ignora olímpicamente.

Es una conversación de hombres (y orcos).

«Una vida por la otra, Samael. Acepto el trato. Te doy mi palabra», reblochona el orco.

Ben Whyte da un paso adelante y rinde su espada. En el momento en que la punta toca el suelo (a cámara lenta), un lúgubre redoble de tambores invade la banda sonora. Él abre los brazos. Maa'hgon le acerca a la joven, arrastrándola por las trenzas.

«Es hora de deciros adiós, humanos».

Ella se aferra a él y yo lo percibo en mis manos, ahora que sé lo que se siente al posar las mías sobre este hombre.

«Corre, amor mío —dice él—. Prométeme que no mirarás atrás, pase lo que pase». Luego la empuja hacia el bosque.

Y los violines se suman a los tambores.

A pesar de haber visto *La hueste de las tinieblas* cuatro veces (tres y media de más) y parecerme más tonta que una feria de trols, cuando Ben Whyte gruñe *«Run, my love, run»,* me escuecen los párpados y la libido se me dispara en alerta de incendio.

Cuando cae bajo las garras de sus verdugos, bajo sus golpes, la música crece.

Mis vías lacrimales también.

Ella desobedece y se da la vuelta a mitad de su huida, justo a tiempo para que la cámara capture lo que ve: la última mirada del condenado. La desnudez de su sacrificio.

Él esboza una sonrisa; luego la daga le dibuja otra, líquida y roja, a través de la garganta.

La muerte del Héroe. «A lo mejor porque me excita», dijo anoche en la entrevista. Y a mí, ¡ya te digo! Por la savia del Olmo Sagrado, que me traigan un abrelatas. Para la armadura.

Well, then, Peter…

Jean tiene razón, me embalo. Bueno, ¿y qué? ¿Qué riesgo corro sola en el fondo de mi cama? Ninguno.

La realidad ha retomado su curso tras unas breves pero espectaculares vacaciones. Las tuberías chirrían en las paredes, el frigorífico gime en el rincón de la cocina, los vecinos arrastran sillas en el piso de arriba y, sobre mi vientre, mi portátil ronronea como un gato aburrido.

¿Un recuerdo se desgasta más rápido si se usa demasiado? Esperemos que no.

Tengo calor, saco una pierna fuera del edredón.

No es tan tarde, debería aprovechar para trabajar un poco y avanzar en el artículo. Solo faltan dos días para el lunes.

O podría seguir repasando a mi Ben Whyte, con otra película muy trágica. Duda metódica. Si paso otras dos horas más entre Eros y Tánatos, acabaré por asfixiarme de frustración. Y de agotamiento.

En el curro, me arrastré todo el día en una especie de niebla beatífica, que se iba espesando por la falta de sueño. No hice nada, la mirada perdida, en autohipnosis frente al teclado.

BTT no se dio cuenta. No cabía en sí de gozo: «¿Ves? Cuando quieres…». Incluso me premió con una página adicional para el perfil de Ben Whyte en honor a mi hazaña. Me refiero a la media hora de entrevista, no al asalto final, esa torpeza deontológica.

Con Julien fue con quien estuve a punto de cantarlo todo. Julien Maillol, mi colega preferido del curro. Apenas un poco mayor que yo y mucho más «periodista». Es una mezcla de atributos físicos y profesionales: nadie desconfía de un tipo que tiene mofletes de bebé, unos paletos adorables y pasión por las deportivas fluorescentes. Craso error: nadie puede resistirse a su curiosidad, ni siquiera los productores más ladinos o los directores más correosos.

A la hora del almuerzo, en el brumoso y abarrotado bistró de la calle Rambuteau, donde toda la revista se deja una pasta gansa en bistés como suelas y ensaladas mustias, Julien se olió la tostada. Tuve que agarrarme a la mesa para escapar de su solícita insistencia:

—¿Qué tal con Ben Whyte? Te veo rara… ¿Te hizo algo?

Sí, Julien, me hizo algo.

Abrazo la almohada. Mi último pensamiento se pierde en los ojos en forma de barca de Samael, el caballero sacrificado.

…

Estoy en un árbol con BTT; colgamos como frutos. Estoy a punto de señalarle que esta nueva organización del trabajo en *L'Œil* es un tanto precaria, cuando el timbre del teléfono me hace caer de mi rama.

Quiero decir, de mi cama.

Arrancada de mi absurdo sueño, contesto a ciegas, bocabajo sobre el parqué.

—¿Mmm?

—*Hey, Peter.*

—…

—*Hello?*

—…

—*Anyone here? This is Ben… Ben Whyte.*

—Sí, hombre. Y yo soy Frida Kahlo. ¿Llamas por el concurso de bigotes? Venga, Jean, déjate de tonterías, que es una broma muy

pesada. Además, tú no puedes…

¡Anda la osa! Es verdad. ¡No puede!

Jean tiene el nivel de inglés de una cabra, y no de las más talentosas. Jean nunca hace llamadas con número oculto. Jean detesta las inocentadas. Opina que es el humor de cobardes y miserables.

Me incorporo de golpe, exangüe.

—¿Quién habla?

—Peter, yo no… Está hablando en francés.

—Ah, sí. *Sorry*.

Sorry, sorry, sorry. Si me raptaran los alienígenas, acabaría disculpándome por ocupar espacio en su nave.

—¿La he despertado?

—Qué va…

Imposible.

Solo es una llamadita de mi inconsciente, en directo desde las vastas praderas embriagadoras del sueño.

—¿Está en casa?

—Mmm, sí, yo…

… me doy una bofetada, me muerdo un dedo, pero nada.

—¿Sola?

—¿Cómo sola?

—Como en «sola del todo». Sin hombres, sin abuelas, sin chihuahuas…

—¿Eh? No. Sí, sola del todo. Mis abuelas están muertas. Las dos.

Pero ¿qué estoy diciendo?

—Mi más sentido pésame. ¿Puedo subir?

—¿Quién, usted? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿En persona?

—No, en holograma.

Una risita velada.

—Peter, sé que es tarde, pero… Me voy mañana por la mañana. Así que pensé… me gustaría despedirme. A menos que…

—De acuerdo.

—De acuerdo. ¿Cuál es el…?

—El 31 de la calle…

—No, el código. Solo necesito el código. Para acceder al edificio.

Mierda.

Está abajo.

Miro a mi alrededor. La cama deshecha, la loza sucia, la ropa por el suelo… Y los DVD. Toda su filmografía desperdigada sobre el edredón.

—¿Piso?

—Cuarto derecha, pero…

Ha colgado.

Y yo voy a despertar.

Y a espabilarme.

Estará aquí dentro de dos minutos. Un poco más, si comete el error de llamar al ascensor, una antigualla caprichosa y bamboleante.

Corro de un lado a otro como pollo sin cabeza. Me quito el pantalón del pijama de felpa. No hay tiempo para buscar algo mejor y me lo vuelvo a poner. Guardo los DVD y la ropa interior debajo de la cama; salgo disparada al cuarto de baño, hacia el espejo, donde lo único que veo es pelo. Una gran mata de cabello alborotado. Busco un peine, un cepillo, un coletero, un gorro de baño, lo que sea.

Demasiado tarde, llaman a la puerta.

Obviamente, ha subido por las escaleras.

Me quedo paralizada un instante, con la mano en el picaporte. Del otro lado está Ben Whyte.

Que no, que no, que no.

Otro golpecito con los nudillos.

Inspiro, espiro. Corro el cerrojo. Me doy de bruces con un dragón.

Un dragón de fauces llameantes, escamas fuliginosas y alas desplegadas. En sus garras sostiene un amasijo de carne cruda. ¿Una mujer? ¿Un ciervo? Es confuso. Lo es menos el gusto exquisito de mi visitante por las viejas camisetas de *hard rock.*

Esta anuncia la mítica gira de los Misfits of Mordor. Julio de 1985, en Ar… ¿Arkansas?, ¿Arabia Saudita? ¿Ariège? El resto de la palabra se pierde bajo el terciopelo negro de una chaqueta.

Miro su pecho y él me devuelve la cortesía. Igual de sorprendido por mi horrible sudadera de Yoda, cuyas grandes orejas verdosas despuntan en mis senos.

—Entrar, ¿puedo? —le pregunta a Yoda.

Que la Fuerza me acompañe.

Cierro los ojos, los abro y el dragón sigue ahí. La alucinación es sólida, porque da un paso adelante y el viejo parqué cruje en el lugar de siempre.

Ben Whyte pasa junto a mí, se despoja de la chaqueta y la posa sobre las flores de mi edredón. Se gira para sonreírme. Relajado. Deslumbrante. Tan inconcebible en mi marco incomparable, como una quimera en una bañera.

Ahora veo la camiseta entera. La gira fue en Arizona.

También lleva una pulsera de cuero de banda ancha, que le resalta las venas del antebrazo. Con el pelo cayendo sobre los ojos, la barba falsamente descuidada y los vaqueros falsamente sucios, no le falta apenas detalle —¿una llave de tuercas?— para postularse con los Ángeles del Infierno. O cualquier otra banda de moteros consanguíneos.

—Le he impuesto mi presencia… Espero no molestarla demasiado.

Mentira cochina.

En realidad, a ti te la suda. La última vez que alguien te dio con la puerta en las narices debías de tener menos de doce años.

—No, no, al contrario. Es muy… gentil.

Cualquiera que me oiga pensará que es mi tía Huguette la que acaba de presentarse de visita sin avisar. Si sigo hablando así, acabaré preguntándole por su artritis.

—Sobre todo porque a lo mejor tenía, ejem, otras obligaciones…

Sobar toda la noche en su suite real, por ejemplo.

—¡Qué va! Ninguna. A estas horas qué voy a tener…

Como si eso justificara esta alucinante entrega de fantasía a domicilio. Me exprimo el cerebro para encontrar algo que decir. Una versión civilizada de «¿qué coño haces aquí?», por ejemplo. Pero, si se lo pregunto, va a pensar que tengo el coeficiente intelectual de un geranio. La respuesta es más que obvia.

Ben Whyte ya pasó la edad de hacer manitas entre los arbustos. Quiere terminar lo que empezó. Tantear el terruño. Confraternizar con la lugareña.

Esta no es una visita de cortesía, es turismo sexual.

Desmayarse no es una opción.

De momento, el exotismo de la única estancia de mi vivienda parece bastarle. Ronda curioso, con las manos en los bolsillos, por el museo de la vida corriente y moliente. Inspecciona los estantes combados por el peso de los libros. El escritorio atestado de cosas. El rincón de la cocina. La única ventana, el único sillón de cuero gastado. Pero lo que reclama su atención es el gran cartel de *El resplandor* que hay encima de la cama.

—¿No le asusta un poco?

—Hum…, bueno, quizás un poco. Es muy… No esperaba volver a verlo, así que…

Su risa me corta en seco.

—Me refería a la película. No a mí. A Jack Nicholson, con su hacha y su sonrisa de loco… ¡No me dirá que le doy miedo!

Luego, dirigiéndose a un público invisible y cómplice:

—¡Vaya! Le doy miedo. ¿Tan terrible parezco?

El gesto irónico de los brazos extendidos, fingiendo consternación, me transporta a *La hueste de las tinieblas*. Se entrega. Se ofrece en sacrificio.

Es alto, pero no gigante. Alrededor de un metro ochenta. Pero, cuanto más se acerca, más pequeña me siento.

—Peter…

—¿Cómo consiguió mi dirección?

—Ordené que la siguiesen.

—¿Quéééé?

—No, tranquila. Me limité a preguntar. Ella tiene sus datos de contacto, hum… Esa mujer…

Françoise Saunier, quién iba a ser. Esa mujer… a la que le pareces tan encantador, tan «auténtico». Y que a ti te parece tan… anónima.

—No se preocupe, no le he contado nada de lo de ayer en la terraza. No le dije que una planta se la había tragado viva en plena… entrevista.

Baja la cabeza, su cálido aliento me hace cosquillas en la punta de la nariz.

Y aquí estamos.

—¿Le… apetece… beber alguna cosa? ¿Una cerveza?

Me escabullo *in extremis.* Los nervios me lanzan al asalto de las alacenas de la cocina.

—¡Mierda!, ¿dónde coño están? ¿Qué le parece un zumo de lichi? Vaya, está caducado… ¿Qué tal un refresco de cola?

Abro la puerta del frigorífico, vuelvo a cerrarla…

—¡Válgame Dios!, pues tampoco. ¿Un café?

—Un café es perfecto. Solo, sin azúcar.

Su voz me eriza la columna vertebral. Está justo detrás de mí, casi tocándome. Bastaría con que me inclinara un poco…

Me quedo paralizada contra la encimera, sorprendida por el deseo.

—Marianne, yo…

Un aullido gutural lo interrumpe. Juraría que hay un tipo al que un pastor alemán le está arrancando las cuerdas vocales.

Death metal.

—Perdone, pero tengo que contestar —dice Ben Whyte, acortando el sufrimiento de su teléfono.

¿Quién demonios llama a las cuatro de la mañana?

«Sí, Colin, ¿qué pasa? ¿Qué? Ah, no. Ni hablar. Bueno, pues que firmen con Ryan, allá ellos… Me la suda. Quiero hablar con Leighton. Mañana. Arréglatelas».

Se aleja, da vueltas, me clava la mirada sin verme realmente y acaba sentándose al otro lado del estudio, en mi escritorio.

«No. En otra parte. Sí, en París. Y a ti qué te importa. Que sí; Carmine está conmigo. Ivan también. Por supuesto. ¿Cómo? Oh, *fuck off!».*

¿Ryan… Gosling? ¿Reynolds? ¿Matt Leighton, uno de los jefazos de la Warner Bros? Puede que haya tenido delante de mis narices la exclusiva hollywoodiense del año, en algún punto entre mi cama y mi cocina. Pero lo que más me preocupa, mientras desenrosco el culo de mi cafeterita italiana, es la segunda parte de la conversación.

¿Cómo que «Carmine está conmigo e Ivan también»? ¿Están esos tipos apostados delante de mi edificio? ¿En el rellano? ¿Detrás del ficus del vecino?

No me atrevo a preguntar; saco dos tazas, enciendo la vieja placa eléctrica:

—Cuesta calentarla, pero llegará. Solo hay que esperar…

Se acomoda en mi sillita de escritorio giratoria, con las piernas abiertas y los brazos cruzados, como un *cowboy* maleducado.

—Confirmado, es usted la reina…

—¿La reina de qué? ¿Qué he dicho?

—Nada. Caliente, caliente. Y esperemos a que «llegue».

Ah, entendido.

Cambiar de tema urgentemente.

—Y entonces, ¿adónde se va mañana?

—A Varsovia, un día. Luego toca Pekín, Shanghái…

—Qué suerte.

Miento como una bellaca. Por lo que yo sé, chuparse una maratón de promoción mundial, encerrado con Carmine de un hotel a otro, no es exactamente mi idea de viajar.

La suya tampoco, a juzgar por su mohín dubitativo.

—Habría preferido quedarme un poco.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me gusta mucho Francia. Su vino, su cocina, su lengua…

Nuestros *croissants,* nuestras boinas, nuestros acordeones.

Silencio. Qué mierda de conversación. Estamos a dos grados Celsius de ponernos a hablar del tiempo.

—Aunque no sea capaz de hilvanar una puñetera frase en francés, excepto dos o tres chorradas, como…, no sé…, *«¿déjà vu?»*…

Dayjâ-voo…

—O *«la petitemorte».*

Con su acento no sé si me pide una salsa para barbacoa: *Piri-more*… o una mermelada de frutas del bosque: *Peri-mora*…

—Y luego está ese viejo éxito musical, desde luego…, ya sabe.

—Mmm, no.

—¡Cómo que no! Imposible.

Se apoya en las rodillas, levanta una ceja y me mira chispeante como si estuviera esperando a que yo caiga del guindo.

—Pues está clarísimo: *«Voulez-vous coucher avec moi, ce soir».*

Vûley-voo cûchey avec moi?

No es *coñey*.

Ben Whyte quiere cruzar la barrera de la lengua. Ahora mismito.

Me entran sudores fríos, estoy a punto de ahogarme en mi propia adrenalina.

Barajo un montón de respuestas, entre las cuales «Oh, sí» y «Socorro» compiten ferozmente por subir al podio, pero me lanzo por una tercera vía:

—*Gitchie Gitchie ya ya da da.*

—¿Perdón?

—Es, eh…, el estribillo… Es como sigue la canción…

Tarareo desafinando:

—*Voulez-vous… Hum… Gitchie Gitchie…*

Mi voz se apaga en un silencio febril.

Mi voz se apaga y él parece deshacerse. Algo en él se afloja, un hoyuelo en su mejilla, una chispa en sus ojos. Es extrañamente dulce.

—Peter, no era mi intención… Puedo irme, si lo prefiere.

—¡No!

—¿No? ¿Está segura?

—Sí.

Me tiende la mano.

—Ven.

No existen el «tú» y el «usted» en inglés, así que dejo de mantener la distancia entre los dos y cruzo a nado el río verde y vivaz de su mirada.

Me planto frente a él, me encierra entre sus piernas. *«Hello»,* susurra, como si acabásemos de encontrarnos.

Coge mis manos y las aprieta una contra otra para que dejen de temblar. Mi melena se desliza hacia delante hasta caerle sobre la cara. Me besa a través del pelo. En el hombro, en la frente, en la barbilla, al tuntún. Pierdo un poco el equilibrio, busco su boca, la tomo con todo lo que viene con ella, mis propios mechones, la comisura de la barba, en un gran caos tembloroso.

Me atrae hacia él y caigo sobre sus rodillas. La silla gime. No está diseñada para recibir a tanto okupa.

La cabeza me da vueltas. Me siento mareada. Abrazada, abrigada, incrédula. Nada de esto es real. La firmeza de su pecho contra mi hombro. La mejilla que acaricia y raspa a la vez. El terrible dragón de los Misfits of Mordor, que huele a hojas frescas y algodón. Él. El paraíso.

—¿Sigo dándote miedo?

—No… Tal vez. No sé.

Me aparto un poco, nos miramos.

Tiene una mancha en el iris. Una manchita negra y oblonga, como una esquirla de ónix incrustada. Estoy tan cerca que distingo el disco transparente de sus lentillas. Y la piel fina de los párpados, surcada de venitas, fatigada. Más vieja que él.

Toca mi pómulo rasguñado.

—¿Y esto?

—Al salir de la terraza…, cuando…, entre los arbustos.

—¿Otra vez?

Su aliento cálido acaricia mi oído.

—Por cierto, ¿y la otra herida de guerra?

—¿Cuál?

—La quemadura. El café. ¿Dónde era?

Listillo.

Se la señalo.

—Aquí. Pero no fue nada…, ya pasó.

—Pobre Peter…

Extiende la mano sobre mi muslo y presiona el tejido de felpa. El contacto es repentino, tan firme, tan sensual que casi me da un patatús. Me muevo un poco, su mano se desplaza por mi cadera, se curva en mi cintura y sube para acariciar las orejas de Yoda.

Yo me impulso contra esa gran palma seductora, mis labios se aventuran en su cuello, en el borde de su mandíbula, justo donde se perdieron la primera vez, ayer, en el hotel Meurice.

Dios mío, ayer.

Él pasa al lado oscuro de la sudadera, su respiración se vuelve más pesada, encuentra mi piel, se demora en ella, sus dedos se endurecen en el extremo de un seno, o a lo mejor es al revés, y algo estalla en mi cabeza.

La enormidad de la situación… ¿De verdad voy a…? ¿Vamos a…?

¡Ben Whyte, joder!

Me tenso.

Un susurro, un arrullo masculino, infrasónico:

—¿Quieres que paremos?

No respondo. Mis manos se aferran a su cabello y Yoda contraataca.

6
Un sillón para dos

Quiero habitar en él, quiero envejecer ahí, en su regazo, pegada a su boca y a mi suerte cósmica.

Soy un tumulto de *groupies* concentradas en mi cuerpo.

El ídolo encaja el asalto con un pelín de condescendencia. Hasta sus manos parecen trazar autógrafos invisibles e indolentes en mi espalda. Se deja saquear con los ojos muy abiertos, mi ímpetu le hace gracia, yo bebo su risa.

Muerta de sed.

Me da la impresión de que estoy saboteando el rodaje de una película. Un error de *casting*. Un fallo cómico en los efectos especiales. Sobre todo, no pensar en sus parejas cinematográficas: Scarlett Johansson, Jennifer Lawrence, Margot Robbie y todas las demás… Esas princesas a las que abraza como si no hubiera un mañana. No a un gag inédito de *La pantera rosa*.

Me da unas palmaditas suaves, me alborota un poco el pelo; vamos, vamos. Caramba con Peter.

Toda esta bonhomía es como una prenda extra, una capa más de ropa. No se puede desvestir un estado de ánimo, así que me pongo manos a la obra con la ropa real, la suya, la mía, yo qué sé, al tuntún, deformo un dobladillo, torturo una manga y luego empujo al dragón bajo su barbilla.

Ese torso.

Familiar y desconocido. Diseñado para los trabajos forzados, las reyertas callejeras, las justas medievales. La tierra, la espuma del mar, el carbón. La sangre y los besos. Todas las ficciones.

Me da por pensar algo insensato: esto no es un fotograma congelado. Se puede tocar. Se puede saborear…

—*Hey!*

Se encabrita, y la silla giratoria también, que da un giro brusco y nos desplazamos un metro de golpe.

Es porque le he mordido.

No mordisqueado ni cosquilleado. He hincado el diente. Todos los dientes. Lo he adentellado. A conciencia. Durante un arrebato demencial, he pasado de la carantoña erótica al accidente de zoo.

Acabo de intentar comerme a una leyenda viva. El tipo cuyo perfil tengo que escribir para el lunes. El tipo al que le «horrorizan las preguntas personales». Me pregunto qué opinará del canibalismo. Si se lo contará corriendo a sus abogados, justo después de que huya de aquí como alma que lleva el diablo.

Debo de haberle hecho daño.

¡Tierra, trágame!

Por si acaso, ahora me tiene inmovilizada, mis mejillas arden entre sus manos.

—*Easy, Tiger…*

Se le han quitado las ganas de burlarse de mí. No hay mal que por bien no venga. Si sus ojos son barcas, entonces arden como en un funeral vikingo.

—¿Qué dirías si yo te hiciera lo mismo?

—Perdona…, ha sido sin querer. No sé qué me ha pa…

… Oh, por todas las barbacoas de Pedro Botero.

Mi sudadera se ha retorcido en su mano y me la ha enrollado hasta los ojos. Cegata, como en el juego de la gallinita ciega, lucho yo sola por quitármela, mientras Ben Whyte se desentiende, demasiado ocupado en embriagarme con su venganza.

Como siga así, vamos a perder al público familiar.

Me olvido de las ruedas de prensa, de las multitudes enloquecidas e incluso de mis propias fantasías. Solo existe este caótico número de cabaret, de dos en la misma silla itinerante. Los cuerpos que se

sofocan, las sacudidas, toda la coreografía preliminar del sexo, obstinada, voraz y brutal.

Definitivamente, hemos perdido el público familiar.

Y la cafetera explota.

Y no es una metáfora.

Con el susto, me atiza con el mentón en el ojo y estoy a punto de caer. Marianne Corvo, payasadas a discreción. Debe de ser un cambio respecto de sus planes de sexo cinco estrellas.

El aire huele a neumático quemado. La placa eléctrica está tan roja como el ojo de Sauron. Toda la zona de la cocina está redecorada con un magma negruzco y humeante, desde el suelo hasta la campana extractora. Me lanzo hacia allí, repitiendo en vano:

—¡Mierda, el café!; es verdad, el café, joder.

En tres zancadas, Ben Whyte está a mi lado, tronchándose de risa.

—Deja esa bebida, Peter. Te tiene ojeriza, quiere hacerte daño.

Mis pies pierden el contacto con el suelo, me levanta, caemos sobre el edredón.

Donde constato que, con algo de práctica y unas cuantas comedias románticas a cuestas, uno puede deshacerse de la ropa con gracia, sin soltar nunca a su pareja.

Qué talento.

Hay que ver lo que pesa.

Se incorpora sobre los antebrazos, tan desnudo y glorioso para mí que el miedo vuelve a atenazarme. Esa anchura de espaldas que bloquea la luz. Esa pulsera de cuero negro como una ligadura fetichista… No sé nada de él. Quizás le gusten las cosas retorcidas. Crueles. Ridículas.

O las tres a la vez.

Durante unas décimas de segundo, me pregunto si es realmente sensato lo que estoy haciendo aquí, aplastada por esta versión prohibida para menores. Inédita en la pantalla. Ganas de rebobinarlo todo, hasta el «ven».

Luego sonríe, el bribón. Solo queda su alegría desbordante, la caricia sincopada de su respiración contra mi vientre.

Y asumo el riesgo con determinación.

Solo que…

Mierda, el Momento Embarazoso.

No hay rollete inaugural que se precie sin el Momento Embarazoso. Ese instante delicado en el que hay que interrumpirse para protegerse. Hay que hablar de la cosa antes de que actúe por su cuenta, antes de que se nos eche encima y nos pille el tren. Rebuscar torpemente en la mesilla, rasgar el envoltorio plateado, o rosa cursi, fingiendo la mayor naturalidad del mundo.

—Espera, para…

—¿Hum?…

—Hemos olvidado el…, los…

No hay forma de encontrar la palabra adecuada. Crisis internacional del látex.

—*Holly shit. Condoms.*

Pues esa misma.

Se inclina hacia el borde de la cama, en busca de sus vaqueros.

Despliegue majestuoso de bíceps. Bocanada de fragancia, sudor y hierbas, animal y vegetal.

Ruido nervioso de ropa, el tintineo de un cinturón. Un juramento sordo.

Y por fin admite:

—No tengo. Esos idiotas ni siquiera pensaron en darme unos.

Verídico.

Puedo oír lo que diría Jean desde aquí: «¿Y también le dan la sopita con cuchara? ¿Y la digieren por él? ¡Pobrecita mía! Espero por tu bien que encuentres algunos condones, Marianne, antes de que Su Alteza exija Durex bio de piel de yak».

—Creo que tengo. En el cuarto de baño —digo, mientras ordeno mentalmente al Jean virtual que cierre el pico.

Pero antes, todavía hay que ir a buscarlos. Salir de la cama. Renunciar a su piel suave. Dejar de mirarle el ombligo. Nunca había

visto un ombligo tan bonito. Extrañamente vulnerable. Una delicada cerradura en una puerta blindada.

—Voy —anuncio, sin moverme.

—Bien —responde sin soltarme.

Tiempo muerto.

Un instante después, la habitación gira. Cogida, arrancada del edredón, sobrevuelo el charco de café, los sentidos al revés, las manos por todas partes, cargada palpitante en sus brazos.

Se equivoca de puerta, terminamos en el armario, nos besamos entre las perchas.

No tengo ni idea de cómo el puñetero cuarto de baño aparece por fin en el decorado.

Aunque llamarlo «cuarto de baño» es una exageración. Al mío mejor le iría mejor un sintagma más cortito. Cuatro metros cuadrados, exactamente. Una bañera diminuta. Un lavabo, un espejo desazogado, dos estantes. Y azulejos negros como el interior de un sarcófago. Supongo que el propietario pensó que era elegante. Y menos manchadizo, más sufrido. Doble error de cálculo.

Es feo, húmedo, viejuno. Demasiado pequeño para una noche tan grande.

Se ha convertido en la capital mundial de mis recuerdos.

7
El día después

El edredón yace en el suelo como una medusa gigante varada lejos del océano. Una de las almohadas reposa en un charco de café. La silla giratoria sigue a la deriva, lejos de su escritorio, olvidada patas arriba sobre la alfombra, apuntando hacia la ventana.

Amanecer después del huracán.

Al final, no había forma humana de desenlazarnos. Él me arrastró hacia la salida, sábanas incluidas, como si quisiera llevarse algo de ellas para el camino. Último beso, impregnado de sal y de noche. Último desbarajuste. Lo acorralé contra la puerta, las manos en su chaqueta, bajo sus vaqueros.

«No, no, no», decía, sin oponer resistencia. Y «tengo que…» y «es necesario…», apretando mis dedos contra su piel tibia.

Otro último beso. Y otro. Y otro más.

Habría querido secuestrarlo durante todo el fin de semana. Él mismo habría escrito su perfil. La idea me hizo reír. Craso error.

Eso lo devolvió a la realidad. Lo desconectó.

Se arregló el atuendo rápidamente, citando a Leonard Cohen.

Un clásico. Cuando un tunante quiere largarse, siempre es la misma canción.

So long, Marianne…

Revisión de bolsillos, despliegue de hoyuelo, una, dos y tres, nada por aquí nada por allá, y colorín colorado, un último abrazo rápido. Distraído. Volvemos al *hug* primigenio. «Me ha encantado, de verdad. Hasta la próxima».

See you around.

Adiós, Ben Whyte. *See you* en Netflix.

La puerta acaba de cerrarse.

Ni siquiera son las siete. Fuera, los pájaros madrugadores se desgañitan, heraldos del amanecer. La calle está en calma. Un coche arranca. ¿El suyo? Me lo imagino desplomado en el asiento trasero, indolente y desaliñado, a salvo tras sus mercenarios, un auténtico barón del cártel. Busca un cigarrillo, pide un capuchino, revisa sus mensajes o contempla París, que pasa fugaz frente a la ventanilla, pensando en sus asuntos. Quizá se duerma.

Me pregunto si mañana repetirá la hazaña en Polonia. Aparecer en casa de alguna periodista local. Hacerle olvidar durante un par de horas que vive demasiado cerca de Putin. Dejarle también a ella recuerdos incrustados en la piel.

Huellas de estrella. Eso me emparenta con Hollywood Boulevard. Debería tatuarme una estrella en el vientre. Organizar visitas guiadas. «Señoras y señores, aquí se posaron las manos de Ben Whyte. Y su lengua exquisita, y…».

Me dejo ir en caída libre, la cabeza sobre las sábanas revueltas. El colchón amortigua mi risa, pataleo con las piernas al aire, me levanto de un salto, para ir a ningún lado.

¡Qué prodigio!

Bueno, casi. Si esto fuera una película, pediría un montaje. Podríamos cortar algunas escenas.

Como la de cuando le di una bofetada, por ejemplo.

El escenario: estamos en el dichoso cuartito de baño.

Los azulejos se acercan cada vez más. La banalidad se subleva. Avalancha de paracetamol, tarros de crema y tiritas especiales para ampollas, durante la búsqueda febril de la preciada caja de condones.

Es roja, un *goodie,* el obsequio promocional recibido el mes pasado por el estreno de una película. El título está impreso en letras doradas: *Eros, etc*. Excuso decir que me la traje.

Mi vida no carece de «etcéteras». Sobre todo con mi ex, Fidel el Mal Llamado —ni cubano ni monógamo—. «Etcéteras» de confort. Placenteras posdatas de vez en cuando. Un «Eros» de ocasión.

Solo que.

Ni en sus mejores horas de gloria, Fidel me empotró contra el lavabo con tanta urgencia, con el puño cerrado en mi cabello, como si le quedara una hora de vida. Como si fuese toda una aventura.

Hollywood, etc.

El sentido del espectáculo hasta en el alicatado de los cuartos de baño.

Mi actor favorito me llena de historias, las empuja hasta lo más hondo de mi ser. Se entrelazan, se encabalgan, se multiplican. Goces concéntricos. Contrastes crudos. El choque exasperado de su piel contra la mía. La cerámica fría del lavabo. La cerámica ardiente de Ben Whyte.

Él es claro, yo soy oscura, nos complementamos.

El lavabo se ha desanclado, mi mente también. Propulsada unos cuantos pisos por encima del séptimo cielo. Directa al ángulo de la repisa.

Doble conmoción.

Inmediatamente después, Ben Whyte se quedó petrificado, en un espasmo violento. Sus ojos se volvieron completamente blancos. Sin iris. Desaparecidos, tragados. Como si de repente hubieran partido a escudriñar el interior del cráneo.

Una estatua de mármol con las órbitas vacías.

Me llevé el susto de mi vida.

La bofetada salió sola.

—¿Qué te pasa?… Oh, Dios mío, ¿estás bien?

Me sujetó la muñeca justo antes de que le propinara otra. El verde grisáceo de sus pupilas había vuelto.

—*What the fuck…?*

—Perdona, yo… Ha sido sin querer.

—¿Otra vez?

—Es que… creí que te habías…, que te estabas muriendo.

—¿De qué, de placer? Siempre me pasa, cuando…

—Ah.

—Pues sí.

Por supuesto.

Me escondí en su hombro. Se puso a tararear muy bajito, tiernamente burlón:

—*I just died in your arms tonight…*

Este hombre no es una estrella, es una gramola.

No me acuerdo de quién era la canción ni de qué álbum. Solo recuerdo una voz lastimera y empalagosa. Una sierra oxidada de los años ochenta. Ahora que se ha ido, pienso buscar la canción inmediatamente y escucharla en bucle hasta quedarme dormida.

Porque Ben Whyte ha muerto en mis brazos esta noche. Varias veces.

Apenas pude escuchar unos acordes. Estaba bajo mis cascos, conectada a YouTube. El grupo se llamaba Cutting Crew y entiendo por qué a nadie le importa desde hace tres décadas.

El cantante susurra: *«It was a long hot night…»,* hace una pausa y entonces alguien tamborilea en mi puerta.

Ben Whyte está en el umbral, radiante, sin aliento. Me dice:

—Se me olvidaba algo.

Me enlaza, me besa. En la frente, la boca, el hombro. Al llegar ahí, muerde.

Con toda su alma.

Y, con una sonrisa felina de satisfacción:

—Oh, perdona. Ha sido sin querer.

Luego, las escaleras me lo arrebataron para siempre.

8
Fama

«Incluso en una película de serie B como *Z-End,* él ilumina la pantalla. Pero…».

El metro se detuvo. Apertura de puertas. Empujones. Señal acústica.

«¡Lo que más me gusta de Ben Whyte es su culo!».

¿Qué?

¿Quién ha dicho eso?

Desconecté de inmediato del atropellado borrador de mi artículo, en formato A4, no muy segura de haber oído bien. ¿Las trompetas de mi Subconsciente? ¿El cansancio?

Era el lunes de marras. Las nueve y pico, línea 11. Después de otra intensa noche en vela con el actor. Solo que, esta vez, él había tomado la forma de una pantalla en blanco y un teclado recalcitrante.

Nunca me había costado tanto armar un texto. Sufrimiento y crujidos de sinapsis. No había elección ni tiempo al cabo de un fin de semana perdido.

Un fin de semana sin sábado. Desaparecido bajo el edredón. Deshilachado entre el sueño y el éxtasis. El cuerpo todavía pletórico de caricias. La mente lejos, persiguiendo los diamantes verdes de una estrella en algún lugar cerca de los Cárpatos.

En comparación, el domingo fue frenético. Recordar de repente. Ducharse, alimentarse. Limpiar los lamparones de café. Respirar mi camiseta de Yoda.

Y, por supuesto, llamar a Jean. Que me pasó con Serge, quien me devolvió con Jean, y este otra vez con Serge, que tuvo la osadía de

preguntar por las «eventuales consecuencias».

¿Qué «eventuales consecuencias»?

Le llovieron los reproches en estéreo, desde ambos lados del teléfono. Lo siento por sus oídos de soñador.

La conversación duró una eternidad.

Tanta excitación para caer en un inicio de semana como cualquier otro. Plomizo.

Grisáceo.

Necesitaba revisar el artículo por última vez antes de enviarlo a la revista. Temía haberme traicionado en cada frase, que se me hubiese escapado un adjetivo sospechoso o un punto y coma demasiado audaz. Incluso un párrafo entero tecleado en modo sonámbula, hacia las cinco de la mañana. Tema: Ventajas y Paradojas de Su Barba, oh Ruda Pelusa.

Leía, tachaba, eliminaba cualquier lirismo comprometedor.

Casi había olvidado que estaba trabajando de pie en un vagón abarrotado, en equilibrio precario, con dos dedos agarrados a la barra vertical y un codo clavado en el estómago de un malhumorado estudiante de secundaria. Olía a champú, a loción para después del afeitado, a lluvia y a mugre, a otoño en primavera. Fusión matutina de humanidad somnolienta. El magma habitual de las horas punta.

«¡Pero mira eso, ahí, míralo, es lo más!».

Justo a mi lado, inclinada sobre el móvil de su amiga, la entusiasta de los traseros famosos se comía con los ojos una foto.

Miré de reojo.

Imagen robada, un poco borrosa: follaje y zum, los mejores amigos de los *paparazzi*. Un hombre en una playa, de espaldas, con la cabeza inclinada, los pies en el agua. Sin sombrero, sin bañador. Tal como la naturaleza lo trajo al mundo: gracias de todo corazón.

Te acuestas con un tipo al inicio del fin de semana y el lunes te lo encuentras en pelota picada en el teléfono de una desconocida.

En fin.

Así fue como, al final de un túnel, entre las estaciones República y Artes y Oficios, mi vida privada entró de golpe en el dominio público.

Estoy segura de que este efecto secundario desaparecerá pronto. Mientras tanto, pertenezco a esa especie rara —pero muy poco protegida— de quienes han disfrutado de lo que todos los demás desean. La popularidad es un ruido de fondo permanente. No sé cómo pude pasarlo por alto antes. Cuando yo formaba parte de ese ruido.

Desde esa sacudida inicial, hubo muchas réplicas. En la oficina, di un respingo al encender el ordenador. Había olvidado el fondo de pantalla. A lomos de su caballo, Ben Whyte me miraba fijamente a los ojos. «¡Hostia! ¡Está para comérselo!», tronó Philippe, del departamento de correspondencia, al pasar detrás de mí.

Una semana después, mi dentista me preguntó en qué había estado trabajando últimamente. Respondí como pude con un tubito gorgoteando en mi boca y una fresa taladrando mi muela. Aun así, oí el suspiro lascivo de la amable doctora: «Ay, Ben, Ben, Ben…».

Al día siguiente, haciendo cola en el quiosco La Civeta Feliz, a dos calles de mi casa, el cliente que me precedía probaba suerte con un Megamillonario, y también con la quiosquera: «Si gano, ¿te casas conmigo?». La susodicha, Xiao Sun, a quien conozco bastante a fuerza de dejarme el sueldo en cigarrillos, lo despachó sin inmutarse: «Aguarda sentado. Yo estoy esperando a Ben Whyte».

El fenómeno incluso ha contagiado a mi propia hermana, que el otro día por teléfono me dijo: «Por cierto, leí tu perfil. Es magnífica, Toutoune…».

Para Charlotte, todo lo que escribo es «magnífico, Toutoune». Para mi hermana mayor soy la reencarnación de Albert Londres.

Me guardé muy mucho de revelarle la única exclusiva de mi vida —clasificada X, Toutoune—. No le oiría hablar de otra cosa hasta la jubilación.

«Y a la foto tampoco hay que hacerle ascos. Hay que ver cómo está el tal Ben. ¿Cómo lograste mantener la concentración? A mí se me habrían caído las bragas al suelo. Aquí te pillo, aquí te mato. ¡Y Denis que se ventile!».

Que ahí está, mandándome su estruendosa risa de cosaco borracho, concebida para atravesar las estepas, en directo desde Aix-en-Provence, donde crecimos y donde ella se quedó, para enseñar matemáticas, criar a sus hijos y adorar a su marido.

En fin.

Llevo un mes lidiando con esto. Es como si tuviera en mis manos un secreto de Estado. Pero lo peor es que no soy la única preocupada por el asunto.

Todo empezó ese fatídico lunes. Después del almuerzo, un desconocido me esperaba en la recepción de la revista. Un tipo alto, flaco, sin edad definida, envuelto en cachemira blanca demasiado cálida para la estación. Rostro plano, quijada huidiza. Una piel de alérgico a todo, brillante y sonrosada. Un salmón en costra de sal.

Se adelantó con la vivacidad típica de sus congéneres de agua dulce:

—¡Marianne! Encantado de conocerla. Soy Björn.

¿Björn qué? Solo Björn. Como Thor o Snoopy.

—Trabajo con Colin.

¿Colin qué?

Tú que entras aquí, abandona todo apellido.

Un paso más cerca, ya en el rango del susurro:

—Colin…, el agente de Ben.

¿Eh?

¡Ah!

—Si dispone de un momentito, me gustaría hablar con usted. ¿Puedo invitarla a tomar algo?

—Humm… Tenemos una pequeña cafetería aquí, si le…

—No, no, la llevo yo. El coche está fuera.

¿Perdón?

—Pero… ¿de qué se trata?

Bajó la voz aún más. Y dejó de sonreír.

—Es un tema confidencial, Marianne… Así que, si es tan amable de seguirme…

Me indicó con un gesto seco la gran puerta acristalada que daba a la calle. Una orden muda. Un gesto de policía.

Pero ¿por qué?

Yo no he hecho nada.

Aparte de retozar con el cliente de su jefe. Crimen de folla-majestad.

—Pero esto es de locos. Es que es inaudito. Es alucinante…

Hasta las trencitas que despuntan en la cabeza de Fatou parecen electrificadas. Lleva media hora encadenando adjetivos con la pasión de una profesora de gramática. Aunque su verdadero trabajo es el de jurista.

Esperaba una opinión experimentada y lo que obtengo es un trance místico.

Las trenzas se encendieron desde el relato del primer beso en la terraza del Raphael. En el siguiente episodio, el del café asesino y la silla itinerante, perdimos a Fatou para siempre.

—Pero es fenomenal…

Para los consejos jurídicos solo me queda Dani, que no tiene ni idea, pero eso a ella no la frena:

—Que lo sepas, Marianne, esos imbéciles que trabajan para tu estrella no tienen ningún derecho. No deberías haber aceptado escucharlos. Y menos aún seguirlos a ese cuchitril de mierda.

El cuchitril de mierda en cuestión resultó ser el salón de té del Ritz, en la plaza Vendôme. Un enclave de susurros, porcelana fina y madera lacada, entre dos joyerías de lujo. Mi tercer hotel de lujo en menos de una semana.

Todavía no sé por qué me dejé arrastrar hasta allí, acoquinada y encogida, con la nariz en una fuente de postres de varios pisos, rebosante de magdalenas tibias. Dani, siempre poética, apostilla:

—Todo eso para esto. Espero que haya valido la pena. ¿Brad Pitt folla bien al menos?

Ni te lo imaginas. De hecho, yo tampoco.

Ya es la tercera vez que se equivoca de nombre.

Desde el comienzo de nuestro pícnic, cervezas, patatillas y sándwiches, sobre el césped del parque de las Buttes-Chaumont, apenas despertado del invierno en este final de marzo, Dani se empeña en fingir que no sabe muy bien quién es Ben Whyte:

—Ah, sí, ese que actúa en todas esas mierdas americanas…

—No solo ha rodado m…

—Deja, no te esfuerces. De todos modos, a estos tipos los confundo a todos.

Mientras tanto, Fatou arranca ramilletes de margaritas.

—Pero es demencial…

Nada que hacer por este lado.

Al menos Dani sigue conectada a este mundo, devorando a dos carrillos un «sándwich de pan sueco con jamón y queso cheddar» de Sodexo, que sin embargo le inspira el mismo desprecio que el cine popular hollywoodense:

—Marianne, la próxima vez traes tú las cervezas y yo me encargo de la comida. No te estoy pidiendo que vayas a cazar tú misma, pero esto, francamente… ¿Has visto alguna vez una panadería con pan de verdad?

No.

Lo mío es la comida de plástico y zamparme a «Brad Pitt».

O, citando al Salmón del otro día, he entrado «en contacto con una personalidad de primer nivel, que sería peligroso exponer».

Traducción: Chitón. O si no…

O si no ¿qué? ¿Esa gentuza va a dejarme una cabeza de caballo en la almohada?

«Esa gentuza» eran el Salmón y su colega, la Cabra, que nos esperaba en el Ritz. Nombre de pila, Jenna. Cuarentona, pelo recio. Dentuda, fosas nasales generosas.

La Cabra y el Salmón, una alianza impía.

—En lugar de inventar fábulas de La Fontaine, habrías hecho mejor mandándolos a la mierda. Tú te acuestas con quien te da la gana.

—Me pillaron por sorpresa, Dani. Fue…

—… intimidación pura y dura.

Fatou dejó de transmitir como un transistor averiado. La cara de gatita negra emerge cautelosa de su fular de friolera.

—¿Te amenazaron?

—No, creo que nos asustamos mutuamente. Me miraban como si fuera a explotarles en la cara. O fuese a salir corriendo para vender mi historia a *Closer*.

Vuelvo a pensar en sus caretos de artificieros profesionales, en la forma en que evitaban pronunciar Su Nombre en público, incluso en el Ritz.

«Nuestro… común amigo es muy espontáneo —rompió las hostilidades el Salmón—. Como todos los artistas, a veces olvida la dureza del mundo…».

¡Qué tragedia!

Cuando se lo repito a Dani y a Fatou, nos da tanta risa que casi nos caemos las tres rodando por nuestro terraplén de hierba.

—Nuestro común amigo es un grano en el culo. A veces se olvida de dejarnos elegir a sus ligues —interpreta Dani.

—Normalmente, nuestro común amigo solo folla en presencia de su abogado —añade Fatou.

Mutatis mutandis, es así. El resultado se llama acuerdo de confidencialidad: NDA, *«Non-Disclosure Agreement».* Las estrellas obligan a firmarlo a todo su entorno: agentes, niñeras, gurús, incluso a sus propias madres. Todos traidores potenciales, amordazados por contrato.

Buen rollo.

Por lo que respecta al sexo, es peor. Cuanto más famoso eres, más te conviene contratar un seguro de pitos flautos, es decir, de devaneos y entretenimientos frívolos y vanos. Más que nada para dejar meridianamente claro qué travesuras están previstas. De antemano. Sin malentendidos ni escándalos. Sobre todo, nada de improvisación.

De repente, entendí mejor la reacción de Ben Whyte en la azotea del Raphael, cuando sus manos se extraviaron un poco. En ese

momento, estaba tan asustado como la Cabra y el Salmón juntos.

Sí, pero ¿y después?

Después pensó en voz alta.

«Bah, ¡que les den!».

Hasta el punto de presentarse en mi casa al día siguiente, sin contrato, sin condones y sin invitación.

Eso es lo que se llama cambiar de opinión.

El comando de choque del Ritz parecía exhausto. Deduzco que la estrella no para de sorprenderlos con su espontaneidad.

Ay, los artistas.

La Cabra se inclinó para ramonear una pasta: «Permítame insistir, Marianne. Si usted decidiera compartir este episodio con sus colegas de la prensa, la situación podría volverse… desagradable».

En las Buttes-Chaumont, Dani levanta la mano:

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo soy una colega de la prensa! ¡Marianne se ha chivado! ¡Lo sé todo! ¡Quiero testificar!

Eso representaría un cambio radical respecto de los artículos tan sesudos que escribe para ganarse la vida. Me la imagino proponiéndoselo a los editores de *Le Monde* o de *Mediapart,* sus empleadores habituales.

A Fatou, en cambio, no le hace ninguna gracia.

—Yo tenía razón. Te amenazaron.

—Creo que solo querían alimentar mi paranoia. Porque, a ver, ¿cómo sabían lo de aquella noche? Deben de estar vigilándolo todo el tiempo…

—La explicación más simple: a lo mejor les habló de ti.

—Puedes estar segura de que no. Pasa de mí totalmente.

—No puedes saberlo.

—Fatou: pasó página en cuanto salió por la puerta.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de volver a subir echando el bofe? Ay, Marianne. No me digas que no es conmovedor ese impulso, esa pasión…

Ay.

Una alarmante y familiar bruma empaña los ojos de mi jurista favorita. No hay nadie en el mundo que se ilusione como Fatou. Rápido y fuerte. Por cualquier cosa, da igual. Incluso por los novios de los demás. Los de Jean, los míos.

Sufre de empatía crónica.

Una vez, cuando todavía vivíamos en Aix-en-Provence, estábamos los tres sentados en un pretil de la place des Cardeurs. Estudiábamos el último curso de bachillerato y un tal Marwan acababa de plantar a Jean. Fatou sollozaba como si le hubieran arrancado el corazón mientras Jean se zampaba su segundo kebab con fruición.

Fatou se encariña. Es otra de esas que nunca deja de «olvidar la dureza del mundo». A lo mejor Jean y yo también deberíamos formar un equipo de operaciones especiales para intimidar a los innumerables cabrones que se aprovechan de ella.

Por eso prefiero no hablarle de la cafetera. Un monstruo de acero cromado, de esos que solo se ven en los bares, y no precisamente en los más cutres.

Llegó por correo, unos días después del dúo cómico del Ritz. El ascensor seguía averiado, un vecino me ayudó a subir el enorme paquete por las escaleras. Sin mensaje, sin remitente.

Desempaqueté el mamotreto. Di un par de vueltas alrededor, incluso hojeé el manual de instrucciones, tan denso como las obras completas de Karl Marx. Intenté mantener la calma, seguir respirando. No saqué ninguna conclusión (ni la menor gota de café).

Al fin y al cabo, en ningún lugar decía que el ingenio estuviese realmente destinado a mí.

Puede que fuese una coincidencia, un error de entrega, y en algún lugar un establecimiento de lujo estuviese esperando en vano su megamáquina percoladora de café.

No menos improbable que la otra hipótesis: el gag electrodoméstico, para sustituir mi depauperada cafetera. El delicado, el travieso detalle. Tan excesivamente aparatoso y complicado para mí.

Exactamente como quien —tal vez— me lo envió. Ligero asomo de melancolía.

Ben Whyte tenía razón aquella noche: el café es peligroso.

No acabo la taza.

El domingo pasado, Jean y yo lo teníamos todo planeado. La retrospectiva de Al Pacino. La tarde dedicada a encadenar películas. Mis favoritas: primero *Serpico* y luego *Atrapado por su pasado*. Doble dosis de barba italoamericana para vacunarme del vello neozelandés. «Combatir al macho con más macho», dijo Jean.

Acabábamos de acomodarnos en la sala, durante los anuncios. Yo rebuscaba en mi bolso para ver si me quedaban chicles, cuando oí Su Voz.

«Caffè Carezza…».

Levanté la vista. Ben Whyte estaba allí, en la pantalla gigante. Serio como un sepulturero, con su esmoquin negro.

Lo vi aspirar el aroma de un expreso humeante.

«Negro y fuerte como el deseo».

De entre todos los anuncios posibles, de entre todas las bebidas que se pueden vender.

…

Me arruinó la tarde con mi Al Pacino.

Y eso que, normalmente, nada ni nadie puede competir con Al Pacino. La obsesión se remonta a mi infancia y a mis noches clandestinas de televisión en la casa de Aix, detrás del sofá del salón. En aquel entonces, habría hecho cualquier cosa por no quedarme en el piso de arriba, rodeada de una hueste de sombras ocultas y armarios hambrientos. La noche susurraba pesadillas hasta debajo de mi almohada. A veces Charlotte me concedía el asilo de su sueño plácido. Pero la mayoría de las veces me echaba de su habitación: «¡Te pegas a mí como una lapa, tienes demasiados brazos, no puedo dormir con un pulpo!».

Entonces bajaba de puntillas.

Vi un montón de películas parapetada detrás del enorme sofá marrón que apestaba a lavanda. Todas las de Hitchcock, las de

Lubitsch, las de Chaplin y solo una de Truffaut. *Los cuatrocientos golpes,* aunque debería decir *Los doscientos golpes,* porque la mesa de café tapaba la mitad de la pantalla. Sospecho que mis padres estaban al cabo de la calle y que en realidad me transmitían noche tras noche, a la chita callando, la cinefilia que yo despreciaba a plena luz del día.

Christine y Jean-Pierre Corvo, qué par de diablillos.

Hubo una noche, sin embargo, en que estoy segura de que no se dieron cuenta de que había bajado. Estaban viendo la sangrienta ascensión de Scarface, un gánster pirado y cocainómano: *El precio del poder,* de Brian de Palma, no muy acorde ni en la línea de su programa educativo.

Tuve pesadillas con motosierras durante un trimestre entero.

Y sueños con Al Pacino durante mucho más tiempo.

—De ahí tu pasión por los matones con ojos de perro apaleado.

—Al Pacino es todo menos un matón. Es un actor inmenso.

—Psché… ¿Y qué hace en *El precio del poder*? ¿Ayudar a las viejecitas a cruzar la calle? Te recuerdo que en sexto de primaria no te enamoraste del «inmenso actor», sino del personaje. Y eso, digas lo que digas, arroja una sombra preocupante sobre tus gustos…

Acabábamos de salir del cine. Jean entraba de guardia a las nueve de la noche, estaba agotado de antemano y mis «gustos» empezaban a tocarle las narices.

Y la nariz de Jean es muy sensible, sobre todo cuando está preocupado.

—Marianne, esta historia dura ya varias semanas. Pasa página. Búscate un tipo normal, que se compre él mismo sus condones… Un tipo que realmente exista.

—Oh, pero Ben Whyte existe. Te juro que era muy real, su…

—Ah, no, eso sí que no. Ahórrame los detalles. No puedo más.

Incluso yo estoy cansada. De tropezarme cada noche con su estúpida percoladora, que sigue tirada en el suelo sin enchufar. De reproducir hasta la náusea las secuencias más privadas de su

efímera visita. De no poder superarlo, como esos tipos que se pasan toda la vida rumiando su minuto de gloria. Su único éxito.

No quiero que Ben Whyte se convierta en el *Born to be Alive* de mi juventud declinante. O en la *Macarena* de mi *hit parade* erótico.

En fin, yo ya me entiendo.

Pero todo conspira contra mí. En cuanto empiezo a desconectar, alguien o algo se empeña en metérmelo por los ojos.

Cuando no es un cartel de *Z-End,* es el comentario del enésimo desconocido o la lectura de un artículo. Con el estreno de la película, he tenido sobredosis de prensa.

Páginas 26 a 30 de *Elle,* de principios de abril: «Ben Whyte, el macho que nos hace sentir bien». Ahí descubrí «su secreto *hot* y *cool:* combinar una chaqueta *cropped* de Armani con un *denim destroy,* ¡para un *look* garaje rock revisitado!».

Si usted lo dice.

Páginas 44 y 45 de *Le Nouvel Observateur,* la semana pasada: «Con *Z-End,* Ben Whyte saca otra vez la artillería pesada». Ahí me entero de que la película recaudó noventa y seis millones de dólares solo durante su primer fin de semana en Estados Unidos. Suficiente para amortizar el modesto caché de la estrella: veinticinco kilos, solo por salir huyendo de unos fulanos plagaditos de costras.

Eso son muchas chaquetas de Armani, por muy *cropped* que sean.

Por último, *Libération,* este miércoles. Retrato en contraportada, a toda página. Bajo el habitual calambur —aquí, *«Whyte trash»:* nuestro héroe se ve «revisitado» con poco cariño. Ni *«hot»* ni *«cool».* Ahora me entero de que es «el *sex-toy* fetiche de un heteropopulismo en decadencia hormonal». Y pensar que me acosté con eso. Mi cuerpo, ese traidor social. Palabras, datos, palabras, fotos. En todas partes. Todo el tiempo.

Y eso sin contar internet, Las Vegas de la curiosidad popular, con sus casetas de máquinas tragaperras amañadas (juegas, ganas en todas las tiradas); de los trapos sucios, de las melopeas, de las broncas, de las cirugías fallidas, de las sobredosis exitosas.

Aun así, busco cada imagen, me atiborro de cotilleos. Visto en Varsovia bajándose de un coche. Luciendo su hoyuelo en Pekín durante una rueda de prensa. Sorprendido en Shanghái, del brazo de una desconocida. Y, para rematar, esta mierda de anuncio. Jean no es una criatura muy táctil. Responde más bien al tipo erizo. Guarda su ternura para ocasiones muy especiales. Por eso, cuando de repente me coge la mano, bajo las luces húmedas de este domingo por la noche, tengo la impresión de que estoy gravemente enferma. «Ese tipo está casado con el mundo entero, Marianne. No existe para nadie».

9
Intrusión

Madame Kerfouët no tiene nombre de pila. Debe de esconderlo en su portería, con el resto de su estado civil y su vida privada. Vivo en el edificio desde hace cuatro años, pero todo lo que sé de ella cabe en el estrecho vestíbulo, entre una hilera de buzones y la planta verde que no termina de morirse.

Madame Kerfouët no debería existir. Es demasiado genuina. Demasiado portera para ser real. Ni las peores comedias se atreverían a inventar a alguien así. No es más alta que su escoba, pero lo compensa en anchura: un busto espectacular, comprimido en una eterna bata de florecillas, cuya bucólica exuberancia no engaña a nadie.

Es que, verá, a ella no le pagan para sonreír al usuario. Porque, ya se sabe, al villano dale un dedo y te coge la mano. Lo suyo es guardar el fuerte. Que se ate los machos quien ose traspasarlo.

Esta mujer es un *checkpoint* humano, difícil de cruzar para propios y extraños. Los agentes inmobiliarios desisten, los residentes se escabullen como niños y los niños de verdad lloran. Un día, incluso hizo que el altísimo rasta del segundo se derrumbara debido a un vago olor a marihuana en los pasillos.

En resumen, madame Kerfouët vive en el lado bueno del miedo, en el campo lleno de certezas de quienes lo imponen, año tras año, dentro de los límites del horario laboral.

Esta noche, sin embargo, es una criatura distinta la que emerge de la portería para interceptarme: «Señorita Corvo, no suba. Creo que deberíamos llamar a la policía».

Detrás de mí, Fidel ahoga una risita. Y yo la miro atónita. El espectáculo ha congelado todas mis funciones cognitivas. Ese ojo aterrado. Esos mechones grises que, por primera vez, se escapan de su moño. Y el picardías. Sobre todo el picardías.

Muy corto. Con estampado de gatitos.

Como de costumbre, Fidel se siente obligado a hacerse el gracioso: «¿Qué ocurre, madame Kerfouët? ¿Una chiquilina ha intentado birlarle su ropa interior?».

Gracias por recordarme justo a tiempo por qué ya no estamos juntos. Antes de que vuelva a llevarte a mi cama.

Fidel es mi bolsa de patatas fritas. Pura vacuidad crujiente. Un tentempié para engañar el hambre. Un engañabobos. Cada vez que pico, me digo que es la última. Hoy fue por culpa del clima. Hace buen tiempo, las noches se alargan. Me apetecía tomar un aperitivo en una terraza, en ese aire polvoriento del mes de mayo.

No hay aperitivo sin patatas fritas.

Mi portera, o al menos su versión mutante en lencería kawaii, no le hace ni puñetero caso a mi acompañante. Me coge del brazo.

—¿Tiene problemas?

—¿Qué?

—Problemas. Preocupaciones. Deudas. Apuestas, el póquer…

—Pero, madame Ker…

—Eddie, mi exmarido, era jugador, ¿sabe? Así que conozco muy bien a esos matatías…

—¿Matatías? ¿Qué es un matatías?

—Tipejos como el que la espera arriba. Para que pague. O para algo peor. Ya vino antes, hace un rato. Es un delincuente, señorita Corvo, estoy segura. Un maleante del hampa.

¿De qué AMPA? ¿Tenemos AMPA en el edificio? ¿Esta mujer habrá fumado algo con nuestro rasta local?

—Ni siquiera habla francés, así que yo…

¿Ni siquiera francés?

Yo también la cojo del brazo:

—¿Tiene los ojos verdes?

Qué tontería. Ya hace más de dos meses.

Fidel nos mira a ambas, agarradas la una a la otra.

—Pero ¿qué coño importa eso? ¿Lo conoces?

Puede que tú también lo conozcas. Puede que el mundo entero lo conozca. Excepto la portera, al parecer. Esto no tiene ningún sentido.

Sin embargo, la esperanza, esa enfermedad incurable, me empuja escaleras arriba.

Oigo a madame Kerfouët jadear detrás de mí, el suave sonido de sus pantuflas sobre la madera. Tap, tap.

—¡Deténgase, está loca! —Tap, tap—. ¡Él va a… hacerle cosas!

Dios la oiga, buena mujer.

Fidel se ha quedado en el vestíbulo. Su voz resuena:

—¿No dijimos que íbamos a llamar a la policía? ¿Hola? ¿Marianne?

Conocí a este modelo de heroísmo urbano hace dos años, en una fiesta de disfraces. Éramos los únicos que llevábamos barba postiza. Me fijé en él enseguida: un tipo alto y moreno, que bailaba en uniforme caqui y un habano apagado en la comisura de la boca. Castro, por supuesto. ¿Quién si no?

Se me acercó sin dejar de mordisquear:

—Salud, camarada. Soy Fidel.

—Ya veo.

—No… Es mi verdadero nombre. Heredero tardío de los dos últimos fans del Comandante. Educado en el ordeno y mando, la ceguera ideológica y la guitarra acústica…

¿Y tu hermana no será el Che Guevara?

Lo miré mejor y me mordí la lengua.

Era guapo a rabiar. Sonrió.

—¿Y quién eres tú, hermosa barbuda?

Yo era Gimli, hijo de Glóin. De los enanos guerreros, miembro de la Comunidad del Anillo.

Reconocible por su espada de plástico y su armadura de papel de aluminio.

Nos besamos en medio de un batiburrillo de Vengadores con pantis y perversas enfermeras borrachas como cubas. A continuación volvió a hablar de sí mismo.

Su desprecio por Tolkien y la fantasía («¿A tu edad sigues leyendo eso?»), la prensa («Ah, *L'Œil Hebdo,* ese bastión de la cultura biempensante…»). Su tesis de sociología sobre la sexualidad de los mayores de sesenta y cinco años («El último tabú, ¿sabes?»)… Y así sucesivamente, sus amigos, sus profesores, sus novias: «Soy poliamoroso. ¿Sabes lo que es?».

Sí. Y yo estaba polipiripi. Quería hacerlo callar con mi boca. Saborear de nuevo su piel suave. Más tersa y juvenil que la de Ben Whyte…

Quien, por cierto, no está frente a mi puerta.

El hombre que me espera no se le parece en absoluto.

Cuando madame Kerfouët y yo irrumpimos en el rellano como dos triatletas en pleno esprint final, el exhampón no se inmutó. Se limitó a mirarnos de arriba abajo.

Desde muy arriba.

Es escarpado, abollado, desproporcionado. Oculta la luz del rellano. Se traga la mirada.

Es un monumento que no se olvida.

Carmine. El guardaespaldas.

Me flaquean las piernas, todo se vuelve confuso, sobre todo porque madame Kerfouët habla al mismo tiempo. Por alguna razón que ignoro, lo llama Yougo.

Ah no, rectifico, está intentando ponerlo de patitas en la calle.

—*You go! You go!* Pschh… O si no, hop, ¡ize policía! —vitupera, heroica, haciéndome de escudo con su cuerpecito macizo.

El gorila entorna los ojos brevemente. Si estuviésemos en una película, a estas alturas ya estaría hundiendo las pantuflas de mi escudera en el cemento.

Con una pinta como esa todo es posible. Salvo esto:

—Señorita Corvo, supongo. Buenas noches. Perdón por importunarla. Permítame que me presente: Carmine Valetta, para servirla, en nombre del Sr. Whyte.

Good Heavens. Alguien ha pegado la banda sonora de *Downton Abbey* en una escena de *El padrino*.

—¿Me permite consultar su pasaporte, por favor?

Madame Kerfouët vuelve a cogerme del brazo:

—¿Qué ha dicho?

—Pide mis papeles.

—¿Es un policía? ¿Del extranjero? Pero ¿qué ha hecho, señorita Corvo?

—Debo verificar su identidad. Para poder llevarla.

Oh, Dios mío.

—Oh, Dios mío, es la droga. ¿Terrorismo? ¿Está en una red, o algo…?

—Mi patrón desea invitarla. Esta noche. Ahora mismo, si es posible.

—¿Y ahora qué ha dicho?

Pasamos delante de Fidel a paso de carga.

—¿Marianne? Pero ¿adónde vas?

Respondí sin volverme.

—A engañar al mundo entero.

Debió de pensar que me estaba tirando a Carmine.

Ahora que estamos en marcha, el exmatatías al volante y yo sentada detrás como un paquete, ya no las tengo todas conmigo. Quiere verme. Voy a verlo otra vez. Voy a decepcionarlo. No estoy preparada para un segundo milagro. Esto solo echará a perder mis recuerdos.

A lo mejor Carmine está evacuándome. Vamos hacia el aeropuerto. Ya me veo atrapada en un jet privado rumbo a Nueva York.

Ya nos imagino cara a cara en un *penthouse* con vistas al Hudson. El sueño de un millón de dólares del Monopoly.

Él, con los abdominales relucientes, en bata de seda. Champán opcional.

«Oh, Peter. Me vuelves loco».

Yo, toda arrugada, con mi pobre camisa de la víspera. Aliento chotuno opcional.

«Oh, Ben. ¡Júrame que tienes lavabo!».

¡Qué angustia! Ni siquiera puedo encontrarle la gracia. ¡Déjenme salir!

Cuando cruzamos el puente saturado de paseantes que lleva a la isla de Saint-Louis, apenas queda oxígeno en el coche.

—Estaremos allí en un minuto —dice Carmine—. La dejo en la entrada.

10
Dirty Dancing

Cara a cara, y una mierda. Pinchada en un palo, me atrevería a decir.

Tan pronto como me planté frente a este palacete del siglo XVII rodeado de *paparazzi*, comprendí la magnitud del malentendido. Llevo casi dos horas emborrachándome de decepción y de alivio en el tercer piso, petado de gente, en una fiesta tan VIP que he tenido que dejar el móvil en la entrada y firmar la tira de documentos de confidencialidad.

La música sigue a todo volumen. Siento vibrar las molduras en mi espalda y a mi alrededor los invitados bailan dispuestos a hundir el parqué. Gritos, vítores, aplausos. Reconozco *Mommys Home,* uno de los temas más famosos de Red Dump. Cómo no. Aquí es su fiesta ultraprivada, con ellos. Los Red Dump, el «Vertedero Rojo», de gira esta semana en París, donde tocarán en el Estadio de Francia.

«La progenie demente y convulsiva de Led Zep y el punk metalcore», proclamaba emocionado un colega de *Technikart* recientemente.

Pues qué bien, pero yo no venía a eso. Me la trae al pairo. No era mi intención ver a la flor y nata de la escena rock estadounidense profanando una decoración de museo. O ni eso, porque al parecer me perdí el pase privado.

Hace un rato, Red Dump tocó algunos temas en el salón principal, solo para un selecto grupo de invitados… ¿Estaba Ben Whyte entre ellos?

Vaya usted a saber. No me quedan suficientes neuronas para jugar a «Dónde está Wally» a tamaño real.

Pasa un camarero y cojo al vuelo otro cóctel de su bandeja. Y luego otro. Con un montón de gominolas azules flotando en la copa. Si bizqueo lo suficiente, me veo la punta de la lengua. Parece que me he comido un pitufo.

Mi nueva amiga también coge uno. Brindamos. Me recuesto contra su brazo y le pregunto:

—¿Por qué no eres Ben Whyte?

Como quien oye llover; hay demasiado ruido. Y no es que esperase una respuesta. No habla una palabra de francés y de inglés lo justito. Solo sé que se llama Mia. O Lia… ¿Sia, como la cantante?

Zia juguetea con mi pelo y articula:

—*Biutiful*.

Se ríe, mostrando unos dientes adorables e inmaculados y, sobre ellos, una fina línea de encías azules.

Creo que ella tampoco conoce a nadie aquí. No me extraña. Esta chica todavía era menor de edad el lunes pasado. Deberíamos mandarla a casa con su madre y darle una azotaina.

Una preciosa y famélica cabecita, ahogada en un peinado afro a juego con sus pecas cobrizas.

—¿De qué país eres, Xia? —me desgañito, poniéndome de puntillas. Enrolla uno de mis mechones en torno a su dedo índice. Me ha tocado una fetichista del pelo.

—*Model.* Yo, *model*…

Ya veo, pero no te preguntaba eso, Ria. No hay que ser un lince para ver que no trabajas en la policía.

Ni tú ni tus amigas, que saturan el aire con la mezcla de sus perfumes, tan densos como ellas ligeras, delicadas, irreales. Nunca había visto tantas modelos fuera de una revista. Un pueblo de seres espectaculares y sedosos, de todos los colores de la paleta cromática de la belleza.

A ver, ¿qué coño sigo haciendo aquí?

La conocí en el gran salón de la planta baja, intentando llegar al bufé.

Aspiramos helio con pajitas en unas extrañas burbujas de plástico. Una atracción pueril muy de moda, que te cambia la voz durante unos segundos. Aspiras una bocanada y suenas como Donald. No Trump, el otro.

Luego descubrimos las bebidas de verdad. Cambiamos de salón. Atravesamos varios pasillos. Subimos escaleras. Nos cruzamos con una comparsa de parásitos colocándose y soplando el humo en las narices de las estatuas, riéndose en las barbas de los viejos retratos al óleo enmarcados en oro. Gritan, se magrean, gesticulan. Colman las molduras como termitas de lujo y se desploman en racimos de diez sobre otomanas antaño diseñadas para dos nobles posaderas, tres a lo sumo.

Y en todas partes, en el cristal de las mesitas de café o en el revellín de las chimeneas, carburante para las fosas nasales. Estos fantoches esnifan más polvo blanco que una quitanieves de Saboya.

El suelo se inclina, me recuesto contra la pared.

—¿Te gusta? —me pregunta Kia de repente.

¿Eh?

—Fergus. A mí me encanta.

Ah, ya, Fergus Jones, el cantante y bajista de Red Dump. Tu estrella, no la mía.

Estamos en ese punto de nuestras profundas confidencias sentimentales, cuando un tipo, tan calvo como mi pompis, pero mucho más tatuado (con la palabrita *Manwhore* —o sea «prostituto»— grabada en tipografía cuerpo 72 alrededor del cuello), cae sobre Pia blandiendo un porro del tamaño de una zanahoria mutante.

Sin mediar palabra, se lo coloca en la boca a mi amiga y la obliga a dar unas cuantas caladas. Me pasan el megacanuto.

Un ataque de tos más tarde, don Prostituto y doña Pequitas deciden darse un beso de tornillo a la medida del lugar: histórico.

Después no sé más.

Bailo.

Bailamos.

Mis caderas se arquean, mis manos golpean el aire, mi pelo se despliega.

Está vivo.

Todo está oscuro, los cuerpos apiñados se amontonan como nubarrones de tormenta.

Los bajos retumban en mi pecho.

Trueno.

Apagón.

Resucito de pie sobre una silla.

Mi pulsera se engancha en la camisa. Rasshss y lo olvido.

Bailo.

Bailamos.

La marea de cabezas ebrias, el estruendo de las guitarras.

Un tipo alto me aúpa. Jugueteo con sus rastas, él se ríe, me acomoda en su hombro, me hace girar, me devuelve a mi podio improvisado.

Y Queen bombardea la pista de baile.

Todo el mundo brama.

I Want It All.

Salto sobre la silla, la voy a destrozar. Soy una estrella de rock. La «progenie convulsiva» de Freddie Mercury y un martillo neumático.

Ay, Ben Whyte, si pudieras verme.

I WANT HIM NOW!

Oh.

¡Yo sí que te veo!

Allí, al otro lado de la sala. Atrapado en el tumulto.

El resplandor de un mechero ilumina su rostro un breve instante.

Es él. Es él.

Sostiene el cigarrillo con tres dedos, como un gánster en blanco y negro. ¿Me habrá reconocido?

No creo, porque ha pasado mucho tiempo. Seguro que ha arrancado otros pijamas desde entonces.

Doy saltitos en mi atalaya. Agito los brazos.

¡Yuju! Aquí, Vuesa Merced…

¿Esa sonrisa es para mí?

Ven-ven-ven.

Seguro que mañana me muero de vergüenza. Pero, lo que es ahora mismo, que les den, que yo me desmeleno.

Miro cómo se acerca este hombre que «no existe para nadie» y al que interceptan sin parar. Un tipo le habla y lo agarra por el cuello. Una chica le roba el cigarrillo. Entre los VIP nos permitimos esas familiaridades.

¡No me lo toquéis, hatajo de víboras!

… ¿Y ahora dónde está?

Anda, mira por dónde. Justo debajo de mis narices.

Mamma mia.

¿Y ahora qué? ¿Doy el saltito y hacemos el avión como Patrick Swayze y la otra boba en *Dirty Dancing*? Tentador, pero no ahora.

De momento, él levanta la cabeza lentamente. Me acaricia sin tocarme. Las sombras ascienden por todo mi cuerpo. ¿Cómo se dice en inglés «desnudar con la mirada»? En este esmog de club nocturno, su hoyuelo parece una cicatriz. ¿Ha dicho algo? No logro oír nada, pero es hermoso como una película de piratas.

Me inclino, un poco demasiado.

—¿QUÉ?

Me sujeta por la cintura, mis dedos inseguros encuentran apoyo en su hombro, nuestros cabellos se mezclan, sus labios me rozan la sien.

—Te decía que qué modelito es ese, Peter.

Ya estamos. ¿No se podía venir con vaqueros?

—¿QUÉ MODELITO?

La palma de su mano responde en su lugar. Fugaz pero firme, sobre mi piel desnuda… ¿Mi…, mi qué?

… Mi camisa abierta. Botones arrancados, encaje al aire. Desmelenada y despechugada.

Pero…

¿Desde cuándo?

Agarra los bordes de la tela y los cierra discretamente sobre la lencería.

—¿Qué ha pasado esta vez, Peter? ¿Una entrevista de más?

Muy gracioso.

—ES QUE…

… quiero explicarme, pero el pliegue de su oreja es tan tierno que las palabras se disuelven al contacto.

Pero ¿qué estoy haciendo?

Estoy chupando el pabellón de una estrella. Delante de todo el mundo. Vestida como Hulk y casi tan atiborrada de rayos gamma. Confío de todo corazón en que mañana no recordaré nada de esto.

El lóbulo se escabulle con suavidad.

—Aquí no.

—SÍ, PERO ES QUE YO…

… me dejo llevar.

Me arrastra tras su estela, nos abrimos paso en el mar de cuerpos desenfrenados, cruzamos puertas, subimos unos escalones, retrocedemos, giramos a la derecha, pierdo el norte, pero conservo su mano.

Un corredor polvoriento, iluminado por luces de neón. Sillas apiladas. Un piano vertical destartalado, castigado en un rincón. Tras bambalinas. Un callejón sin salida. Frena bruscamente y me estrello contra su espalda.

Ja sóc aquí. Y aquí me quedo. Solo un segundo, por favor. Mi frente entre sus omóplatos, humm, la verbena recobrada. Ben Whyte, el hombre más confortable del mundo. Un verdadero colchón vertical, con memoria de forma.

Se gira sin previo aviso.

—¿Qué coño hace aquí este trastero?

Me quedo un instante abrazada al vacío. Me atrapa justo a tiempo de evitar que me desplome y entonces lo veo de verdad, por primera vez en toda la noche.

Esos ojos que parpadean. Un poco líquidos, un poco ebrios. Esa sonrisa, un duendecillo travieso, tierno recuerdo de infancia en un rostro endurecido por la luz de neón, la noche y las tensiones inimaginables de una vida insensata.

Todo eso atraviesa las brumas del alcohol y me asombra de nuevo. Para cuando me acostumbre, ya se habrá desvanecido otra vez.

A este paso, acabo en el manicomio.

Mientras tanto, me desmorono contra su chaqueta. Todo es duro y complaciente debajo. Parece tan real. Es como de brujería.

—Eh…, quédate conmigo…

Me arruga como una muñeca de trapo, sus manazas recorren mi destrozada camisa y caen ardientes sobre mis caderas.

Mi barbilla roza el cuello de su camiseta. Me pregunto qué lleva estampado esta vez. Qué grupo de rock, qué monstruosidad mutilada albergo contra mi pecho. Ni de broma me aparto yo para averiguarlo.

Nuestras narices se frotan. Divago sola en su barba.

—No puedo creer que se acuerde de mí…

—¿Quién?

—Ben Whyte.

—Ah. Él. Y tanto que se acuerda… Se alegra de volver a verla. Incluso en este estado.

—¿Qué estado? No estoy borracha… Solo un poco… azul.

—¿Cómo?

—Comiendo.

Le saco la lengua. Él la mira.

Y la devora.

Festín de lengua azulada.

…

No es que vaya por ahí coleccionando ligues en los ambientes festivos. Pero he vivido algunos, incluso sin contar a Fidel. Nunca hasta el punto de olvidar el contexto y menos aún de convertirme en esa clase de animal tenaz, hambriento, dolorido.

Excepto esta noche, con mi presa. Perdón, mi estrella.

Mi cuerpo celeste.

Me subo encima de él, no sé muy bien cómo. Todo se sacude, él ruge.

En un abrir y cerrar de ojos, la palabra *amor* amenaza con convertirse en el complemento del verbo *hacer*. Hurgo bajo su camiseta, chocamos contra el piano, en un gran desorden disonante.

De pronto, él se interrumpe y, alzando la cabeza desgreñada, interroga al cielo:

—Joder…, ¿dónde están las puñeteras habitaciones de esta *fucking* choza?

—Eh, un poco de respeto, Su Inculta Majestad… Que esta «*fucking* choza» se remonta como mínimo a Luis XIV…

—A decir verdad, Su Gracia Desaliñada, me importa un bledo…

Your Raggedy Grace…

Se mueve contra mí. Un balanceo lascivo, pesado, preciso. Clong, clong, aprueba el piano, en un *crescendo fortissimo*. Oigo tintinear su cinturón. Lo siento rebuscar en sus bolsillos… ¿Hemos pensado en las gomitas esta noche?

Gracias a todo el equipo.

La lámpara de neón parpadea. Se apaga, vuelve a encenderse. Me recuerda la atmósfera glauca de *Z-End.*

¿Cuándo atacan los zombis?

Ahora.

—*My man!* Te he estado buscado por todas partes, ¿qué estás…?

El intruso no está mucho más fresco ni más lustroso que un muerto viviente. Se queda en silencio al ver el panorama.

Fergus Jones.

Tan descolorido, seco y huesudo como en sus videoclips. Con vaqueros rotos, una camiseta de tirantes talla infantil atorada sobre el ombligo, un montón de pulseras brasileñas sobre los tatuajes y dos o tres vueltas de un collar de cuero en el cuello, de colgado con estilo.

Quien más quien menos pensaría que se va a dar media vuelta, en plan: ¡Anda, mira!, dos personas como encajadas la una en la otra, seguro que quieren un poco de intimidad.

Pues no.

En tres saltos, está junto a nosotros. Apesta a alcohol, probablemente lo más suave que ha consumido en las últimas horas. Da una palmada en la espalda de Ben Whyte, sorbe por la nariz y me observa rascándose la bragueta.

Jamás volveré a escuchar las canciones de Red Dump de la misma manera.

Ben Whyte, sin embargo, lo encuentra gracioso. Prueba de ello es que se ríe. No parece nada incómodo por la intromisión y me sostiene con firmeza, apretándome contra su pecho.

—¿Quién es? —pregunta Jones.

—Es Peter —responde Ben Whyte.

—¿Se llama Peter? Pues no parece un tío.

Perspicaz, el sátiro.

Dirty Jones se acerca todavía más, me examina con sus ojos pálidos, se demora en mi pantorrilla, que su colega sigue sosteniendo bajo el brazo, como un trofeo de caza.

—Que, no, para nada. Es muy lindo todo eso…

No me lo puedo creer.

—¿Me la prestas?

¿Quéééé?

Ben Whyte me envuelve con los faldones de su chaqueta.

Vaya, menos mal.

Y luego dice:

—Esta vez no, Fergus. Esta vez no.

…

Aprieto con fuerza los párpados cerrados.

Intento moverme, pero un dolor punzante me clava de nuevo a la almohada.

Que resulta ser cálida y acogedora. Como el pulgar que chupo con la avidez de un bebé neurótico.

¿Desde cuándo vuelvo a chuparme el dedo? Desde que no es mío.

Abro los ojos con esfuerzo. Y me encuentro con los de Ben Whyte, hinchados de sueño. Aún es de noche. La luz ambarina de una lamparilla suaviza su expresión fatigada. Su leve sonrisa, semioculta en el edredón.

—*Welcome back, sleepy head*…

Estamos acostados de lado, cara a cara, en el hueco de una enorme cama blanca. Aprieto su mano como si fuera un biberón. Sus dedos libres me acarician la mejilla, la punta de la nariz.

—¿Qué ha pach…

—¿Qué pasó? Te calent… te mosqueaste un poco. Nos insultaste, creo. En francés.

Pero…

—Y luego, *wham, bam*. Te dio un sopitipando. Caíste redonda. Abur Peter.

Wham, bam.

Todo vuelve de golpe. El baile. Los besos. El momento incendio del piano.

Y luego el horrible momento #MeToo. Marianne y los lobos.

Escupo su pulgar.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hora es?

—Tarde. Yo…

—¿Qué hicisteis?

—No, nada. Te trajimos al ala de los dormit…

—¿Trajimos? ¿Quiénes?

Compruebo apresuradamente bajo las sábanas. Como si fuera a sorprender a Fergus Jones a gatas por ahí. Me descubro completamente vestida e incluso más. Envuelta en la chaqueta de Ben Whyte, tres tallas más grande.

—Yo y Carmine, por las escaleras.

El burro delante para que no se espante.

—Carmine, mi…

Tu machaca.

—Ya. Ya sé quién es.

Mi amnesia no llega a tanto. Incluso tengo bonitos recuerdos de la fiesta, allá, con el líder de Red Dump. Su perezoso acento tejano, mientras insistía: «¿Cómo que no, tío?, pero ¿has visto qué buena está…?».

Smoookin'hot.

Las marcadas líneas de sus tendones bajo los cordones de cuero. Un cuello en erección.

«Venga, colega, enróllate y la compartimos…».

Mierda.

Sentarse en la cama es una tortura. Mi cabeza es una auténtica chatarrería. Todo un arsenal de hierros que se agita en mi interior destrozándome los nervios ópticos.

«No, no la compartimos —le dijo Ben Whyte a esa garrapata rijosa—. A ella no».

Mierda, mierda.

Y luego: «Lárgate de una vez. Me estás hinchando las narices. Ve a buscarte a otra…».

Ahí es donde todo se diluye. ¿A otra qué?

Complete la línea de puntos con el vocabulario degradante de su elección.

—¿Quieres beber algo? ¿Un poco de agua mineral?

—No. Quiero irme. Ahora mismo.

Él se incorpora sobre los codos y yo leo y releo el simple «Metallica» estampado en su camiseta.

Siempre es mejor que encontrarse con su mirada gélida.

—Tranquila, eh. Todo está bien. Nunca he abusado de nadie.

Mi calzado está bajo una silla, más allá de su lado de la cama. Parece lejísimos. Nunca llegaré.

Me desquito.

—Ah, no, ya me lo imagino. Todo lo contrario, ¿no? Seguro que vuestros íntimos encuentros de prensa entre colegas causan furor. Apuesto a que hay gente haciendo cola.

Podría trepar por encima de él y alcanzar más rápido mi objetivo. Pero me mira como si acabase de insultar a su abuela, así que prefiero dar un rodeo.

Todo mi cuerpo cruje cuando me agacho para recoger mis botines.

—¿Nuestros pequeños qué?

—Vuestros tejemanejes de degenerados, compitiendo por la carne fresca. El gran bufé libre. ¿Se siente halagada la carne? ¿Da las gracias al final?

No lo he visto levantarse. Es demasiado imponente para ser provocado en un espacio cerrado.

—Te crees que lo sabes todo, ¿no?

—¿Yo? No, qué va. No he estudiado Derecho de Pernada. Ni Orgías Sorpresa e Intercambio de Groupies; no tengo el nivel.

—¡Mierda, Peter! Nadie te intercambió.

—No me llamo Peter. Bueno, ¿cómo coño hago para salir de aquí? ¿Puedo bajar de forma normal o tengo que llamar a la CIA?

Se acerca mientras yo forcejeo con el pomo de la puerta. Su perfume me retiene, pero él no me toca.

—No deberías darle vueltas así.

—¿Qué?

—Al pomo. Es al revés. Daré orden de que te acompañen a casa.

—No, gracias.

Me giro y él da un paso atrás. Le entrego su chaqueta:

—Y no es necesario mandarme a la caballería esta vez. Que me dejen en paz.

—¿Qué caballería? ¿Alguien se ha puesto en contacto contigo desde…?

—Sí, un salmón, eh…, bueno, gente que trabaja para ti.

—Ah, ya. ¡Hatajo de paranoicos!

Sacude la cabeza lentamente.

—No te preocupes, no volverá a pasar. Todos estamos bastante… desquiciados. Yo estoy…

Debería dejarlo plantado ahora mismo. A él, sus largas pestañas, su cabello desgreñado, sus famosos rasgos que ahora parecen más pesados. Pero me quedo en el umbral, esperando saber qué sigue a ese «estoy». ¿Arrepentido? ¿Horrorizado?

—… cansado.

La viva imagen del agotamiento. Con unas ojeras tan oscuras como la entrada de una mina, los ojos enterrados en el fondo. La mano se escapa de mí y se alza sola para acariciarle el rostro. Su mejilla descansa un instante contra mi palma.

Y luego se acabó.

—Lo siento, Marianne. De verdad.

Yo también, Ben Whyte. Yo también.

11
Cumbres borrascosas

—Tome unas cerezas, señora. Son muy fre-qui-ta.

Tumbada bocabajo en mi toalla, solo veo sus piececitos. Dedos diminutos, regordetes y cubiertos de tierra, bien asentados en la hierba. Luego se agacha y, de golpe y porrazo, me embadurna la cara con una pulpa tibia llena de huesos y rabitos.

—Y ya ta.

Mi sobrina Lila ya se aleja, muy atareada y pizpireta, con las bragas torcidas sobre su culito redondeado y armada con una bolsa de plástico todavía llena de munición aplastada.

Es año de cerezas.

Con las piernas a remojo en la piscina hinchable, Charlotte duerme en su tumbona, arrullada por el canto de las cigarras. Se le han resbalado las gafas de sol y parecen un par de narizotas adicionales. Abierto sobre el pecho, el número de julio de la revista *Biba* recomienda al vacío: «Sexo: cómo hacer la dieta del cucurucho, comer poco y follar mucho…».

¡Vaya!, un tema de candente actualidad.

Lila se acerca a su madre. Mete la mano en la bolsa:

—Tome unas cerezas, señora…

Y ¡plaf!

Se arma la marimorena.

—¡Mañana mismo se corta ese maldito cerezo! —vitupera la víctima. Armada con toallitas, intenta atrapar a su hija, que corretea en todas direcciones blandiendo su bolsa. Goliat contra David, que tiene tres años y medio, lleva coletas y ataca en braguitas.

No hay forma de leer tranquila.

Lo intento de todos modos. Vuelvo al capítulo dieciséis.

«¡Si es cierto que yo te maté, persígueme!»[1].

Una mosca minúscula se posa sobre «persígueme». Se frota las patas un instante y luego sale volando como una flecha de ironía en el aire adormecido. Le importan un bledo las *Cumbres borrascosas* y los tormentos de su héroe.

Heathcliff. Su largo gabán. Sus largos cabellos. Ríos oscuros desbordándose en su rostro.

Una foto de la película ilustra la portada de mi libro de bolsillo. Recuerdo esa escena. El viento en el páramo. La fuga de las nubes. Lo ojos ardientes, que la lluvia intenta apagar. Con su redingote al viento, Ben Whyte implora a su amor difunto.

Todavía oigo su voz entrecortada.

«¡No puedo vivir sin mi vida! ¡No puedo vivir sin mi alma!».

¡Pues cállate y muérete, jeremías!

Está empezando a cabrearme tanta exaltación del victoriano de las narices. La señora Bigelot, mi profesora de inglés de primero, no paraba de repetir que *Cumbres borrascosas,* perdón, *Wuthering Heights* (pronúnciese con acento *posh,* dientes apretados, boca en forma de culo de lord) no era una novela de amor. Desde luego que no.

Solo una sucia historia de dependencia.

Lo entiendo mejor ahora.

Había desconectado durante seis semanas. Nada de Ben Whyte. Ni películas ni fotos ni búsquedas en internet. Ni siquiera volví a ver ese estúpido anuncio de café, a pesar de que Jean me dijo que estaba hasta en la sopa.

Y luego me encontré con esta vieja edición manoseada, en una librería de viejo, hace dos días. Un euro la recaída.

La adaptación al cine es de 2016. Su primer Globo de Oro. Estaba más delgado en esa época. Más desgarrado. Cruel como la fiebre. Atractivo como el vacío. Un monstruo romántico. Incluso Emily Brontë lo habría deseado, odiado y aplaudido hasta reventar el corsé.

No quería volver a verlo, pero mira tú por dónde me las arreglé para volver a leerlo. Muy lista. Ahora estoy incubando un humor de noviembre en el Yorkshire.

Normalmente, en casa de Charlotte y Denis nada me afecta. Me encanta estar aquí. Me gusta todo, desde el momento en que me bajo en la estación de tren de Aix-en-Provence. Los abrazos charlatanes. El caos en el coche que me lleva de regreso a Puyloubier, al pie de la Sainte-Victoire: gritos de niños, gritos de hermana, pelos de perro.

Sí, incluso el perro, esa masa de pelaje absurdo llamado Cézanne, porque «él también pinta la misma montaña cada día», se ríe Denis cada vez que lleva a su perro a mear entre las rocas y las matas de tomillo.

Cézanne, que ahora ladra para animar la melé: cerezas, coletas, toallitas, llantos, palabrotas en italiano.

Los improperios de la yaya Giù. La abuela favorita. El bullicioso canal histórico procedente del Piamonte, por la rama paterna. Solo pensar en ella, en sus manos gastadas, en su vozarrón, en su acento, se me abren las compuertas del llanto.

La abuela Giù murió el año en que terminé la secundaria. Hace varias vidas. Es la primera vez en mucho tiempo que se me llenan los ojos de lágrimas.

Maldito Heathcliff.

Me pongo las chanclas y entro en casa.

Me han reservado una habitación solo para mí. Como nuestros padres, que también conservan la mía en nuestra vieja casa familiar, a pocos kilómetros de aquí; no corro el riesgo de acabar en la calle.

Ni de convertirme en adulta algún día.

Incluso Denis me trata como la mayor de sus hijos mimados, so pretexto de que me conoce desde pequeña. Charlotte se casó con su viejo compañero de clase. Y yo gané otra niñera. Una niñera muy masculina, de pelo rizado, cien kilos de peso y casi dos metros de

altura, que ahora mismo está estirando la masa, con los brazos de luchador enharinados hasta los codos.

La cocina huele a tomate, a hierbas, a seguridad y a vacaciones.

—¿Todo bien, Toutoune?

Sí, Denis también me llama Toutoune.

Me quedo en el umbral, azotada por una ráfaga de aire pesado y caliente.

—Psss. Tirando. ¿Cómo haces para estar ahí dentro sin desmayarte?

—¿A ti qué te parece? Si hubiese otra manera de hacerlo… Pero ya te digo yo que la pizza de esta noche no va a querer cocinarse sola.

La pizza de esta noche, los calabacines rellenos de ayer, el tian de mañana. Desde que llegué, este hombre se dedica en cuerpo y alma a la gastronomía. Ojalá le dure, al menos hasta mi próxima visita.

Es una posibilidad remota. Y me remito a las pruebas que yacen al fondo del garaje: dos motocicletas desarmadas, unos esquíes, un banco de carpintero… Denis Auriol, de profesión protésico dental, tiene la manía de las manías. Va por ciclos, una afición desplaza a la otra.

Exactamente igual que su hijo mayor, Félix, de siete años, al que no apodamos «Idefix» por casualidad: el verano pasado tuvo fijación con los trenes. Después de los caracoles, antes de las momias egipcias, los insectos y su actual pasión por las palabrotas. Las palabras gruesas. Muy gruesas.

Casi extrañamos su colección de abejorros muertos.

—Además, tus padres vienen a cenar. Por cierto, tengo que ir pensando en cambiarme, o tu padre volverá a tomarme por un *pacoulin*.

¡Pobre Denis! Incluso cuando solo lleva un bañador, siempre demasiado pequeño, el esnob de mi padre lo toma por un *pacoulin,* la versión meridional del palurdo. Jean-Pierre Corvo, el hijo de inmigrantes italianos que se convirtió en profesor de Historia de las Luchas Sociales en la Universidad de Aix, es capaz de tolerar al

pacoulin en cualquier lugar excepto en los brazos de su hija mayor. No importan los esfuerzos, las sonrisas, las exquisiteces culinarias que haga: este yerno, con su acento capaz de desescamar cabrachos, su pasión por el fútbol, la música ligera a toda pastilla y los implantes de resina, cae en la peor de las categorías: la nada. Ni proleta ni intelectual ni enemigo. «Un gilipollas abstencionista».

No lo digo yo, lo dice mi padre. Bueno, lo decía. Cuando aún albergaba la esperanza de que mi hermana terminara casándose con alguno de sus alumnos, aunque fuese con un cachorro de Léon Blum. Y antes de un sonado sermón furibundo de mi madre sobre la bondad de su yerno, la hipocresía de las élites y no recuerdo qué monje franciscano involucrado de repente en el asunto, con citas incluidas para respaldarlo.

Mi madre es medievalista. Sentimental. E irritable.

Al probar su salsa, Denis se mancha un poco la nariz y me sonríe mostrando dos filas de dientes impecables. Espero que Corvo sénior lo deje en paz por una vez en la vida.

Me pregunto qué pensaría de…

Nadie.

Mi habitación de hermana mimada da al cerezo.

Entre sus ramas más altas, cargadas de escarlata, la Sainte-Victoire frota su árido morro contra el cielo. Mi Montaña natal. La vieja cima de los sueños y el aburrimiento.

Charlotte ha colocado un bonito escritorio antiguo al pie de la ventana. Me instalo allí, con el moño despeinado, languideciendo, aturdida por el calor. Como si acabaran de acariciarme intensamente.

«Su Gracia Desaliñada…».

Bueno, ya basta.

El archivo de Word todavía sigue abierto en mi ordenador. Tal vez podría ir allí y cometer un asesinato. ¿Un espía del Renacimiento? ¿Un refugiado de la Antigüedad? Llevo dos años a rastras con esta historia. Mi gran novela de ciencia ficción. Cuando se me ocurrió,

después de una noche entera de atracón de *Doctor Who,* la idea me pareció demencial.

Un mundo donde el tiempo se ha convertido en un territorio. Donde las «cronorrutas» conectan las épocas entre sí, creando un nuevo orden y nuevos caos, turismo, diplomacia, flujos migratorios. Tráfico, guerras. Cuando pergeñé mi «Código de protección temporal», estaba tan entusiasmada que casi tuve que respirar en una bolsa.

«Artículo 1: Todo contacto deliberado con un ascendiente directo es un crimen contra el *Continuum*. Artículo 2: …».

Nunca redacté el artículo 2 ni los siguientes. No supe qué hacer con mi heroína, una policía especializada en desapariciones —las personas a cuyos antepasados van a matar para borrarlas de la historia. O el arte de empantanarse en un atolladero infinito de paradojas: ¿cómo se puede investigar sobre la ausencia de alguien que ya no existe, que nunca ha existido? Desaparición de la desaparición.

Fuerte jaqueca.

No tengo plan ni trama, apenas un puñado de pálidos personajes secundarios, tan pálidos como extras mal pagados.

Releo mi prosa de esta mañana, donde mi inspectora deambula por la Edad Media y viola las leyes que se supone que debería hacer cumplir: «Gaucher es mi abuelo. Bueno, no exactamente. Digamos que él engendró la larga línea de personas que engendraron a mi madre. Le traigo a escondidas todos los beneficios de mi época: un nórdico, una linterna, antibióticos y un HI DE LA GRAN PUT».

¡Será posible!

En lugar de jugar en el jardín, mi sobrino ha preferido colarse a hurtadillas en la ciencia ficción de su tía Toutoune. Idefix también tiene futuro en la literatura. Es cosa de familia, como con las hermanas Brontë.

---

[1] Brontë, E., *Cumbres borrascosas,* Madrid, Alianza Editorial, 2005.

12
La comedia sexual de una noche de verano

—Riesgo de tormenta… 32 grados… ¡treinta y dos!

No me explico cómo Serge todavía está lo suficientemente fresco como para exaltarse de esa manera.

—¿Os dais cuenta? ¡Treinta y dos grados a las dos de la mañana!

Sí, me doy cuenta. Todo mi cuerpo se da cuenta, desparramado en la cama entre mis dos amigos. De la ventana abierta de par en par no llega ningún alivio. Yo voy por la segunda ducha de la noche y Jean huele a camello muerto. La única luz que hemos dejado encendida es la de mi lamparita de noche, muy tenue. Las demás parecían radiadores.

Desde que volví de vacaciones, toda Francia está en alerta por ola de calor. No vivimos, nos derretimos.

Serge se recuesta sobre los cojines, tan lleno de energía como siempre. No lo entiendo, porque es el más rellenito de los tres. Sospecho que es un androide, como los «cylons» de *Battlestar Galactica,* la vieja serie que decidimos volver a ver esta noche. Horas y horas de deriva estelar, que en ningún caso terminaremos antes del amanecer.

El ordenador está abierto sobre una silla al pie de mi cama. Ya no soportaba tenerlo sobre las piernas. Sentí que mi piel iba a fusionarse con el metal. Serge, en cambio, sigue aferrado a su tema, dale que te pego:

—Cuando pienso en todos esos imbéciles que se niegan a admitir el cambio climático… Me pongo de los nervios.

Como movido por un resorte, Jean se incorpora más tieso que el palo de una escoba, con el cabello rubio pegado a la frente.

—¿Ah sí? ¿Y tú qué haces aparte de admitirlo? ¿Utilizar papel higiénico reciclable? ¿O tal vez renunciar al aire acondicionado cuando estemos allí?

«Allí» es Guadalupe, en Petit-Bourg, donde vive la madre de Serge, y adonde vuelan pasado mañana, para volver quince días al armario. Tres años lleva la suegra fingiendo creer que Jean es el «mejor amigo» de su hijo. Y preparándole una cama solo para él en el sofá del salón.

Serge promete cada vez que será la última.

De modo que, cuando van «allí», siempre hay un poco de tensión.

—Por cierto, puede que estemos al borde del apocalipsis —continúa Jean—, pero lo que estamos sobre todo es a finales de julio. ¿Qué quieres, que nieve?

Es hora de regresar al espacio antes de que las cosas se salgan de madre, nunca mejor dicho.

Así que me apresuro a intervenir.

—¿Pongo el episodio siete?

—Ah, no, me muero de hambre. Mejor esperamos a que lleguen los kebabs.

Porque, sí, en medio de la noche más calurosa del milenio, mientras las aguas suben y los bosques se queman, nosotros pedimos kebabs.

Un último turco antes del fin del mundo.

Serge rompe su silencio visiblemente ofendido:

—¿Y desde cuándo decides tú por los tres?

De repente, tengo un mal presentimiento sobre la maratón *Battlestar Galactica*.

—De verdad, Jean, no veo la relación entre los kebabs y el episodio siete.

—¡Por favor!, que no es el fin del mundo por esperar cinco… —llaman a la puerta— minutos. Ah, ahí está, ¿qué os decía? No os mováis, ya voy yo.

Al instante, Jean se pone de pie, más fresco que una lechuga.

Serge me abraza suavemente para agradecerme el apoyo mientras los cerrojos de la puerta hacen un clic clac al abrirse. Cierro los ojos, arrullada por su caricia.

—Jean, los vales descuento están en la estantería a tu derecha…, delante de los cómics.

Silencio.

—¿Jean? ¿Los has encontrado?

Silencio.

—¿Marianne?

—¿Mmm?

Noto que estoy a punto de derretirme.

—No son los kebabs.

Me giro hacia la puerta.

Y el universo, que tiene sentido del espectáculo y un don para la teatralidad, lanza el primer trueno. O puede que Ben Whyte gobierne los elementos.

Porque es él quien está ahí. En mi umbral.

Otra vez.

Apenas entiendo lo que estoy viendo, a través de los millones de agujas que la emoción acaba de clavarme por todo el cuerpo.

Es una anomalía en esmoquin. Los ojos inyectados en sangre, el pelo muy corto. Como la barba, apenas una sombra en su mandíbula apretada. Una auténtica cara de asesino.

Y frente a él, Jean. Vestido únicamente con unos calzoncillos estampados de amapolas, dominando al intruso por media cabeza y, al mismo tiempo, sin dominarlo en absoluto.

Un relámpago ilumina la escena.

Ben Whyte sonríe. Lo único glacial en los alrededores, aparte del frigorífico.

Y yo, que veo lo que él ve: Peter pasándoselo en grande en ropa interior húmeda, con sus dos sementales casi desnudos. Desparramada sobre el gordito, esperando al flaco.

Todo esto solo duró unos segundos. Apenas habríamos tenido tiempo de pronunciar «Nueva Zelanda» completo. Aunque, claro, ni

lo intentamos.

Y se larga con viento fresco. Es un decir.

Sus pasos resuenan en las escaleras. Uno, dos, tres, cuatro… El quinto queda ahogado por un trueno.

Jean dice:

—Era…

Serge no dice nada. Ya no existe. Ha abandonado temporalmente su acogedora envoltura terrenal en calzoncillos a rayas.

Me levanto de un salto para cerrar de un portazo. Echo el cerrojo.

Jean dice:

—¿No era…?

Vuelvo a abrir de golpe y salgo corriendo al rellano.

Fuera, la tormenta lanza un último aviso.

Alcanzo a Ben Whyte entre el segundo y el primero. Se gira, me detengo unos peldaños por encima de él.

El temporizador hace clic, y ¡zas!: oscuridad.

—*Dammit*…

Un frufrú de tela, efluvios de alcohol. Yo diría que está borracho como una cuba. Tamaño *kingsize*. A esta distancia, si estuviera algo más puesta en whiskies, casi podría identificar la marca y la añada solo por el olor.

Un vivo destello me deslumbra. Apunta la luz de su teléfono hacia mi cara y el escote de mi camiseta de tirantes. La luz danza sobre mi vientre, mis muslos, vacila hacia mis pies descalzos y rueda hasta sus zapatos.

Lo oigo respirar profundamente. Creía que nunca volvería a estar tan cerca como para eso. Lo oigo respirar y yo me ahogo. Me estremezco. Soy una aberración climática.

Comienza a bajar de nuevo. Iluminado desde abajo, como la atracción del tren fantasma. Su hermosa voz de actor llena la oscuridad:

—Vuelve a casa, Peter. No hay más que hablar. Buenas noches.

Cómo que no hay más que hablar, de eso nada, monada.

—Espera…

Los pasos se detienen de nuevo, el móvil se apaga.

—¿Por qué? ¿Quieres presentarme?

—No, esto no es lo que…

¿No es qué? ¿Lo que parece?

Recapitulemos: estoy en el hueco de mi escalera, en plena noche y en paños menores, jugando a «Cielos, mi superestrella» con un famoso desconocido. Sí, un desconocido, salvo por un par de locuras. Una sombra en esmoquin. A 32 grados si el señor Celsius no se equivocó con las medidas.

Todo normal.

—No hemos… Es que no podíamos más, hacía, ejem, tanto calor… que nos quitamos algo de ropa…

Inténtalo de nuevo, Toutoune.

—Es solo que… Es porque queríamos aguantar toda la noche…

Segundo intento fallido. ¡Socorro!

Lo escucho reír.

—Ah, bravo, prueba de resistencia. Gracias por la aclaración. No, en serio, eso lo cambia todo. Entonces, ¿te parece que suba y eche una mano?

¿Está de coña?

El tío aparece de la nada después de dos meses, disfrazado de pingüino fuera de temporada, ¿y soy yo quien capea el temporal?

—Pues claro, ¿por qué no? Sube, entonces. Una idea genial. ¿Te gusta el kebab? ¿La ciencia ficción?

¿Cómo se atreve?

De repente, experimento toda la fuerza motriz de la expresión «salir de sus casillas». Bajo tres escalones sin darme cuenta siquiera.

—Pero te advierto que te llevarás una decepción: lo único que manoseamos ahí arriba son deuvedés. Mis amigos tienen menos talento que los tuyos para las actividades de grupo.

Con la frase siguiente, estamos casi cara a cara. Siento su calor de destilería, percibo el ligero desequilibrio de su cuerpo. ¿Y si se cae por las escaleras? Ya estoy viendo los titulares:

«Marianne Corvo, la chica que se cascó a Ben Whyte».

—Y, además, no tengo por qué darte explicaciones, joder.

—Tienes razón, Peter. De acuerdo. OK. Te creo.

—Me la pela lo que creas o dejes de creer.

—Sí, Peter.

—A ti esto no te incumbe.

—No, Peter.

—Aunque me tirase a un equipo de fútbol completo…

—Peter…

—Incluidos los suplentes…

—¿Peter?

—El entrenador, las animadoras, el utille…

—¡Peter!

—…

—Tengo unas ganas locas de besarte.

…

Y el trueno estalla como una bomba.

El pasamanos vibra, la madera tiembla. La lluvia golpea contra los ventanucos de los rellanos, aislándonos en su efervescencia oceánica.

Sus dedos me buscan, me rozan. Se frenan.

—¿Puedo?

—… Sí.

Solo una sílaba. La última en una mente desierta. El resto de mis pensamientos, un amasijo de limaduras, afluye a la frontera de mi piel hasta ese imán humano. Esa palma que de repente hace que mi nuca se incline. Esa boca que se entrega, fruta bañada en alcohol.

Pierdo un escalón, tropiezo con mi estrella, chocamos con la pared, nos maltratamos contra ella y ahí nos quedamos. Soldados, encarnizados, deshonestos. Me pregunto si siempre es así cada vez que besa a alguien. Si siempre se descontrola tan rápido. Si siempre es tan bueno.

—*Oh, God* —murmura.

Su camisa está empapada de sudor, su mentón es como papel de lija. Bajo el algodón, sus caricias se vuelven peligrosas. Completamente inapropiadas para un lugar público. Aunque sea de noche. Aunque sea durante una tormenta.

Un vacío en la oscuridad. Diluvio. Rugidos. Todo se contrae y se dilata…, y después lanza una frase que deja atrapada entre mis dientes.

—¡Joder! ¿Qué estoy haciendo aquí?

What the hell am I doing here?

Eso sí, esto lo dice sin dejar de abrazarme, de sentirme, de tocarme.

Me aparto. Solo un poco.

—Yo no te pedí nada.

—Lo sé.

—La última vez, creí…

—Yo también.

—Fuiste…

—Un gilipollas.

—No pensé que volveríamos a vernos.

—Yo tampoco. Dios sabe que tengo otras cosas que hacer.

No sé cómo se dice *gañán* en el *Robert & Collins* del orgullo herido, pero hoy sin falta lo averiguo.

Me retiene. O a lo mejor simplemente se apoya en mí para no caerse.

—Por cierto…, ahora mismo, aquí donde me ves… —a decir verdad, no veo un pimiento, salvo el espectro de un rostro—, no estoy en Francia.

O yo ya no entiendo inglés o tiene una tajada como un piano.

—¿Ah, no? ¿Y dónde estás, si puede saberse?

—Estoy saliendo de ese maldito estreno. *Roaring Twenties*…

El resto se pierde en el estruendo de la tormenta. *Roaring Twenties*. Es el gran espectáculo musical de moda, basado en los locos años veinte. Leí algo al respecto. Polémica, sexo y provocación.

Todo el mundo estaba en pie de guerra antes incluso de que empezase la producción.

Al parecer era esta noche. En un teatro del West End.

En Londres.

Ah. Viene de Londres.

—Todas aquellas morenas guapísimas, en el escenario, bailando, rasgando sus medias…, dándose cachetes en el trasero…, masturbándose en sillas…

El espectáculo parece… subidito de tono.

Tan subidito que aquí el quídam cruzó el canal de la Mancha —y no en Eurostar, a no ser que se teletransportase— solo para compartir sus impresiones.

—¿Masturbándose?

—En sillas. Dos chicas por silla. Ahí fue cuando me afectó.

—¿Te rasgaste las vestiduras?

Se ríe un poco.

—No, Peter. Te vi a ti en su lugar.

—¿En lugar de las dos?

—En lugar de todas. Hasta el final. Todo el tiempo. Incluso después, en la *party*…

The Party… Ya. *El guateque*. Se montó una película. Con Peter Sellers. Conmigo.

—Así que… improvisé.

Está claro. No entiendo una palabra de inglés. Ni de francés. Ni de ninguna otra lengua, aparte de la que quiere lamer cada palabra que pronuncia.

—Verás, Peter, es raro… Normalmente, no imagino nada. Casi nada… Hacía mucho que no… —su pulgar se pasea por mi mejilla, entre mis labios— fantaseaba tanto.

El feroz beso que sigue es cortesía de Emily Brontë.

Oh, los mordiscos de Heathcliff.

El temporizador hace clic y, ¡zas!: la luz vuelve a encenderse.

Oh, los pasos del repartidor.

El tufillo grasiento de carne chamuscada que sube desde los pisos inferiores es cortesía de «Chez Mehmet, el rey del kebab». Su alegre emisario, a juzgar por el enérgico chapoteo en las escaleras (el ascensor, por no variar, sigue fuera de servicio), no está muy lejos, ni muy seco. «¡Me cago en sus muertos!», lo oímos jadear claramente, justo debajo de nosotros.

Si Carmine —o uno de sus clones— está montando guardia abajo, lo hace de puta pena.

Ben Whyte se tensa. Intercambio de desconcierto mudo, con subtítulos.

—¿Dónde podemos escondernos?

—En ningún lado.

—Pues volvamos arriba, rápido.

—Demasiado tarde.

Esconde su rostro en mi cuello, lo tapo con mis brazos y esperamos.

—Que le den por culo al chollo, estoy hasta los co…

Y colorín colorado, el tipo nos ha encontrado. Intenta pasar como si tal cosa. Es un zangolotino con pantalones cortos, totalmente empapados por la lluvia. Muy joven. Casi un adolescente. Cargado. Cansado.

—Ejem, buenas noches.

Y educado, habida cuenta.

Respondo algo confuso, por encima de la cabeza del tipo cuyas pelis el chico seguramente piratea los fines de semana con sus coleguillas.

Avance incómodo.

Pasa a nuestro lado y siento la risa de Ben Whyte sobre mi piel. Está demasiado borracho para estas tonterías. Va a explotar. El chaval lo reconocerá. Acabaremos todos en Facebook. TikTok, Instagram. En *¡Hola!* En la picota. En la hoguera pública.

Opto por un discreto puntapié en el tobillo. Es peor el remedio que la enfermedad, porque desencadena un gruñido cavernoso. El

repartidor, que estaba a punto de alcanzar el rellano del segundo piso, se detiene.

Maldición.

—¿Le pasa algo al señor? ¿Qué tiene?

Lo que tiene es una tajada como un piano. Y ya te digo yo que no se le pasa.

—No, no…, no es nada. Solo está un poco… cansado.

—Ah, vale.

Venga, porfa, que se vay…

—¡Ah!, señora…

Vaya. Pues no. Pesadito el chaval.

—¿Sabe para quién es el pedido? Porque tengo el piso, pero no la puerta.

Para quién va a ser. Para el tragaldabas de Jean, que nos ha metido a todos en este berenjenal con sus antojos nocturnos. Estiro un poco el cuello tratando de no exponerme demasiado:

—Humm, sí, huy, es el cuarto derecha, lo están esper… ¡Ay!

Ben Whyte acaba de morderme la clavícula.

Y otras voces resuenan en las escaleras. Los refuerzos han llegado. Gracias, Dios mío.

—¡Somos nosotros, los de los kebabs! ¡Aquí! —se apresura a decir Jean—. Ya nos íbamos. Hala, venga, joven, que ya bajamos todos juntos. Sí, sí, nosotros también. Ahora mismito. Deme eso, que ya le pagamos abajo.

13
Sleeping Beauty

Escena nocturna de interior. Miro su mano soldada a la mía. Ese anillo tan sencillo que lleva en el meñique. Un simple aro de acero, incrustado en la carne.

Una joya sin valor que nunca se quita. Tiene que tener un valor sentimental. No hay otra explicación.

No pega nada con su estilo.

¿Y qué sé yo de su estilo?

Masculino singular. Suave al tacto. Fundente bajo la lengua.

El resto lo comparto con cualquier página de fans. Títulos, fechas, citas. Destellos brillantes, alfombras rojas, recortes de prensa. Un *collage* cubista de imágenes excitantes.

Todo está en línea, excepto el calor de su cuerpo.

Suspira sobre mi cabello, sube sus rodillas detrás de las mías y me envuelve en sus brazos. Nos plegamos juntos. Reverencia horizontal. Voluptuosidad envuelta en el sueño.

A eso se le llama hacer la cucharita.

Nunca he sabido por qué, pero da hambre.

Me quedo así, acurrucada, mirando los desperfectos en la pared, al borde de la cama: un resto de cinta adhesiva, un rincón donde se desconcha la pintura, testigos obstinados de lo cotidiano. La lámpara mortecina, la tormenta que no deja de refunfuñar y hasta el *staccato* familiar de la lluvia: todo conspira para convencerme de que esto es aquí y ahora. De que él está realmente aquí, en lo más profundo de mi noche.

Solo un hombre que duerme.

Cuando subimos a casa, él tenía otros planes. «Voy a hacerte el amor, Peter…», declaró con esa solemnidad húmeda tan propia de los borrachos.

Un tráiler magnífico, mientras me hacía girar en el edredón, frotaba su nariz entre mis omóplatos y se deslizaba hacia abajo, pesado y sedoso. «Humm, Yuadoro…», añadió, en un francés principiante, con un susurro incendiario. «Yuadoro Tukiu».

¿Tokio?

Los japoneses estarán encantados.

… No. Olvida el acento, Toutoune.

Me encanta tu cu…

Vale, ya entiendo. Amigos de la versión doblada, buenas noches.

Y luego nada más. Aparte de un ligero ronquido. Aquí yace Ben Whyte, fulminado por sus proezas lingüísticas.

Insoportable esta fiesta de pijamas. Sobre todo, si te toca el papel de almohada. Me levanté. Bebí un vaso de agua. Dudé si volver a vestirme y bajar a respirar la noche, probar la lluvia. Tomar aire.

Desistí.

Ni puñeteras ganas de encontrarme con Carmine. O con un paciente coche negro de cristales tintados.

Y vaya usted a saber qué más.

¿Cómo se puede vivir en el centro de esa monstruosa atención? Por todas partes. Todo el tiempo. Este tipo es el ojo de un huracán. Un peligro público.

De pronto, me doy de bruces con la realidad. Su deseo me expone. Su mera presencia me expone. De repente me veo señalada, exhibida, despellejada en los tabloides de todo el mundo. Linchada por los fans. Todo por un impulsivo que duerme la mona en mi cama. Que se cansará de las delicias de «Tukiu» con el primer canto del gallo.

Su teléfono ha vibrado varias veces en el bolsillo de sus pantalones negros, que sigue llevando puestos. Ni siquiera se ha quitado los zapatos.

Con la yema del dedo índice sigo una vena azulada y prominente. El camino de la sangre, hasta la muñeca. Su brazo se despliega bajo la caricia. Un gesto grácil, un esbozo de danza, derviche acostado. Apoyo la mejilla en él.

Así es como se acaba adormilada en el hueco de una cuchara, en el rosa descolorido de un amanecer ya tórrido.

…

No duermo. Sueño.

Sueño con Heathcliff. Sueño que incendia el cielo. El páramo, el mar de Irlanda. Heathcliff sueña conmigo. Con todo lo que puede tomar. Se ahoga en mi pelo.

Me despierto lamiendo sus pulsaciones, bebiendo su sudor, su rudo olor a esfuerzo, a animal salado. Él me acaricia la cabeza, como quien calma una pena. Como si quisiera consolarme por todo el placer que nos infligimos. Me aferro a él, lo absorbo, busca mis ojos, aparta mechones, me sostiene la frente. Su mirada verde me eleva. Y todo se vuelve blanco.

Después, creo que volvimos a dormirnos.

…

«… Sin azúcar. En una taza de verdad… Y Tylenol. Lo que sea, cualquier cosa que parezca aspirina. No, en el coche. Diles que bajo. ¿Cómo? Bueno, ya se le pasará».

Ben Whyte está de pie. Vestido de nuevo, sobrio. Se ha remangado la camisa hasta los codos y habla por teléfono mientras roza mis estanterías. El sudor le dibuja una V casi perfecta en la espalda.

Me incorporo para verlo mejor, en un contraluz cegador y migrañoso. Fuera, los ruidos de una obra martillean el final del recreo.

«Pues no, no he desaparecido, joder. Estoy en Londres en dos horas».

Definitivamente, es capaz de teletransportarse.

Mientras tanto, juguetea con los objetos, sin darse cuenta siquiera. Un libro. Mis llaves. Un bolígrafo. Mi TARDIS.

«Sí, ¿y qué? Que se joda. Que se jodan todos».

Fuck'em all.

«No les pagan para decirme dónde pasar la noche. ¿Qué? ¿Y por qué no implantarme un GPS, ya puestos? Pues claro que estoy tranquilo, ¡joder!».

Da vueltas a la TARDIS una y otra vez entre sus grandes dedos nerviosos.

«No. Vale, vale. Pero… *shit!*».

La TARDIS, una réplica en miniatura de la cabina telefónica inglesa, la versión de lujo en porcelana azul, pintada a mano, acaba de escapársele de las manos.

Colisión. Se estrella contra el parqué.

Nos abalanzamos. Él, colgando. Yo, derrapando.

Colisión frontal entre los escombros.

Cinco minutos después, me estremezco contra él, al borde de la cama.

—Estás sangrando… No puede ser… Cuidado, escuece… Presiona un ratito el algodón. ¿Tienes tiritas? ¿Tu vida es así todo el tiempo o solo conmigo?

—Es… un poco peor contigo.

—Lo siento mucho, Peter. Por tu rodilla y también por haberte roto ese… chisme.

—La TARDIS.

—¿La qué?

—La TARDIS. «Time and Relative Dimension in Space». No es una cabina telefónica de verdad, es…

—¿Un bibelot hecho añicos?

—La nave espacial del Doctor.

—*¿Doctor Who?* ¿La serie inglesa?

—Sí. Lo sé, es ridículo… Estoy enganchadísima.

Respondo más avergonzada que si le confesara una pasión fetichista por los calcetines sucios.

—¡Ah, vaya! ¿Tanto? Estoy celoso.

No debería decirme esas cosas. Ni siquiera en broma. Ni mirarme con esa ternura hasta ahora inédita. Intimidante.

Con la punta de los dedos me recuerda que tan solo llevo unas gotas de alcohol de noventa grados. La Marylin del botiquín.

—Una TARDIS también sirve para viajar en el tiempo… —susurro, derritiéndome bajo la caricia. Como si eso explicara mi pequeña colección de frikadas inútiles. Como si eso pudiera retenerlo durante una o dos horas más.

O hasta el otoño.

Se aparta con suavidad.

—El tiempo… A veces me gustaría borrarlo. Pero es un lujo que no puedo permitirme.

La mañana lo maltrata un poco, lo carga de sombras románticas. Menos perfecto, pero aún mejor. La melancolía marchita de un marinero en tierra. Fin del permiso.

—No estoy muy… disponible. Me esperan en Londres y…

Y nada. No hace falta insistir, nadie te ha pedido en matrimonio. De todas formas, duele un poco, así que me refugio en el sarcasmo.

—Perfecto, yo tampoco. Me esperan en la panadería.

—Marianne…

—Los dos tenemos prisa, así que…

—Quiero quedarme, ¿sabes? Pero…

—Adiós, Ben Whyte. Gracias por el paréntesis.

Duda en la puerta, en esa frontera entre la presencia y el recuerdo. Jamás recibí una sonrisa igual, teñida de la ceniza del adiós.

—*Bye, sweet doctor.*

Una máquina de borrar el tiempo.

No pensé en ello de inmediato. Muy pocas horas de sueño, demasiadas emociones encontradas.

Se me ocurrió dos días después, mientras bebía una copa de vino blanco con Fatou bajo los árboles de la plaza Sainte-Marthe, en el barrio de Belleville. Ella acababa de volver de vacaciones. Fui a

buscarla a la estación. No había llegado al final del andén cuando ya me lanzaba sobre ella como una leona sobre un estanque de ñus.

Pobre Fatou.

Llevaba horas escuchándome, con su enorme maleta encajada entre nuestras piernas. Un único tema de conversación, masculino y barbudo, con todo lujo de detalles. Incluso los más húmedos.

Jean habría explotado.

Fatou no.

Jean me habría señalado que, a pesar de su fabulosa notoriedad, mi famoso amante se había pirado al amanecer como un casanova de tres al cuarto.

Fatou no.

Jean me habría prohibido formalmente enamoriscarme, so pena de privarme de kebabs hasta el año que viene.

Fatou no.

Y, luego, Jean habría intentado cambiar de tema, por todos los medios posibles, incluido un puñado de cubitos de hielo en el cuello. Lo sé de buena tinta. Lo tiene muy ensayado.

Fatou no.

Pero Jean se aburre como una ostra en el sofá de su suegra, a miles de kilómetros de aquí. Al contrario que Fatou, esta enorme bañera de ingenuidad benevolente en la que yo chapoteaba con ardor.

—¿Y te he dicho que se olvidó su chaqueta? Desde entonces duermo con ella. ¡Huele tan bien! Es ridículo, lo sé.

—No, para nada; es lo más.

Ya era «lo más» las primeras tres veces que le había hablado de ello y, sin embargo, ni siquiera parecía molesta. Es un encanto, la adoro.

—¿Y si no hubiera estado en casa? Él no podía estar seguro de encontrarme allí…

—Pensó que por ti valía la pena correr el riesgo.

No cabe duda de que eso suena mucho mejor que «demasiado borracho para pensar».

—¿Y sabes una cosa?, tan pronto como nos tocamos, parece como si mordiese por todas partes a la vez… Nunca había experimentado nada parecido con nadie.

—¿Ni siquiera con Maxime?

Maxime. El guerrero tatuado de la Facultad de Periodismo, exprometedor reportero de guerra, hoy redactor jefe del sitio InfoGuauguaus.com. Maxime. Tres meses tórridos, los seis siguientes en un mar de clínex.

Tenemos el pasado que podemos.

—Comparado con él, Maxime es un torneo de Scrabble en una residencia de ancianos.

—Entonces, está cantado. Volverá.

—¿Maxime?

—No, mujer… Ben W… Ejem… —miradas furtivas a nuestro alrededor—, nuestro común amigo.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

De ilusión también se vive. Pero la fe de Fatou es como una droga.

Solo una dosis más y luego lo dejo…

—¿Aunque no tengamos nada que decirnos ni nada de nada en común? ¿Ni siquiera un hemisferio?

—Por lo que he entendido, os las arregláis muy bien para poner vuestros hemisferios en común…

Risita pícara.

Aunque parezca mentira, su broma me devolvió a la realidad. Demasiado azúcar y demasiada levadura en la conversación. Urgente necesidad de limón con un toque ácido de Jean.

—No. Esto no tiene sentido. Aunque quisiera volver a verme, ¿qué iba a hacer yo con este tipo? Es *Alien,* pero con menos baba. Ni siquiera deberíamos habernos cruzado. De hecho, al final, cuando habló de borrar el tiempo…

Ahí es cuando caí en la cuenta. Los cielos se abrieron. La tierra tembló.

—Mierda, Fatou. Lo que hizo fue…

—¿Qué? ¿Qué te hizo?

—Regalarme una historia. Ay, Dios mío.

Volví a casa prácticamente corriendo. Las ideas encajaban demasiado rápido, ni siquiera podía seguirles el ritmo.

Una máquina de borrar el tiempo. El motor que le faltaba a mi novela estancada.

Una máquina de borrar el tiempo, codiciada por una organización clandestina que busca la igualdad entre todas las épocas. Ni Dios ni amo. Ni antes ni después. Ni guerras ni hambrunas ni epidemias. Aun a riesgo de destruirlo todo.

Y, al frente de esta rebelión, perseguido por todas las policías del mundo, un peligroso idealista de hombros firmes. Y ojos inclinados.

Verdes, por supuesto.

Abrí el ordenador con tanta brusquedad que por poco me lo cargo. Y empecé a escribir.

14
Al otro lado del mundo

Sala de redacción del *Washington Post*.

Ben Whyte está sentado en su escritorio abarrotado de expedientes, vasos vacíos y envoltorios de comida rápida. Está escribiendo un artículo cuando, de pronto, se detiene. Sus gafitas redondas, estilo John Lennon, le resbalan hasta la punta de la nariz…

Y levanta la vista.

Directamente hacia la cámara.

Qué raro. Nunca había visto este plano. Y eso que conozco la película de memoria. *La fuente,* de David Fincher, 2018. Título original, *Whistleblower*. Y un segundo Globo de Oro para mi actor.

Quien ahora parece haberlo olvidado todo: su decorado, inspirado en *Todos los hombres del presidente;* su papel de reportero intrépido; su misterioso informante, que lo llevará a descubrir un complot de escala planetaria.

Por el momento, parece que escudriña la sala de cine a través de un cristal. Me siento descubierta. Sí, yo. El ojo estaba en la pantalla y miraba a Marianne.

Estas son las cosas que una se gana por retozar con una estrella: la requetesabida ETS. Egolatría de Transmisión Sexual. No estoy lista todavía. Demasiado grande, demasiado pronto, apenas ha pasado un mes, desde…

De repente, con toda la potencia del sonido THX oigo:

—¡Vaya! Hola, Peter. ¿Tú también finges ser periodista?

Es mi vecino de butaca quien me despierta cuando me aferro ferozmente a sus bermudas.

«Hey!! What are you doing?», sí, en inglés.

A diferencia de Ben Whyte, allá en la pantalla, el completo desconocido cuyo muslo acabo de estrujar es un auténtico ejemplar de la prensa estadounidense. La sala está llena de ellos. La ciudad está llena de ellos.

Festival Internacional de Toronto. El mayor mercado cinematográfico de este lado del mundo.

A comienzos de septiembre, todo Hollywood despide el verano en Canadá, en unas pocas calles del *downtown* encajadas entre rascacielos. Durante unos días de caos gigante. Y cientos de películas. Y casi tantas estrellas.

Y yo.

Molida por el desfase horario.

Me duermo frente al teclado, en el centro de prensa donde intento escribir el resumen del día para el sitio web de la revista. Me duermo contra la ventana de la habitación de mi hotel, en el décimo piso con vistas a la torre CN. Me duermo en los taburetes del Smoke's, el establecimiento que «atasca las arterias desde 2005», según reza el cartel pegado en la entrada.

Y, por supuesto, me duermo en el cine.

Anoche me perdí la mitad del próximo western de los hermanos Coen, presentado aquí en primicia mundial. Cuando desperté, una crítica del *Washington Post* —el auténtico, según su credencial profesional— me informó de que estaba roncando.

El festival de la siesta humillante.

Y ahora, aquí estoy, agrediendo los pantalones cortos de otro yanqui acreditado solo porque gestiono mal el reciente giro mediático de mi recorrido erótico.

El festival del sueño más tonto.

Y, además, pierdo el tiempo viendo una vieja película de Ben Whyte, en lugar de «tomar el pulso a las novedades», como exige BTT.

Descubrí *La fuente* por casualidad en un programa especial de homenajes, en medio de una agenda de proyecciones tan

voluminosa como una guía de teléfonos. No pude resistirme. Sobre todo cuando entendí por qué volvían a proyectar la película este año.

El azar, a veces, es generoso.

Esta noche tengo una cita con Él. Aquí, en Ontario, y no en una pantalla. Nos encontraremos en el Glenn Gould Studio, a las ocho en punto.

Él, yo y otros trescientos treinta y nueve tipos.

El Glenn Gould Studio es una sala con aforo para trescientas cuarenta personas.

Cada año acoge prestigiosas clases magistrales abiertas al público, con el título genérico «De charla con…» Angelina Jolie (anteayer), Tim Burton (este viernes). Y hoy…, hoy es el turno de Ben Whyte.

Ni de broma me pierdo yo esto por «tomarle el pulso» a *Sex-Pustule,* la «comedia gore no futurista» (palabras textuales del programa) que proyectan en el centro a la misma hora.

Lo siento mucho por BTT.

La fuente está llegando a su fin. La policía secreta acaba de cargarse con un tiro en la nuca al periodista, Ben Whyte.

Cada vez me excita menos su manía de estirar la pata a cada rato. Tal vez porque tengo debilidad por este personaje: encantador, caótico, obstinado. Más denso y más ligero que los demás. Cada vez que vuelvo a ver la película, es como si volviese de un funeral.

Salgo de los multicines y me dejo arrastrar por el bullicioso caudal de los espectadores, que fluye por entre las abarrotadas terrazas hasta King West, la arteria peatonal del festival, bordeada de fachadas vertiginosas y viejos teatros rococó que el atardecer tiñe de rosa.

Sentado en medio de la multitud, entre aromas de azúcar y palomitas, un tipo toca jazz en un piano público de colores abigarrados. Me quedo un rato a escuchar al pianista, que se cree Thelonious Monk.

De algún modo tengo que matar el tiempo antes del reencuentro.

Reencuentro unilateral, dicho sea de paso. Ahí radica el interés del asunto: acechar su presencia. Sin ser vista ni reconocida, escondida entre el público de la sala.

Solo un último placer discreto.

…

¡Rayos y truenos!

La acomodadora acaba de colocarme en el «sector de la prensa». Encajada en mitad de la segunda fila, justo enfrente del escenario, donde dos sillones vacíos se alzan frente a un telón negro. En medio del bullicio de los espectadores que se acomodan, empiezo a inquietarme.

¿Y si me descubre?

¿Y si cree que crucé el océano solo para pegarme a él como una lapa? A lo mejor cree que soy como aquella fanática pirada que hace dos años consiguió que la contratasen en un rodaje solo para poder esconderse desnuda en su camerino.

Calma. Respira. No estás desnuda. No estás sola. No corres peligro.

Intento distraerme escuchando a mis dos vecinas de la derecha. Voces formadas, maduras. Un pelín esnobs. Acento de la costa este. ¿Boston? ¿Nueva York?

—¿Lo has entrevistado alguna vez?

—No me lo recuerdes. Corramos un tupido velo. Odioso, hermético… Una auténtica pesadilla.

—Pues a mí me dijeron que se había calmado un poco. Sobre todo desde que está con esa actriz de Bollywood, la…

—Eso es historia, querida. Ponte al día. Se terminó hace mucho tiempo.

—Vaya, no me digas. ¿Y con quién se acuesta ahora?

¡Hala!, sin cortarse. ¿Cómo se acostumbra uno a esto?

—Tengo un amigo en la Universal. Lo siento, no puedo decirte quién es…

Mierda, ¿por qué susurra?

—Pero, según él, Ben Whyte está con Colorado Black.

¿«Colorado»? ¿Qué clase de seudónimo de cabaretera es ese? ¿Un homenaje a su lugar de nacimiento? ¿Acaso yo me llamo Provenza Corvo?

—Black and Whyte… Tiene gracia. Muy apropiado para una pareja de cine. Pero no me lo trago.

—¿Por qué?

—A ver, Lauren, que la tía tiene cincuenta años por lo menos.

—¿Y qué? Es una gran productora. Una mujer poderosa, segura de sí misma, carismática… ¿Prefieres que se tire a una joven e idiota?

Y tú, Lauren, ¿a quién «prefieres» tirarte? ¿Sabes lo que te dice esta idiota? Me gustaría verte a ti, si algún día, en el autobús, en la peluquería o en Times Square, un desconocido comentase tu vida sexual con semejante desparpajo.

Me dan ganas de frotarme todo el cuerpo con un guante de crin.

Menos mal que se apagan las luces, Lauren se calla y empieza la función.

Un famoso crítico estadounidense, Todd Horovitz, es el primero en subir al escenario. Tenemos que aguantar su pequeño discurso introductorio, antes de… —*«Ladies and gentlemen, please welcome…»*— el tipo que me comió la boca en la escalera de mi edificio. Que me acarició con alcohol de noventa grados. Que me dijo: «te voy a hacer el amor, Peter», y me lo hizo como nadie.

Sí, el mismo que viste y calza. Lo que viste es una camiseta horrorosa, como siempre. Un homenaje a los Cruel Old Cannibals y su logo repulsivo, algo entre un nido de serpientes y un intestino enfermo.

Cerrada ovación del respetable.

La estrella estrecha la mano de Todd Horovitz y ambos se sientan. Ambiente relajado. Como si no tuvieran trescientos cuarenta testigos. Como si el invitado mágico no acabase de cambiar hasta la densidad del aire, con oleadas de trance y sofocos.

—¿Cómo era el barrio humilde de su infancia?

—¿En mi casa, en Auckland?

GÑÑÑIIIIIIHH…

Tremendo chirrido de acoplamiento. Un técnico entra corriendo y cambia el micrófono. Ben Whyte frunce el ceño, le da unos golpecitos al nuevo y se toma su tiempo para responder:

—¿Quiere que le cuente un secreto?

—Sería un honor.

—Pues fíjese que hasta había agua corriente. Ah, sí, e incluso electricidad.

El público prorrumpe en carcajadas.

«Tan borde como siempre…», murmura Lauren a mi lado.

Ben Whyte, por su parte, se arrellana cómodamente en su sillón.

—Siento haberlo decepcionado, Todd… Era solo un barrio modesto, ya sabe. Muy popular. Nada especial.

Punto y aparte.

—¿Y qué impacto tuvo ese entorno un tanto… difícil… en su educación?

Los tiene bien puestos el tal Todd. O a lo mejor no recibió la info sobre no tocar temas personales.

—Oh, nada grave. Solo vendía un poco de crack para pagarme el cole.

Auuuuch.

Nueva ronda de carcajadas.

El otro no se deja intimidar. Todo un héroe de la prensa libre.

—Hablando en serio, ¿se podría decir que el pasado impregna su trabajo? Se siente en cada uno de sus papeles una especie de ira… Una intensidad… Que parece venir de muy lejos…

Ben Whyte se inclina hacia delante, luciendo una amplia sonrisa.

—¿Quién sabe de dónde viene la ira, Todd? O qué puede desencadenarla…

Por los pelos, Horovitz.

Último aviso: aléjate de mi infancia o mi puño podría ponerse «de charla» con tu cara. Horovitz, con décadas de experiencia a sus espaldas, decide evitar la escabechina. Redirige sus preguntas hacia Nueva Zelanda. Ben Whyte aprovecha al instante la oportunidad.

Vuelve a ser un auténtico kiwi. Tres minutos de acento cerradísimo y jerga incomprensible disparada a toda velocidad.

El patio de butacas se cae, el personal se troncha de risa, todo el mundo silba, llora, aplaude hasta dislocarse los nudillos. Incluso Lauren. A partir de ahí, la entrevista transcurre como la seda, deslizándose por los cauces previstos, jalonados de anécdotas falsamente espontáneas, contadas infinidad de veces en otros lugares. Como los orígenes de su vocación, por ejemplo:

—Fue en el aparcamiento de un bar, el Dirty Five. —Mirada cómplice a la sala—: Si alguna vez pasan por Auckland…, ¡procuren evitarlo!

Ja, ja, ja.

—Acababa de cumplir diecisiete años. Había salido con unos amigos para encender, ejem…, una vela y terminar mi vaso de… leche. Y entonces, apareció un desconocido, un tipo de unos treinta y tantos, con mucha clase… que me dice: «¿Tienes edad legal para beber… leche, verdad?».

La sala roza la histeria colectiva.

—Yo, con la amabilidad que me caracteriza, le solté: «¿Y a usted qué coño le importa?». «A mí nada», me contestó el tipo. «Pero, si algún día quieres poner esa cara frente a una cámara, llámame». Y, dicho eso, me dio su tarjeta…

Que estuviste a punto de tirar.

Aunque, por si las moscas, lo llamaste unos días después.

Y conseguiste un papel. El primero. Jackson, un estudiante rebelde, en *Paradise High,* la serie australiana que arrasaba en aquella época.

Oh, destino.

—Y se convirtió rápidamente en el ídolo de los adolescentes del hemisferio sur… —subrayó Horovitz con tono burlón—. Y se cansó mucho más rápido, ¿no?

Ben Whyte se echó a reír.

—Esa es buena… Pero gracias a *Paradise High* todo cambió. Nunca había salido de mi país ni de mi ciudad. De la noche a la

mañana me encontré en Australia. Y dos años después aterrizaba en Hollywood. Completamente solo, sin conocer a nadie…

Sí, hombre. A otro perro con ese hueso. ¿Y cómo conociste a Lewis Morelli, el director de *White Trash,* que te dio tu primer papel en Estados Unidos? ¿Deambulaba por el aparcamiento de un bar de Los Ángeles en busca del golfo más atractivo de su próxima película?

Ah, Lewis Morelli y sus célebres excentricidades:

—Entonces… me encuentro en la audición frente a toda esa gente, hecho un manojo de nervios, a punto de recitar mi texto…, cuando de repente Lewis se acerca y me dice: «Pégame». Muy serio, el tipo. Muy concentrado. Y yo me quedo con la boca abierta como un pasmarote. Y aquel zumbado, al que no había visto en mi vida, empieza a cabrearse: «Te estoy diciendo que me pegues. El resto ya lo veremos más tarde». Lo miré. Sesenta kilos de peso escurrido, el triple de mi edad. «¿Está seguro?», le pregunté. «Totalmente seguro», me dice el menda. «Quiero un matón. Si no es lo tuyo, no pasa nada. Lo entiendo y ahí tienes la puerta».

Todd Horovitz, en su salsa, prolonga el suspense:

—¿No me dirá que aceptó?

Qué teatrero.

—¿Y a usted qué le parece? Al día siguiente, Lewis me llamó para decirme que le había puesto un ojo a la funerala, que él tenía un moratón del tamaño de Oceanía y que yo tenía el papel.

Es evidente que lo conseguiste.

¿Dónde estarías si no? Desde luego no aquí, bañándote en el vapor de nuestro deseo.

—Usted tiene fama de ser a veces… irritable… —cloqueó Todd el Temerario.

—Sí. ¿Y…?

—Y me preguntaba…: ¿ese temperamento fue lo que le permitió sobrevivir en aquella época y adaptarse tan rápido a la jungla de Hollywood?

Flash de Ben Whyte en taparrabos, colgando de una liana.

—Bueno…, tuve que aprender muy pronto a ser mi propio guardaespaldas.

Todo el mundo se aferró a su butaca. ¿Había llegado por fin la Hora Íntima?

Y, como también me visto solo, ahorro en personal.

Whyte, uno. Horovitz, cero.

Vencido y desarmado, nuestro audaz jefe de pista se resigna a encadenar nombres de directores como si fueran sacos terreros en tiempos del *Blitz.* Spielberg, Nolan, Tarantino… Y luego David Fincher:

—Es un perfeccionista. Me exprimió, me presionó, me moldeó… —los hay con suerte— hasta que me apropié plenamente del cuerpo de un periodista.

¡Caray con la frasecita!

Mi «cuerpo de periodista» se estremeció desde las aletas de la nariz hasta los dedos de los pies.

Un leve temblor comparado con el que estoy experimentando ahora.

Se han vuelto a encender las luces de la sala. Es el turno de las preguntas del público. Imposible escapar sin obligar a diez personas a levantarse. Con la cabeza gacha y los hombros encogidos, no me atrevo a mirar hacia ningún lado, y menos aún al escenario, mientras el micrófono circula entre las filas. ¿Quién tiene miedo de ser reconocido por una estrella? Nadie. Excepto Marianne Corvo, Gran Comendadora de la Orden del Mundo al Revés.

15
La conversación

Las preguntas se suceden una tras otra. Todo el mundo quiere su parte de Ben Whyte. ¿El movimiento #MeToo? Lo apoya, *of course*. ¿La igualdad salarial entre las actrices y sus compañeros masculinos? También. ¿Proyectos a la vista? Sus labios están sellados. ¿Tarantino? Estuvieron algo distanciados, pero se reconciliaron. ¿Scarlett Johansson, Bradley Cooper, Cate Blanchett? Sí, sí, compañeros formidables. Excepcionales. *Amazing*…

Estoy tan tensa que seguro que acabo con agujetas. De repente, Lauren se agita como una posesa contra mi brazo derecho. Pero ¿qué coño está haciendo este socarrat de panqueque? Quiere el micrófono. «Desaparece. *Ipso facto*», digo para mi capote, sin estar del todo segura de si la orden va dirigida a ella o a mí misma.

Tal vez la azafata que reparte la palabra no la vea. Tal vez… «Ah, gracias… ¿Se me oye? ¿Sí? Buenas noches, señor Whyte. Lauren McMurray, del *Philadelphia Inquirer*…».

De Filadelfia, entonces. Donde debería haberse quedado. Y morir entre atroces sufrimientos, estrangulada por sus intestinos.

Qué gran diseño para una camiseta, mira.

«Buenas noches Lauren», dice la Voz, profunda como un pozo lleno de espectros.

Cuando juega al escondite, mi sobrina está convencida de que basta con cerrar los ojos y taparse la cara con las manos para volverse invisible. Por lo visto, este ingenuo reflejo no escapa a la generación anterior.

Capto a duras penas la enrevesada pregunta de Lauren sobre la diferencia entre el «papel encarnado» y el «alma de la persona». Pero Ben Whyte la despacha tan rápido que me atrevo a echar un vistacito entre los dedos.

Con un solo ojo.

Uno solo. Uno de más.

Mi medio vistazo acaba de cruzarse con el suyo entero, el de sus dos ojos. Que se abren de par en par.

Directos al blanco.

Cucú-tras.

Como no soy capaz de taparme los oídos y la cara al mismo tiempo, escucho con claridad la confirmación del desastre. Apenas un susurro, amplificado por el equipo de sonido:

«Well… I'll be damned…».

En cualquier momento mi butaca empezará a arder.

«What the…».

Vale, me has pillado infraganti. Entendido. Pero tú a lo tuyo. Siguiente pregunta. Dale caña.

—¿Decía usted? —pregunta Todd Horovitz.

—Nada… Bueno, sí. Acabo de ver a una joven… —¡Aaaggghhh, ¡tierra, trágame!— levantar la mano. Por aquí…

Ufff.

—Sí, ahí, justo al lado de… Lauren, ¿verdad? ¿Puede pasarle el micrófono?

¿¿¿Quéééé???

NO. NO.

NO.

Y ahí va la tía ofreciéndome su cucurucho de helado infernal, con esa cara de panqueque con nata. Pero cómetelo tú, guapa.

¿… No?

Pues nada, ya lo cojo yo.

Me doy con él en los piños. Un gran «clonc» de pánico resuena en los amplificadores.

Toda esa gente pendiente de mí. Y él también, esperando. Sus ojos chispeantes. Su sonrisa de embaucador.

Digo:

—Buenas noches.

Él responde:

—*Hello*…

Digo:

—Usted…, usted…

You-You.

Él responde:

—¿Yo… yo?

¿Cho… cho?

Cachondeo entre el respetable.

—¿Sí, señorita? Señorita ¿Qué?, por cierto?

«Miss Who», claro, lo pillo. La colgada del Doctor.

Muy gracioso.

—Marianne. Corvo. De… París.

—Encantado, Marianne Corvo de París. Yo soy Ben de Auckland.

Ovación cerrada y vuelta al ruedo.

Basta. Basta. Basta.

—¿Qué puedo hacer por usted esta noche?

Lo odio. Que sus hijos y los hijos de sus hijos nazcan deformes y peludos.

—Hum… ¿Va usted…, eh…, a hacer películas…?

Y pensar que creí que nunca viviría nada peor que la entrevista en el hotel Meurice.

Se muerde los labios, finge concentración.

—¿Yo? No, ¿por qué? Estaba pensando más bien en apuntarme a natación sincronizada.

Despiporre general. Que se atreva a presentarse otra vez en mi casa, que me lo cargo.

—Quería decir…

—Espere…, levántese un poco para que pueda verla mejor.

Pero antes lo obligo a mirarme mientras despedazo su camiseta favorita. Con los dientes.

Me incorporo. Me mira de arriba abajo.

—Quería decir… ¿Va a hacer películas, eh…, en Francia?

Te has lucido, Toutoune.

—¿En Francia? ¿Usted cree que me…, me quieren allí?

¿Eh?

—Yo…

—¿Me quieren… sus cineastas?

—…

—¿Aunque les pida paciencia por mi apretada agenda? ¿Aunque aparezca en sus casas cuando pueda, sin avisar?

Sus faros verdes atraviesan mi niebla roja.

—Sí, yo… Sí. Creo. Creo… —ni se te ocurra seguirle el juego— que lo están deseando.

Demasiado tarde.

—Entonces, ¿por qué no, señorita Corvo de París? Es una idea muy… seductora.

¿Se puede saber adónde se han ido mis impulsos homicidas?

Nos miramos fijamente.

—Bueno, décadas después de la *nouvelle vague*… —intenta meter baza Todd Horovitz, al que la estrella invitada vuelve a dejar con la palabra en la boca:

—Por cierto, ya que hablamos de deseos…, ¿sabe lo que me gustaría hacer, si aún fuera posible?

Frente a mí, solo Ben Whyte, que sonríe con los ojos. El resto del escenario desaparece.

—No…

O tal vez sí.

—Actuar con Peter Sellers.

Equilicuá.

¡Ah, mierda, pero mierda mierda!

El corazón me da un vuelco, y Horovitz recoge el guante:

—¿Es uno de sus referentes? Sin embargo, está muy… alejado de su registro como actor.

La respuesta de la estrella va dirigida a mí. Solo a mí. Intercambio cerrado.

—Oh, no, no siempre… Esta noche, por ejemplo, lo estoy sintiendo… bastante cercano.

Esto ya es pasarse. El viejo zorro de Todd se lo huele, hay algo que se le escapa:

—Pero… ¿tenemos una primicia? ¿Está trabajando en algo concreto? ¿Un biopic? Peter Sellers, le recuerdo al público asistente, es el actor que tanto nos dio en…

… su estudio del distrito XIX. Su edredón de flores.

—No, no estoy… con Peter. De momento, no. Lamentablemente. Pero me encantaría… abrazar el personaje.

Embrace the character.

—Apropiarme de su encanto, de su torpeza, de su… gracia desaliñada. Meterme en su… piel. ¿Qué opina, Marianne de París? Si estuviera aquí, entre nosotros, ¿estaría de acuerdo?

—¿Yo? Eh, ¿él? Sí. Oh, sí. —Tengo que aclararme la garganta varias veces para continuar—. Pero… seguro que usted tiene… muchos otros personajes, ejem…, que… abrazar.

—Tal vez. Pero no hago más que pensar en él últimamente.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Bueno…, entonces estaremos esperando ese nuevo proyecto… No, no lo niegue. ¡Con mucha expectación! —exclama el Hombre que Hace de Carabina Sin Saberlo—. Nos quedan unos minutos para una última pregunta, si alguien…

Ben Whyte tiene el aspecto de alguien que acaba de despertarse.

Y yo, de pronto, estoy sentada de nuevo. Ignoro desde cuándo.

La sala se vacía. Estoy empezando a recoger mis cosas cuando una azafata armada con un *walkie-talkie* se me acerca sigilosamente.

—¿Señorita Corvo? La esperan entre bastidores.

—¿Quién?

Qué pregunta. Justin Trudeau, por supuesto.

—Ah, no lo sé. Solo me han pedido que la acompañe.

La azafata me abre un pasillo entre los espectadores que se retiran hacia las salidas principales. Avanzo dócil, con la cabeza llena de murmullos informes y esperanzas locas. Una puerta cortafuegos, un pasillo y mi guía me deja frente a dos titanes ataviados con trajes negros. Carmine, su clon y sus pinganillos…

—¿Cómo se encuentra esta noche, señorita Corvo?

No mejor que la última vez.

Me hace ademán de seguirlo.

—Sobre todo, trate de permanecer lo más cerca que pueda de nosotros. Esto va a ponerse movidito.

¿Movidito?

Otro pasillo. Otra puerta que se abre a la cálida noche. Toronto centellea.

Toronto enloquece.

Una marea de teléfonos móviles, la prolongación natural de los brazos extendidos al máximo. Una multitud descontrolada, fuera de sí, hace tambalear las barreras de seguridad, crece y se convulsiona en un único e inmenso alarido. Nunca más me lamentaré por haberme perdido los tiempos gloriosos de la beatlemanía.

Y una mierda gloriosos.

Empujada, arrastrada, zarandeada, ya no veo nada. Mi pie tropieza con el bordillo de la acera y Carmine se echa a un lado delante de un gran monovolumen negro. La puerta se abre de golpe…

Y soy proyectada directamente al perfume de Ben Whyte. Un jardín secreto en plena zona de guerra.

Él está sentado en el sentido de la marcha. Yo aterrizo en el asiento de enfrente, de espaldas al cristal opaco que nos separa del conductor.

El cacharro es un auténtico salón. El hombre-jardín me observa mientras intento incorporarme y buscar algo que decir. Su mentón

gamberro se alarga un poco, como siempre que sonríe.

—Así que… Peter en América…

Se inclina hacia delante y el cuero del asiento emite un suave murmullo.

—¿Has venido en TARDIS?

Oh, Ben Whyte.

La alegría me coge por sorpresa. La suya, la mía. Tan impetuosa que también me empuja a mí hacia delante, hasta el borde de mi asiento.

Nuestros dedos se rozan.

—Sí, pero estoy aparcada en 1968. No encontré aparcamiento más cerca.

—Ah. ¿Entonces esto?, ¿lo robaste al pasar? ¿A quién, a Janis Joplin?

Coge delicadamente entre sus dedos uno de mis grandes aros de plata.

—Reflejaban la luz hace un rato, en la sala…

Tira con suavidad del pendiente. Lo justo para que incline la cabeza. Yo acentúo el gesto y le ofrezco mi cuello. Él posa la otra mano, muy cálida, en mi piel.

No salimos de esto ni tú ni yo, ¿verdad, Peter…?

Nuestras rodillas se entremezclan.

Y la puerta vuelve a abrirse de golpe.

—Joder, Ben, ¿qué coño ha sido eso? —Gran salto hacia atrás. Pies quietos—. ¿De dónde sale esa gilipollez del biopic sobre Peter Sellers?

Un hombre bajito y rechoncho acaba de colarse en el coche, acompañado de una mujer morena. Muy guapa. Pálida como un espectro, enfundada en cuero negro y tachuelas. De la familia Addams, me pido a la prima perversa.

El enano malas pulgas luce un bronceado Trump, un reloj enorme y un polo Lacoste rosa pálido estirado sobre una barriga conquistadora.

Está tan cabreado que al principio ni siquiera se da cuenta de mi presencia.

—¿Quién te propuso eso? ¿Cuándo? ¿Por qué no estoy informado? —despotrica por encima del moño negro y brillante de *Dominatrix,* que se ha sentado por su cuenta cerca de la estrella.

La repentina vibración del motor me indica que, si no salgo de aquí pitando, esta pesadilla no habrá hecho más que empezar. Sobre todo porque Látigo Lascivo acaba de sacar un pulverizador de un aparatoso neceser y empieza a humedecer a Ben Whyte como si fuera una orquídea.

Mini-Trump insiste:

—¿Qué se te pasa por la cabeza para anunciar algo así en público, antes incluso de que…?

—Basta, Colin.

Frío, cortante. El susodicho baja el diapasón.

—Benny, escucha, eres tú quien decide, de acuerdo…, pero…

Mientras tanto, Pinzapezones ha sacado unas toallitas y fricciona las mejillas, la frente y la nariz de «Benny». Inclinada como está, le ofrece una vista panorámica de un escote gótico, pero perfecto.

—No hay ningún proyecto Peter Sellers.

Ben Whyte cierra los ojos.

—Ninguna película. Nada en absoluto. Olvídalo.

—Pero ¿por qué…?

—Stop.

Seguimos rodando lentamente. La gente se agolpa alrededor del coche. Mi mano busca la manilla de la puerta…

—Marianne, te presento a mi agente, Colin Guzmán. Colin, Marianne Corvo, periodista.

Mini-Trump dirige sus malas pulgas hacia mí.

—Buenas noches. Usted es la de antes, ¿no? La de la pregunta sobre… el cine francés.

El buga acelera. Enfila un bulevar.

—Bueno, encantado…, pero ahora vamos camino del aeropuerto. Tendremos que dejarla pronto.

Sí, sí, déjenme. Desháganse de mí. Olvídenme.

—Por supuesto, yo…

—No.

Todos miramos a Ben Whyte, que miraba mis aros.

—Nos la llevamos. Amber, tengo sed.

Amber, alias Cincuenta Sombras de Grulla, pulsa un botón y un minibar se despliega graciosamente entre nosotros, como una gran flor llena de alcohol.

Yo digo:

—¿Perdón?

Colin dice:

—¿Al aeropuerto?

Tintineo de cubitos de hielo.

Fuera, vislumbro las orillas del lago Ontario. Nos estamos alejando del centro. Alerta de secuestro.

Ben Whyte se toma su tiempo para beber un sorbo de líquido transparente. ¿Agua? ¿Vodka?

—No, la llevamos hasta el final.

… ¿De qué… final habla?

—¿A Los Ángeles? —se atraganta Colin.

—Sí. ¿Por qué no?

—Pues porque ella…

… ¿Preferiría que le pidieran su opinión, tal vez?

… ¿No es un bocata para llevar?

… Se está cagando de miedo.

—Bueno… No. Eso va a ser un poco complicado…, no tengo un…

—¿Un qué?

Sí, eso digo yo, ¿un qué?

—Ehh… un pijama.

Ben Whyte me gratifica con media sonrisa pícara.

—¿Ah? Pues mejor.

Genial. Y encima, frente a los demás, que me miran como a la fan cargante en la que me estoy convirtiendo a una velocidad media de cincuenta kilómetros por hora en zona urbana.

—Sobre todo, es que… aquí estoy trabajando. No puedo…

A nadie le interesa mi respuesta. El Maestro ha hablado. Amén. Realmente, voy a terminar saltando del coche en marcha.

—Perdón, pero entonces… me bajo aquí.

En una zona portuaria desierta donde nunca he puesto un pie. ¿Quién rechaza una escapada tórrida con una estrella planetaria por ir a explorar hangares en plena noche?

Con gesto contrariado, Ben Whyte suelta entre dientes un vago «como quieras».

Suspiro exasperado.

—Pero te llevamos de vuelta. ¿Dónde te alojas?

—En el Hilton. Yo…

—Colin, avisa al conductor.

El resto del trayecto parece eterno.

Con la frente apoyada en la ventanilla, Ben Whyte mira desfilar las calles y yo miro cómo las luces de la ciudad acarician su rostro y dan vida a su extraña camiseta. No eran intestinos, me equivoqué. Son raíces. Se entrelazan en su pecho al ritmo de su respiración.

Magia negra.

Cuando me descuelgo de esta arborescencia viva, me doy cuenta de que él también me está observando. Pensativo, inescrutable.

El coche se detiene delante del hotel. Se acabó lo que se daba. Me dispongo a salir, pero él me retiene un instante por la muñeca.

—Nos veremos pronto, Marianne de París… Muy pronto.

El monovolumen se incorpora de nuevo a la circulación, seguido por tres vehículos idénticos con los cristales tintados. El séquito de un jefe de Estado. O de un muerto.

16
Mi nombre es Ninguno

Treinta páginas recién salidas, aún calientes, de la impresora.

Sentado en mi cama con las piernas cruzadas, Jean las lee tan lentamente que tendría tiempo de formar una familia numerosa y regresar antes de que él logre terminar el inicio de mi novela.

—¿Y bien?

—Pues… genial.

—¿Y nada más?

—¿Qué más quieres? Habrá que ver cómo sigue.

—Ya lo sabía. Te parece una porquería.

—¡Qué va! La idea esa de una policía temporal tiene su gracia. Y tu descripción de la posada, en la Edad Media, con el suelo de tierra batida, los cerdos y todo eso…

—Es una porquería. Parece una feria medieval en el Carrefour, sección de embutidos.

—¡Para nada! ¿Es ahí donde se esconde el villano sexi? ¿La heroína lo va a arrestar?

Me dejo caer en la cama junto a Jean, con la gracia y ligereza de una morsa desorientada.

—Pues sí. Ya ves. Lo has adivinado. Una birria de suspense… Puedes decirlo, no te cortes.

—¿Y asfixiarte con una almohada? ¿También puedo?

Dice, mientras me devuelve el texto tan tranquilo.

—Claro. Pero antes me gustaría una opinión seria. Con detalle.

—No sé. A lo mejor…

—¿A lo mejor qué?

—Tu enemigo número uno, ese… El terrorista «cuántico»… ¿Estás segura de que quieres llamarlo Benedict?

—Sí, ¿por?

—Marianne, el tipo se llama «Ben». Tu detective va a acabar coladita por él, ¿no? ¿No crees que tus lectores pueden atar cabos?

—¿Estás de coña? ¿Qué cabos? ¿Y qué lectores? ¿Los que viven en el cajón de mi mesa?

—Pero si algún un día te publican y…

—¿Y qué? ¿Me confieso en el *¡Hola!*? Además, es «Benedict», no Ben. Como…, ejem, Benedict Cumberbatch.

—¿Quién?

—Ya sabes, el actor de *Sherlock*. Y de *Doctor Strange*.

—¡Ah, sí!… Ahora que lo dices, es verdad que tiene un aire «cuántico». Como un aristócrata venido a menos que acaba de atravesar un agujero de gusano.

Me mira con una chispa de esperanza en los ojos.

—¿Te gusta Benedict Flumbersnatch?

—Cumberbatch.

—Lo que sea. Mientras te saque de la órbita de Ese Gilipollas.

«Ese Gilipollas».

Fidel, invicto durante dos años, acaba de cederle el título a Ben Whyte.

Una sucesión deprimente.

A mi regreso de Canadá, me preguntaba sin cesar sobre el significado exacto de «muy pronto». Sobre su fecha de caducidad, en la cabeza y la agenda de los grandes del mundo. Como a mí me costaba cambiar de tema, Jean decidió cambiar de campeón.

Desde entonces, los árboles han perdido sus hojas y París sus colores. Solo queda el gris: lloroso en las aceras, altanero en las fachadas. Octubre pasó con más pena que gloria. Noviembre acaba de cruzar la puerta. Pero no Ese Gilipollas.

Ni rastro de Ese Gilipollas.

Very soon.

Dos simples palabras lanzadas desde un coche. Traídas en avión. Conservadas en un precioso cofre de ingenuidad. O cómo montarse películas sin ayuda de nadie.

Primera semana post-Toronto: vivo en un musical. La esperanza es una pareja de baile graciosa, que llena mi carné de baile con ensoñaciones elásticas. Bajo al metro como si estuviese en Broadway, hop, un escalón, hop, otro escalón, *New York, New York*. Chapoteo por las calles como Gene Kelly, hop, un charquito, hop, otro charquito, *Cantando bajo la lluvia*.

Pronto. *Very soon*.

Segunda semana: *El imperio de los sentidos*. Todo me acaricia. De repente, siento el pliegue de una sonrisa contra mi boca, el sabor de su lengua, el olor de su sudor. Invoco su cuerpo, lo desabrocho, es lancinante, brutal, un embriagador caldo de fantasías y recuerdos.

Empiezo a esperar. Reviso el móvil.

El sábado por la noche llaman a la puerta y corro a abrir. Es Lionel, mi vecino de enfrente, con sus grandes ojos pálidos de soltero muy a su pesar. A veces hablamos de ciencia ficción y fantasía entre dos rodapiés, pero es la primera vez que vence su recalcitrante timidez para invitarme a tomar algo.

Aprecio el esfuerzo. Aun así, rechazo la invitación.

El domingo, Fatou me arrastra a un cumpleaños en las afueras. Nos atiborramos de tarta en un jardín desangelado, ya desnudo. Hace un frío que pela, el sol brilla y yo pienso en mi puerta desatendida.

Vaga sensación de urgencia. ¿Y si es hoy?

Fatou charla con una pelirroja que no conozco. Me acerco, porque mencionan a Red Dump. La chica se ríe mientras rebaña su plato de cartón. «Al parecer tienen una especie de harén que los sigue a todas partes. ¿Qué piensan esas pobres chicas? Es simplemente patético. —Fatou me mira de soslayo, incómoda, y la otra se chupa el dedo embadurnado de chocolate—. No lo entiendo. Con la mano en el corazón, ¿a quién le apetece ser la *bitch* de una estrella?».

Con la mano en el corazón, ¿a quién le apetece desperdiciar una porción excelente de Selva Negra estampándola contra tu cara de leche cruda?

Tercera semana: *Cruella*. Mi hermana y su familia vienen a pasar el fin de semana. Normalmente, Charlotte y Denis duermen en un hotel y me empaquetan a los niños. Un poco de intimidad para los padres, y revolución en casa de Toutoune. Nos pintamos la cara. Nos disfrazamos. Inventamos historias. Nos hinchamos a patatillas de todas las variedades que puedo conseguir, con sabor a tomate mutante, a pseudopollo o a curri-diésel, y nadie se lava los dientes.

Pero ¿y si Ben Whyte se presenta en medio de la guardería? ¿Y si me encuentra cubierta de críos, con la cara pintarrajeada de rotulador y el pelo lleno de migas? Así que le digo a Charlotte que no, que esta vez no. Que estoy esperando a alguien. Intentando no pensar en las dos caritas decepcionadas ni en lo absurdo de ese destierro.

Evil Toutoune.

Mi hermana, por supuesto, está emocionadísima, un efecto secundario que debería haber previsto si hubiese reflexionado cinco minutos:

—¡Yupi!, ¿tienes un pocholín?

Lo de «pocholín» le queda como un tutú rosa. Y ya puestos, ¿por qué no un «pillín»?

—¿Lo conozco? ¿Vas a presentárnoslo? ¿A qué se dedica?

Me dejo ir y pienso en voz alta.

—Es… fijo discontinuo del espectáculo.

—Ah. Debe de ser duro, pobre. ¿Le va bien?

—Ni tan mal.

Cambio rápido de tema.

Cuarta semana: *La sombra de una duda*. Tras varias encuestas entre mi reducido grupo de víctimas favoritas, parece, por tres votos contra uno (Jean acababa de reciclar el título de «Ese Gilipollas»), que hemos entrado en la fase crítica. Es ahora o nunca. No paro quieta en ningún sitio y, sin embargo, me cuesta la intemerata salir

de mi apartamento, incluso para ir a trabajar. Por la noche, cualquier crujido en las escaleras me hace saltar de la cama de un salto.

«Simplemente patético».

Quinta semana: *La red*. Las palabras *Very soon* empiezan a sonar *very* vacías. Me suscribí a su cuenta oficial de Instagram (@WhytBn). Un par de tráileres de sus películas, pero sobre todo videoclips: Dark Metal, Black Metal, Vil Metal.

Ni un selfi ni un detalle personal. Aun así, intuyo que él mismo maneja su cuenta. Es demasiado irregular y está mal gestionada para estar en manos de un *community manager*. No ha publicado nada desde agosto, lo que no impide que los comentarios se acumulen bajo cada uno de sus *post*.

Doce millones de seguidores.

Y yo, y yo, y yo.

Y él no.

Octava semana post-Toronto.

No va más.

Es lunes por la noche. Fatou hace crepes. A Fatou le salen fatal. No se salva ni uno. Desde el principio, los pegotes informes que nos sirve parecen salidos de un test de Rorschach chamuscado.

Serge observa el suyo, pensativo:

—Se parece a un… calamar.

Jean duda:

—O a tu madre.

Y Dani entra en escena:

—Qué va, fíjate, si giras el plato se parece a…

—¡Ben Whyte!

Mi cerebro ha cortocircuitado. Alcohol y frustración, mala combinación.

Tiempo muerto alrededor de la enorme mesa de madera maciza de Fatou, que en su día nos costó dios y ayuda subir a su apartamento.

Jean remueve el crep.

—Y… ¿a qué parte del susodicho te recuerda?

—Ejem, ¿a sus… su… cuerpo?

—¿Ah, sí? ¿Es tan chungo como un calamar?

—O como mi madre.

El Congreso se divierte.

Fatou nos sirve otro montón humeante de fracasos azucarados.

—No pongas esa cara, Marianne. Soy yo quien debería estar ofendida. Con todo lo que dicen de mis creps…

—Es que nos inspiran —la tranquiliza Dani—. Justo iba a decírtelo, antes de que Marianne volviera a entusiasmarse con su macho alfa…

—¿Mi qué?

—Tu macho alfa. No es culpa mía que erotices la dominación masculina. Reconocerás que es un pelín preocupante.

—En absoluto. ¿Dónde ves tú la dominación?

—En todas partes. Ese tío es una caricatura de la fantasía patriarcal. El cazador-machirulo.

—¡Pero qué dices!, ¡no tiene nada que ver! Lo que me gustaba de él…

«Me gustaba.» No sé qué me incomoda más, si el verbo o el pretérito imperfecto.

—Venga, sigue. Me interesa. Qué te gustaba… ¿Su personalidad deconstruida? ¿Su delicado sentido de la poesía?

—Vete al infierno.

—Ya nos has mandado allí, Marianne. Hace dos meses que vives pegada a tu puerta, esperando el caprichito de un hombre. Eso me revienta, joder.

Alrededor de la mesa el aire es pesado. Y no solo por el olor a mantequilla quemada.

—A ver…, ¿alguien quiere más creps? —pregunta Fatou.

No, gracias. Se me han quedado atravesadas en el estómago.

Decido mostrarme muy digna, al menos unos días.

Y olvidarme del «cazador-machirulo».

El jueves siguiente casi lo he logrado. Apenas pienso en otra cosa que en mi artículo pendiente, una reseña atrasada sobre la enésima

película del universo Marvel.

Son casi las ocho, la noche se pega a los ventanales y la redacción de *L'Œil* es un desierto en penumbra. Solo quedan dos lámparas encendidas. La mía y la de Julien Maillol, que parece estar postergando su regreso a casa.

Le doy caña a mi teclado y al *Capitán América* cuando oigo el silbido que mi colega emite desde el fondo del *open space*.

—¡Vaya, tu novio se lo está pasando en grande!

¿Qué novio?

¿Está espiando el Instagram de Fidel?

No, no se refiere a ese novio, sino a otro. A Ese Gilipollas, para ser exactos.

Cuando la realidad superó mi obsesión, dejé de demostrar mi entusiasmo en público. Pero, para toda la redacción, Ben Whyte siguió siendo «mi novio».

La cabeza de Julien asoma alegremente detrás de su ordenador.

—¡Oye, ven a ver a la competencia!

Otra foto robada. Dos siluetas en una acera bordeada de palmeras. Ella, muy morena. Él… muy él. Desde aquí parece que están lamiendo el mismo helado.

Julien clica para ampliar la imagen. ¿También va a imprimírmela?

—Anda, mira, pues se parece un poco a ti… El pelo…, la actitud…, algo. Fíjate, hasta podrías ligarte a Ben Whyte.

Cállate, alma cándida.

—Te lo juro, eres su tipo. Deberías haberlo intentado aquella vez…

Ya te digo.

El pie de foto está en la parte inferior. En negritas. Rojo intenso:

—Ben Whyte y Ana Clara: ¡ya no se esconden!

—¿Quién es Ana Clara?

—Pero bueno, Marianne… Ana Clara… ¡La top model brasileña!

—No me suena.

—Que sí, mujer…, especializada en ropa interior…

—¿Eso es una especialidad?

—Oh, sí. Te dan ganas de convertirte en calzoncillo.

Lo dice el tipo que combate el sexismo en todos sus editoriales.

Por supuesto, corro a mi mesa para buscar en Google a la reina de las braguitas.

Con cada nueva imagen —en el menú: tanga sobre lecho de satén púrpura; rapsodia de encaje con picardías a juego; contraste de bikini y flores tropicales—, me alejo un poco más de mi artículo y me acerco más a la ínfima y melancólica categoría de las amebas.

Sábado por la noche, Halloween. El otoño ha apagado el cielo y ha encendido las calabazas importadas de América. No tengo ganas de celebrar esqueletos de plástico ni caramelos envasados al vacío.

En su lugar, vuelvo a ver a Fidel.

Como de costumbre, pontifica en mi cama hasta el final de la noche y de mi paciencia:

«Con las mujeres me dejo querer y en realidad me estoy traicionando a mí mismo… ¿Sabes lo que quiero decir?».

No.

Cuando me concede la gracia de cerrar el pico, la cosa apenas mejora. Los besos no tienen el sabor adecuado. Todo contribuye a ahondar en la ausencia.

¡Maldito Ben Whyte!

Al menos la novela avanza. Benedict acaba de ser capturado:

Sus ataduras le cortaban las muñecas. Amarrada a mi silla de montar, la cuerda lo obligaba a apretar el paso para seguir el trote del caballo por el sendero encharcado por la tormenta.

Le está bien empleado.

A ese ritmo, no aguantaría mucho. Seguro que no llegaría hasta el próximo cronopuerto, a seis días de viaje.

Nota bene: investigar cómo cambiar de era en un «cronopuerto». ¿Por vórtice exprés? ¿En tren cuántico?

Nota bene bis: dejar de utilizar la palabra «cuántico».

De repente, un tirón violento. El caballo se encabritó y estuvo a punto de desarzonarme y de pisotear a Benedict. Mi prisionero

acababa de desvanecerse. Yacía arrodillado, suspendido todavía por sus ligaduras, con las manos juntas y heridas, como si me implorase.

A ver, Dani, ¿a ti te parece que es el típico macho alfa?

17
Un pez llamado Wanda

Nadie ha entendido nunca mi obsesión por *Doctor Who*.

Mi hermana sigue creyendo que es una serie médica. Por mucho que le diga que es de ciencia ficción, ella se empeña en confundirlo con *House*.

Jean está convencido de que es una serie infantil, so pretexto de que la veo desde que estaba en primaria. Toda esa historia de un extraterrestre que viaja en una cabina telefónica (¡en la TARDIS, Jean!…) y de malvados alienígenas imperialistas con forma de saleros gigantes (¡los Daleks, caramba!…), le parece ridícula. Demasiado extravagante. Demasiado… inglesa.

Precisamente eso es lo que me encanta. Es como si los Monty Python pirateasen *Star Trek*.

Y, si no lo entienden, allá ellos.

Tengo todos los episodios, incluso los de los años sesenta. Tengo ediciones de coleccionista, ropa, un llavero, imanes, figuritas. Sin contar la TARDIS hecha trizas por Ben Whyte.

En resumen, soy como todos los frikis. Un poco fetichista. Un poco chiflada.

Y, aun así, nada podría haberme preparado para esto.

Aquí estoy yo, Marianne, encajada en un hotel de lujo londinense.

Sentada a la mesa con cinco Doctores.

Sí, cinco. De carne y hueso.

Desde que existe la serie, el héroe ha cambiado de actor muchas veces. Cada vez que ocurre, se «regenera». ¿Cómo? Pues meando luz como una farola con incontinencia. Sale disparada de todas

partes, todo se vuelve cegador y, entonces… ¡zas! Aparece un actor completamente nuevo.

Esta noche no están todos. Algunos han muerto. Otros son demasiado mayores. O están enfadados con la productora. Pero cinco es más que suficiente para una fan como yo. Seis asientos en la mesa. Seis langostas. Cinco Doctores.

Y yo.

Miro el crustáceo flotando en mi plato: su último chapuzón en salsa muselina, servido sobre porcelana Wedgwood con ribetes de oro.

Estamos perdidas, amiga mía. Tan roja la una como la otra.

«Hum… no creo que nos conozcamos…».

¡Por las Antenas de la BBC! ¡Uno de los Doctores acaba de Dirigirme a Mí La Palabra! Y no uno cualquiera. El Número Diez, sentado a mi derecha. Mi favorito. Un actor escocés encantador y tremendamente atractivo, cuya carrera ha evolucionado mucho desde su paso por la serie.

Me mira, curioso pero cortés, dispuesto a aceptar mis explicaciones. El cómo y el porqué de estar aquí sentada, en medio de los Doctores, tan fuera de lugar como un salami en un restaurante vegano.

Si al menos lo supiera. Si al menos lo hubiera sabido.

De acuerdo, había indicios. El papel vitela de la tarjeta de invitación. El delicado sobre color crema. Las letras grabadas en elegante cursiva. El lugar de cinco estrellas: «Velada benéfica en el Thames Foyer, Hotel Savoy, Londres». El tema: «*Doctor Who* se compromete por el clima. Ayúdalo con tu presencia a salvar (otra vez) el planeta. Sábado 17 de noviembre, 21 horas».

Ayer. El día de mi cumpleaños.

Cuando la milagrosa invitación llegó a mi correo profesional, a Serge y a Jean se les ocurrió la brillante idea: regalarme un *week-end british* para acompañarla.

Tomamos el Eurostar. Dejamos nuestras maletas en un Airbnb, un diminuto apartamento de dos habitaciones en el norte de Londres.

Dimos un paseo envueltos en niebla fría y buen humor y luego nos separamos.

Ellos se fueron de pubs a Camden y yo a mi velada friki.

Solo que, en lugar de un divertido evento promocional lleno de periodistas y camisetas gratis, me encontré con una cena de estirados.

El famoso Thames Foyer, ubicado en el Hotel Savoy, es un restaurante victoriano, bajo una elegante cúpula de vidrieras, donde Doctor Who «salva el planeta» en *petit comité*.

Muy pequeño. Muy selecto.

Unas pocas mesas redondas, apenas una treintena de invitados. Y mi nombre caligrafiado en una tarjetita de papel Bristol entre las de los héroes de la serie.

Soy como Diez, me gustaría que alguien me lo explicara.

Incluso los *showrunners,* las mentes creativas de la serie, han tenido que conformarse con la mesa de al lado. Un oasis de bromistas ruidosos que se chupan los dedos con el marisco, tan campantes, como si estuvieran en una tasca. En cambio, al otro lado de la sala se rompen los caparazones con clase: reconozco a Keira Knightley, Judi Dench y…

¡Cielos! ¡El mismísimo Benedict Cumberbatch!

A los demás no los conozco, pero apesta a lord, a CEO, a *it girl*.

Si hay que firmar un cheque al final para plantar árboles o turbinas eólicas, estoy perdida. Espero que acepten pagos a plazos.

Diez vuelve a interpelarme amablemente.

—¿Está con la producción?

—Ejem, no del todo.

—¿No del todo?

Incluso hervida, la langosta es más elocuente.

—No… estoy… con… allí.

Agito la mano frente a mí, a riesgo de darle un guantazo.

En mi plato, la criatura me mira fijamente con sus ojillos negros. Parece querer susurrarme una respuesta: «Solo tienes que decirles que le estás guardando el sitio a alguien. Alguien importante. Uno

de los hermanos Gallagher. David Beckham. El arzobispo de Canterbury… ¿Un Dalek?».

Por suerte para mí, todas las cabezas se giran de repente hacia la entrada.

Keira Knightley se ha levantado de golpe: «¡Ben!».

… ¿Ben de Benedict? En absoluto.

Ben de Ben.

Así, a secas.

Y así, directo a los brazos de Keira.

«Normal», me informa la cosa que me sirve de Wikipedia interna, la única función cognitiva aún operativa. Estos dos se conocen bien. Hicieron juntos una película romántica de época, *Miss Elizabeth,* hace años, incluidas algunas escenas de sexo moderadamente subidas de tono.

Por encima del hombro de su excompañera de reparto, Ben Whyte observa cómo me hundo.

Articula un *«Hello»* y me guiña un ojo.

…

La langosta ha vuelto intacta a la cocina para ser reemplazada, según el camarero, por algo que llamó «estallido de ternera al champán». O tal vez una «explosión de gallina con granadas». La verdad, no lo entendí bien.

Los Doctores han perdido el interés por mi caso y conversan entre ellos por encima de mi plato, que se enfría. En cambio, el Gilipollas Ese, sentado en la mesa de las estrellas, justo en mi eje de simetría, tiene pinta de estar disfrutando del espectáculo.

No deja de sonreírme.

No.

No deja de intentar no reírse.

Cena, bebe, charla con sus Pares. Todo ello sin dejar de mirarme. Lo he comprobado. No hay nadie detrás de mí.

Tengo tantas dificultades para lidiar con mis emociones como con los cubiertos que me han proporcionado. ¿Todo esto es cosa suya?

¿Ves, Marianne?, no te ha olvidado. Ha encargado un pequeño atentado cómico para la velada.

Estoy hasta el moño de tanta tontería.

Él enarca una ceja y señala discretamente su plato. Le leo los labios. «Está rico. Come».

Tengo la sensación de estar mirándolo con todo mi cuerpo. El cuello desabrochado de su camisa. El movimiento del pulgar sobre la curva de su copa de cristal…

Lleva el pelo más largo, le cae desordenado sobre la frente, rozando el borde de las orejas y el nacimiento de la barba. Tiene unos dientes bonitos, muy blancos. Apenas irregulares y…

… ¿Acaba de decirme que estoy «guapa», por encima de toda esa crema inglesa?

Será gilipollas.

Arramblo con un vaso de agua, incapaz de apartar la vista de su número de seducción clandestino. Me lo bebo de un trago. Hasta el fondo.

Pero…

Tengo ALGO en la boca.

Es viscoso…

Es…

Oh, Dios mío… SE MUEVE.

Está VIVO.

Mi puño se abate sobre el mantel.

Los platos tiemblan.

Los Doctores se callan. Los ojos de Ben Whyte se abren como platos. Eso no era un vaso de agua. Formaba parte de la decoración.

Seis bonitos tarros decorativos, uno frente a cada comensal.

Cinco pececillos de colores nadando en círculos dentro de ellos.

El sexto está actualmente entre mi lengua y mi paladar.

Violentas arcadas.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Diez.

—Hhhííí.

—¿Puedo ayudarla?

—Gggnnooo.

Escupir. Sí, pero ¿dónde?

La charla se reanuda.

Agarro una copa vacía.

¿Qué coño estás haciendo, Marianne? ¿Vas a potar un pez en público?

No hay salvación excepto la huida. Y un punto de agua. Y rápido. La cosa se retuerce en mis papilas.

Me levanto como puedo, rodeo las mesas, rozando a un camarero, su bandeja y la catástrofe por milímetros.

En cuanto salgo de la sala, corro desesperada. Los aseos están al final de un interminable pasillo alfombrado.

Me meto en el de *Ladies*.

Ni siquiera tengo tiempo de alcanzar el mármol de los lavabos cuando la puerta se abre de nuevo.

—¿Peter? ¿Qué te ocurre?

Frente a mí, un espejo. Y en el reflejo, un hombre preocupado, indeciso en el umbral.

Sopeso si correr a encerrarme en uno de los cubículos con llave, y tirar de la cadena para terminar con la corta existencia de mi okupa bucal, el cual, ahora mismo, se halla en estado de emergencia absoluta. Pero… ¿mi miedo al ridículo vale la vida de un pez?

Decido que no.

Nemo aterriza en el fondo de la copa de vino que me llevé de la mesa, con un suave ruidito.

Es un bichito de rayas amarillas fluorescentes, del tamaño de un dedo meñique. Su ojo diminuto mira fijamente al techo y tal vez a la eternidad.

Me lanzo hacia un grifo para llenar mi improvisado acuario.

Durante dos segundos no pasa nada. Y luego, el milagroso superviviente se sacude y emprende un microtour en pista, como si tal cosa. Feliz y contento. Aletas relajadas.

Asombroso. Lo ha olvidado todo.

Qué suerte.

Lentamente, levanto la vista hacia el espejo, temiendo lo que voy a encontrar allí: mi vestido hecho un desastre, las mejillas arrebatadas por la terrible experiencia… Y el rostro perplejo de Ben Whyte a mi espalda.

—No es posible…

Da un paso hacia delante con las cejas bailándole en la cara.

—Es que si no lo veo…

Y de repente estalla en carcajadas.

—Un día de estos… —ríe hasta las lágrimas. Las paredes tiemblan— vas a acabar…

… ¿una frase, y no como tú?

—… matándome.

En una película, esa frase sería seductora. Aquí apunta a otro tipo de clímax. Uno no compartido. Pero de verdad nada compartido.

Aguanto estoica, con mi improvisado cóctel marino todavía en la mano. Emocionada hasta los tuétanos. Anclada a su presencia. Se seca los ojos, de un verde límpido, chispeante, lavado por la risa. ¿Por qué nos aferramos a unos rostros más que a otros? A mí me encanta el suyo. Sus proporciones, sus imperfecciones, su energía. La juventud y el desgaste que luchan en él…

Sí. Y, por lo visto, también «me encanta» que me humillen en los aseos.

—Peter…

Peter está tan furiosa que el agua del pez no tardará en alcanzar el punto de ebullición.

—¿Fuiste tú quien organizó que me invitaran esta noche?

—Sí, yo…

—¿Por qué?

—Es obvio, ¿no?

—No.

En el espejo, su reflejo se acerca. No he debido de ser bastante clara.

—¿Qué haces aquí? ¿Es parte de otra broma?

—¿Qué broma? ¿No te gusta tu sorpresa de cumpleaños?

Cómo…

—¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?

—Lo adiviné. Tengo un don. Se llama redes sociales.

¿Su Gracia fue a mi página de Facebook?

—Por cierto…, no te pareces mucho a tu foto de perfil.

Sonrisa ladeada, hoyuelo burlón.

Oh, mierda.

Lo había olvidado por completo. Odio Facebook. Nunca entro. Llevo años sin actualizar mi foto de perfil.

¡Y mi foto de perfil es él!

Qué horror.

Ambos miramos a Flounder chapotear.

—Cuando me propusieron esta cena, pensé en ti. En el recuerdo, el bibelot que rompí…

—Sí. La TARDIS.

—Ya, ya sé. Y me dije que tenía que reemplazarla. Con Doctores. Un montón de Doctores.

Todo el elenco.

—¿Y qué se supone que debo hacer con ellos? ¿Elegir uno y llevármelo para decorar mi estantería?

Esta vez soy yo quien explota.

—Doctores… ¡Menos lobos! Lo has hecho a propósito…

—¿A propósito…?

—… dejarme en un medio hostil. Solo para ver qué pasaba ¿Qué soy yo, una especie de experimento?

—Tampoco es que te haya obligado a venir… Ni a tragarte un pez.

Me ajusto el vestido. Su mirada sigue el movimiento. Una vena le late en el cuello.

—Te parece bonito, ¿no?, ver cómo me retuerzo. Reírte de mí, una vez cada mil años, cuando te da por ahí. Pero ¿sabes qué te digo? La próxima vez que te aburras, búscate otro payaso. No te he esperado todo este tiempo solo para…

Alto ahí. No sigas.

Demasiado tarde.

—¿Me has esperado…?

—No. Para nada.

Da un paso hacia mí. Y otro más. Ya está a la distancia del calor.

—Tienes razón, ¿sabes…?

Me roza los dedos. Me acaricia la muñeca.

—Me parece muy bonito. Precioso…

Una presión suave, tan exquisita como su susurro, justo al borde de mi oreja.

—… pero no en el sentido en el que tú lo dices.

Mis párpados pesan.

Mi cuerpo…

… es catapultado a la cabina más cercana. Ben Whyte cierra la puerta con el pie y echa el pestillo.

Clac.

Encerrados juntos. Me doy la vuelta como puedo, tan agitada como Burbujitas, mi nuevo amigo acuático, que acaba de perder la mitad de su agua. ¿Me desea, aquí, ahora mismo, en un baño?

No Burbujitas, el otro lunático.

Entonces oigo pasos, voces, justo donde estábamos hace un momento.

—Tengo la piel de lo más reseca… ¿Me prestas tu *cold cream,* Steffie?

—En mi bolso. El bolsillo pequeño…

Ras.

—Gracias. Menudo calor hace aquí.

A mí me lo vais a decir.

Ben Whyte parece inmenso en un espacio tan pequeño. Ocupa cada rincón.

Nos miramos. Es todo lo que podemos hacer. Como dos idiotas en un ascensor. Solo que aquí no vamos a ninguna parte. Aunque algo sube.

El deseo.

Ben Whyte me quita de las manos la copa con el pececito y lo deposita con infinito cuidado sobre la tapa del inodoro.

—Oye, Steffie, ¿qué pintan tantos guardaespaldas por los pasillos?

—Una cena, creo. Con famosos.

Primero el pulgar, luego el índice y después toda la palma. En mi mejilla. A lo largo de mi nuca. Mi cuello se inclina. Su boca se derrite en mi hombro. Respiro en su pecho. Beso su camisa. Y entonces encuentra el elástico de mis medias. Deslizo una pierna temblorosa entre las suyas.

Nuestros alientos se arañan en silencio.

—Dicen que incluso está Ben Whyte…

Alto el juego.

—¿De verdad?

Intercambiamos una sonrisa cómplice. Coloco un dedo en sus labios. Él lo lame.

—Ah, pues con ese… ¡Donde quiera y cuando quiera! ¡Incluso aquí mismo, de pie contra la pared!

Ben Whyte juega con las cejas, pícaro, y mueve los labios en silencio: «¿Voy?». Asiento, señalando la puerta.

Y nos lanzamos el uno sobre el otro.

Ni siquiera las oímos salir.

Podrían habernos pillado. Podríamos haber pasado la noche en este *bathroom,* como dicen púdicamente los anglosajones.

Mejor dicho, yo habría podido, apretujada contra él, resarcirme de los meses de hambre. Porque él decidió apartarse repentinamente, con el cuello de la camisa torcido y los ojos casi negros:

«Let's go to bed».

A la cama. Ahora mismo. ¡Por todos los cielos! Sí. Pero…

—¿Y la cena?

—¿Quieres volver allí?

—No. ¿Y tú?

—Ni de coña. Vámonos de aquí, antes de que te tragues a otro amigo de Wanda.

—¿Quién?

—Tu pez… Kevin.

Me abstengo de señalarle que en *Un pez llamado Wanda,* Kevin Kline se comía el pez a propósito.

Salimos por separado. Él regresó a la sala para guardar las apariencias y despedirse. Un empleado del Savoy me esperaba en el vestíbulo con mi bolso, mi abrigo y una bonita burbuja de cristal llena de agua.

Para Wanda.

Mi nueva mascota.

18
Los otros

Dentro del coche olía a invierno y a verbena. Hundida en el asiento trasero, mantuve la nariz pegada al cristal helado. Fuera, una lluvia de aguanieve convertía Londres en un borrador puntillista. La rueda temblorosa del London Eye, los destellos de los escaparates navideños en Piccadilly.

A medio camino, Ben Whyte me cogió de la mano.

Nos detuvimos en una calle anónima, detrás del Ritz. El conductor abrió la portezuela, justo delante de una discreta entrada. Salida rápida. Empujada en silencio por un pasillo de servicio, hacia un tramo de escaleras, guiada por la habitual pandilla de los pinganillos.

Sin Carmine, pero con un trío de tipos igual de intimidantes, en modo comando especial «evacuación de rehenes».

En el ascensor, me mordisqueó el cuello, me acarició, me revolvió el pelo, como si aquellos tipos no estuvieran allí. Como si fueran muebles. Miré de reojo al más cercano, un gigantón de frente baja, con pinta de exmilitar, concentrado en el vacío. Probablemente preguntándose cómo había pasado del servicio activo al servicio pasivo.

La guardia pretoriana no se dispersó hasta que estuvimos dentro de la suite. Su suite. Su territorio. Un territorio prestado, una carcasa de ostentación arrogante.

Y ahí estaba yo con toda la parafernalia: el cojín con pompones y la cortina con borlas, la estatuilla culona, el espejo con guirnaldas y la escena de caza. Bajo su manto de mármol claro, un falso fuego tiembla en la chimenea de un salón verdadero, más grande que mi apartamento.

Lanzó la chaqueta sobre el sofá, los zapatos en cualquier lado y encendió un pitillo. Yo no me atrevo a imitarlo por miedo a activar los detectores de humo, alertar a la seguridad o quemar los pelos de la carísima alfombra sobre la que apenas me atrevo a existir.

—¿Quieres beber algo? ¿Tienes hambre?

—No, gracias.

Las otras veces había sido caótico, impulsivo. Casi accidental. Esta noche tengo tiempo de verlo venir, con esa mirada astuta y el cigarrillo entre los dientes. Tan anacrónico como yo en esta bombonera de lujo para anticuarios con sobrecarga.

—Bien. En ese caso, Peter…

Aplastó la colilla en una delicada salvilla de cerámica, que más parecía una pieza de museo que un cenicero.

Y empezó a desabotonarse la camisa.

…

«Holy fucking mother of God!».

Cierto.

Nada como una buena blasfemia para engallar al anglosajón en bajón poscoital.

Estamos acurrucados en el sofá, en ese delicioso confort posterior, cuando el otro se convierte en el capullo de seda que te envuelve. Su pulso late con fuerza en mi sien, mi pierna descansa remolona sobre la suya. ¡Y todo huele tan bien!

Pienso en Ana Clara, la madona de los corsés. En todas las Anaclaras. En el descerebrado de Red Dump, que quería cambiarme, sile-nole, como un cromo de Pokemon…

—Ejem…

—¿Sí, Peter?

A ver cómo lo digo.

—Debe resultarte extraño… acostarte con alguien normal.

Siento vibrar su pecho.

—¿Quién, tú? ¿Normal? Sin ánimo de ofender, Peter, tú no eres…

—No, pero, me refiero a que, a la larga, la gente como tú…

—¿Quiénes son la gente como yo?

—Los que gustan a todo el mundo, todo el tiempo. Debéis de estar aburridos de todo, ¿no? Siempre buscando cosas cada vez más…

Frota la nariz contra mi cabeza.

—¿Cosas? Esto promete.

—Cosas cada vez más intensas…

—¿Como qué?

—Pchss… Los cuerpos más perfectos…, los clubes más exclusivos, las prácticas más locas…, las orgías todas las semanas…, las posturas, esto… muy…, lo que se dice muy…

—¿Muy qué?

—Y yo qué sé, esa es la cuestión… Nunca he intentado el taburete tántrico ni el reloj báltico… Así que…

Y ahí mi mejilla empieza a temblar de tanto reírse él debajo.

—¿El reloj báltico? ¿Cómo va la cosa? ¿Yo hago de manecilla grande? ¿En qué sentido giramos?

—Ni idea, me lo acabo de inventar. Yo qué sé… O algo peor.

—¿Peor que el reloj báltico? ¡Cállate, que me excitas!

En efecto, otra oportunidad perdida de estarme calladita. Él me abrazó un poco más fuerte.

—Por supuesto que he probado «cosas», Peter. Es inevitable… Sobre todo al principio. Toda esa atención, todas esas tentaciones hacen que se te fundan los plomos. Pero no es la cantidad de fantasías ni la variedad de acrobacias lo que determina el interés ahora. Créeme.

—Tal vez, pero, aun así, debe de ser diferente… con las otras…

—¿Las otras?

—Tus otras. Todas las que tú… Serán mucho más…

… ¿flexibles?, ¿divinas?, ¿numerosas?, ¿bálticas?

¿Adónde voy con esto?

Él me acaricia la espalda, suspira ligeramente… y nada.

Muy incómodo.

¿Qué esperaba? ¿Que me susurrara que ahora soy la única criatura que desea en todo el reino animal? De repente me siento

demasiado desnuda.

Me incorporo sobre un codo para mirarlo a los ojos, con un pequeño arranque de orgullo:

—No, no pasa nada. Lo entiendo… Yo también tengo a otros.

Para nada ridículo. Ni pueril.

Aunque, dicho sea de paso, no estoy mintiendo del todo. Solo tendré que acordarme de pedirle a Fidel que firme una declaración al respecto.

—*¿Others?* —repite con insistencia sibilante en el plural. Se inclina para sacar un cigarrillo de la cajetilla que está sobre la mesita de café. Y, con la primera calada—: Ah, bueno. Me alegro por ti.

…

El amanecer no está lejos. Al contrario que el dormitorio, que, kilómetro arriba o abajo, bien podría estar en Dover, considerando el tiempo que nos lleva llegar hasta allí.

Es difícil avanzar sin tocarnos. Sin agarrarnos. Ni siquiera unos pocos metros. El pasillo más largo. Bailamos boca con boca. Caigo de rodillas, él me tira del cabello. Lo hago gemir. Ceder contra la pared. Su puño golpea los paneles. Pierde la cabeza, el equilibrio. El suelo nos recibe… Y, de repente, todo se ralentiza. Nos entrelazamos con menos prisa. Nos disolvemos en una fervorosa atención, casi meticulosa. Nos ofrecemos redondeces inéditas, voluptuosidades lentas, sinuosas, torturantes.

Tiernas.

Su voz araña mi piel.

«Good, I missed you…».

Debo haber oído mal.

…

Al despertar, estoy sola en el fondo de una cama gigantesca. Arrancada del limbo por el murmullo de una conversación en la estancia contigua. Alguien habla por teléfono y no es Ben Whyte.

Acto seguido llaman discretamente a la puerta: toc, toc, toc, toc.

No sé qué hora es. Ni dónde está mi bolso. Mi abrigo. Mi vestido. Mi teléfono. Mi pez. Lo único que llevo son unas medias con

carreras. Ah, no, rectifico: completamente desgarradas. Y un fulano está plantado justo detrás de la puerta.

Flipante.

Tres golpes más, un poco más firmes.

—*Hello?*

El tipo insiste. Contemplo la posibilidad de esconderme entre el colchón y el somier. Me encontrarían en unos días.

Por el olor.

—*Excuse me? Marion?*

No, no soy Marion. Y, si pudiera elegir, tampoco Marianne. Enterrada entre las plumas de ganso, me resigno a emitir un ultrasonido.

—¿Sí?

Vaya, pues tiene oído de murciélago:

—Buenos días… Voy a pasarle sus cosas. El desayuno está servido en el salón, el cuarto de baño se encuentra a su izquierda…

Gracias; imposible pifiarla; parece la entrada a la catedral de Salisbury.

—… Pero, sobre todo, tómese el tiempo que necesite. Nos vemos luego.

La voz es cálida, aterciopelada. El mismo acento que Ben Whyte. La puerta se entreabre, una mano fina desliza sobre una silla cercana mi vestido, cuidadosamente doblado, junto con dos bonitas cajas de cartón.

Desempaqueto un surtido de ropa nueva.

¿De qué va esto? ¿El numerito *Pretty Woman*? ¿Te acuestas con un tío y te renuevan el guardarropa? Se larga sin despertarme, pero me manda los modelitos con sus cumplidos. Y me deja sola con su colega de las antípodas.

Me escaldé como una gamba en una ducha de chorros múltiples, seguramente diseñada para obedecer solo a los ricos. Me puse unos vaqueros y un jersey demasiado grandes…

Y conocí a Martin.

Tan afable como difícil de mirar.

El asistente personal de Ben Whyte tiene la mitad de la cara quemada. Un amasijo de carne cicatrizal, de un rosa brillante, que le devora el ojo derecho y hierve en la mejilla. Un desastre aun más conmovedor porque el resto es de una delicadeza notable. Un párpado de gacela, bordeado de largas pestañas; una nariz cincelada, intacta. Una estatua delicada hundiéndose en el magma.

Este tipo es Pompeya en rubio.

¡Y qué extraño trabajo! Anotar las citas, hacer las compras, vestir a las amantes. Aunque sé que le pagan por ello, me gusta su sonrisa, esa gracia que la furia del Vesubio preservó intacta.

—Ben lo lamenta, tenía un compromiso esta mañana bien temprano.

Así que le ha pasado «Marion» a Martin. Como si este chico no hubiera sufrido bastante.

—No volverá. Se va de Londres hoy, así que…

… mis servicios ya no son necesarios. Pero he ganado un jersey de consolación.

Recojo a Wanda, que sigue flotando en su burbuja de agua, olvidada sobre un velador, y me dirijo a la salida.

—Espere. Tengo algo para usted, Marion.

—Marianne.

—Perdóneme. Es que Ben la llama todo el tiempo «Peter», entonces…

¿Cómo que me llama «todo el tiempo»?

Martin hurga en una gran bolsa de papel:

—Me pidió que le entregara esto.

Y me tiende un teléfono móvil.

…

Por fin entiendo a los primates de *2001: Una odisea del espacio*. Estás ahí, tan pancho, tan peludo, despiojándote como cualquier lunes, cuando de golpe y porrazo un objeto desconocido y rectangular cae del cielo. Un perpiaño metafísico en toda la cara. Me pongo atacada cada vez que mis ojos se posan en el iPhone, mi

versión del monolito de Stanley Kubrick (en formato de viaje), posado frente a mí, en la bandeja del Eurostar.

El otro primate es Jean, sentado a mi lado, aún más irritado que de costumbre:

—Pero recuerda que esto no es más que una buena historia de cama.

—Sí, pero una muy muy buena.

Serge pone los ojos en blanco. La señora que completa nuestro compartimento se sobresalta y entierra la nariz en una revista cuyas páginas no ha pasado desde hace media hora.

Martin me explicó bien el concepto. El Monolito es a prueba de todo: piratas informáticos, balas, jugos gástricos. Contiene una línea ultrasegura. Un solo número, que no debe compartirse con nadie. Jamás.

Me pregunto qué pasará si desobedezco. ¿Guantánamo? ¿La condenación eterna? En resumen, gracias al fabuloso artilugio, ahora puedo contactar en directo con el Hombre.

—¡Ya te digo! Te dio esa cosa para poder silbar y que bailes cuando le apetezca. Si es que le vuelve a apetecer algún día.

Jean se frota la frente. Nunca han sido santo de su devoción los tipos «que tienen peligro». Sobre todo, los míos…

—Ni siquiera os conocéis. ¿Qué sabes de él, aparte de lo que sale en los periódicos o en las películas?

Las señora despliega las antenas. Quiero darle un codazo a Jean, pero Serge se adelanta con una patada en la espinilla.

—¡Ay, joder! Sí, vale. Pero, dime, ¿alguna vez te ha hecho la más mínima pregunta sobre ti? ¿Y tú? ¿Tienes la menor idea sobre su vida? ¿Sobre sus manías, sus defectos? ¿Sobre lo que le gusta hacer?

No puedo evitar reírme. Es superior a mí.

—¿Estás tonta o qué? ¡No me refiero a lo que le gusta hacer en la piltra! No es con un puñetero teléfono con lo que…

De repente, como si hubiera entendido que estábamos hablando de ella, la Cosa empieza a sonar. En torno a la mesa desplegada del

compartimento todos nos sobresaltamos, incluida la señora.

Al coger la llamada, no me doy un tortazo de milagro.

—*Hey, Peter…,* ¿sigues en Londres?

Tengo la sensación de estar conectada a la banda sonora de una película. La realidad vuelve a desmoronarse. Por un lado, esta voz profunda, incomparable, ese gran río que nos ha llevado a todos desde la fuente hasta la desembocadura de tantas historias. Por otro lado… no es más que una conversación. Banal. Un poco incómoda.

—No, en el tren…

—Y yo en el avión… Estamos a punto de despegar.

Un silencio.

—Anoche te quedaste dormida de repente, mientras… En pleno… *fuck*…

Ya he aprendido su uso entusiasta y generoso de esa palabra, en cualquier circunstancia. Pero aquí me gustaría saber si es solo una exclamación, un asomo de pudor, o si acaba de decirme, con el tacto de una madama de burdel, que perdí el conocimiento «en pleno *fuck*», justo antes del amanecer. El cansancio pesaba en mis piernas, las soldaba a las suyas. Todo era tan lento, tan acogedor, que el sueño me atrapó antes que el placer.

—Sí, lo sé. Fue…

—… *very sweet*.

—Para mí también. Ejem, no dormirme, sino…, ejem…

Fuck.

Casi puedo oír cómo se divierte. Así que contraataco:

—Y… ¿para qué es el teléfono?

—No sé…, tal vez (chirridos agudos)… Vuelvo a Europa en dos semanas, para (fritura intensa)… Me encantaría que…

Y fin.

Ni siquiera un *smartphone* de estrella último modelo puede hacer nada contra un viejo problema de torre de telefonía. Jean me observa en silencio, Serge levanta el pulgar y al pez llamado Wanda se la suda.

Él también seguirá dando vueltas en círculos.

19
La La Land

Dos de la mañana, en Las Flores de Pekín.

El último restaurante abierto en todo el barrio.

Que yo sepa, somos los únicos clientes, entre dos budas desconchados y un camarero tan hecho polvo que no distinguiría entre una estrella de cine y un rollito de primavera.

Pero ¿y si entra alguien más? ¡Eh!, mirad quién está sentado ahí, al otro lado de las botellas de nuoc-cham…

Sí, es él.

Ben Whyte.

Llamad a vuestros amigos. A la prensa. A los curiosos. A los zombis.

Déjate de historias.

Incluso a mí me costó reconocerlo cuando apareció en mi casa al anochecer: gafas de miope, pelo teñido de negro, en contraste con la frente pálida, recién afeitado, rejuvenecido. A pesar del jersey de cuello alto, el chaquetón marinero y los guantes de piel, me pareció muy desnudo.

Quise preguntarle por qué —¿un papel, un capricho?—, pero el extraño de mejillas tersas pulidas por el invierno no me dio tiempo. Apenas me dejó abrir la puerta, y los brazos.

«Hey…».

Tres puntos, nada más. Mordiente, urgente, apresurado.

Sustituyó mi ropa por su olor. Cambié el recuerdo áspero de su barba por suavidades inéditas.

Una deliciosa eternidad después, aún no habíamos intercambiado palabra. A través de las nubes de mi embeleso se filtraban retazos

de preguntas. ¿Cómo es posible que algo así pueda caerme del cielo? ¿Y por qué demonios me llama, dos semanas después de Londres, solo para venir a encerrarse aquí de nuevo por su propia voluntad?

… Porque lo mío le da un respiro de lo extraordinario.

Pensé en María Antonieta, la reina que jugaba a ser pastora cada vez que se aburría. Quítale ocho kilos de peluca, y bienvenido, míster Whyte.

Otros tiempos, idénticos caprichos.

Puedes gozar de su calor, pero no lo olvides: solo eres una oveja más de Su Real Rebaño. Y acabarás en el asador.

La prueba la tienes delante de tus narices, pegadas a las suyas: te estás asando bajo su intensa y borrosa mirada.

—Peter…

—¿Sí?

—A lo mejor no es el momento, pero…

La expresión emocionada de quien escoge sus palabras… Casi me da un soponcio. La lucidez es un talento escaso.

—Tengo hambre.

Ah.

Se levantó de un brinco, muy decidido.

—¿Me ducho y salimos?

—¿Fuera?

—No, a tu armario. Por supuesto, fuera. Ya encontraremos algún sitio… Mandé el coche de vuelta. ¿Te apetece un paseo?

Tanto como un concurso de escupitajos con una banda de neonazis.

Lo seguí hasta el baño, lo vi regular la temperatura, colocarse bajo el chorro de agua humeante. Como perico por su casa.

—Pero… ¿y Carmine? ¿Y los demás?

—Me libré de ellos también. ¿Por qué, los echas de menos?

Todavía no. Sin embargo, una vez en la calle…, por muy tarde que sea, bastaría con un transeúnte, una foto robada…

Lo nuestro, sea lo que sea, no es un deporte al aire libre. Pero…

—¡Tengo pasta!

Nunca pensé que algún día proclamaría eso ante un *sex symbol* mundial. Y mucho menos con tanto entusiasmo. Se inclinó, majestuoso, jabonoso, y me pellizcó la mejilla.

—No, gracias. Quiero tomar el aire.

…

En la radio, Shakira se esfuerza por llenar Las Flores de Pekín con sus gorgoritos en español. Esta ruidosa colisión cultural —como ponerle maracas a Confucio— al menos tiene la virtud de amueblar un poco la cena.

Porque esto es el desierto polar. Veinte grados bajo cero de incomodidad. Nada que decirnos. Nada en común, aparte de los palillos.

El deseo no se come en ensalada. Con o sin rollitos de primavera.

Y eso que no empezamos tan mal. En el ascensor me empujó con tanto ímpetu contra el panel de botones que fuimos parando en todos los pisos. A él le hizo gracia. A mí no tanta. Es la primera vez que tengo miedo de los vecinos.

Al cruzar el portal, ya sin poder contenerme, quise prestarle mi gorro, o subir a por unas gafas de sol. Él se giró, en blanco y negro bajo la luz implacable de la farola:

—Tranquila, Peter. No hace falta camuflaje. Cuando nadie espera verte, nadie te ve. Funciona casi siempre.

¿Cómo que «casi»?

A su lado, la calle desierta parecía uno de esos sueños funambulescos, tendido entre el asombro y la pesadilla. Me cogió de la mano y lo seguí, temiendo la caída. El aire olía a nieve, el asfalto bruñía a cada uno de nuestros pasos. Caminamos un poco al azar, en dirección al canal de l'Ourcq.

Él escudriñaba los pocos locales cuyos letreros aún permanecían encendidos. «¿Y ese de ahí? Ah no, está cerrado». Yo iba atenta a todo lo demás, incapaz de saborear esta escena irreal a lo largo del muelle, al borde del agua negra brillante de escarcha. Demasiado

tensa para disfrutar de nuestros arrumacos amortiguados por la ropa.

En el Quai de la Loire, a la altura del cine, un tipo con barba trenzada de abalorios, cuentas, espirales y anillos mugrientos se acercó a pedirnos un pitillo. Me aparté de un salto.

Ben Whyte le dio su paquete de Dunhill.

—¡Ah, eres un príncipe! Que Dios os bendiga a ti y a tu mujer. ¡Que Él fecunde vuestro amor!

… ¿Quéééé?

Nos alejamos bajo una lluvia de bendiciones natalistas.

—¿Qué ha dicho?

—Ejem, nada. Está… contento.

La situación se estaba volviendo insostenible. Además de siberiana.

—Estás temblando… Ven aquí.

Abrió el faldón de su tabardo marinero para hacerme un hueco cálido. Imposible caminar al mismo ritmo, encajada bajo su brazo como una muleta demasiado corta.

Pero lo peor eran nuestros intentos de conversación.

—¿Naciste aquí?

—No, en Aix-en-Provence.

—Ah.

—¿Te suena?

—No.

—Ah.

Un poco más adelante, lo intenté yo:

—¿Haces esto a menudo?

—¿El qué?

—Pasear de incógnito.

—Cuando puedo.

—Ah.

Volví a intentarlo al entrar en Las Flores de Pekín:

—Y… ¿conoces la cocina china?

—¿Yo? No. Acabo de llegar a este planeta. Es mi primera comida humana.

Bien. Desde entonces, me concentro en mis raviolis al vapor.

Shakira ataca alegremente su estribillo en inglés.

I'm addicted to you…

Y entonces no aguanto más.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué has venido?

Veo asomar una sonrisa en sus ojos, detrás de sus gafas de Rompetechos. Levanta el dedo índice, como si señalara el aire a nuestro alrededor. Y acompaña a Shakira, en *playback:*

I'm addicted to you…

Tardo un ratito en entender lo que acaba de declararme, por cantante pop interpuesta.

«Estoy enganchado a ti».

…

—Vale. Yo también quiero jugar. Es mi turno —digo, con la boca llena y el corazón palpitante.

—¿Tu turno?

—Sí…, de decirte cosas con una canción. La siguiente es para ti.

—Vale, Peter. Tú misma.

Extiende la mano, me roza los labios, el gesto me parece terriblemente sensual, hasta que me restriega un diente:

—Tienes algo verde ahí.

Cuando logro recomponerme, la siguiente canción lleva un rato sonando y Bruno Mars gime de concupiscencia:

Your sex takes me to paradise,

Your sex takes me to paradise…

Miro de hito en hito a Ben Whyte. Escuchamos. Luego dice:

—Muchas gracias. Hago lo que puedo.

Y estallamos en carcajadas.

…

—Te lo juro… Concierto privado, primera fila, imposible largarme de allí. Una trampa. Habría preferido perforarme los tímpanos.

—Pobres Jonas Brothers.

—No debería contarte esto. Si alguna vez lo repites, aunque solo sea a esos amigos tuyos, el larguirucho y el gordo bajito en calzoncillos de aquel día, te obligo a escuchar en bucle la discografía entera y verdadera de los «pobres» Jonas Brothers.

—Serge no está gordo.

Pasamos todo el camino de vuelta despellejando la música pop mundial, una auténtica *playlist* del odio. Incluso nos olvidamos de acariciarnos. Pero no de reírnos como adolescentes maliciosos lanzándonos nombres bajo el frío nocturno. Yo puse a Rihanna de chupa de dómine, y él le cortó un traje a Elton John:

—Reconozco que el tipo es único… Es el único dinosaurio que maúlla.

Para obligarlo a callar, acabé catándole *Goodbye Yellow Brick Road* a pleno pulmón Y en plena calle.

Una palma enguantada de cuero se cerró sobre mi boca.

—Creí que tenías miedo de que nos reconocieran, Elton.

—Mmaanetojohnnozokato…

—¿Cómo?

—He dicho: a Elton John ni tocarlo.

Así llegamos al refugio de mi edredón, casi sin darnos cuenta, pasando de Ed Sheeran, que concita el consenso (nos importa un comino), a Taylor Swift, que genera debate:

—A mí me da ganas de dar brincos por todas partes.

—Y a mí de tirarme al suelo, Peter. A esperar a los buitres.

—Entonces, ¿con qué te gusta bailar?

—Con nada. No me gusta bailar. Y tampoco canto. O, si lo hago, desafino una barbaridad. Deja de reírte, es terrible. En serio. Incluso rechacé un papel en *Los miserables,* imagínate.

—¿Cosette?

—Por supuesto, ¿quién si no? Colin incluso quería que tomara clases de canto con un entrenador de voz… Mira, nunca me ha tirado para atrás ningún trabajo, he aprendido miles de cosas absurdas: girarme sobre un caballo al galope, desmontar una ametralladora, follar cabeza abajo… —quietos parados. ¿En qué

película? ¿Cómo es que me lo perdí?— y hasta salir de un coche en llamas sin doble. Pero cantar… ¿Meses de esfuerzo para que todo el planeta se ría de mí? Jamás de los jamases.

—Te he oído canturrear en la ducha…

—Créeme, si me hubiera soltado de verdad, y hubiera cantado a pleno pulmón, aún te estarían sangrando los oídos.

—Pero tu voz…

—¿Qué pasa con mi voz?

—Es sex… ejem, bonita.

—¿Ah, sí? ¿Quieres comprobarlo?

Me hizo rodar sobre la cama, pesado y ligero a la vez, con las gafas en la punta de la nariz y ese aire suyo diabólico. Me puse tontorrona:

—Anda, venga. Asumo el riesgo. Cántame… *Yesterday*.

—Ah, no, los Beatles no.

—¿Por qué?

Cuidadito con lo que vayas a decir. Mi afecto nostálgico por Elton John es *peccata minuta* comparado con lo que siento por los Beatles. Eso son palabras mayores. Ahí nos metemos con Dios.

Multiplicado por cuatro.

—Porque estoy dispuesto a hacer el ridículo, pero no hasta ese punto.

—¿Y eso qué significa?

Última parada antes de la blasfemia.

—Significa, Peter, que ya son bastante ñoños ellos solitos sin necesidad de que yo les eche una mano.

Y para acabar de cagarla:

—Cuando pienso que los comparan con los Rolling Stones…

El eterno duelo rancio.

Lo derribo, nos revolcamos, nos lanzamos clichés tan caducos que cualquier crítico de rock sufriría un *shock* tóxico. Cada argumento del otro nos arranca andanadas de indignación. Y alguna prenda de ropa. Con él, hasta la mala fe es una zona erógena.

Que si los Beatles son solo una *boy band* sobrevalorada. Que si son demasiado blandos y empalagosos…

Y un jersey menos. El suyo.

¿Y los Stones son mejores, acaso? Rebeldes de pacotilla. Puro postureo. Cincuenta años de berridos pretenciosos.

Y otro jersey menos. El mío.

¡Anda ya! ¿Y *Wild Horses*? ¿Y *Brown Sugar*? Eso es rock de verdad, Peter. No potitos para bebés.

El tono sube.

¿*Abbey Road* potito para bebés?

A tomar por saco su camiseta.

Se me resiste. ¡Caray con el algodón. Es duro de pelar. El hereje mucho más. Con la frente llena de mechones gitanos y el vaquero medio desabrochado bajo su ombligo perfecto, la expresión mitad molesta, mitad encendida. Totalmente irresistible.

Me encuentro de rodillas en la cama, vestida solo con mi furia:

¿Estás loco? ¿Me dices que vas a mandar a la hoguera *Penny Lane, Let It Be,* o incluso, yo qué sé… *Your Mother Should Know…?*

—¡Cómo que mi madre!

—¡¿Cómo que tu madre?! ¿Qué pinta ella en este entierro? ¿También odia a los Beatles?

De repente, todo se detiene. Su mano se aparta de mi mejilla. Como si fuera una bofetada al revés.

De repente, quien está sobre mi edredón es un temible guerrero maorí.

—No, está muerta.

Mierda. Es verdad.

Your Mother Should Know…: «Tu madre debería saberlo».

Los peligros y las consecuencias del malentendido, en la lengua de Liverpool.

—¿No hiciste los deberes antes de conocerme? Eso no es muy profesional, Peter.

—No, pero… En realidad lo sabía, solo que tuve…

Un lapsus trágico.

—Perdón.

—¿Por qué te disculpas? No fuiste tú quien la mató. Fue un autobús. En Ascot Road, en Mangere. El culo del mundo en Auckland, donde vivíamos. Lo dice todo el mundo: hay que mirar siempre antes de cruzar.

—Lo siento en el alma, yo…

—Puedes comprobarlo en Google si te apetece. Está todo ahí. Absolutamente todo. «¡Ah, qué tragedia!, y ¿sabéis lo mejor? Solo tenía doce años el pobrecillo». Por lo visto, eso vende. Es la sal y la pimienta de cualquier biografía que se precie.

—Pero…

—¿No te parece emocionante? ¿Una pobre mujer de la limpieza atropellada porque está demasiado cansada para prestar atención y mirar antes de cruzar? Un tabloide inglés incluso encontró una foto mía en el entierro. Frente al ataúd, cuando yo ni siquiera sabía que existía. Por lo visto, eso es periodismo de investigación. Menudo oficio el tuyo, Marianne Corvo.

La imagen es famosa: la foto mal encuadrada de un chiquillo pálido, repeinado, de la mano de un hombre. No es su padre. Por entonces, el susodicho, un tal Joe, ya había desaparecido rumbo a Australia. Todo el mundo conocía esa historia.

La balada triste de Ben Whyte.

Lo toco con cautela:

—Violar la vida privada de la gente no es un oficio. Al menos no el mío…

Totalmente ausente —¿en Mangere, «el culo del mundo de Auckland»?—, se deja acariciar la punta de los dedos.

—Tu madre se llamaba Elizabeth, ¿no?

—Lizzie. O Liz.

—Ah, bien. Pero… es que *Your Mother Should Know* es solo… el título de una canción.

—Vaya.

Silencio sepulcral.

—No la conozco.

Y luego:

—Menuda metedura de pata. Es que parezco idiota.

No, amigo mío. Pareces perdido. Solo un instante, antes de disimular y dedicarme la sonrisa más falsa de toda tu carrera de mentiroso:

—Bueno. ¿No habíamos dicho que iba a cantar? Tendrás tu pequeño concierto privado. Suertuda. Y como yo prefiero a los Stones…

A fuer de ser sincera, tengo dos buenas razones para no haber reconocido inmediatamente *Sympathy for the Devil*. La primera es que no mintió. Es tan melodioso como una bisagra oxidada.

La segunda es que me importa un bledo.

—*Please allow me…* —me susurra en la nuca, demostrándome sus muchos otros talentos.

La nieve ha llegado mucho antes del amanecer. Su frágil ondulación contra mi ventana cae sobre el ambiente musical como una mariposa en una picadora de carne.

GRHOOOOMMHHH…

—… a Satán…

—¿Qué?

—Digo que la canción es una invocación a Satán…

—Ah… Pues, si yo fuera Satán, pondría en mi buzón de voz: «Vuestro Señor de las Tinieblas no está disponible en este momento. Por favor, cierre la p…».

HHHEUUURRLLHHHH…

Estamos disputándonos el control de Spotify desde… Ya ni lo sé. Solo sé que es su turno y que ha subido el volumen al máximo. El grupo se llama Toxic Shit. Por lo visto, están en la cúspide (incandescente) del *death metal* actual. Para completar mi formación, después de otras perlas que me ha revelado, como Paranoid Specuulum, o Anal Donkey Fuck.

No vamos a dormir esta noche. Sobre todo porque…

BLAM, BLAM, BLAM…

—¡POR EL AMOR DE DIOS, esto no hay quien lo aguante! ¡Voy a llamar a la policía!

No es Toxic Shit. Ni Satán. Es un representante de la especie quisquillosa del tímpano, bien conocido en su hábitat natural como Vecino.

Me había olvidado de que existían.

Hay tres en el rellano: el tipo del piso de arriba, que echa chispas en bata de casa; el tímido de enfrente, incómodo, con plumífero; y madame Kerfouët cubriendo de felpa la retaguardia, ataviada con una nueva aberración nocturna: la versión invernal del picardías en franela encapotada.

Son tres, pero sus ojeras son legión.

—¡Está loca! —grita Bata de Casa.

—Voy a denunciarla al administrador del edificio —promete Picardías de Felpa.

—Bueno, yo ya me iba a trabajar, de todos modos… —murmura Tímido.

Detrás, la música se detiene. Las miradas investigan por encima de mi cabeza a través de la estrecha rendija de la puerta entreabierta.

—Y encima, no está sola. —Madame Kerfouët, que ya sospechaba de un complot terrorista, ahora alberga serias dudas sobre mi moralidad.

Es justo entonces cuando Ben Whyte empieza a acariciarme. Invisible desde el rellano, pero como si tal cosa. Lo siento estremecerse y aguantar la risa contra mi espalda.

Prácticamente le doy con la puerta en las narices al trío de querulantes.

Nadie llamó a la policía.

Dormimos hasta bien entrada la tarde, rozando ya la penumbra del crepúsculo. Yo me había quedado dormida en sus brazos y desperté extendida a lo ancho de la cama.

Sola.

¡Qué pereza abrir los ojos! Hundo la cara en la almohada, ávida de olvido, cuando escucho: «¡Venga, hijaputa!», seguido de un silbido menos humano, entre un géiser y un robot borracho.

No solo sigue aquí, sino que acaba de instalar la dichosa percoladora en el rincón de la cocina. La máquina parpadea, prepara el café y el aire empieza a llenarse de su aroma.

Fuera, la nieve sigue cayendo.

—Ah, ¿estás despierta? No lo entiendo. Trabajé en bares durante años. Hace mucho de eso, pero… He manejado tantas percoladoras que podría hacerlo con los ojos cerrados. ¿Qué coño le pasa a esta?

Me acerco y me inclino sobre la máquina.

—Pues nada…, porque funciona.

—¡Que te crees tú eso! Mira en la taza. Parece chapapote… ¡Menuda mierda!

La percoladora es un animal susceptible. Cuando se enfada, siempre escupe. Un chorro de vapor directo a la cara. La mía.

…

Es el anochecer de un jueves de diciembre y las pestañas de Ben Whyte me hacen cosquillas en la mejilla. La que no está embadurnada de pomada.

—La maldición del café. Es increíble. Cada vez que… Deja de tocarte.

—Pero si ya no me duele. Voy a…

—A nada. Quédate quieta. Tiene que penetrar.

Risas tontas.

Está oscuro, pero ninguno de los dos se ha levantado a encender la luz. Su teléfono sigue conectado a mis altavoces y una recopilación de los Stones gira en sordina desde Dios sabe cuándo. Por enésima vez, Mick Jagger nos recomienda no jugar con fuego. Amenaza, emboscado en las seductoras vibraciones de la guitarra y el arpa.

No quiero reavivar la polémica, pero es superior a mí:

—¡Qué hipócrita…!

—¿Quién?

—Mick. O sea, esta canción: «Ah, qué cabrón soy, qué peligroso, mucho cuidado o te irás a lloriquear con tu madre»…

Y dale. La soga en casa del ahorcado.

—Ejem… No la tuya, eh, la de…

—Tranquila, Peter. Lo capto. No soy tan estúpido. ¿Ponemos otra cosa? Además, ese título me trae malos recuerdos.

Play with Fire.

¿Se acostó con un pirómano? Este tipo de comentarios me pone de los nervios. Nunca sé si es una invitación a profundizar en el tema o a cambiar de conversación *ipso facto*. Pero me siento tan bienvenida en su cuerpo, reina interina de un territorio formidable, que me arriesgo a cometer una indiscreción.

—¿Qué recuerdos?

—Has visto a Martin, creo…, Martin Finley. Ya sabes cómo es.

—¿Tu asistente? Sí…

—En realidad, no es mi asistente. Bueno, sí… Pero sobre todo es mi amigo. Desde siempre.

—¿Y ahora trabaja para ti? Debe de ser…

—Necesita trabajar. Ninguno de los dos estudiamos, pero él realmente no tuvo opción. Por eso. Las quemaduras. Los ingresos en el hospital, las operaciones…

—¿Qué le pasó?

—Una puta estupidez, el verano en que teníamos ocho años.

Se incorpora un poco y me roza la mejilla herida.

—Al principio de las vacaciones, el banco embargó una casa en nuestro barrio. Estaba tan destartalada que apenas se mantenía en pie, pero aun así era demasiado cara para los que vivían allí. Era una familia maorí. Me acuerdo bien, sobre todo de la madre, porque era fuerte, hablaba muy alto y tenía dos empleos, como la mía. En fin, de un día para otro, todos fuera, a la puta calle.

—No hay derecho.

—Desde luego. Pero en ese momento a Martin y a mí nos daba igual. Lo único que veíamos era que estaba vacía. ¿Te imaginas qué campo de juegos?

Pues no, francamente. A los ocho años, yo le tenía miedo hasta a mi propia habitación.

—Como nadie nos vigilaba nunca, pasábamos todo el tiempo allí. Las clases habían terminado y no teníamos otra cosa que hacer… Al principio, solo merodeábamos alrededor. Estaba lleno de cachivaches, todo tipo de chatarra, ruedas de bicicleta, piezas de motor…

Prefiero no preguntarme si ha contado esta historia muchas veces. La respuesta podría asustarme.

—Al cabo de una semana, tal vez dos, no sé, nos habíamos cansado del jardín. La casa apenas estaba cerrada con llave y fue muy fácil abrir la puerta a patadas. Fui el primero en entrar. Allí dentro apestaba a muerte. No se veía nada, era como si las paredes tuviesen hambre. Como si quisieran devorarte. Aguanté diez segundos… Pero al día siguiente volví a intentarlo. Y al siguiente, y al otro… Fue Martin quien tuvo la idea de las velas. Para seguirme. Para explorar. Como en esas malditas películas que nos gustaban, *Indiana Jones, Los Goonies*…

Sigo el ritmo de su respiración. Espero.

Sigo esperando.

Y comprendo que eso es todo por hoy. Dos niños, una casa en ruinas, unas velas. Es fácil deducir el resto.

—Después, los bomberos tuvieron la desfachatez de decir que habíamos tenido suerte. En fin. ¿Volvemos esta noche a tu restaurante chino?

…

«… Lo siento, pero no estoy en condiciones de trabajar… ¿Covid? Ah, tal vez… Es verdad, porque tengo fiebre, y…».

… ¿una voz como de dictar testamento? Si yo fuera BTT, al otro lado del teléfono, avisaría de inmediato para que viniesen a darme la extremaunción.

«Así que estoy postrada en la cama…».

Por fin una verdad a medias.

Sentado en el suelo, Ben Whyte deja de inspeccionar mi estantería de vinilos para mirarme con una sonrisa burlona. Como si él no tuviese arte ni parte. Los RTT (la Reducción del Tiempo de Trabajo), que me tomo por razones médicas, puede que rimen con BTT, pero no con viernes, que es el día de entrega de artículos.

¿Cómo iba a imaginarme que mi visitante seguiría aquí? Pues bien, no solo se apalanca, sino que se instala un ciclo: cena en restaurantes veinticuatro horas, regreso a mi casa, siesta sobre siesta…

Y entregas disparatadas a cualquier hora.

Desde su llegada, le han traído varias mudas de ropa, una maquinilla de afeitar, comida (el equivalente a dos *brunches* cinco estrellas), fresas, cigarrillos e incluso, esta misma mañana, una percoladora nueva para sustituir a la asesina. Todo ello en menos de tres días.

Me siento como un punto de recogida de paquetes.

En resumen, estamos a puntito de caer en la rutina. Incluso lo he visto rodear instintivamente la tabla del suelo que cruje a la derecha de mi cama.

¿Y desde cuándo me da por pensar en primera persona del plural con ese «nosotros» que se me ha metido en la cabeza? «Nosotros» nos buscamos y nos reímos bajo el edredón. «Nosotros» sabemos dónde y cómo acariciarnos. «Nosotros» no hablamos de su «actualidad», como decimos en las redacciones, ni de la inmensa sombra que proyecta en todas las pantallas del mundo. Y, sobre todo, «nosotros» no mencionamos su partida.

Me despido de BTT como si lo hiciese por última vez, una despedida llena de dramatismo a la que él responde con emoción muy contenida: «Hale, hale. Hasta luego».

Y Ben Whyte se troncha de risa.

—Me encanta oírte hablar en francés. Pero, por Dios…, Peter, mientes de puta pena. Tienes tanta facilidad para mentir como yo

oído para cantar. Ni siquiera hace falta entender el idioma para darse cuenta.

—¿Ah, sí? ¿Crees que mi jefe sospecha algo?

Me agarra por los tobillos y me hace caer sobre él.

—Creo que si hubieras dicho «me quedo en casa a gandulear», le habría parecido menos sospechoso. Eres guapa a morir, pero… —¿QUÉ?— eres la peor actriz del mundo… No pasarías ni el *casting* de una velada escolar.

¿Que soy QUÉ?

—¿Peter?

Guapa. A morir. ¡Pum! Cae redondo.

Marianne fatal.

—¿Te he ofendido?

—¿A quién, a mí? Ah, no, para nada. Nunca soñé con ser actriz, gracias. Qué vida de locos. Hay que tener un ego de… —espacio en blanco—. Perdón.

—No te preocupes, no pasa nada. Créeme, yo tampoco lo soñé nunca. No tuve tiempo.

Por supuesto. Casi veinte años reventando la taquilla por puro azar.

—¿Qué habrías querido hacer entonces?

—No lo sé, lo he olvidado. ¿Y tú? ¿Cazadora de vinilos? Tienes una colección impresionante…

—Quería escribir.

—Pues enhorabuena. Misión cumplida.

—Ya, pero no artículos… Novelas.

—Ah. ¿Y…?

—Y nada.

Preferiría comerme el teclado antes que hablarle a Ben Whyte de mis esfuerzos literarios. Y de Benedict, su doble maléfico en plan novela rosa.

Ben examina mi LP de Cream —*Wheels of Fire*— un milagro de cinco euros que encontré hace poco en el rastro de Montreuil. Lo deja y coge otro. Una grabación pirata de Led Zeppelin. Concierto

del 12 de enero de 1969 en San Francisco. Mi único tesoro verdadero.

—Ese me lo regaló mi padre cuando aprobé mi primer examen en la universidad. Desde entonces los he ido coleccionando. No los exámenes, los discos.

—¿Qué estudiaste?

—Historia, Inglés. Y luego Periodismo.

—¡Arrea! Ah, espera, ¿qué es lo que ven mis ojos?

Regodeándose, mientras sostiene la carátula de *Let it Bleed*. Los Rolling Stones, por supuesto.

—Vaya, vaya, Peter, qué calladito te lo tenías… ¿Te has regalado un álbum de esos viejos hipócritas? ¿Y dónde están los discos de los Beatles?

Sus mordiscos son suaves. Ligeros, casi distraídos. Cuello, hombro, muñeca…

—Los dejé… en Aix.

Digo, deslizándome sobre el parqué, para convertirme en su pícnic.

—Estaban demasiado rayados. Y los buenos vinilos piratas…

—¿Mmm?

Su mirada recorre mi piel, rasante como una puesta de sol. Rayo verde.

—No tengo ninguno. Es…

Inalcanzable. No está dentro de mis posibilidades.

Como todas las cosas raras.

Excepto Ben Whyte.

20
Bienvenidos al fin del mundo

El alba desgarra jirones de niebla, los cuelga en las tiendas empapadas, en las banderas a media asta, en el despertar tembloroso de los soldados.

Su armadura está abollada y sin brillo. En el peto, el emblema del león rojo está rajado de un extremo a otro. Una herida de óxido. Primer plano de su cabeza desnuda. El cansancio le devora las facciones, le opaca la piel. Una costra de sangre seca le dibuja un tatuaje bárbaro, desde la sien hasta la barbilla.

Le traen su montura, una bestia grande y nerviosa cuyos cascos bailan sobre el suelo fangoso. Una vez en la silla, cuando el escudero le tiende su yelmo, dice: «Es hora de morir».

Luego, la visera cae sobre su mirada.

Pica espuelas, travelling *hacia atrás. En primer plano, el campamento. Sembrado de muertos y heridos. A lo lejos, la oleada oscura y monstruosa de otro ejército.*

Presiono el botón de stop y Ben Whyte se despereza.

—Todavía me acuerdo de lo mal que lo pasé en ese rodaje. ¡Qué dolor de culo! Viví prácticamente a caballo durante semanas. Un infierno… Chapoteábamos en el barro día y noche, con el cabrón de Kaz cambiando de opinión cada vez que llovía, es decir, cada cinco minutos. Es verlo y acordarme de su nariz destrozada por la cocaína y de su ridículo chucho. Pero ¿a quién con dos dedos de frente se le ocurre ponerle «Mussolini» a un bichón frisé? Se me revuelven las tripas. Nunca más. Ni él ni Escocia.

Un bonito homenaje en *off* al que él llama Kaz, ni más ni menos que George Kazinski, el famoso director de la epopeya medieval *Neville's Cross* (2015, mil cuatrocientos millones de dólares de recaudación en todo el mundo).

—Y, por supuesto, desde entonces, siempre hay algún imbécil por ahí suelto que me dice: «Es hora de morir», en plan gallito, como si fuera el primero… Un día voy a partirle la cara a alguien, te lo juro. No puedo creer que me hayas obligado a soportar ese fragmento.

Yo tampoco.

Pero quería vivir la experiencia, al menos una vez en la vida: verlo junto a su intérprete desplomado junto a mí.

Un desdoblamiento mágico.

El sábado por la noche todo está empezando a diluirse. La noción del tiempo. La identidad extraordinaria de quien me abraza. Sus proporciones y sus fronteras.

—Bueno, basta de gilipolleces. ¿Salimos, Peter?

—Pero si aún no es hora del chino…

Es mucho, muchísimo antes. Nada que ver con nuestras pequeñas incursiones nocturnas. Nueve de la noche, fin de semana: las calles de mi barrio están abarrotadas. Las cervecerías y sus hordas de bebedores desafiando el frío en las terrazas. Los espectadores saliendo del cine. Las oleadas de gente que la boca de metro engulle y escupe.

¿Es ahí adonde quiere que nos lancemos?

—No, nada de chino, quiero cambiar. ¿No se te ocurre otra idea?

Sí. Noquearte y encerrarte en el baño. O tragarme el canguelo y minimizar los daños.

Elijo el Diamonds & Spades, un *pub* irlandés, porque está cerca, porque se puede cenar allí y porque suelo ir a menudo, en recuerdo de mi año de estudios en Dublín.

Me encanta su olor a madera y alcohol, sus paredes estucadas de rojo, cubiertas de etiquetas de cerveza, postales y menús garabateados con tiza.

Esta noche pienso sobre todo en su pésima iluminación, que deja varios rincones en penumbra.

Normalmente es un sitio más bien tranquilo.

Hoy no.

Llegamos allí sin contratiempos, sanos y salvos: ni *paparazzi* ni psicópatas ni guerra civil. Solo un flujo de transeúntes indiferentes y apresurados bajo la lluvia helada que acabó imponiéndose, sustituta ingrata y previsible de la nieve.

—¿Ves? ¿Qué te había dicho? ¡Ojos que no ven…! —exclamó triunfante Ben Whyte frente a la entrada del *pub*.

Y, por diversión y chulería, se inclinó sobre mí y me agarró, allí mismo, en público, en medio del grupo de fumadores que atascaba la acera.

Me echó hacia atrás, como en el clímax de un tango. Un beso de cine magistral, de esos que arquean la espalda y hacen desfallecer en el acto. La lana rugosa de su chaquetón estaba un poco mojada. Lengua cálida, mejillas frías, olor a invierno.

Estallaron algunos aplausos. «Cheers, mate!», gritó un grandullón pelirrojo, con cara de sajón bonachón y achispado. Ben Whyte siguió tentando a la suerte y lo miró fijamente a los ojos…

Y nada.

El tipo alzó su vaso y reanudó la conversación con sus amigos.

Increíble.

Nos hicimos un hueco en una mesa corrida, apretujados unos contra otros, y fui a pedir hamburguesas y pintas.

Tardé una eternidad.

De pie, en grupos cambiantes o sentados al tuntún, apiñados en la barra, pegados unos a otros, los bebedores compiten en estruendo con el torbellino agudo de las jigas celtas, que suenan a todo volumen en los altavoces. No es música ambiental, es una guerra relámpago de flautines, panderetas y violines.

Adictiva hasta la muerte por sobredosis de tréboles.

La gente grita, se ríe y hace más calor que dentro de un tanque de Guinness.

—¡Creo que mis ancestros eran irlandeses! —me grita Ben Whyte por cuarta vez. Me digo que es el momento ideal para compartir detalles genealógicos y me da la risa. Intento contárselo, no me oye, pero se ríe igual. Así transcurre la conversación, mientras devoramos nuestros platos con hambre canina. La versión pringosa de *La dama y el vagabundo,* lanzándonos al mismo tiempo sobre la última patata frita, empapada de mayonesa sobre el papel parafinado.

Conseguir dos pintas más de *stout* —negra, amarga y cremosa— me va a llevar el mismo tiempo que ir de excursión a Connemara: la barra es prácticamente inaccesible. Las bombas de cerveza no paran de despachar el oro líquido rubio y negro a un ritmo frenético. Tan pronto como me sirven, atrapada por la marea humana, derramo la mitad de mi cargamento sobre la espalda de un tipo que apenas lo nota.

He dejado solo a Ben Whyte tanto tiempo que ya ha hecho migas con nuestros vecinos de mesa, una pandilla de mocetones tumbacuartillos con una buena tajada.

Con las mangas remangadas y el pelo sobre los ojos, parece un miembro de la pandilla de toda la vida. Hombro con hombro, empiezan a entonar *The Wild Rover,* la vieja canción de taberna que revienta los altavoces. Tamborilean sobre la mesa y patean el suelo como una tripulación de piratas en tierra.

Bam-bam, bam-bam.

No tarda mucho en propagarse la euforia y todo el suelo del bar tiembla al mismo ritmo.

And it's no, nay, never…

Bam-bam, bam-bam.

No, nay, never… no more… will I play the Wild Rover… No, never, no more!

Todo el mundo berrea, tanto los que conocen la canción como los que la escuchan por primera vez. Vuelan algunos vasos y se estrellan en medio de la indiferencia general. No hay ningún encargado excesivamente celoso de su trabajo ni empleados ansiosos por calmar este incipiente caos a mayor gloria de san Patricio. Al

contrario. El mismo tipo que me sirvió está ahora bailando sobre la barra, más desmelenado que sus clientes. Una chica me ha quitado el sitio y se restriega contra mi Ben sin conocerlo ni reconocerlo tampoco.

… ¿«Mi» Ben?

Me dejo llevar por la ola de lúpulo. Encadenamos canciones, bamboleándonos, un estribillo tras otro, cantando a coro a grito pelado, o chamullando y haciendo el barbo los que no saben la letra. La *stout* empieza a subírseme, hasta que me pone en órbita de verdad. Alguien me ha levantado en brazos, con los primeros compases de *Come on Eileen*…

Mi Ben.

Todo da vueltas, el mundo es un carrusel de sonrisas borrosas. Nos empujan, nos salpican, yo me agarro a sus hombros, mi pelo lo ciega…

—Creía que no te gustaba bailar…

—¡No estoy bailando, te estoy guardando para mí!

¿Se puede morir de alegría?

Con los primeros acordes de *Fairytale of New York,* me baja sin soltarme.

Los Pogues desbarran; cuentan una noche de Navidad en una celda para despejar la borrachera. Vidas malgastadas. Un amor condenado que, sin embargo, se resiste a morir, luego se desboca en un dúo melancólico y furioso: una mujer, un hombre, una voz cristalina contra un timbre aguardentoso, que se entrelazan, se acarician, se insultan…

Casualmente, los dos conocemos la canción de memoria. Jugamos a darnos la réplica, a susurrarnos insultos, boca a boca. Nunca nadie ha llamado a otro «miserable» o «borracho de mierda» con tanto fervor.

Sus ojos se vuelven borrosos, mis piernas flaquean. Dejamos que los Pogues terminen solos.

Un pequeño círculo se ha formado a nuestro alrededor, vibrante como un aura. Nos miran. LO miran. Por un momento temo lo peor.

Pero no. A lo mejor es por el tinte del pelo, la penumbra, por su desparpajo o por la barba sacrificada… Qué más da: el extraño hechizo del anonimato sigue intacto.

Y, sin embargo, es como si todos lo supiesen sin saberlo. Lo noto, lo sé, soy como ellos, una de ellos. Todos atrapados en esta formidable presencia, como avispas aturdidas por el azúcar. Presas de algo más raro, más poderoso que el simple encanto.

Y para mí sola, único y turbador privilegio, algo mucho más peligroso.

Se inclina para hablarme al oído, de repente más pesado, casi triste:

—Peter, yo…

… Cuando de pronto, un borracho desconocido se nos echa encima:

—¡Hostia! Tu novio… ¿nunca te lo han dicho…? Eh, tío… ¡te pareces a muerte a Ben Whyte!

21
Muere otro día

10 de diciembre, 13:48 h (hora francesa). @WhyBn:

«I surrender».

Debajo, un enlace de YouTube. «The Beatles — *I Want You*».

Se «rinde». Con un título que, *grosso modo,* farfulla «Te quiero, te quiero, te quiero».

En un post compartido con 19,3 millones de suscriptores. *I want you so bad, it's driving me mad…*

¡Madre del amor hermoso! Santísima Paranoia.

Intento convencerme de que no se trata de ningún tipo de mensaje personal, sino de la conclusión aterradoramente pública de nuestro pequeño debate privado. No lo consigo.

La publicación lleva en línea menos de media hora. Ya tiene casi 50 000 «me gusta».

En mi cabeza, está abriendo a patadas una puerta prohibida.

La Entrada a una Relación Real. Con el mismísimo Ben Whyte.

Ya veo casoplones con piscinas (sí, en plural) bajo una pesada cubierta de cielo azul. Cámaras de vigilancia, árboles infestados de *paparazzi*. Noches de estreno deslumbrantes. Fríos pasillos de aeropuerto, horribles portadas de tabloides sensacionalistas…

No, no, no.

¡Y no!

Pienso en la otra noche, en el *pub,* cuando casi nos pillan. Todavía tengo palpitaciones. Menos mal que el tipo que reconoció a mi estrella (¿mi cruz, mi condena?) estaba demasiado borracho como para creérselo.

…

—¿Quieres que vaya a buscarte un Lexatín?

—Quiero que me digas que me estoy montando películas.

—Te estás montando películas.

—Gracias, Jean.

—De nada, guapa. Bueno, vuelvo al trabajo.

—¿Estás seguro de que…?

—Estoy seguro de que puede esperar hasta esta noche. Esto son urgencias pediátricas, Marianne, no mi segunda residencia. Te he dicho mil veces que…

—Es que no conseguía localizarte…

—¿Y por qué crees que era? Estoy trabajando, joder.

Nunca había oído llorar a tantos bebés a la vez. Gente de Protección Civil que pasa a nuestro lado, arrastrando una camilla vacía. Teléfonos que no paran de sonar, batas blancas que van y vienen y pacientes que esperan.

Todos los asientos de la sala de espera están ocupados. Acurrucado contra su madre, un niño me mira fijamente mientras se rasca el brazo en cabestrillo. Un par de velas sube y baja de las ventanitas de su nariz, al ritmo de su respiración.

Hipnótico.

—Sí, claro. Perdona.

Una enfermera pasa entre nosotros; Jean le dedica una sonrisa tensa. Con esa especie de pijama de color azul píldora, parece aún más desgarbado y pálido que de costumbre.

Exhala un profundo suspiro.

—Vale. Cinco minutos. Ni uno más. ¿A qué viene todo ese drama por un simple post? Si de verdad Ben Wh…

—¡Jean! Su Nombre. Aquí no.

—¿Por qué? ¿Alguien le va a pedir que venga a reducir una fractura? Por si quieres saberlo, en la vida real, a la gente Ese Gillipollas se la suda.

—Pero a mí no. Yo tengo miedo.

—¿Miedo de qué, joder?

—De su post, lógicamente.

—¿«Lógicamente»? Hace ocho días que me tomas por una bola de cristal con tus preguntas. Que dónde estará, que si nos volveremos a ver. ¿Y todo para venir corriendo a urgencias justo cuando da señales de vida?

—Es que tampoco dije que quería que él…, que fuésemos algo más que…

—No te preocupes. No vais a ser nada de nada. ¿Se ha puesto en contacto contigo desde que se fue? ¿Una llamada? ¿Un correo electrónico? ¿Palomas mensajeras?

—No.

—Pues eso. Como mucho, te ha hecho un guiño delante de sus millones de seguidores. No es como para ir encargando la tarta de boda…

—De todas formas…, la canción…

—Y dale con la canción. Muy bien, «te quiere». Vale. ¿Y qué? Ya te lo imaginabas un poco, ¿no? Está jugando contigo, Marianne. Ni más ni menos. Será mejor que te centres en el otro.

—¿Qué otro?

—Benedict. Con él, al menos, vas a algún lado. Además, me muero por saber si sigue atrapado en el Imperio romano. ¿Me llevas el capítulo siete esta noche?

…

La semana pasada, Ben Whyte me dejó plantada nada más salir del *pub.*

Un coche negro se detuvo en silencio junto a la acera. Otro coche fúnebre ministerial.

Nos quedamos un instante frente a frente. Mudos, empapados. Me acarició el pómulo con la yema del dedo índice, como si trazara el surco de una lágrima:

—Voy a tener que dejarte aquí…

Intenté esbozar una sonrisa despreocupada. Como si me lo esperase. Como si el frío no me calase hasta los huesos.

—Sí, ya veo.

—No sabes cuánto lo siento.

Esa compasión en la mirada. Insulto de terciopelo.

—Acabo de enterarme de que mi agenda ha cambiado. Te juro que no tengo elección, puedes creerme.

Puaj.

—Empiezo un rodaje, Peter. Antes de lo previsto. Serán unos meses.

Carmine salió del coche con un paraguas. Ben Whyte lo detuvo con un gesto.

—Tendré que trabajar como un forzado. No podré…

Colorín colorado. Fin de los cuentos de hadas. Corté rápido la frase.

—No pasa nada.

—Es lo que hay.

Contemplé su número de equilibrista, entre el encanto y la pesadumbre.

—Es mucho lo que hay en juego. Y es un gran desafío. Descomunal, en realidad.

Como si alguna vez aceptase embarcarse en «desafíos» insignificantes.

—De momento nadie lo sabe, aparte de la producción, lógicamente. Superconfidencial.

Se rio muy bajito. No entendí dónde estaba la gracia.

—Y yo, como un gilipollas, contándoselo a una periodista.

¿Qué periodista?

Entonces recordé a qué me dedicaba para ganarme la vida:

—De todos modos, todavía está en el aire. Pero gracias por la confianza.

La respuesta se posó en mis labios. Firme y definitiva.

—Gracias por todo lo demás.

Y la noche se lo tragó.

Variety, 19 de diciembre, edición digital:

Noticia de última hora: Ben Whyte será el próximo James Bond.

Eon Productions, que gestiona los derechos de la franquicia, ha puesto fin al suspense. Al rebufo de su reciente éxito en Z-End, *la estrella neozelandesa consigue el papel del legendario espía británico tras muchos meses de rumores y especulaciones. El rodaje de* There's no Place Like Death, *bajo la dirección de Jim Wu, comenzará el mes que viene en los estudios Pinewood de Londres, antes de trasladarse, entre otros lugares, a Italia, la República Checa e incluso Tailandia…*

Etcétera, etcétera.

Me he acostado con James Bond. Chúpate esa, Léa Seydoux.

Si Ben Whyte no hubiera dejado en mi casa unas cuantas reliquias sagradas (prendas de ropa, un cargador de iPhone, etc.) y si Jean y Serge no lo hubieran visto con sus propios ojos, creo que habría acabado internándome por psicosis alucinatoria crónica.

James F***ing Bond.

Esta impactante noticia lo devuelve a su lugar, donde debería haberse quedado. En el reverso del mundo. El más allá intangible y deslumbrante de sus personajes.

Unos días después, la mañana de Navidad.

Comparto el sofá con un batiburrillo de papeles de regalo, envoltorios de caramelos y juguetes de plástico. Mi sobrina Lila está sentada en mi barriga, con un dedo metido en su diminuta nariz y la otra mano en el coletero morado que le sujeta la cola de caballo.

Con los morritos embadurnados de chocolate, empieza su interrogatorio: «¿Y por qué no tienes un novio?».

Porque prefiero tirarme a James Bond.

El gran salón de baldosas de mi hermana —con vistas a los árboles del jardín que se doblan bajo el mistral— es una leonera después de la cena de Nochebuena. Aplastado contra el ventanal, el enorme árbol de Navidad ha perdido hasta las bolas.

Con una bolsa de basura en la mano, Charlotte recorre el campo de batalla con la energía de su última superviviente.

Su hijo mayor, Idefix, no se despega de su bicicleta nueva. El nacimiento de una nueva pasión exclusiva.

—¡Me cago en…! Perdón, ¡mecachis! —se corrige—, ¿ves lo que me haces decir, Idef… eh, Félix?, ¡la bici, fuera!

Cierro los ojos y vuelvo a convertirme en el indolente parásito de la casa. Me gusta todo aquí. Los niños. El ruido. Cézanne, el chucho valduendo que apesta, sobre todo en invierno.

Incluso las discusiones absurdas —mi hermana es de extremo centro; su marido, de extremo nada.

Incluso ese telón de fondo permanente de música ligera francesa. Como el día en que sorprendí al gigantón de Denis, tronchándose de risa con un niño bajo cada brazo, cantando a gritos «Yo soy libertina, soy una perdida».

Hablando de viejos éxitos, ahora mismo, mi querida hermana mayor pasa la aspiradora con los gorgoritos de Véronique Sanson.

Cuando siento que he entrado en su viiida…

Tú haz lo que quieras, Véro, pero yo no pienso entrar en ningún lado.

Rezo para que el destino me lo impiiida…

Rezo para que el diablo se me lleeeve…

Ah, mira, eso sí. Con los cuernos bien agachados. Y las pezuñas a todo meter.

Y la angustia me muestra su rostro, oh, oh, oh…

Hasta en sus más mínimos detalles. Incluida esa pequeña cicatriz en la ceja, inolvidable, una vez que te has fijado en ella…

—¿Cuándo va a parar papá con sus gilipolleces de sesentayochista trasnochado? Levanta el culo, Marianne, que quiero aspirar las migas.

Sigo despatarrada en el sofá y me limito a levantar las piernas para dejar que la aspiradora chupe los cojines. Sorprendida por el zafarrancho, Lila se escapa como un gatito asustado.

—Corta el rollo, Charlotte. Papá tenía nueve años en el 68. Y no es ninguna gilipollez. Está en huelga contra una reforma que…

—¡Es Navidad, joder! ¿Qué sentido tiene ocupar la universidad durante las vacaciones? Quiero decir, aparte del postureo con sus alumnos, en lugar de celebrar la Nochevieja con su familia.

Cuando estoy lejos de éééél…

—Francamente, todas esas huelgas solo perjudican a los estudiantes y…

Ya he perdido la cabeeeza…

Y estoy muy lejos de aquíííí…

Siento la lluvia de otro planeeeta…

—Entérate, Charlotte. Se llama derechos sociales. No todos tenemos la conciencia política de un yogur.

La aspiradora deja de zumbar. Durante una milésima de segundo, me pregunto si intentará noquearme con ella. En otro tiempo, no lo habría dudado.

Me gano su famosa mirada de búho. Enorme. Redonda. Fija. Concebida para paralizar a su presa. Ese pájaro siempre surte efecto.

—Perdona, no quería ofenderte…

—Pero ¿qué te pasa, Toutoune?

—No es nada. Solo un poco de resaca.

Se sienta a mi lado:

—La resaca no hace que se te llenen los ojos de lágrimas.

No son lágrimas. Es la «lluvia de otro planeta».

Del tipo inhabitable.

Por una vez, mi hermana no insiste. El milagro de la Navidad:

—¿Sabes qué? Estoy harta de limpiar. Ya acabará Denis más tarde. Vamos a ver una comedia romántica, como antes. A ver: *¿Cuando Harry encontró a Sally? ¿Pretty Woman?* O, mejor, *Cita en Portland,* con Scarlett Johansson y… el macizo ese…, cómo se llama… Sí, mujer, el que entrevistaste… ¿Cómo era? Bill, Ben… ¡Caray!, lo tenía en la punta de la lengua, pero se me fue…

No sabe cuánta razón tiene.

…

Llueve a cántaros. Un auténtico aguacero de cine, que empapa la camiseta de Scarlett, pegándola a sus senos voluptuosos. Con una gran bolsa de viaje a sus pies, espera junto a una parada de autobús. Sola. En el quinto pino.

Sin paraguas.

¿No sería mejor que fuese a refugiarse bajo los árboles? Por supuesto que no. Se deja regar, triste y gentil como una flor marchita.

Charlotte hurga en su bolsa de patatas fritas. Crunch, crunch. Lila se ha quedado dormida en el suelo, con el culo en alto y la cabeza enterrada en el pelaje protector de Cézanne. Idefix pedalea de nuevo por el salón, imitando ruiditos de motor. Rummm, rummm. Fuera, el invierno provenzal sigue azotando, violento, gélido y resplandeciente.

De repente, Ben Whyte aparece al otro lado de la carretera. Empapado también. Sin aliento.

Primer plano de unos preciosos ojos miopes, más verde-grisáceos que nunca.

Por si acaso algún despistado patológico no ha captado que estamos viviendo un momento crucial, nos ponen una balada lenta y quejumbrosa, tan empalagosa como el clima.

Ben y Scarlett. Scarlett y Ben… Plano, contraplano, fusión. Esos dos idiotas finalmente le han encontrado una utilidad a los árboles del decorado. Apoyados contra un tronco complaciente, se restriegan desesperados el uno contra el otro.

Es tan bonito como el encuentro de un rallador con un gran trozo de parmesano.

Vale. Ya he tenido bastante.

Me levanto del sofá.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —se sorprende mi hermana, con la mano todavía en sus Pringles.

Subo corriendo las escaleras, perseguida por la voz profunda del «macizo».

I'm so in love with you…

En mi habitación, doy vueltas durante un buen rato. Me tumbo en la cama. Me levanto. Arrastro una silla. Abro la ventana y el mistral me lanza una bofetada de fuerza 10. Luego busco el Monolito bajo un montón de calcetines, al fondo de mi maleta.

Solo para entretenerme. Para tranquilizarme. Para asustarme.

¡Bingo!

El primer mensaje de texto casi me manda a cuidados intensivos.

«Hey, Peter… My Christmas».

El segundo, mucho menos:

*«Sorry. Damn autocorrect. *Merry Xmas!».*

…

Todo el mundo ha vivido esto alguna vez. La parálisis del mensaje de texto. La textolisis. La paratextitis. Solo hace falta estar colgado de alguien, tener su número y muy pocas certezas. Yo quería responder. De verdad. «¡Feliz Navidad para ti también!». Prudente pero festivo. Estaba a punto de enviarlo. Casi. Y entonces miré los signos de exclamación. Ese tintineo de entusiasmo infantiloide, colgado ahí como un par de cascabeles en el pescuezo de un reno disecado.

Así que lo borré.

Luego dudé con «Feliz Navidad». Demasiado simple. Ridículamente estacional.

Lo borré también.

En el TAV que me llevaba de regreso a París, llené páginas enteras de borradores. El día de Año Nuevo, perdí mi última oportunidad de salir al paso con unos buenos deseos genéricos.

Entonces, desistí.

Febrero, resaca, mañana de domingo grisácea. Estoy tirada en la cama, mustia, enrollada en el edredón.

Y, mientras tanto, James Bond está en plena acción ante una batería de cámaras. La diferencia de escala nunca me había parecido tan brutal. No tengo idea de lo que ha estado pasando desde que comenzó el rodaje. ¿Cómo podría saberlo? A nadie más a mi

alrededor se le paga por interpretar a un mito imperialista vestido de esmoquin. Qué forma tan extraña y aplastante de ganarse la vida. A lo mejor, ahora mismo está haciendo trompos con su Aston Martin.

O no.

Espero que no.

Ese es el trabajo de los especialistas, pero… «Aprendí a salir de un auto en llamas sin doble», dijo.

Puede pasar cualquier cosa. Un error, un fallo técnico. Un accidente horrible. La idea me roe con sus dientes de rata, excava un feo agujero y anida allí llenándolo de crías.

Ya estoy viendo las noticias mañana cuando despierte. Los titulares. Las ediciones especiales. Las reprogramaciones. Los homenajes. Su foto en primera página, a toda plana, con la fecha de nacimiento y de defunción. El ataúd bajo coronas y coronas de flores. Las velas. Las palabras de amor.

Ben podría morir. Ben es mortal.

Antes de darme cuenta, ya había saltado de la cama, recuperado el Monolito de debajo de un libro y lanzado mi absurdo miedo a la red 5G.

«Please stay alive».

Las respuestas llegaron por la noche, en ráfaga.

«??»

«Licence to kill, not to die! ;)».

«I'm not at war, honey».

¿Honey?

¿Cómo que *«Honey»*? ¿Qué significa eso? ¿Pichoncito? ¿Cielete? ¿Cómo puede una palabra tan pequeña ser a la vez tan ridícula y espléndida? Sé muy bien que, sobre todo, es anodina. Que el angloparlante medio la usa hasta en la ferretería. «La tubería son doce dólares, *honey*».

Aun así, estoy temblando.

Y entonces me viene a la cabeza aquel viejo éxito de los sesenta, que chorreaba: *«Honey»*. *Sugar, Sugar…,* creo que se titulaba. Una auténtica tienda de golosinas. Una dulzura.

Esa es la traducción. Ni Pichoncito ni Cielete:

Dulzura.

Bajo el envoltorio de plástico, la funda es negra y las letras en un rosa eléctrico. La foto ocupa la mitad de la superficie. Los Beatles visten el uniforme de los primeros tiempos: un traje gris sin cuello. El disco es apenas más pequeño y grueso que un vinilo de treinta y tres revoluciones y contiene solo dos temas: *Love Me Do* y *P. S. I Love You*.

Esta es una maqueta de 1962. Muy rara.

Lo busqué en internet y lo que encontré me puso los pelos de punta. Si vendiera este santo grial de los fetichistas, podría comprarme un apartamento. Uno grande. Con terraza.

Llegó por mensajero cuatro días después del intercambio de mensajes de texto. Con una notita dentro, escrita a mano: *«Consider this a proof of life! Enjoy, Ben».* Y ahí la tengo. Como «prueba» de que el rehén de James Bond sigue vivo; no está mal. Mucho mejor que un dedo o un mechón de pelo.

Y, si no, ¿qué otra cosa prueba eso? Me repito que, para un tipo que se embolsa veinticinco kilos por película, es solo un capricho —algo así como si yo decidiera regalarle un Montblanc (bolígrafo, gama baja)—, y que seguramente otra persona se encargó de «hacer las compras» por él (¿en una subasta?, ¿en el circuito de los coleccionistas?). ¿Martin, el amigo-asistente del rostro desfigurado? «A Dulzura le encantan los Beatles, Martin. Búscame algo».

Sí, pero… El dichoso e impensable «pero».

Debería devolver el paquete. En vez de teclear febrilmente en el Monolito:

«Gracias, pero es demasiado».

Casi inmediatamente, la pantalla se ilumina:

«Ven».

Dos días después, en la redacción, estoy sudando tinta china con la reseña de una película georgiana saturada de polvo y desesperación

cuando BTT se acerca a mi escritorio, más cejijunto que nunca.

—¿Tienes dos minutos? Tenemos que hablar. De Ben Whyte.

Los dedos se me congelan en el teclado:

—¿Qué? ¿Por qué?

—He recibido una llamada de Eon Productions. Verás… es un poco raro…

¿Un poco? Parece como si acabase de ver una llama galopando por el *open space*.

—Nos invitan a visitar el rodaje de James Bond, con un grupito de periodistas seleccionados con pinzas. Seremos los únicos franceses. El hecho en sí ya es sorprendente, pero…

—¿En Londres?

… donde me negué a reunirme con Ben, «mañana, ahora mismo», había escrito, «mando a alguien a buscarte». Como si yo fuese incapaz de viajar sola.

Cada vez que me acerco a su hábitat natural, todo se desmadra. Acabé escaldada (literalmente). Sentada encima de un individuo. Estuve a punto de tragarme un pez. De ser atropellada sexualmente por un imbécil clasificado en el Top 50. Solo me faltaba acabar en la portada del *Daily Mirror*: «Sorprendida en brazos de Ben Whyte, declara: "Fue sin querer"».

Entré en pánico. Dije que tenía muchísimo trabajo. Y luego apagué el Monolito.

BTT se quita las gafas y las frota en su jersey:

—No, nos invitan justo después, a Italia. A principios de marzo, cuando rueden en Florencia. Pero, espera, que ahora viene lo más increíble… Nos conceden una entrevista en exclusiva con Ben Whyte. Solo hablará con la prensa americana… y con nosotros. Solo nosotros. Para todo el resto del mundo. Con una condición… —me lanza una mirada de soslayo—. Tiene que ser contigo.

—En resumen, manda que te envíen como si fueras una pizza.

Dani apura su copa de vino tinto de un trago, celebrando su don para las frases ocurrentes.

Estamos las tres apretujadas en torno a nuestra mesa. La cafetería hasta los topes, pero la terraza desierta. Esta noche somos las únicas que desafiamos al frío. Dani y yo, porque fumamos. Fatou, porque ha tenido la amabilidad de acompañarnos. Totalmente congelada, pero tan optimista como siempre:

—Te pasas un poco, Dani. Marianne también se muere de ganas de verlo.

—A ver, un momentito… ¿Quién lleva dos horas diciéndonos que le da miedo ir?

—Pues precisamente, porque ella…

… es tan poquita cosa que sus amigos hablan de ella como si no estuviera presente. Anoche, Jean y Serge discutieron delante de mí, por mi culpa, poco más o menos sobre el mismo tema. Colonizo los aperitivos, saboteo las conversaciones.

Interferencia egocéntrica.

—¡Eh, oye!

Dani agita la mano delante de mis narices:

—¿Qué pasa si se enteran en tu trabajo? ¿Te suena lo del conflicto de intereses? ¿Tu jefe se huele algo?

—Lo dudo mucho.

BTT estaba demasiado ocupado indignándose:

—No te lo tomes como algo personal, no es contra ti, Marianne, pero ¿con qué derecho exigen a una periodista en particular? Desde un punto de vista ético…

… Pamplinas.

Ben Whyte es el Vito Corleone del cine mundial. Hace ofertas que no se pueden rechazar. Así que, me guste o no (las dos cosas, mi general), BTT me mandará allí dentro de quince días.

Dani suspira:

—Bueno, al menos, intenta ser profesional con esa diva que te trata como si fueras una cuatro quesos.

La sonrisa de Fatou flota entre su eterno pañuelo y su gorro con pompón:

—¡Quién sabe…! A lo mejor, la pizza es él. Fundente y en su punto.

22
El rey y yo

Camisa con cuello de daga. Pistolera asomando ligeramente bajo la chaqueta color gamuza. Barba y patillas. Cabello demasiado largo, gorro de lana…

El combo completo de los años setenta.

Ben Whyte vestido como Al Pacino en *Serpico* es casi letal.

Está inclinado hacia delante, con los puños apoyados en el escritorio de su superior. «Necesito dos días más, Melvin. Maldita sea, solo dos días para atrapar a esos cabrones».

Si tratásemos de enumerar a todos los policías de ficción que han perdido los estribos con su jefe, ese tipo hosco pero comprensivo, moriríamos de viejos antes de terminar.

El capitán de policía se reclina en su sillón tapizado de naranja. «Veinticuatro horas, ni una más, Sonny. O me veré obligado a suspenderte». Los dos hombres se miden…

… como toros que dudan si pacer en la misma parcela de dientes de león. Nunca he visto a nadie mirarse de esa manera en la vida real.

Siguiente escena, exterior noche: una calle de Harlem, entre los pilares del metro elevado.

Una radio escupe ráfagas de música discotequera, algunos yonquis intercambian insultos. Prostitutas con peinados afro se balancean sobre sus tacones de vértigo delante de los escaparates de las casas de empeño. Y, por supuesto, las rejillas de ventilación echan humo, casi tanto como «Sonny», apostado en su Corvette.

Si estuviera con él en ese coche, a oscuras, sus manos rozarían mi muslo. Oiría crujir el cuero de su chaqueta y…

Se incorpora en su asiento. La cámara enfoca una puerta mugrienta, pintarrajeada de grafitis. Aparecen dos hombres. Uno lleva una gorra, un abrigo de piel de conejo y un montón de pesadas cadenas de oro.

El segundo sospechoso permanece en segundo plano en la penumbra del portal. Intercambian algo y luego Piel de Conejo se aleja, se remolonea un rato, aborda a dos chicas en minifalda y sigue su camino hasta un callejón lleno de sombras, ladrillos, ratas furtivas y escaleras desvencijadas.

Fundido a negro.

Sonny está sobre él. Lo ha cogido por sorpresa y lo ha lanzado contra un gran contenedor de basura, con una Magnum 357 apuntándole a la nuca.

«Hola, Big Duke. ¿Notas lo contento que estoy de verte?».

Bury the City (tres nominaciones a los Óscar en 2017) es un *thriller* hábil y brutal. Pero esta noche, mientras veo mi versión pirata con subtítulos en chino, solo pienso en la habilidad del actor principal.

No pude evitar volver a verlo en una película, antes de volver a verlo en persona.

Mañana.

Ah, mañana.

Un inglés, un alemán y una francesa van en un minibús. Parece el comienzo de un chiste. De esos que huelen a café recalentado y a loción para después del afeitado. De los que no hacen gracia a nadie. Mis colegas periodistas —también es casualidad, ambos pelirrojos—, van sentados uno al lado del otro, enfurruñados, una fila por delante de mí.

No han soltado ni una palabra desde que salimos del aeropuerto de Pisa.

Viajamos hacia Florencia, a través de una campiña cubierta de bruma matinal, desnuda aún por el invierno, y mi paranoia mete una marcha.

Tal vez la cara de pocos amigos de los gemelos Zanahoria obedece a que lo saben. Saben por qué tengo derecho a una entrevista y ellos no.

Saben por qué estoy como un flan.

Tal vez me denuncien a la prensa. A los fans. A BTT.

Gracias, Ben Whyte. Por ocuparte tan bien de mi carrera. Por provocarme insomnio, porque todo el mundo cuente con que haga mi trabajo. Con que saque algo de esta absurda escapada.

Algo más que chupetones.

La producción nos hospeda en el hotel Della Mamma, que de familiar solo tiene el nombre. Bajorrelieves, techos artesonados y patio ajardinado del tamaño de un claustro. Todo este lujo, oculto tras una fachada renacentista en pleno centro turístico, le vendrá de perilla al entusiasmo de nuestros futuros artículos.

El periodismo cultural es un oficio de vendidos.

Una tal Rochelle nos espera en el vestíbulo. *Senior PR manager*. En román paladino, jefaza de prensa. Alta, morena, algo ancha de caderas y nariz frisona, cincuenta años envueltos en ondas de lino crudo y tintineos de pulseras. Su bienvenida está cargada de promesas, servidas con adjetivos muy hechos: *amazing, incredible* y tan *great* que se le hace la boca agua.

Solo la mirada, que no se posa en nadie pero controla a todo el mundo, delata la tensión de un poste eléctrico de alta montaña.

Nos presenta a los periodistas americanos que llegaron ayer y luego nos hace firmar un montón de papeles atiborrados de cláusulas restrictivas: nadie se acerca a Ben Whyte sin permiso previo. No se le habla de su vida privada. No se le habla en absoluto, fuera de las franjas horarias concedidas para las entrevistas. No se le fotografía. Apenas tenemos derecho a respirar el mismo aire que él.

En mi bolso, mi teléfono de repente me parece más pesado. El peso de una sola imagen, robada a su dueño, dormido en pelota picada en mi cama.

Una hora más tarde, nuestra cicerone nos arrastra en el río interminable de turistas y vendedores de palos para selfis, paraguas Botticelli y otras afrentas plastificadas al *David* de Miguel Ángel. Cuanto más avanzamos a lo largo del Arno, hacia el Ponte Vecchio, la cosa se pone más difícil. Todo ocurre al otro lado del río, al sur, en el barrio de Oltrarno, acordonado como para la visita de un jefe de Estado. Barreras, coches oficiales, filas de enormes camiones de producción. Una multitud colosal, mantenida a raya por un ejército de vigilantes y carabineros, asedia esta efímera fortaleza.

La Rochelle nos reparte los pases, que cuelgan de una cinta negra, y de pronto cambiamos de universo.

Nunca antes había entrado en un set de rodaje de este calibre. Desde la iglesia del Santo Spirito hasta la gran explanada dominada por la imponente austeridad del palacio Pitti, las calles están invadidas por otro tipo de caos. Un enjambre de gente trabaja sin descanso: tira cables, empuja baúles, tiende raíles, circula en carritos de golf o corre haciendo balancear un cinturón repleto de herramientas o chisporrotear un *walkie-talkie*.

A ambos lados de la plaza, grúas gigantescas —del tamaño de un joven brontosaurio de los pies a la cruz— parecen preparar un ataque coordinado. Sus cámaras, como hocicos curiosos, apuntan hacia dos coches destrozados con los parachoques encajados uno contra otro. Cerca de este «accidente» estático, unas quince personas trabajan frenéticamente. Una manipula un parabrisas, otros, aunando esfuerzos, desplazan enormes paneles reflectantes.

Frente a nosotros, a menos de veinte metros de distancia, dos hombres mantienen una animada conversación, indiferentes al caos organizado que los rodea. Uno es un asiático de cabello cano en camiseta a pesar del frío: Jim Wu, el director.

Y el otro es Ben Whyte.

Sigue luciendo sus cabellos de gitano. Negros como la santa patrona de los gitanos de la iglesia de Saintes-Maries-de-la-Mer. O como su impecable traje de agente secreto con licencia para matar. Allí está, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, bajo el sol

que cae a plomo, inmóvil y concentrado. Nos hemos detenido como un solo hombre en el límite del set, petrificados, como si estuviéramos frente al mismísimo Bond, James Bond.

El mejor agente al servicio de Su Majestad.

En el grupúsculo de intrépidos reporteros, la mayoría se recupera bastante rápido de este arrebato de estupor sagrado. Todos menos yo.

Mientras uno de los americanos ya está queriendo saber «cuándo estará disponible Ben», yo pierdo pie en el bordillo de la acera y encuentro el apoyo benévolo de una papelera municipal. Lo único que capto en la respuesta de la Rochelle es la palabra «mañana».

¿Cómo que «mañana»?

Pero qué coño me estás contando, si está justo ahí, delante de nuestras narices, y…

Jim Wu vuelve detrás de los monitores de control.

Alrededor de Ben Whyte la actividad se intensifica. Un maquillador le da retoques en la cara con un pincel. Una joven comprueba algo bajo su chaqueta. Él no les presta la menor atención. Sigue inmóvil. Ausente. Unos cuantos mechones de ébano le caen sobre los ojos, pero son disciplinados de inmediato por otra laboriosa abejita.

La noche del *pub,* y todas las demás, nunca me han parecido tan lejanas.

Un tipo enorme se le acerca. Qué digo enorme, ¡gigantesco! Envuelto en un abrigo de cuero que ha debido de costar la piel de un rebaño entero de rumiantes. El cráneo desnudo está cubierto de cicatrices rosadas.

¿Quién es ese monstruo?

… Un luchador profesional, contratado para interpretar a uno de los enemigos de Bond, nos explica Rochelle. Un villano subalterno en la escena que están a punto de rodar.

Nos sentamos a un lado mientras los altavoces emiten instrucciones a todo volumen, y los técnicos se apresuran a despejar

la zona de las cámaras. Los extras, por su parte, hacen el recorrido opuesto, ocupando sus posiciones.

Jim Wu pide silencio.

Y acción.

El monstruo ataca.

007 lo esquiva con gracia de acróbata. Segundo asalto. Cuerpo a cuerpo. Desde nuestra posición podemos escuchar sus jadeos, la banda sonora entrecortada de sus esfuerzos. Ben se arquea, su pierna se tensa y ¡zas! Directo a la jeta del otro.

No sabía que fuese tan flexible.

Ambos se miden, amenazadores. Describen un amplio círculo alrededor de los coches. Es pesado, elegante. Mortal. Una vieja danza tribal.

Las cámaras también giran, numerosas, ávidas, fascinadas.

De repente, James Bond se lanza. Los faldones de su chaqueta vuelan, corre por el capó rojo, se impulsa sobre el techo y salta sobre su adversario.

Que lo arroja directamente contra el parabrisas.

Crack. Ruido de cristales rotos. El espía desenfunda y dispara.

¡Corten!

Entre toma y toma, se tarda una eternidad en volver a montarlo todo. Cada una de las veces, mi estrella desaparece entre un enjambre de asistentes que lo sacuden, lo retocan, lo hidratan, o es monopolizado por el director o un entrenador que repasa con él los movimientos de su peculiar coreografía.

Casi media jornada para una secuencia de unos pocos minutos. El cine es un ejercicio de paciencia.

Cuando por fin todo queda registrado, el equipo entero aplaude. Ben y la Bestia se dan un abrazo.

Y Rochelle se interpone. Quiere presentarnos a un montón de gente. Un *unit production manager,* algunos *executive* no sé qué. Puede que también a su madre, a su hermana y a su pedicuro. Yo qué sé. La carne de burro no es transparente.

Cuando se aparta, Ben Whyte ya no está.

De vuelta en el hotel, la jefaza nos da la tarde libre. Nos cita para mañana por la mañana para asistir al rodaje de otra escena.

¿Y mientras tanto?

El vacío. El bajón.

Los americanos salen a dar una vuelta entre americanos; los Pelirrojos, entre Pelirrojos, y yo, sola con mi decepción.

El sol del atardecer tiñe las fachadas de rojo, dejando en el aire una promesa de primavera, garantizada sin necesidad de focos ni anuncios publicitarios. El azar me lleva a la plaza de la Santa Croce, frente a la gran iglesia blanca que alberga tantas tumbas ilustres: Maquiavelo, Miguel Ángel, Galileo…

Sigue atestada de turistas. Estoy segura de que vienen menos por el monumento de piedra que por los monumentos humanos. Entre un poco de polvo y unos cuantos huesos bajo una losa de mármol o la carne viva de Ben Whyte… Siempre esa atracción, esa necesidad de rozar la leyenda.

¿Cómo pude creer que había sido él quien orquestó este viaje de prensa? Hace un momento ni siquiera me vio. Estaba…

… un poquito ocupado y…

¡Pero qué idiota soy!

Salgo disparada hacia el hotel y me pierdo varias veces.

¡Seguro que es esta noche!

Lejos de testigos y cámaras. Él no, pero mandará a alguien a buscarme. Tal vez a Carmine… o a Martin… a cualquiera. Y yo, mientras tanto, de turisteo. Ilocalizable. Ni siquiera llevo conmigo el Monolito, abandonado en mi maleta.

Llego al mostrador de recepción, desfallecida y sin aliento, para enterarme de que nadie, *no signora,* había ido a buscarme. No, tampoco hay mensajes.

Eso no me impide seguir esperando hasta bien entrada la noche, vestida sobre la cama, haciendo *zapping* entre las doscientas cadenas de la televisión colgada en la pared. Tan miserable e insignificante que acabé desapareciendo en el sueño.

El discreto gorgoteo del teléfono me despierta muy temprano. Demasiado temprano.

No entiendo nada de lo que dice la Rochelle: «Marianne, I'm so sorry…». Pero ¿por qué? Al final consigo captar que algo ha cambiado. Que tengo que bajar. Enseguida. Apenas me da tiempo para una ducha.

Diez minutos.

Las puertas del ascensor se abren para revelar a otra Rochelle. Pálida. Despeinada. Sin maquillar. Juraría que incluso ha estado llorando.

Se adelanta para decir: «Es un malentendido. De verdad, es de lo más absurdo…».

¿Dónde están los otros periodistas?

Salimos a paso de carga, me cuelga mi acreditación al cuello sin disminuir el ritmo y me empuja por las calles vacías de antes del amanecer, sin cesar en su letanía de excusas. Desorientada, aturdida, no consigo decir ni media palabra. En los alrededores del set de rodaje, la multitud de cinéfilos se reduce ahora a un puñado de irreductibles, armados con binoculares y sillas plegables. «Yo no lo sabía. Mi equipo no lo sabía. ¿Se lo dirá?».

¿El qué? ¿A quién?

Ben. Supongo. Tiene que ser Ben.

«Rápido —jadea Rochelle—, empieza en una hora». Aceleramos, Rochelle, mi corazón y yo, flanqueando el palacio Pitti, hasta el lindero de los jardines de Boboli.

Las calles aledañas al parque más bello de Florencia están tomadas por la producción. Un verdadero pueblo de caravanas enormes y relucientes.

Nos detenemos delante de la más grande, la mejor emboscada: una auténtica ballena sobre ruedas, custodiada por dos cancerberos. Subimos los escalones que conducen a la plataforma exterior y…

La puerta se abre de golpe sin que nos dé tiempo a llamar.

La primera mirada del rey es para su devota esclava. Una sentencia de muerte. ¡Que le corten la cabeza!

He visto estallar su ira cientos de veces en la pantalla. Esa forma de mostrar el blanco de los ojos, de tensar la mandíbula. En la oscuridad de una sala de cine, parapetada detrás de un cubo de palomitas de maíz, esa máscara bárbara es fascinante. En persona, no tanto. Sobre todo porque parece exhausto, el rostro demacrado, el pelo revuelto y tan pálido como un frigorífico al amanecer.

«¡Podéis iros a la mierda! Que os den a todos», dice.

Rochelle parece volverse transparente de miedo. No sé cuál de las dos se desmayará antes.

«¡NO CONSIENTO que nadie me tome por un GILIPOLLAS!»

El follaje tiembla, algunos pájaros salen volando de un árbol cercano. Y yo me doy cuenta de que Ben Whyte está hablando por teléfono.

Rochelle se arma de valor e intenta intervenir: «Perdone… Ben, yo…».

«¡CIERRA EL PICO!».

Al teléfono, no se nos olvide.

Rochelle inspira por la nariz. «Ejem… Tal y como pidió… Aquí está Marianne Corvo, de la revista francesa… Ejem… ella tiene un hueco para una entrevista de…».

Ben se pega el móvil al pecho. Se oye a su interlocutor farfullar al otro lado.

«Ella tiene el hueco que a mí me dé la gana».

Con un gesto rápido, el Terror de las Antípodas me agarra la muñeca y me arrastra al interior.

La puerta se cierra de golpe en las narices de Rochelle.

Este camerino está en otra dimensión. Desafía las leyes de la física: es la versión lujosa de la TARDIS. *Bigger on the inside*. Más grande por dentro que por fuera. Avanzo por un improbable salón todo de cuero color crema, raíz de nogal y cristal ahumado. Aparte de los muebles y una colección de jarrones zen, bambúes y cantos rodados, solo estamos él y yo. Huele a lavanda y a tabaco frío.

Muy frío. El aire acondicionado está en modo Antártida.

Ben Whyte me suelta enseguida para seguir amenazando a su teléfono. Una punta de su camisa asoma por debajo del jersey. Furia desaliñada: «Pero ¿quién te ha dado a ti PERMISO para aceptar en mi nombre, Colin? ¿Ah, sí? ¡Pues DEJA de pensar!».

Ya está. Ahora sé lo que siente un pollo olvidado en el congelador.

«SHUT THE FUCK UP, YOU FUCKING DOUBLE-CROSSING…».

De repente, le suelta un puntapié a una elegante mesita auxiliar. Lluvia multicolor de frutas frescas y cápsulas de Nespresso. Una manzana rueda hasta mis pies, como implorándome que la saque de allí.

¿Nos largamos, Marianne? Nada nos obliga a aguantar a este…

«… SON OF A BITCH!».

Mi nariz helada pasa a alerta naranja. Riesgo de estornudos: 100 %. La primera ráfaga me dobla en dos justo antes de llegar a la puerta.

«Te lo advierto, cabrón…».

AAAACHHíííssssss.

«Te voy a meter por el culo a semejante cantidad de abogados que…».

IAACHuUUúúú.

Se calla. Se gira hacia mí.

Me ahogo, los ojos llenos de lágrimas… Por favor, que alguien pare esto.

Él cuelga. Sonríe despacito, incrédulo.

—Ah, Peter…, Peter.

—Rhhhgn…

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? No irás a desmayarte en mis brazos, ¿no?

—Mno vo… Y… no estoy en tus, mbrf, en tus braa… ¡AaaaCHÚúú!

Ahora se ríe descaradamente y lanza su teléfono sobre el sofá.

—Creo que voy a cambiar de agente.

—Y yo creo que me voy a ir.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿No es evidente? Soy alérgica a la cólera.

¿Cólera, Toutoune? El verde de sus ojos ha cambiado, de piedras a hojas tiernas.

—No, espera…, no era mi intención. Yo no quería… Estoy desolado.

Lo dice en su francés *desolay*. Y acercándose. Tan cerca que siento en mi piel su brusco cambio de humor.

Coge con delicadeza la tarjeta de «visitante» que llevo colgada al cuello como un medallón.

—Vamos a empezar de nuevo, ¿vale? Hola, Peter.

La tarjetita de acreditación gira y gira entre sus largos dedos.

—*So good to see you…*

Su mano se desplaza por la cinta, roza mi cuello. Su aliento de cafeína me acaricia las pestañas. Se me debe de oír respirar desde aquí hasta Pisa.

—Resulta que acabo de enterarme de que llevas aquí desde ayer… Joder, la tía dice que se olvidó de avisarme… Haré que despidan a esa inútil.

¿Perdón?

—¿A Rochelle? Estás de broma, ¿no?

—En absoluto.

Abuso de poder, escena primera. Lo más inquietante es que su expresión no ha cambiado un ápice. Podría estar recitando el Cantar de los Cantares, no ordenando una ejecución sumaria.

Lentamente, enrolla mi cinta alrededor de su puño.

Me pregunto cuánto tiempo se puede mantener la cordura sin oxígeno en las cumbres en las que él habita. El mal de altura, que enloquece, que te vuelve imbécil.

—No.

—¿Cómo que no?

—No. Es una putada.

El juego de la cinta se detiene, muy cerca de mi cara.

—Si la despides, me voy. De verdad.

Hay que ver qué amenaza. Como para echarse a llorar, cortarse las venas y dejar el cine.

Ridículo.

Da igual… Mierda. Nosotros, los simples mortales, aquí abajo en el fondo del valle, tenemos nuestras propias líneas rojas.

Al principio, no ocurre nada. Me observa. Los ojos, la boca. La boca, los ojos.

Y luego, dice a su vez:

—No.

—¿Cómo que no?

—OK, ella se queda. Y tú también.

Y tira de la cinta. Fuerte. La cinta se tensa en mi nuca, me arrastra hacia él. Desorientada, vagamente ahogada, contraataco agarrándolo por el cuello de la camisa.

Nos medimos con la mirada. Ninguno de los dos cede. Esto parece un *spaghetti western*.

—Pero te aseguro que a lo largo de mi vida he pasado por cosas mucho peores que tú y la Rochelle juntas. Así que no vengas a darme… ¡Ay!

Un mordisco en el labio inferior. Un correctivo personal, entre el cabreo y el deseo.

Él responde al instante, con un beso brutal, urgente. Se le escapa un gemido y se estrella en mi cuerpo, más abrasador que un trago de aguardiente.

Necesito saberlo, antes de perder por completo el control:

—¿Fuiste tú quien me hizo venir aquí?

—Sí. Hice un par de llamadas.

Pienso en Dani y en su frase de la cuatro quesos.

—Te había dicho que no.

—Ah, no, qué va. Me dijiste que tenías que trabajar. Y ahí lo tienes: ahora tu trabajo soy yo.

—¿Lo haces a menudo?

—¿El qué?

—Tratar a la gente como pizz… como objetos.

Me presiona contra sus caderas, impregnándome de su exquisito aroma. Tabaco, lana limpia y piel generosa. No el inefable olor de un dios en su montaña, sino el del hombre que durmió en mis brazos.

—Si esperas que me disculpe, vas lista. Ni pizca de remordimiento…

Nuestras manos arden enfebrecidas. Las telas resbalan.

—Pero, por favor… Véngate, Peter. Trátame como un objeto…

De acuerdo.

Oh, *Honey*…

Oh, *sugar, sugar*.

23
Solo para tus ojos

Una ladera cubierta de olivos, viejas construcciones medievales con arcos románicos, un sinfín de dependencias y hasta algunas ruinas antiguas. Nada mal el Airbnb de Ben Whyte. Un auténtico caserío para él solo en plena campiña toscana.

Me pregunto de qué le sirve. Dudo que tenga tiempo para ir a recoger aceitunas con un capazo, o ganas de probar cada noche una cama distinta.

Hace un rato, una señora con vestido negro y cuello almidonado vino a preguntarme qué quería beber. Sugerí prosecco y me trajo una botella de champán. Si se lo digo a Ben, ¿también querrá darle el portante?

Bebo una copa tras otra mientras contemplo embriagada cómo la inmensa terraza, la piscina infinita y las colinas se tiñen de rosa. Me siento flotar mientras espero el regreso (¿en helicóptero?, ¿en platillo volante?) de una estrella de cine.

No, ahora en serio.

Voy a despertarme en el hospital con una jeringa clavada en la nalga derecha.

Pero de momento disfruto sola de la dulzura de la tarde. Nadie más, salvo los inevitables guardaespaldas patrullando y un equipo de empleados discretos. Un silencio monacal, apenas perturbado por el canto de los pájaros. Ben Whyte es un solitario. O ha despedido a su séquito por esta noche. O quizá soy yo, que tengo la cabeza llena de prejuicios sobre la vida de las estrellas.

No me faltan razones. Solo hay que ver este casoplón.

Y la pinta de su publicista…

Esta mañana entró en la caravana sin llamar, justo cuando yo accedía a quedarme una noche más en Florencia, «en su casa», supuestamente para la dichosa entrevista que ambos habíamos olvidado.

Sesentona, flaca y estirada, con aspecto de exbailarina, rígidamente plantada sobre su eje, me escudriñó sin decir palabra: mi acreditación de prensa; mi melena despeinada; mi ropa corriente; mis deportivas.

Veredicto: malo para la imagen.

El trabajo de Zutana (ni siquiera se presentó y Ben simplemente dijo: «Ah, mi publicista favorita») es muy distinto al de Rochelle, que se ocupa de la promoción de las películas. Zutana trabaja para un solo hombre. De una estrella a otra, las tareas varían: portavoz, limpiadora de desastres, niñera devota o asesora feroz. El denominador común es el control. Obviamente, pasé de inmediato a engrosar las filas de la lista negra, junto con las comidas grasientas, los patinazos verbales, las fotos de orgías y los delitos de fuga. Cuando me fui, fingió ignorar los ojos brillantes de Ben y su última frase.

«See you tonight, Honey».

Hasta luego, Dulzura.

Me fui a tomar un café al mostrador de un camión de comida instalado entre dos caravanas. Merodeé entre la frenética actividad de los preparativos. Hoy todo ocurría allí, en los jardines de Boboli, una venerable belleza profanada por el mismo ajetreo, la misma maraña de cables y equipos que ayer.

En el programa de hoy, la chica Bond. La había olvidado por completo. Además, parece que ya no se la puede llamar así. Es sexista. Degradante. Antes, 007 sin la cachonda de turno era como 006 o 005. No existía. Mientras que ahora… Llámalo equis. James Bond se zurra con «una heroína fuerte e independiente», nos explica Rochelle, «su igual».

¿Igual a qué? A la idea que tiene un productor oportunista y pesetero de «heroína fuerte e independiente». Tan feminista como

un concurso de camisetas mojadas.

Esta es tan hermosa que engaña a la vista. Es como una foto retocada en 3D que habla y camina. Altísima, rubísima. Con los glúteos enfundados en cuero negro y una camiseta ajustada que rezuma poderío. Elzbieta Cyganek, Elzy para los amigos, top model polaca, interpreta a una joven investigadora de la Interpol que cae bajo el hechizo de James. Pero, ojo, con fuerza e independencia.

Todo el mundo conoce a Elzy. Todo el mundo babea por Elzy. No tiene nada que ver con el cine. El año pasado, sus ojazos descoloridos y su escote aterciopelado se exhibían por todas partes. Aquella campaña —creo que para un perfume— le valió una fama fulgurante y un apodo: *«Shooting star».*

Estrella fugaz.

Una toma tras otra, vi cómo la estrella se fugaba en cuanto podía a los brazos de Ben.

La acción tenía lugar en una fuente. Una puñetera fuente del siglo XVI. ¿Cómo pueden permitir algo así los agentes del patrimonio italiano? ¿Acaso yo me tiro a Fidel en el regazo de *El pensador* de Rodin?

¿Escena de pelea? Vale. Lo llamarán así ahora. Nada que ver con la del coloso de ayer. Que si te provoco, que si te apunto con mi pistolita, que si te excito, en un gran ballet de salpicaduras. Todo eso para acabar empapados de erotismo y agua no potable, en el amplio pedestal en forma de concha de una estatua de Neptuno.

Y de darse un morreo monumental. Uno de verdad. Incluso desde lejos se notaba.

El maratón de minientrevistas, durante la preparación de otra escena, me proporcionó una inesperada distracción. Fuimos a incordiar a un director de fotografía, a un ayudante de producción, a algunos técnicos, e incluso conseguimos arrancarle un par de frases a Jim Wu. Una de las cuales, lanzada a pleno pulmón, ni siquiera iba dirigida a nosotros: «Eh, Ben, ¿te das otro chapuzón para la prensa?». A su alrededor, el equipo estalló en carcajadas como si fuese el mejor chiste jamás contado desde Mistetas, el perro.

Ben Whyte se secó el pelo vigorosamente. Emergió de la toalla de rizo y decidió unirse a nosotros, perseguido a la carrera por un batallón de ayudantes. Me estrechó la mano, como a los demás, pero la retuvo un poco más de lo necesario. Sentí su dedo corazón presionando suavemente el hueco de mi palma.

«Excelente entrevista esta mañana. Me encantó su enfoque».

Media sonrisa pícara. Labios impregnados todavía de los besos de Elzy.

Luego fue a cambiarse.

Martin, el amigo-asistente, vino a recogerme en un pequeño Fiat azul.

—Con suerte, no llamará la atención —suspiró, cambiando de marcha—. Esto es un sinvivir. Nos persiguen sin parar. Hasta yo tengo que quitármelos de encima. No se le escapó mi mirada furtiva por el espejo retrovisor.

—No se preocupe. De momento, nadie se ha fijado en Molly.

—¿Molly?

—El coche.

—Ah, vale. ¿Y por qué no tiene un nombre italiano?

No me esperaba que esta observación lo hiciera reír tanto.

—Ben tiene razón. Es usted… especial. Por lo general, la gente me pregunta por qué tiene nombre el coche. Sin más.

Ben Whyte me considera «especial». Pequeño subidón, antes de acordarme de que el hombre elefante también era «especial», a su manera.

Sentada en el asiento del copiloto, solo tenía la visión del lado torturado de su cara. Sin embargo, muy pronto, Martin disipó mi incomodidad instintiva y mi vergüenza por sentirla. Este tipo se parece a su voz: tranquilo, comedido, alegre. De todos los intermediarios asalariados con los que me he cruzado, Martin es el único que no se comporta como tal. No finge ser amable. Lo es. Solo un amigo de un amigo, que te pasea en coche. Perdón, en Molly.

Alcanzamos el extrarradio encadenando curvas cerradas, atascos y charlas absurdas. ¿Albert le va más a un teléfono o a un microondas? ¿Se le puede llamar Bridget al calzoncillo y seguir teniendo una vida de pareja? Al cabo de unos kilómetros nos mondábamos de risa con cualquier cosa que decíamos.

Cuando finalmente llegamos a la larga vereda privada de la finca, en las colinas de Fiesole, iba tan relajada que me lancé a contarle con todo lujo de detalles mi primer encuentro con su pseudojefe.

—Y así fue como volví a casa empapada en café y en vergüenza. Todavía no lo he superado.

Mientras aparcaba a Molly entre dos grandes SUV negros, Martin se volvió hacia mí y el ángel resurgió del magma:

—Él tampoco, Marianne. Él tampoco.

Ya es noche cerrada.

Una iluminación tenue acaricia los arcos del gran salón. Las sobras de la cena están esparcidas sobre la mesa de café. Y yo sigo esperando.

Estábamos a punto de empezar la entrevista cuando dijo:

—Necesito cerrar los ojos un segundo. No dejes que me duerma.

Desde entonces, mi grabadora no capta más que silencio.

«Ejem, ejem… *Hello*?».

Ninguna reacción por parte del interesado, tumbado en una otomana de terciopelo rojo. Manos juntas, piernas cruzadas, pies descalzos. Tiene los dedos de los pies largos, elegantes y… reflexivos. Sí, los observo el tiempo suficiente como para atribuirles adjetivos, como si fueran calcetines mal tejidos.

Su respiración me envuelve, oleadas pesadas y regulares, irresistibles.

Si esto sigue así, nos encontrarán al amanecer, en la misma posición. Derrumbados frente a frente, en medio de todo este lujo mullido. Otro lugar habitado por el gusto de otros, como en el Ritz. Nada de lo que hay aquí se parece a Ben Whyte. Sobre todo, la

monumental chimenea antigua, que seguramente ha visto pasar capones rellenos, tratados históricos y envenenamientos con anillos.

Me sacudo la pereza. Dejo mi sillón y dudo un instante, antes de inclinarme sobre él.

Nunca lo había tocado así. Nunca de verdad. Mi palma sobre su frente. Mi pulgar sobre sus delicadas ojeras. Una ternura atrevida. En el límite de lo inconveniente.

Él sonríe sin abrir los ojos. Atrapa un puñado de mis cabellos y lo huele intensamente.

—Humm…

—Si prefieres descansar, me…

—No. Adelante con las preguntas.

Se estira y bosteza como un león satisfecho. El gesto hace que el suéter se suba y revele su ombligo, ese adorable defecto de su coraza.

—Espera, Peter. Ven aquí. Sabemos lo mucho que te gusta sentarte encima de la gente durante las entrevistas.

—Psché. El método Corvo… ¿No te aplasto mucho?

Aquí estoy sentada sobre sus muslos. Es lo que llaman estar cerca del tema.

—No, está bien…, te escucho.

—¿Cómo piensas renovar el personaje?

—¿James Bond? De ninguna manera. ¿Le preguntarías a un tipo que sustituye a otro en un portaaviones cómo renueva la forma del casco o la potencia de los cañones?

—Pero…

—El bueno de James es un hueso duro de roer. No hay nada que hacer. Él es quien manda.

—Sin embargo, con todas las películas de acción que has…

—Nada que ver, Peter. Este trabajo son las Olimpiadas. Me machacan. El mes pasado, en Londres, me disloqué el hombro saltando de un autobús en marcha. Y sufrí un desgarro muy feo en un músculo de la cadera durante una pelea un tanto técnica… Mira, fíjate, justo aquí. En cada ocasión me remiendan, me dopan como a

un caballo y vuelvo a la carga… Si James Bond hubiera existido de verdad, créeme, habría acabado en silla de ruedas.

—Pero le dijiste a la prensa que, de pequeño, era tu mayor sueño.

—¿Qué querías que dijera? ¿Que era bueno para mi carrera? No te creas todo lo que lees en los periódicos… ¿Me pasas los cigarrillos, porfa? Gracias. Bueno, al menos Jim Wu es un tipo presentable… Humm…

Volutas y voluptuosidad.

—No debería hacerte esto.

—¿Por qué? Es muy, muy… agradable.

—No me refiero a las caricias, Peter…, sino a lo que te estoy diciendo. No puedes usarlo. Ni una palabra. Todo es *off the record*. *Verboten*. Contigo no puedo filtrar. Ni soltar las chorradas habituales.

—Yo soy la que no debería haber aceptado hacerte esta entrevista.

—Tranquila. Escribirás que me he leído todas las novelas de Ian Fleming. Que pasé mi infancia jugando a los espías. Que en los noventa, mi ídolo…

—Ah, sí, pero no. Porque no es verdad.

—¿De qué nenúfar sales, Froggy? Casi todo lo que dicen sobre mí es falso, ¿sabes? Inventado, manipulado. Guionizado.

—¿No naciste en Auckland?

—Sí.

—¿No debutaste muy joven?

—También. Pero…

—Y ese famoso *showrunner* australiano, Andrew, eh…

—Dunham.

—Andrew Dunham, sí, ¿no fue quien te descubrió en el aparcamiento de un bar?

—Ah, eso… Sí, puede decirse así.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada.

—Pero…

—Eso quiere decir que… no quiero arrepentirme de esta conversación mañana.

Lo sé, pero quieres que insista. Que me abra paso y derribe esa puerta. Lo noto. Lo veo. Fumas mirando al vacío. Tu silencio me invita.

Esta manía de lanzar el cebo a ver qué pasa, de dejar caer pistas a medias.

Lo siento pero yo no pico. No sé jugar a ese juego.

—Entonces, nos ceñimos a James Bond, ¿no?

—Venga.

—¿Te llevas bien con Elzy?

Casi se traga el cigarrillo. No veo qué tiene de gracioso.

—¿Qué versión quieres? ¿La que puedas publicar o la otra?

—¿La otra?

—Muy bien. Pero no es gratis. Toma y daca. ¡Camisa fuera!

—¿Ya?

—Marianne…

—No hemos terminado. Es injusto.

—Eres guapísima. Quiero verte. Pero mantengo la concentración. Te lo juro. Al máximo.

—No me fío.

—Bueno, tú misma. Entonces, la respuesta oficial: Elzy es una compañera excepcional. Es una suerte y un privilegio trabajar con alguien de tant… Oh. *Thank God*. Más. *Please*…

Una primicia en mi tumultuosa existencia. La entrevista en *topless*.

—Elzy es una petarda. De marca mayor. Y mira que en este medio la competencia es feroz. Crisis de nervios, retrasos, caprichos… Esa loca tiene cuatro asistentes. ¿Sabes por qué? Uno por cada elemento de «Gaia». Los ha rebautizado. Tierra, Agua, Fuego y Aire.

—¡Madre mía…!

—Sí. Y cree que todo el mundo tiene un aura. La mía, al parecer, es rojo sangre. Debe de ser porque no pienso en otra cosa que en

degollarla. Joder, si lo que te estoy contando sale de aquí… Me vuelves imprudente. Me haces… ¿Cuántas preguntas quedan?

—Todas.

—Mierda.

—¿Y ya… habéis…?

—¿Qué?

—… ¿estado juntos?

—¿Tú qué crees? Preferiría descoyuntarme la otra cadera. Dime, ¿a tu periódico le interesa este tipo de información?

—Para nada. Nosotros no hacemos crónica rosa.

—Entonces, ¿por qué lo preguntas?

—¡Ah!, por preguntar. Me da igual tu vida privada.

—Ya veo.

Me observa entre sus pestañas, me acaricia el costado y ahí estoy yo, desnuda hasta la cintura, sin un rinconcito donde esconderme.

—Lástima. A mí me interesa la tuya. ¿Quiénes son esos tíos?

—¿Qué tíos?

—Tus ligues. En Londres me dijiste que había otros… ¿Muchos otros?

No voy a inventarme tórridos romances con los cuarenta ladrones solo para hacerme la interesante. Pero su curiosidad despierta algo en mí, una especie de inquietud malsana, que me da ganas de mentir. Solo un poco. Por probar.

—El principal… se llama Fidel.

—El «principal», ¿eh? ¿Es cubano?

—Para nada.

—¿Chileno? ¿Argentino?

—No. Investigador de sociología.

—De Sociología. ¿Dónde queda ese país? No lo conozco. ¿Deforestan bosques para cultivar intelectuales?

Nerds. Desdén flotando en el ambiente cálido.

—Fidel hace…

—Ok. Stop. Lo que te dé la gana. ¿Seguimos?

—Ejem… sí. Esto… ¿Cuál es tu punto de vista sobre la evolución de James Bond en el contexto geopolítico actual?

Pregunto, pues, semidesnuda.

—¿Qué contexto? ¿Las guerras, el terrorismo, la pandemia? ¿La crisis climática?

—Quizá no todo al mismo tiempo, pero…

—Ni idea. ¿Con quién crees que estás hablando? ¿Con «Fidel»? Yo no soy un investigador. Si me apuras, soy casi analfabeto. Y sí, Peter. Oficialmente, dejé la escuela a los dieciséis. Pero ya iba tan poco que nadie notó la diferencia. Así que no, no tengo un «punto de vista» sobre la evolución «geopolítica» de James Bond, del Mago de Oz o de Los Tres Chiflados. Nunca recuperé el tiempo perdido. Ni ganas ni tiempo. Demasiado tarde.

—¿Ah sí? ¿Se puede vivir así, tan tranquilo, sin preocuparse por nada?

—Nunca dije que fuera insensible. ¿Qué te crees?

—Pero dijiste…

—Solo que era… insuficiente. Ya veo lo que intentas hacer, Marianne. Obligarme a hablar de todo eso, improvisando. Tú has estudiado, no puedes entenderlo. No tenemos los mismos miedos.

—Podrías…

—Cada vez que digo una estupidez, da la vuelta al mundo tres veces. Prefiero callarme.

—¿Y no hacer nada?

—No he dicho eso. Doy dinero.

—Claro. Las obras de caridad.

Mi padre siempre dice que la caridad es a la sociedad lo que los opiáceos al cáncer. Alivia un poco, pero no cura nada.

—¿Y a quién le das tu dinero?

—A gente que lo necesita.

—No es muy concreto.

—A gente como yo.

—¿Actores?

—Muy graciosa. No. A gente que empezó con mal pie.

—¿Tú empezaste con mal pie?

—Digamos que… no fue de la mejor manera. Me largué de casa a los catorce años. Y cuando digo «de casa»…

La deja flotando en el aire. Nueva invitación muda. Esta vez no dudo un segundo:

—¿A los catorce? ¿Para ir adónde?

—A cualquier parte. Primero un año en un centro, gracias a Jerry. Mi padrastro…

—¿Cómo que gracias a él?

—Le horrorizaba la violencia.

He visto esa sonrisa afilada antes. No augura nada bueno.

—Le horrorizaba la mía, para ser exacto. Me peleaba todo el tiempo, en todas partes. En la escuela, en la calle… Solo quedábamos él y yo. Así que se preocupaba mucho por mi educación. Por ejemplo, cuando llegaba a casa con un ojo morado, me ponía el otro a la virulé. Para «equilibrar», decía. Ojo por ojo. Y diente por diente, por supuesto: una vez, un tipo me astilló un incisivo. Así que Jerry, de un puñetazo, me partió el otro.

Dios mío.

—En fin. El caso es que, una tarde, yo estaba en el patio trasero, acababa de «equilibrarme» la cara otra vez y la vecina salió a tender la ropa. Vivíamos en una barriada miserable, de casuchas apretujadas unas contra otras, ni siquiera había cercas entre las parcelas, así que no había posibilidad de hacerse el sueco. Me miró fijamente durante sus buenos cinco minutos, con los brazos en alto, sujetando sus enormes pololos y un puñado de pinzas en las manos. No era la primera vez, pero vaya usted a saber qué bicho le picó ese día. De repente, recogió la ropa y salió disparada como si le hubiesen metido un cohete en el culo. Al día siguiente, los servicios sociales vinieron a ver a Jerry. Para… equilibrarlo.

Lo dice sonriendo con expresión alborozada.

Como si fuese algo pintoresco.

—Tranquila, Peter, nadie murió. Bueno, nadie aparte de mi madre. Y Jerry, pero eso fue mucho después. Que en paz descansen sus

mamporros. Y, además, el centro no estaba tan mal…

—Pero solo te quedaste un año…

—Me iban a mandar con una familia de acogida.

—¿Y qué pasó? ¿No era mejor?

—No. El hecho de que estuviera falto de adultos no significaba que me apeteciese cargar con otros. Me largué y fui directo a casa de Martin. Era perfecto. Yo entraba por la ventana, fumábamos porros y hablábamos toda la noche. Hasta que sus padres me denunciaron y vuelta al centro. Tres días después, volví a escaparme.

—¿Te pillaron?

—Y me volví a escapar… no sé cuántas veces. Ese periodo lo tengo borroso. Nunca pienso en ello, todo se mezcla. Los lugares, la gente, las calles…

—¿Dormiste en la calle?

—Ah, no, no tanto. O no muy a menudo.

¿«No muy a menudo»?

—Siempre encontraba una solución… Casas de okupas, colegas, chicas…

—¿Novias?

—Chicas. No era muy romántico. Aparte de Vaiana…

—¡Ah! Es muy de heroína de Disney.

—Pues no, es un nombre polinesio bastante corriente.

—Entonces Vaiana…

—Era un poco mayor que yo y vivía sola. Yo tenía dieciséis años y no sé lo que me gustaba más, *mate*… Si su hermoso cabello o su minúsculo apartamento que olía a vainilla.

Y yo no sé de qué manantial brota este relato. Por qué me regala todos estos detalles que nunca he leído en ningún lado. Ni si se da cuenta de que su acento kiwi se ha ido volviendo más marcado. Y de que acaba de llamarme *mate*.

—Pero ¿de qué vivías durante todas esas escapadas?

—De casi nada. De muchas movidas. Siempre encontraba trabajo. Repartí periódicos, comida, muebles. Trabajé de camarero y de

portero en un club de mala muerte, cuando ni siquiera era mayor de edad. Eso sí, me despidieron rápido, les parecía demasiado violento. Siempre me metía en problemas con los más gilipollas, los más inestables, los más peligrosos… Creo que no tenía suficiente miedo a morir. Bueno, todo eso pasó hace mucho, yo… ¿Marianne? ¿Qué estás haciendo? Creía que… Te lo advierto, si quieres terminar esta…

Quería seguir escuchándolo, de verdad. Quería escucharlo toda la noche, saber cuántas grietas y malas hierbas en el asfalto, cuántos días oscuros, cejas partidas y fantasmas de adultos había acumulado. Pero, de pronto, su confianza se clavó en mí como una astilla de vidrio.

Beso su torso, él se tensa, su suéter es cálido; su piel, mucho más. Lamo su vientre, saboreo las caderas, la buena y la mala, ambas igual de firmes, igual de suaves. Me peleo con la hebilla de su cinturón, él se aferra a mi cabeza, a mi cabello, me mantiene atrapada entre sus manos. Quiero absorberlo todo a la vez, los músculos y la memoria, lo que respiro, lo que aprendo y lo que ignoro, lo que imagino, lo que se desliza y late bajo mi lengua, entre mis dedos.

Este hombre, cuya sola presencia casi me hace daño, no existe en ninguna película. No existía hasta esta noche.

Ya no jugamos. No como antes.

—Peter, ¿es esto lo que quieres?

No respondo, él insiste.

—¿De verdad es lo que quieres?

Pero, vaya, en el estado en el que estoy, hay poca ambigüedad sobre mi consentimiento. Sus palabras resuenan en mi pecho como el redoble de un tambor. Una última advertencia, que me niego a entender.

Y entonces es demasiado tarde.

No tengo sueño.

No tengo ni idea de las dimensiones de la habitación, ni siquiera de dónde estará ubicada en esta versión italiana de un castillo de

cuento de hadas. Llegamos a ella entre tinieblas. Escaleras, un rellano, más escaleras… Puertas, sábanas, sus brazos, todas las pieles entremezcladas. Después se quedó dormido encima de mí. Una rendición tan pesada, tan absoluta, que apenas puedo respirar y mucho menos liberarme.

Estoy atrapada.

No es una metáfora, es una evidencia asfixiante. Cuando intento moverme, me abraza inconscientemente y me aplasta un poco más. Él está ausente, yo estoy invadida. Es embriagador e insoportable. El resumen de toda la historia.

El tiempo se contrae y se dilata al ritmo de su respiración. Tengo que salir de aquí antes de que lleguen las ideas negras. ¿Qué voy a hacer mañana? Volver a París. ¿Y después? Después no veo nada. Solo el miedo al vacío o al exceso. A este sentimiento voraz que crece dentro de mí.

Necesito un cigarrillo. Mi cajetilla está abajo, en algún lugar bajo los arcos, junto con casi toda mi ropa. Centímetro a centímetro, saco primero un codo, después una pierna y, de repente, milagro: él se gira sobre sí mismo y me libera farfullando. Repto hacia el borde del colchón. No se ve un pimiento. Mis pies tantean una alfombra áspera y luego encuentran la superficie mate de un suelo de terracota. Choco con la cadera derecha contra la esquina de un mueble, reprimo un juramento, me desplazo hacia la izquierda; el camino está despejado, por fin vía libre.

Ya me veo fumando bajo las estrellas cuando mi talón se desliza en el vacío.

Justo antes del vuelo sin motor, en ese instante suspendido en el que las tripas se te suben a los molares, creo haber encontrado la monumental escalera por la que subimos hace un rato. Me da tiempo a preguntarme qué coño hace allí…

Y chof…

Literalmente.

Agua. Por todas partes. Templada y clorada. Me entra por la garganta, invade mis fosas nasales, me irrita los ojos, trago un buen

sorbo y casi me ahogo de la sorpresa.

La luz se enciende. Pasos apresurados. El rostro de Ben aparece por encima de mí, pasando de la preocupación desconcertada al ataque de risa monumental. Se ríe tanto que tiene dificultades para ayudarme a salir de lo que resulta ser una piscina interior de buen tamaño. Un oasis privado de plantas verdes, paredes de piedra vista y olitas azul laguna, contigua al dormitorio.

Aturdida, me dejo izar a la superficie y envolver en una gruesa toalla de baño, blanca y mullida. Me frota la espalda, la cabeza, quiere saber *«what in God's name happened this time».* Apenas tengo tiempo de explicar lo ocurrido antes de ser repatriada a las sábanas, medio colgada de su hombro.

Nos quedamos flotando un momento, tendidos frente a frente, sin decir nada. Ya ni siquiera tengo ganas de fumar, ni de nada más, salvo seguir con la mirada la línea de mis mechones mojados, que va de mi mejilla a la suya. Me rindo al cansancio, todavía envuelta en mi toalla de algodón egipcio. Antes de quedarme dormida, alcanzo a escuchar «buenas noches, tiburoncín».

24
Extraños en el paraíso

Puestos a probar piscinas, prefiero la que brilla como un espejo al final de la terraza. Con mi cuaderno sobre las rodillas y las pantorrillas en el agua, avanzo en mi novela para olvidar que estoy perdiendo el tiempo por un tipo que ni siquiera está aquí. «Ben solo rueda por la mañana —me explicó Martin, estirando la cabeza por encima de las tortitas del desayuno—. Quiere que lo espere».

Ben quiere.

Un poco antes del amanecer, sin embargo, me pareció que nos decíamos adiós. Mejor dicho, que «nos hacíamos» un adiós. Me buscó en las profundidades del sueño llevándome a esa superficie aterciopelada en la que habita. Cuando tuvo que marcharse, lo retuve por el cuello y los hombros. Convencida de que eso era todo, al menos por el momento. Pero no.

Ben dispone.

¿Sabe que tengo un trabajo que hacer, que voy atrasada con todo y que tengo una hermana que me bombardea con su preocupación (por lo menos cinco mensajes seguidos desde que me desperté)? ¿Y qué le digo al cejijunto, perdón, a BTT? ¿Que estoy calentita en la despensa de James Bond? No soy una pizza cuatro quesos. Soy una mujer libre.

Debería recoger el petate, llamar a un taxi y… De repente, un griterío acalorado quebranta la soleada quietud de la finca.

Ben ha vuelto. Y esta vez no viene solo.

Acaban de irrumpir como un pelotón perfectamente coordinado. Nadie me presta la menor atención. Ni siquiera James Bond, con

gafas negras y cara de pocos amigos, que entra en el edificio con paso firme, seguido de dos armarios de cuatro puertas en chándal.

De los cuatro restantes, que se instalan como conquistadores en el salón exterior, reconozco a Zutana, la publicista sañuda. Está al teléfono discutiendo airadamente. Oigo algo sobre un juicio y luego sube el tono para sugerirle a su interlocutor que «se lo meta por…» *(shove it up your ass).*

Ayyy.

Cuando pienso que en este preciso instante podría estar en un avión, contemplando un montón de enormes nubes inofensivas. Vaya, ha colgado. Pero ¿qué coño está haciendo?

Ah, pues viene.

Derechita hacia mí.

Jesús, María y Vishnú.

Zutana es alta. Por más que me ponga de pie, sigo viéndola en contrapicado, con la barbilla en alto y las fosas nasales en modo entrada de túnel. Descalza, mojada y vestida como para ir a pescar truchas con los vaqueros remangados hasta las rodillas, me achico ante una columna de desprecio absoluto.

No se anda con ceremonias: «Usted se va ahora mismo. Un coche la llevará de vuelta a la ciudad».

Sí, señora. Podría tener ocho años y la nariz llena de mocos por la manera en que me habla. Si al menos las personas que me educaron con tan buenos modales me hubieran afilado un poco los colmillos. Pero, en la fratría, es Charlotte quien muerde por las dos. Así que me limito a ponerme las deportivas mientras contengo la savia de humillación que me asoma a los ojos.

No he dado cinco pasos cuando me da la puntilla: «No se moleste en entrar en la casa; ya mando yo a alguien a buscar sus cosas».

¿Y por qué no una bolsa de basura para el reciclaje selectivo? Las amarillas para el cartón, las verdes para el vidrio y las rosas para los rolletes de una noche del jefe.

—¡NORMA!

Tengo la mano en la puerta del coche, mi bolsa de viaje está en el maletero y Zutana (Norma, se llama Norma, como Eccema, Herpes, Clamidia…) supervisa la operación con los brazos cruzados, bajo la mirada fría de media docena de gorilas.

Con Martin pisándole los talones, Ben acaba de aparecer en el aparcamiento, en chándal, sin duda interrumpido en pleno entrenamiento. Está rojo como la grana y empapado en sudor. Doblado en dos, con las manos en las rodillas, se toma un segundo para aspirar una bocanada de aire y empieza a rugir de nuevo.

—*What the FUCKING HELL do you think you're DOING?*

Cuando se abalanza sobre Norma *(«How DARE you?»),* durante un segundo aterrador creo que va a despedazarla ante nuestros ojos. Pero se detiene a unos centímetros de ella y pega un violento puñetazo en el techo del coche.

—¡JODER!

Todo el mundo da un respingo, excepto Norma.

Con la voz tranquila y firme de un domador frente a su fiera más quisquillosa, la publicista intenta argumentar:

—Ben, por favor. Escúchame. Realmente no podemos permitirnos…

No la deja terminar. Mi estrella ya no grita y eso es aún peor.

—¿«Permitirnos», Norma? ¿Qué coño es ese *nos*? ¡No hay ningún nos! Soy yo quien permite o deja de permitir. Tú no eres nadie. «Yo» decido. «Tú» te largas. Y rápido, si aprecias tu trabajo.

Ahora hay algo más que desprecio en la mirada que me lanza la publicista mientras ocupa mi lugar en la lujosa berlina. Sin haber movido un dedo, ni abierto la boca, acabo de ganarme una enemiga. Vaya, al menos no habré perdido el día.

No espero a que Whyte el Terrible se calme. Estoy harta de esperar. Estoy harta de todo en general. Recupero mi bolsa y me marcho hacia el olivar, bajo la única pero compasiva mirada de Martin.

En el sotobosque, la alfombra de hierba seca es acogedora. Me siento contra el tronco gris de un olivo, viejo y rugoso como la piel

de un elefante. Un impasible paquidermo de innumerables trompas, que se estiran y entrelazan hundiéndose en la tierra para beber. ¿Cuántos años tendrá este olivo? ¿Cien? ¿Mil? Todo ese viaje inmóvil y fantástico a través del tiempo para acabar como planta decorativa de una lujosa villa de alquiler…

Cuando salgo de mi ensimismamiento, el día empieza a declinar.

Ben Whyte está aquí, a mi lado, hombro con hombro. El cigarrillo parece más fino entre sus dedos. Lo deja consumirse, con la cabeza apoyada en el árbol elefante.

—¿Estás enfadada conmigo, Peter?

—No sé. Debería haberme subido a ese coche.

—Sí, creo que sí.

Zas en toda la boca, *«Honey».*

Se ha cambiado y la camiseta que lleva hoy no podría ser más apropiada: Angry Bastard, proclama su pecho en las sombras azuladas.

—Marianne… Norma es una arpía, pero no se equivocaba. No era el momento más adecuado para venir.

—Pero si… tú…, fuiste tú quien…

La indignación devora todos mis verbos.

—Sí, fui yo quien quiso que te quedaras. La cagué. Ahora toda la zona está infestada de *paparazzi*… Estamos bajo asedio.

—¿No es siempre así?

—¿A este nivel? Solo cuando huelen sangre…

Arranca matas de hierba y las enrolla entre los dedos. Permanecemos en silencio un rato y siento un hormigueo por todo el cuerpo. No lo digo en sentido figurado, son hormigas de verdad, negras y diminutas, que exploran desde el tronco hasta mí y desde mi cuerpo hasta el de Ben.

—Esta mañana, *TMZ* publicó una noticia muy jugosa… Sabía que antes o después acabaría alcanzándome, pero…

Me incorporo un poco. Así que de ahí venía la tensión de esta tarde. A saber de qué irá la cosa. ¿Tomó crack? ¿Fue actor porno? ¿Y si fuera un tema #MeToo?

Dios, que no haya abusado de nadie.

—A los dieciséis años tuve problemas con la justicia. Una pelea…

Uf. Qué alivio.

Debo de ser un libro abierto, porque adivina mi objeción antes de que la exprese en voz alta:

—Sí, fue algo serio. Casi mato a alguien. El tipo estuvo cuarenta y ocho horas en coma. Le aplasté la cabeza, Peter. Contra un bordillo. Y si solo estuve un mes en prisión fue porque salió del coma, porque yo todavía era menor de edad… Y porque él también me dio de lo lindo.

Inclina la frente hacia mí y me muestra la minúscula cicatriz que le cruza la ceja.

—La conservo. Me recuerda en lo que podría haberme convertido.

—Pero ¿por qué…?

—Por nada. Ya te lo dije, estaba furioso. No pude ser más estúpido. Aquella vez, incluso más que de costumbre. El tipo se movía con los King Cobra. ¿Te suenan?

—No.

—Es una banda… En Nueva Zelanda, existen desde… No sé, desde sabe Dios cuándo. Aquel imbécil trabajaba más o menos para ellos y se le había subido a la cabeza. Tendrías que haberlo visto, malo como un pitbull, siempre buscando pelea… Y la última vez que nos cruzamos llovía sobre mojado; eso es todo.

¿Eso es todo? ¿Qué hacía yo mientras él jugaba a *Sons of Anarchy*? ¿Llaveros trenzados y pulseras de cuatro hilos? ¿Redacciones sobre las Polly Pocket?

Estruja el paquete de cigarrillos vacío. Miro esas manos que tanto me gustan. Las manos que un día rompieron un cráneo. Y que, hace un rato, abollaron el techo de un coche. Ben Whyte, el hombre que revienta la taquilla a puñetazos.

Habría preferido menos documental y más ficción.

—En fin, anoche, *TMZ* publicó las *mug shots* de mi arresto. Y una copia íntegra de la sentencia. Ahora estoy pagando una fortuna a un ejército de gente para tratar de parar el golpe.

—¿Qué pueden parar a estas alturas?

Hondo suspiro. Dedos ligeros y cálidos a lo largo de mi mejilla. Evacuación delicada de una hormiga perdida.

—Van a demandar, por supuesto. Conseguirán que se retire la publicación. Y le contarán un cuento chino al público. Lo de costumbre.

Entonces recuerdo una pregunta que había quedado en el aire.

—Esa historia tuya del *casting* improvisado detrás de un bar, con el productor australiano que te descubrió… ¿También es un cuento chino?

—Sí, más o menos. Pero ese lo inventé yo solito.

—¿Qué te pasó en realidad?

—Lo que le pasa a mucha gente… Sobre todo a las chicas, pero no solo a ellas.

—¿Es decir?

—Peter, eso… Ni siquiera Martin lo sabe…, olvídalo.

—No. Dímelo.

Acaricio su enorme puño. Es suave como el cuero de un guante de boxeo.

Guarda silencio durante lo que a mí me parece una eternidad, un silencio solo roto por los gorjeos de la tarde y el rumor que llega de la carretera al pie de la colina. Entre los árboles, se ven diminutos puntitos de luz encendiéndose en el lado opuesto del valle.

—El comienzo es más o menos cierto. Estaba sentado en un coche, con… ¡Bah, qué más da! Bebíamos, nos pasábamos un porro y aparece ese tipo. Recién duchado, niquelado y con ese peinado ridículo, ya sabes… Como si acabara de tirarse a un secador de pelo. Pensamos que venía a comprar hierba. Uno de mis colegas…, Shane, Shaun, no me acuerdo…, le dijo que no teníamos suficiente, pero que sabía dónde pillar más.

—¿Tú vendías?

—¿Yo? Qué va. No era… lo bastante fiable. Bueno, el caso es que Andrew pasó de mi amigo. Solo me miraba a mí: «¿No eres un poco joven para este tipo de negocios?». Entonces, por supuesto, lo

mandé a la mierda. Pero, en lugar de cabrearse o pirárselas, sonrió. Como si yo fuese, no sé…, enternecedor. Eso me dejó…

—… ¿descolocado?

—Sí, me quedé de una pieza. Sobre todo cuando me dio su tarjeta, después de garabatear un número: «Aquí tienes las instrucciones. Yo soy Andrew. Y tú me interesas. Llama antes del lunes si quieres cambiar de sector». Y, con las mismas, se largó.

—¿Sin explicar nada? Pero… ¿No pensaste que buscaba, ejem… un gigoló?

—Por supuesto que sí, Peter… Que fuese joven no significa que fuese idiota. Pero estaba tieso. Necesitaba pasta. Me acababan de despedir por enésima vez, dormía en el garaje de una amiga… Decidí correr el riesgo. Creerme todos los títulos de su tarjeta y el logo de Seven…

—¿El logo de qué?

—Seven…, la cadena australiana.

No la conozco. En mi mundo todo es diferente. Las estrellas, las estaciones, las cadenas de televisión. Y la infancia.

—El tipo iba a estar unos días hospedado en un hotel del CBD…

—¿El CBD?

—Perdón. El Central Business District. El distrito financiero de Auckland.

—¿Te invitó… a su habitación?

—A su suite. Solo vi el salón, pero todavía podría describírtelo con detalle… Era de noche, se veían las luces de la Sky Tower a través del ventanal. Me hizo hablar frente a su pequeña cámara con trípode. De dónde vienes, a qué te dedicas, ¿puedes girar la cabeza hacia la izquierda?, gracias, ahora a la derecha… Yo estaba algo perdido, pero tenía la sensación de que las cosas iban bien, de que tenía una oportunidad. Y de repente me explicó que necesitaba saber si estaba bien o mal formado. Al principio no lo entendí. Le dije: «Ya lo está viendo», y él…: «No, me lo impide tu camiseta. Además, quiero ver si tienes tatuajes». Entonces me quité la camiseta.

—Ah.

—Sí, «ah». Me sentía incómodo con el tipo observándome detrás de su cámara, pero no sabía nada del tema. Me dijo que era de lo más normal, que los *castings* siempre eran así y que, además, tenía que comprobar el resto. ¿Qué resto?, le pregunté. Se rio: «Todo lo demás, chaval».

—Mierda.

—Exacto. Me desnudé sin pensar en nada, sin saber por qué aceptaba aquello. Estaba… en blanco.

—¿Sabía que eras menor de edad?

—Sí, me había preguntado la edad justo antes.

—¿Y te…?

—¿Si me tocó? No. Se limitó a… satisfacerse. Bueno, ya sabes. *Anyway*… Después me dijo que me vistiera y me fui. La semana siguiente, su ayudante me llamó para decirme que había sido seleccionado. Me reencontré con ese cabrón en Sídney y nunca volvimos a hablar del asunto. Jamás. Esta es la primera vez que me atrevo a contarlo en voz alta.

Miro su perfil, que se difumina en el crepúsculo.

Intento respirar con normalidad. Transmito mi emoción con las puntas de los dedos por su antebrazo tenso.

—Es…

—… el pasado.

—Yo…

—Deberías marcharte esta noche.

Por las barbas de Segismundo, el austríaco, no el polaco. Este hombre sabe cómo cambiar de tema.

—Lo más tarde posible, habrá menos buitres.

—Pero…

—Peter. Este no es el momento de que te vean. Si te fotografían aquí, conmigo… Si alguien logra identificarte…

Sobran las explicaciones. Creo que acabo de entender su pregunta de anoche. «¿De verdad es esto lo que quieres?». ¿Has medido bien la circunferencia de los círculos del infierno que me

rodean? ¿El poder celoso de los demonios contra los que te enfrentas? La respuesta a todas las preguntas es «no». Un no rotundo.

A salvo en la calma trémula del olivar, el peligro parece casi sobrenatural, agazapado en la noche que se va asentando. Me levanto para estirar un poco las piernas. Escruto los faros blancos de los coches que surgen a lo lejos, centelleantes como *flashes,* en la masa negra de las colinas.

Un tenebroso mastodonte que se despierta parpadeando.

Y pienso en voz alta:

—Serías un maravilloso personaje de cuento.

Su voz corta, perpleja, sarcástica:

—¿Ah, sí? ¿Cuál de ellos? ¿El villano o el príncipe azul?

—Ninguno de los dos. Alguien que habría hecho un pacto extraño.

—¿Con el diablo?

—Un poco… No del todo. Más bien lo imagino en una isla desierta, en…

—Ah, vale. Fausto en la playa, entonces. ¿Y cuál sería el *pitch*? ¿Un *crossover* con Robinson Crusoe?

—No, yo…

—¿Cómo sería? *Come on,* Peter, cuéntame. A estas alturas…

Debería negarme. Pero su silueta ahora solo es una sombra tierna, recostada en el vientre del árbol. Y esta tierra huele tan bien que nos arranca del tiempo.

Entonces improviso.

Imagina un océano tan vasto que ninguna carta náutica lo ha plasmado nunca en papel. Tan brumoso que el agua se pierde en el cielo. Tan remoto que hasta los peces lo han olvidado. En ese océano hay una isla. Solo una. Y en esa isla hay un hombre joven. Uno solo. ¿De qué corriente, de qué vientre vino? Es un misterio. El mar ha lamido hasta su último recuerdo. Y ahora tiene frío. Siempre frío. Así que caza para robar el calor de las bestias. Su carne, su piel, su sangre. Caza cada vez más lejos de la orilla, en los bosques, en el

fondo de los barrancos, en las aguas traicioneras de las marismas. Una noche, al límite de sus fuerzas y más aterido que nunca, llega al centro de la isla. Allí, en la hierba alta, bajo una luz tormentosa, se alza la más extraña y enorme de las criaturas. Su pelaje parece tan sedoso, tan opulento, que el humano desea sumergirse en él por completo. Y tal vez morir allí. Pero, cuando se lanza a matar por última vez, el pelaje desaparece. En su lugar, no hay más que ojos. Centenares, miles de ojos que se abren y brillan como escamas en cada rincón del cuerpo gigantesco. Solo ojos y, sin embargo, la criatura habla: «Eres hermoso», dice. Un murmullo sinuoso, una brisa difusa. «Nos gustas». Y esa voz, que no es una voz, se vuelve seductora: «Quédate con nosotros, nunca más tendrás frío. Te ofrecemos todas las vidas. La piel de los demás, el ardor de su deseo. A cambio, no pedimos casi nada. Oh, solo un poco de comida. ¿Ves? Tenemos hambre. Siempre hambre». El joven cae de rodillas, perdido: «Me gustaría, pero no tengo gran cosa que ofrecer». En el viento de la noche, cree oír al monstruo sonreír.

«No te preocupes. Ya nos estás alimentando».

El azar tiene un extraño sentido teatral: justo al pronunciar la última palabra de mi relato, todas las luces exteriores de la finca se encienden al mismo tiempo. Abracadabra. Iluminando los olivos desde abajo. Revelando a un Ben petrificado. Él sigue sentado, yo sigo de pie. En escena. Me he dejado llevar y ahora me mira como si fuera Scheherezade.

Menuda estafa.

—Tú…

Una eternidad.

—Joder.

Carraspea.

—¿Acabas de… inventarte todo eso?

No, me aprendí de memoria una redacción de quinto de primaria antes de venir.

—Sí, pero bueno…

—Este tipo de cosas…, ¿sueles escribirlas?

De hecho, sí. No solo digo tonterías. A veces también las escribo. Realmente no le veo mucho sentido a profundizar en este terreno pantanoso. Él sí.

—¿Has publicado algo alguna vez?

—Nunca. Ya te lo dije. Aparte de los artículos, claro, pero eso no cuenta.

—Deberías.

Mi respuesta suena seca, incluso a mis propios oídos:

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Se pone de pie. Se despereza lentamente. Ronda a mi alrededor:

—¿Y tú tienes idea de lo que dices cuando escribes tus críticas? ¿Has actuado alguna vez? ¿Has dirigido una película, tal vez? ¿Has intentado producir alguna?

Adiós a la admiración infantil en contrapicado.

—Pero eso no tiene nada que ver, Ben. No es lo que quería de…

El resto de la frase se la come enterita. Beso breve, mirada intensa. Los ojos como lunas en cuarto menguante, oscuros y brillantes entre sus pestañas.

—Me has llamado Ben.

Sí, ¿y qué? ¿Cómo quiere que lo llame? ¿Helmut? ¿Cuchicuchi? ¿Mi capitán? Y entonces caigo en la cuenta, igual que él, de lo que acaba de captar en mis labios. Hasta esta noche había evitado llamarlo por su nombre. Sin más. Uno no llama a una imagen, la contempla.

«Ben». Tres pequeñas letras. Prohibidas, encerradas a cal y canto. Llamarle «Ben» significa permitirse todo, prometerse todo. Es como creerse nacionalizado cuando no se es más que un turista.

Esta noche, sin darme cuenta, el nombre se me ha escapado. Pruebo de nuevo su sabor fresco e íntimo en mi lengua, su embriagador sabor a transgresión.

—Ben.

Él parpadea:

—Repítelo.

Un «Ben» tras otro, me embriago metódicamente. Paso a los licores fuertes:

—Benjamin…

Es de Benjamin, ¿verdad?

—Sí. Benjamin Winston Whyte, desde que nací.

—¿Winston? ¿Como Churchill?

—Exactamente, con su bombín, su puro y su bastón. Era el tío abuelo de mi madre.

—¿De verdad?

—No.

—Deja de hacer eso, Ben.

—¿El qué?

—Tomarme el pelo, Ben.

—No puedo evitarlo. Es de lo más divertido, Marianne.

—Benjamin.

—Marianne.

—Winston.

—Marianne… ¿Y qué más, por cierto?

—Giuseppina.

—*Gioo… say… what?*

—Giuseppina. Era el nombre de pila de mi abuela.

—¿Italiana?

—Sí. Pero no de esta parte. Del Piamonte. Borgo San Dalmazzo. Bueno, de jovencita. Después vivió siempre en Francia. Imagínate… Llegó caminando, sola, atravesando a pie los Alpes, a finales de los años treinta. Huyendo de los camisas negras…

Otra juventud violentada. La leyenda familiar.

—Se refugió en Marsella. Allí conoció a mi abuelo. Oreste Corvo. Obrero comunista. Un auténtico inmigrante napolitano. Luego se…

Me detengo de golpe. ¿Y por qué no plantar todo mi árbol genealógico a sus pies, ya que estamos? O cantarle el *Bella ciao*. O darle la receta de los raviolis de conejo de la propia Giuseppina, para nosotros yaya Giù, o Nonnina. O contarle lo que los fascistas le hicieron a su hermano y a sus padres. O describirle su carácter

all'arrabbiata, sus delantales demasiado apretados, sus manos que olían a agua de fregar.

Lo peor es que me muero de ganas de contarle esa vida, y la mía, tan insignificante, sin bandas ni traumas, craneales o de otro tipo, sin cámaras ni Globos de Oro. Lo peor es la forma en que me mira. Como si nada en el mundo le interesara más que los detalles de mi rostro y la biografía de mi abuela. No sé adónde vamos él y yo, pero vamos más rápido que un trineo catapultado por error en una pista negra de triple dificultad.

—¿Hablas italiano, Peter?

—Un poco. Mucho peor que el inglés.

—Dime algo. Lo que quieras.

Podría recitarle D'Annunzio o la guía telefónica de Turín, que no notaría la diferencia. No hay riesgo alguno. Así que me atrevo: *«Vorrei tanto che fossi vero».*

Ojalá fuera real.

Esta vez se acerca despacio. Siento cómo su pecho se eleva y cómo se retira su respiración. Una inspiración profunda, el impulso de un beso prodigioso. Un beso épico. De esos cuyos detalles se confían a la posteridad. Digno de una placa conmemorativa de bronce en el olivo: «Aquí se unieron la voluptuosidad, el fervor y la gracia. A Ben Whyte, la patria agradecida». De esos que merecen que se les dedique un día festivo anual y que te impiden volver a besar a nadie más sin morirte de melancolía.

Percibo apenas la sonrisa pícara que esboza justo después de ese instante de gloria inmaculada.

—¿Volvemos?

Fuimos directamente a la habitación. Al borde de la piscina interior, un tipo con librea inmaculada nos sirvió la cena sobre un mantel de lino bordado.

Estaba yo en pleno éxtasis místico con unos *boletus* marinados cuando Ben decidió silenciar su móvil y robarme el mío, olvidado sobre la mesa. Desbloqueado, vulnerable.

—¡Oye, es privado!

Lo sostuvo en alto, fuera de mi alcance, como un malote de patio de recreo:

—¡Solo quiero ver tu música!

Bajé los brazos. Él bajó el móvil.

—Veamos… Los Beatles, por supuesto… Led Zeppelin… Ah, los Who. Me gustan… Y…, oh.

Bueno, ya está. Mala suerte.

Encontró la lista de reproducción «Ben W.».

Me descompuse mientras lo escuchaba recitar los títulos, como una especie de poema erótico, cursi y deshilvanado.

—*I Want You*… *Sex on Fire*… Hummm…

—Devuélveme el teléfono.

—No.

La sonrisa de malote se ensanchó mientras seguía con el repertorio «Ben W.», recitado por Ben W.: *«Los melones de mi corazón… All You Need is Love… Whole Lotta Love… The Man I Love…».*

Love-love-love.

Mierda, mierda, mierda.

Imposible mirarlo a la cara, o detener el infernal, chirriante y desigual carrusel de *«Los melones de mi corazón».* Me concentré ferozmente en los *antipasti*. Tan avergonzada que tardé en darme cuenta de que había dejado de leer.

Se habían acabado las risas.

Tuvo que agarrarme la muñeca y apretarla hasta hacerme daño, para que yo levantase la cabeza.

Entonces todo se volvió borroso. Todo se volvió tenue en el rostro de Benjamin Winston Whyte, el hombre del otro extremo del mundo. Del otro extremo de la mesa. Ese desconocido tembloroso. El mechón negro sobre la frente. La mirada de espuma. Mis pensamientos se retiraron, ahogados por unos versos de Pablo Neruda, que un día me dio por aprender de memoria.

De la ola, una ola y otra ola, / verde mar, verde frío, rama verde…

Podría haber pasado la noche inclinada hacia delante, sintiendo cómo sus rasgos se volvían míos, soldándose a mi piel como una máscara al rojo vivo.

Al final, me levanté con precaución. Con la vaga conciencia de estar haciendo un gesto irreversible. Cuando rodeé la mesa, crucé una frontera. Cuando apoyó su frente contra mi vientre, cambié de época. Una calidez profunda atravesó la tela de mi camisa:

—Soy real, ¿sabes?

Violenta subida de fiebre.

—¿Entiendes el italiano?

—Un poco. Lo suficiente para…

Me estrechó entre sus brazos.

—Es real, Peter. Todo esto. Es real.

El resto del poema volvió a mí más tarde, en el fondo del lecho.

… yo no escogí sino una sola ola: / la ola indivisible de tu cuerpo.

Un poco antes del alba, en el aparcamiento de la finca. El chófer que me lleva de vuelta al aeropuerto acaba de encender el motor cuando Ben da un toquecito en la ventanilla. Al bajarla, respiro una bocanada de aire frío y amaderado. Se inclina y sus labios rozan mi oído.

Solo una súplica, apenas audible: *«Nobody else, now».*

Nadie más ahora.

Cuando lo entiendo, ya ha soltado la puerta y da una palmada en el flanco del coche, como quien azota la grupa de un caballo para que eche a trotar.

La diligencia ha partido.

Oigo el rugido de las motos que nos persiguen. No puedo verlas, pero me las imagino: grandes zánganos al rebufo, con sus monos negros, sus cascos negros, las fauces negras de sus enormes objetivos. Un conductor y otro de paquete en cada moto, como asesinos a sueldo.

«Ahora, nadie más».

25
Orgullo y prejuicio

«Que ha escrito ¿QUÉ?».

Refugiados en el estrecho balcón, es imposible escucharse. Ni pensar. Ni siquiera beber. El salón de Fatou está abarrotado de bailones, el suelo parece a punto de reventar y los vecinos también. La policía no debería de tardar mucho en aparecer.

Celebramos la primavera, cualquier excusa es buena, y yo lo celebro todo en general. Las suaves tufaradas de la noche parisina, una decocción de hierba triturada y neblina automovilística. Las vibraciones del bajo en mi pecho. Las risas empapadas de alcohol, los cuerpos sudorosos, los retazos de conversaciones.

Desde que regresé, revoloteo por la existencia con la ligereza de una trapecista. Porteada, lanzada, recogida. En todas partes, a todas horas. Esta noche es mejor que nunca. Acodada en la barandilla de hierro forjado, me imagino planeando sobre los tejados, rozando los árboles de los bulevares y terminando encaramada en lo alto de Notre Dame, como una gárgola eufórica.

O una campana gigante. Repiqueteando con cada mensaje de texto.

Nos escribimos todos los días.

A veces es solo una palabra, una broma. Una foto, un *gif* tonto. Otras veces son textos tan largos como un correo electrónico.

Cuando puede, me llama por videollamada. Un gran baño de voz profunda y miradas cálidas para tomar ya entrada la noche.

Para no tener que gritar en medio del estruendo, le muestro a Jean nuestro intercambio más reciente:

«Quiero comprar en París. ¿En qué barrio?».

«Depende…, ¿quieres un distrito entero o solo un par de calles?».

«¡Ja, ja! *You smart ass*».

Al devolverme el móvil, mi viejo amigo, mi más fiel aliado, tiene el rostro desencajado. Me grita al oído, silabeando cada palabra, para que no pierda ni un decibelio de su lucidez:

«Estáis como cabras… ¿Cómo crees que va a acabar esto?».

El tiempo lo dirá, aguafiestas.

Por ahora, esta «relación» —porque lo es, llamemos a las cosas por su nombre— se mantiene a salvo entre sus comillas. Hermética, oculta, protegida. «Nadie más» que Ben, y algunos de sus asalariados, mudos por contrato, saben que existo. En los últimos días, en la prensa de las alcantarillas y las salas de espera no se habla de otra cosa que de su condena juvenil por agresión y lesiones.

El *National Enquirer,* ese libelo americano, incluso logró localizar a la víctima: Michael Jackson.

Sí, el tipo se llama Michael Jackson, aunque se parece a su homónimo lo mismito que yo a una máquina expendedora de bebidas frías.

Sigue viviendo en Auckland, pero en la trena, donde cumple veinte años por asesinato. Y donde ha encontrado a Jesús. No en persona, pero casi casi: en la entrevista, nuestro interno cincuentón es todo paz interior y malvavisco universal. Principal beneficiario: ese granujilla de Ben Whyte. El bueno de Michael no le guarda rencor: «Siempre supe que llegaría lejos», confiesa con orgullo nostálgico de educador social especializado.

¿«Siempre»? ¿También durante el impacto entre su cráneo y el bordillo?

No se menciona la suma que desembolsó el tabloide por la entrevista exclusiva en el locutorio. «Sin duda, lo suficiente para vivir del economato a perpetuidad», me dijo Ben. «Y tú, ¿cuánto pagaste por ese emotivo testimonio?», me atreví a preguntar.

NS/NC.

En fin, que en esta fea historia se han vuelto las tornas en favor de mi amante —oh, mi amante, cuyos hermosos ojos melancólicos me miran desde cada artículo—. Una auténtica campaña promocional, como si el mundo acabase de descubrir su primer papel, emocionante, oscuro y marginal. Exotismo de la mala reputación. Trópico del granuja.

Es esa mala influencia lo que me reprocha Jean, con una vehemencia proporcional a su nivel de alcohol en sangre.

«"Comprar en París"… No me hagas reír. Ni siquiera cuando se lían entre ellos llegan a nada. Porque nada resiste a sus vidas de locura. Te vas a pegar un tortazo de padre y muy señor mío. ¿Quieres que te diga una cosa? Es un miserable. Porque él lo sabe perfectamente».

Me recuerda a Casandra, la eterna avinagrada de las tragedias griegas. Esa pobre mujer que se desgañita vaticinando desgracias a gente que se cachondea hasta de sus fíbulas. Lo dejo plantado en el balcón, envuelto en su toga de pesimismo, y me sumerjo de nuevo en el torbellino de los fiesteros.

Para Dani, por supuesto, se trata ante todo de un problema «sociopolítico». Podríamos llamarlo «La teoría de las antípodas»: yo soy verano, Ben es invierno. Yo voto rojo, él vota blanco. Ningún «sustrato de convicciones» *[sic]* en común: «A ver, dime, ¿acaso le supone algún problema ganar el PIB de Bután con una sola película?». Y suma y sigue, hasta que me da la impresión de que me he vendido a un traficante de uranio o al director ejecutivo de Goldman Sachs.

Le digo que Ben me vuelve loca y ella culpa a la industria del espectáculo. Le hablo de deseo y me responde con neoliberalismo, propaganda y condicionamiento.

Incluso Fatou, la mayor sentimental del hemisferio norte, ahora tiene miedo del hemisferio sur: «Sí, pero ¿y si te rompe el corazón?».

Me agotan. Todos.

¿Acaso he dicho que quería darle trillizos? ¿O irnos a vivir juntos? Ni siquiera sé dónde vive. Ni si eso realmente significa algo cuando uno se pasa toda la vida viajando.

Por si las moscas, cuando Ben me llama, aprovecho para preguntarle.

—Tengo un rancho en Nueva Zelanda, claro…

Claro.

—Y algo en Nueva York…

¿Algo?

—Y, si no, está la isla…

¿La isla? ¿Como en mi relato, pero de verdad? ¿Una entera, con sus calas, sus palmeras y sus pelícanos? ¿Y por qué no una base espacial con androides?

Él sigue dale que te pego, sin darse cuenta de que me estoy ahogando al otro lado de la línea, parasitada por el espectro de Dani, que me susurra «PIB de Bután» en el otro oído.

—Es de traca, por cierto, porque está muy cerca de otra isla de las Seychelles, que se llama… Adivina cómo: «Marianne».

De traca.

—Es preciosa. Como tú.

Sí, pero a mí me sienta peor el cocotero.

—La mía se llama Fortuna.

Para eso, francamente, no tengo palabras.

—Voy siempre que puedo. Se está de fábula. Apenas necesitas nada…

Bah, ya te digo. Apoye el decrecimiento. Cómprese una isla.

—Unos cuantos amigos, unos platos grandes de cangrejo y el horizonte… Ya verás, es el paraíso.

Me imagino en esa escena idílica, con un babero para marisco alrededor del cuello: «¿Otra pinza, Brad? ¿Un poco más de mayonesa, Leo?». Y me esfuerzo por olvidar la otra parte de la frase.

—Ya verás.

…

Tengo que dejar de ver todas sus películas en bucle durante la noche. Me quedé dormida entre las cajas de DVD, cuatro horas antes de que sonara el despertador. Sin aliento y con el cerebro aún en pijama, llego justo a tiempo a mi proyección de prensa matinal, en una pequeña sala privada cerca de los Campos Elíseos. Hoy estoy en misión crítica para reseñar *Bili Bilú y el peto volador,* un programa de cortos de animación finlandesa para menores de tres años que se estrena el mes que viene.

El tal Bili Bilú resulta ser un conejo de papel maché, tan vivaz y fascinante como el trozo de cartón del que nació. Antes incluso de que se ponga el dichoso peto, ya estoy durmiendo a pierna suelta.

El contacto, cálido y firme, me provoca un sobresalto. Una mano en mi rodilla.

Desorientada, creo que mi vecino de butaca quiere avisarme de que me estoy perdiendo la mitad del espectáculo. Solo que nadie acaricia la rótula de la gente para despertarla. Y, además, hace un momento no había ningún vecino de butaca.

La fila estaba vacía. Bili Bilú no moviliza a todo París.

La mano no se retira. Al contrario. Se mueve como Perico por su casa. Sube por mi muslo deslizándose bajo la tela de mi falda.

Un pervertido. Alguien que disfruta metiendo mano a la prensa, preferiblemente en la oscuridad, durante las películas infantiles. Me giro, lista para fulminar al intruso.

—*Hey, Honey.*

La aparición huele a verbena. Su sonrisa se dibuja en la penumbra.

En la pantalla, Bili Bilú discute con Zaza, su mejor amiga, una gallina hecha con trozos de cuerda.

—¿¿¡BEN!??

Un «¡chist!» irritado desde el fondo de la sala.

«¡Socorroooo!», cloquea la gallina.

Llevada por el asombro, la alegría y el *shock,* me abalanzo sobre él. Liberado de su carga, el asiento de mi butaca se pliega de golpe.

CLONC.

«Pero dejen de moverse, joder, ¿qué escándalo es este?».

«¡Es una linda sorpresa!», exclama Bili Bilú por los altavoces.

Me da un ataque de risa y me tapo como puedo contra su pecho. Es un auténtico milagro.

—Pero ¿cómo…?

Coloca el dedo índice sobre mis labios.

—Te lo explicaré. ¿Qué tienes luego? —Un vistazo a la película, ahora invadida por suaves orugas de papel pinocho verde—: Bueno…, justo después de todo este suspense.

Mierda.

Más tarde tengo una cita con un famoso guionista italiano que regresa esta noche a Milán. Imposible aplazarla o hacerme la loca, ni siquiera por Ben Whyte.

—Tengo una entrevista con Dario Castellani.

—Sí, lo conozco… Pobre hombre, ¿sabe lo que le espera?

—Ben…

—Perdón. ¿Cuánto dura la entrevista?

—No sé… ¿Media hora?

—¿Y después?

—Estoy…

Obligada a volver al periódico.

—Libre el resto del día.

—Genial. Dame tus llaves.

—¿Qué? Pero yo…

—¡CÁLLENSE, JODER! ¿Es que esto no es ya suficientemente insufrible?

—Las llaves, Peter. Te espero en tu casa.

Y se fue, encorvado, furtivo, hacia la salida de emergencia.

Dos horas más tarde, floto entre mi cama y mi estrella, con los brazos extendidos y los ojos cerrados a ver si así el techo deja de girar.

Se ha zampado él solito el almuerzo que había mandado traer para los dos. Sashimis y sake, cortesía de un chef japonés al parecer.

Odio el pescado crudo. Preferiría comerme una fregona. O a Wanda. En lugar de confesarlo, fingí que no tenía hambre.

Pero, eso sí, tenía sed.

De modo que aquí estoy, en ayunas y borracha como un yakuza.

—¿Tenías una cita en París?

—No, es que te quería… Ah, Peter…, a veces me pregunto si no entiendes a propósito.

La frase empezó a lo largo de mi muslo para acabar muy viva en uno de mis pezones. Me encanta esa manía suya de hablarle directamente a mi epidermis. Pero eso también debe de freírme algunas neuronas, porque, efectivamente, no lo entiendo.

—¿Y entonces qué era?

—¿A ti qué te parece?

A mí no me parece nada. Yo insisto, pero él ni siquiera levanta la cabeza. Luego todo se diluye en besos con sabor a sake.

Nos quedamos como estábamos, impregnados de calidez, peligrosamente eufóricos, hasta el filo de la media noche. Haciendo girar el techo juntos. Acabó explicándome lo que hacía tan lejos de su Aston Martin. Ayer la producción se trasladó a Praga. Parón técnico. Espía de permiso.

—Hasta mañana por la mañana; no puedo quedarme más tiempo.

Está aquí por mí. Solo por mí.

Ligero vértigo.

Como yo no respondía al teléfono, para localizarme, mandó llamar al periódico. Muy orgulloso de su efecto sorpresa. No especificó qué subalterno francófono se encargó de la tarea ni qué excusa inventó para conseguir la ubicación de la sala. ¿Que cómo logró entrar en la sala sin ser detectado? El vestíbulo estaba vacío. Un juego de niños, hasta para cualquiera que no trabaje para el MI6.

Toda historia romántica que se precie tiene su episodio de chapuzón erótico. Se filtra entre burbujas y espuma, con más o menos intensidad, dependiendo de la edad y el público al que va dirigido. Así que, ¿por qué no nosotros?

Era demasiado tentador.

El cigarrillo en los labios, las pantorrillas cruzadas sobre el esmalte, los pies colgando en el aire, su corpachón medio plegado dentro del agua caliente. El hombre más sexi del mundo, completamente desnudo en mi bañerita.

Me miró con cierta aprensión mientras yo pasaba una pierna por el borde.

—Ejem… ¿Estás segura?

—Oh, sí…

Pero en realidad no. El cenicero cayó al suelo. El cigarrillo al agua. Yo caí sobre Ben. La intrépida rodilla que iba en vanguardia fue directa contra su pecho. Se arqueó bajo el impacto y me dio un cabezazo.

Compartimos nuestros cardenales y chichones envueltos en la misma toalla de baño, demasiado pequeña para dos. Risas y lágrimas. Él repite *«God, are you OK?»,* y yo le juro no volver a acercarme nunca más a ningún punto de agua en su presencia.

¿Qué le diré mañana a Jean? «Acabo de pasar la noche con Ben Whyte. Me dio un topetazo, estuve a punto de castrarlo, pero al final solo le rompí la caja torácica. Fue maravilloso».

Nada de qué preocuparse.

Fuera llueve a cántaros. Dentro, la luz de la lamparita de noche nunca había sido tan tierna con mi visitante. Busca su piel, acaricia sus cabellos mojados, todos sus hoyuelos. Medio vestido, con la botella de sake en la mano y las gafas torcidas, examina mis estantes, tambaleándose un poco.

—¿Te has leído todo esto?

La típica pregunta de quien no está familiarizado con los libros.

—Anda, Steinbeck. *Las… uvais de laira… The Grapes of Wrath?* Me encanta esta novela. La he leído un montón de veces, la he perdido, la he vuelto a comprar, me la he llevado conmigo, la he regalado…

Error garrafal. Me retracto. Al menos ha leído un libro. Y no cualquier libro.

Estoy en pleno proceso de limpieza de mis prejuicios cuando se fija en la larga fila dedicada a Stephen King:

—Menuda colección.

—Pues sí. ¿Ves?, no solo estoy obsesionada con *Doctor Who*…

(O contigo).

—Oye, Peter, se me está ocurriendo una cosa.

Se sienta conmigo en la cama, con el entusiasmo de un testigo de Jehová en plena gira promocional.

—¿Quieres conocerlo?

—¿A quién? ¿A Stephen King?

Pánico bajo el edredón.

—Sí, lo conozco un poco… Tenemos un amigo en común, un productor que… Bueno, eso da igual. Puedo arreglarlo… Oh, espera…, incluso podrías traducir algunos textos, para enseñárselos…

O también podría beberme de una sentada un litro de lejía.

¿Cómo se dice «antes muerta» en idioma Ben Whyte? Preferiblemente sin borrar esa sonrisa confiada, radiante, magnífica…?

Mierda al cuadrado.

—Le haría perder el tiempo.

—Claro que no.

—Claro que sí. Ni siquiera has leído lo que escribo. ¿Y si es una porquería?

—Estoy seguro de que no. Esa historia tuya, la otra vez, me dejó…, no sé…

Pues cállate.

—Y, además, si quieres que te publiquen, vas a necesitar contactos.

—Ejem… Bueno, lo pensaré.

Y, con un poco de suerte, lo habrás olvidado todo cuando se te pasen los efectos del sake.

—Ok. Perfecto. ¿Dónde está mi teléfono? ¿Qué hora será en la costa este?

Por favor, que alguien le dispare. Ahora. ¿Por qué no se habrá fijado en Tolkien, Edgar Allan Poe o Philip K. Dick? Tengo un montón de escritores muertos en mi biblioteca.

Definitivamente ilocalizables.

—¡Espera!

Algo en el filo de mi voz lo detiene en plena inspección de bolsillos.

—Ejem… Me halaga tu proposición, de verdad, es muy amable y todo… No creo que… Pero, en realidad… Déjalo estar. Prefiero que no. ¿Lo entiendes?

—No.

Me mira pasmado, como si le estuviera hablando en wólof, en mandarín o, sin ir más lejos, en francés.

—Ben, yo… no tengo ningún interés en conocer a la gente que admiro. ¿Para qué? ¿Para aparecer como un manojo de nervios y soltar las mismas chorradas que todo el mundo les dice sin parar? «¡Oh, Dios mío!, me encanta lo que hace»… Perdona, pero a nadie le importa. Ni a ellos ni a mí.

Te has lucido, Toutoune.

Es como si acabase de darle una bofetada. No responde enseguida, sino que se estira y rebusca entre el montón de DVD que hay a los pies de la cama.

—¿Y entonces esto? ¿Y yo? —dice, poniéndome delante de las narices la carátula de una de sus películas—. ¿Por qué me conociste a mí?

Miro la foto de su rostro junto a su rostro real y el efecto doble Ben me marea.

A ti, porque me obligaron.

Me guardo muy mucho de decirlo. Sabe perfectamente que era parte de mi trabajo, pero no que ese día habría preferido amputarme una pierna con una lima de uñas.

Debería haber visto venir la réplica siguiente, mitad bromista, mitad diva:

—A mí nunca me has dicho «me encanta lo que haces». Ni siquiera sé lo que piensas de mi trabajo.

Le quito el DVD de las manos (un *thriller* reciente, *Peste negra*. Su tercer Globo de Oro).

—Tú, Ben, ejem… Tú eras tú. Fuese mejor, fuese peor, eras tú.

Tal vez sonase menos estúpido en inglés, porque finalmente se deja caer en mis brazos. Caso cerrado.

Luego, en plena fiebre, cuando me retuerzo bajo su peso, mientras mantengo sus manos firmemente sujetas a mis caderas, añado «me encanta lo que haces» y consigo hacer reír a este gigante al que no quería conocer.

Tres de la mañana. Estamos sentados a la mesa, que, como el resto de mi apartamento, tiene más que ver con el equipamiento de camping que con el diseño de interiores. Me pregunto cómo soporta, una vez más, esta leonera. Cómo se digna quedarse aquí encerrado masticando una hamburguesa mal descongelada en el microondas, porque rechacé otro «pedido» de lujo por miedo a que aparecieran intrusos y más pescado crudo.

Ah, «me da igual, lo que no mata engorda», dijo, y se fue a explorar el frigorífico.

La consola plegable que uso como rincón de desayuno, a la izquierda de la ventana, es tan estrecha que casi estamos sentados uno encima del otro, con su rodilla encajada entre las mías. Come con fruición y me sonríe con la boca llena, muy satisfecho: «T'an dicas etas corquerías», y nunca me ha parecido tan formidable. Está devorándolo todo. Las distancias. Mi aire. El resto del mundo.

Quiero conservarlo tal cual. Con su camisa desabotonada, sus ojos bajos y astutos, su facha de estibador, listo para cargar cajas en los muelles. Quiero que se quede aquí hasta que el planeta se consuma en llamas. La eternidad, o casi, entre un rollo de papel de cocina, platos de Ikea y un fabuloso festín industrial: «Pedo echo me impide becharte».

En V. O. ha dicho: *«I can't quiche you»,* que todavía es mejor.

Se levanta para buscar sus cigarrillos, bebe directamente del grifo del fregadero, me planta un beso en la cabeza y luego se acerca a fumar a la ventana. En gayumbos.

Podría tener otro nombre. Otro trabajo. Nos habríamos conocido en un bar, en la calle, en Tinder. Seguro que le gustaría a la gente. Pero no a millones. Sería mío, todo el tiempo.

Pero a lo mejor solo me estoy montando películas.

¿Quién es este tipo junto a mi ventana, sin el empaque de sus personajes, sin los efectos especiales de su gloria? Un fortachón sin estudios. Un manjar tosco que dudarías en consumir delante de tus compañeros, tus colegas, tus amigos, tu pequeño mundo bien educado.

El animal que prefieres esconder en tu cama.

En otra vida, tal vez me habría avergonzado de él. De nosotros. La idea es tan culpable, tan odiosa, tan desgarradora, que me rompe el corazón. Me dan ganas de enmendar errores que ni siquiera he cometido.

Todavía.

Nos miramos a un lado y otro de la ventana abierta, salpicada de gotitas brillantes.

—Dentro de quince días hago una escapadita a LA para asistir al estreno del nuevo *spin-off* de *Star Wars*. ¿Quieres venir?

—¿A… Los Ángeles?

—A la fiesta.

—¿Los dos juntos? ¿Delante de todo el mundo?

—No, de incógnito, disfrazados de *stormtroopers*… Pues claro que sí, los dos, Peter. Delante de todo el mundo.

Pero ¿qué le pasa esta noche?

Me ha soltado la ocurrencia con tono despreocupado. O casi. Entre líneas leo algo más. Percibo cierta tensión. Me quiero convencer de que lo he entendido mal.

—¿Y eso qué quiere decir?

Respira hondo y entonces llega la frase que temía. La que lo cambia todo.

—*I'm ready to go public. If you are too.*

«Go public». Go. *Public*. Mostrarse. Exhibirse. Exponerse. Oficializarlo. Comprometerse. Poner las cartas bocarriba. Dar el paso decisivo. Ofrecerse al monstruo. Bajar a la arena. Meter la cabeza en la boca del lobo. Las interpretaciones brotan en mi cabeza como un torrente caótico.

Go public.

El animal quiere salir de mi cama.

Es la versión adulta del chico que cruza el patio de recreo para preguntarte si quieres ser su novia, con la que podrá hacer manitas delante de todo el instituto, incluso de los profesores y del jefe de estudios. Es Julia Roberts, la estrella de *Notting Hill,* irrumpiendo en la librería de Hugh Grant para susurrarle que es «solo una chica», no un tornado que va a destrozarle la existencia a ese pobre hombre. A convertirlo en carnaza para el escándalo, a arrojarlo al estanque de las pirañas, hasta que solo queden los huesos.

Comedia romántica. Y un jamón con chorreras.

«Solo un hombre» fuma y espera. ¿Para saber si puede informar al planeta de que estamos… juntos? Haría falta primero que yo pudiese informarme a mí misma.

¡Qué maravilla, qué horror!

Sé que tengo que decir algo. El ambiente se está enfriando, y no solo porque la ventana abierta deja entrar la lluvia. Los ojos verdes se vuelven, absorben la noche y el agua.

—Pero… ¿para qué?

No es brillante, lo sé, pero es lo único que tengo en la recámara.

—¿No te parece que podríamos, sencillamente…, quedarnos como estamos?

—O sea, ¿escondidos como culpables?

—Pero… los *paparazzi*, todo ese circo… En Italia, decías…

—Que no era el momento. Porque eso lo decidimos nosotros, no ellos.

—Realmente no le veo sentido a…

—No tenemos nada que ocultar, ¿no? A menos que esta noche estés engañando a alguien…

—No, Ben.

—Entonces…, ¿qué hacemos?

¿Recalentar otra hamburguesa y cambiar de tema?

Él cierra la ventana, forcejea un poco con la vieja manilla recalcitrante y vuelve a sentarse frente a mí.

—Tienes miedo. Es normal… Todo saldrá bien, te lo prometo. Sé cómo funciona. Sé cómo protegernos.

Miro su enorme mano engullir la mía.

—Marianne… Mi preciosa cuentacuentos… Quiero hacer cosas contigo.

—Ya hacemos un montón de cosas.

Tentativa de broma, tan bienvenida como una cagada de paloma en la cocorota.

El malestar crece, fuera silba el aguacero. Todo lo que logro hacer, tras un silencio crucificador, es sacudir la cabeza.

No.

Derecha-izquierda, derecha-izquierda, un lento movimiento que corta y separa.

La mano se retira; de repente siento frío en los dedos y una imperiosa necesidad de explicarme.

—¿Qué íbamos a parecer los dos? Sería ridículo…

—¿«Ridículo»?

—Mierda, no, perdona… Pero, Ben, nadie entendería que yo… Que tú…, en fin, eso…, simplemente, no… es posible.

«Eso» se presta horriblemente a confusión. «Eso» suena a calabazas. «Eso» tiene la pinta, el color y hasta los dientes y la forma rotunda de unas calabazas.

Él ya está junto a la cama, ahora forcejeando con el edredón. ¿Para encontrar sus cosas? ¿Quiere irse?

—Lo siento, me…

Se da la vuelta, con los pantalones en la mano.

—Sí. Ya sé, te… ¿Cómo era? Te «halaga la proposición, pero…». Esa es tu especialidad, ¿no? Mandar a la mierda a la gente cortésmente: «Querido Ben, ¿serías tan amable de irte a tomar por culo, por favor? Muchísimas gracias».

Solo hacen falta cinco pasos para llegar hasta él. Es un trecho largo. Lo recorro a cámara lenta, como en una pesadilla. Intento una caricia, un poco al azar, pero él me agarra el brazo al vuelo.

—¿Conoces a Bartleby, el personaje de Melville? ¿Ese que siempre responde *«I would prefer not to»…,* «preferiría no hacerlo», a cualquier cosa que le propongan…?

Ah, mira, pues ha leído un segundo libro.

—¿Ese que acaba muriéndose de pura pasividad, más solo que la una en su cuchitril?

Dibuja un gran gesto circular y desdeñoso que abarca todo mi apartamento.

Pues por mí te puedes ir a la mierda. Que te den, con tus lecciones de literatura, tus fans, tus películas, tus siervos, tu isla y tus sashimis. Tu aire cruel. Herido. Que te zurzan. Libero mi muñeca de un tirón, pero me quedo allí paralizada. Qué oportuno, porque él aún no ha terminado.

—OK. *Whatever*. Estamos aquí para follar, ¿no? Pues follemos. ¿Vienes?

Let's fuck.

Si hubiera reflexionado, aunque solo fuera durante treinta segundos, nunca habría tenido el valor de responder *«I would prefer not to»* y de desbloquear la puerta del «cuchitril». De abrirla de par en par y quedarme de guardia esperando a que Su Alteza se largara.

Congelada hasta la náusea, lo veo ponerse la chaqueta y abrochar su reloj. Atarse los zapatos. Se demora un poco, mordisqueándose el pulgar, mirando hacia todas partes, excepto hacia mí, para asegurarse de que no se dejaba nada.

Me mantuve firme casi hasta el final. La primera lágrima, pesada, inoportuna, se escapa en el momento en que cruza el umbral.

Un segundo después, la bebe en mi mejilla.

Asciende hasta la fuente, hasta los párpados que se desbordan. «Marianne…, Marianne…». Todo adquiere un sabor triste y salado, incluso mi nombre en el ápice de la lengua. Lo susurra a ciegas, me cubre la cara con él, me envuelve en el fervor hipnótico de su letanía. Cuando lo empujo contra la pared, cuando toma mi cabello entre sus manos, olvidamos la puerta abierta, el oscuro descansillo y todo lo que acecha más allá. Y sigue invocándome en voz baja, hasta que el placer le apaga la voz como si fuera una vela.

Hacia las cinco de la mañana, finalmente, se va de verdad. En el último momento lo agarro de la manga:

—No me olvides demasiado…

Se suelta con suavidad. Su respuesta resuena hueca en la escalera. Sin un adiós, sin un hasta pronto:

—*You have no fucking clue.*

No tienes ni puta idea.

26
Por quién doblan las campanas

Los días aciagos comienzan como cualquier otro día. Ningún perro aúlla a la muerte al pie de tu cama. No tiembla la tierra ni se resquebrajan tus tostadas y ningún profeta enmarañado en su propia barba aparece para anunciar las tinieblas.

Aquella mañana todo era gris y tranquilo. Bebí mi café sin pensar en nada. Me duché, cogí el metro, mi transbordo, mi otro metro. En la oficina representamos por enésima vez la misma pieza anodina, titulada *Reunión de redacción*. Muchos monólogos, algunas réplicas ingeniosas, risas en el público y los eternos baches de creatividad, en los que el personal se aburre y da unas cabezaditas. Estábamos en medio de un debate sobre una película alemana de terror: *Die Hungrigen, Los hambrientos*, la historia de los miembros de una secta caníbal en la Selva Negra. Miembros, en sentido propio. Y comestible.

Todo el mundo hablaba al mismo tiempo. Los que defendían la obra, «tremendamente audaz», de una «gran potencia metafórica sobre nuestras sociedades carnívoras». Y los que la encontraban «moralmente abyecta». Como yo no la había visto, me dedicaba a garabatear en el margen de la planificación semanal.

El bolsillo de mi pantalón empezó a tintinear.

«¿Quién ha vuelto a olvidarse de apagar el móvil?», preguntó BTT, antes de zambullirse de nuevo en el alboroto general, sin esperar respuesta.

Ni siquiera entonces, mientras el Monolito zumbaba contra mi cadera, vi venir nada. Solo la alegría febril de tener por fin noticias,

después de más de una semana. Salí corriendo de la sala acristalada, sin disculparme siquiera.

El pasillo estaba vacío. Al fondo, la gran impresora escupía papel. Aún podía oír el rumor amortiguado de la reunión a mis espaldas. Del otro lado, en el *open space,* alguien tosió. Pero, al final de la línea, ni un sonido. Ni siquiera una respiración.

—¿Hola?

Mi voz parecía perderse entre las paredes negras y húmedas de una cripta. Fue en ese momento cuando empecé a sentir miedo.

—¿Ben..?

—Sí.

Silencio. En directo desde el más allá.

—¿Va todo bien?

—No.

—¿Qué oc…?

—Acabo de entenderlo.

—¿El qué?

—Por qué querías quedarte escondida.

—… ¿Yo?

—Sí, tú. La periodista que se folla a un cretino patético.

—Yo no…

—¿Quién te crees que eres?

—Pero Ben, yo…

—No malgastes saliva.

Save your breath.

Stephen King tiene una forma muy particular de transmitir el terror, de empujar al lector al abismo. Hace un violento encabalgamiento en plena frase, sangra el párrafo y utiliza

cursivas.

Mientras me deslizaba a lo largo de la pared para sentarme en la moqueta, en lo único en lo que podía pensar era en eso. En las cursivas. Las temblorosas mensajeras del desastre en aquella voz

glacial.

—De todos modos estoy acostumbrado. Hipócritas me los desayuno a pares todas las mañanas. Pero tú… Bravo, me la jugaste bien jugada.

Tal vez esperaba una respuesta, una reacción. Algo. Tal vez no. De todas formas, ya daba igual, no podía hacer nada al respecto. Hablar, respirar, eso era antes.

—*Anyway… Go to hell.*

…

Volver a llamar.

Y volver a llamar. Y llamar otra vez.

Escuchar el tono resonando como un tañido fúnebre. Saber que nadie contestará y, aun así, volver a intentarlo. Diez veces, veinte veces.

Ir a llorar, presa del pánico y del estupor a los aseos del piso de arriba. Salir de allí, con la cara hinchada, porosa, expuesta a la curiosidad de todos.

Patético.

Corrí a mi mesa. El ordenador tardó una eternidad en encenderse. Me temblaban tanto los dedos que tuve que intentarlo tres veces hasta lograr escribir lo que buscaba en la base de datos del periódico. Búsqueda cruzada: Ben Whyte/Marianne Corvo. Once resultados, correspondientes a otras tantas críticas de películas. Y tres masacres.

Space Warfare, *de Stephen Collins. Con Ben Whyte, Sandra Bullock, Tom Holland…*

«El universo está en peligro. Unos parásitos extraterrestres amenazan con papeárselo crudo. Afortunadamente, Ben Whyte y su tripulación son… muy indigestos. Quien no haya visto nunca al actor neozelandés con mono espacial plateado no ha experimentado el placer de la risa floja. Hasta sus enemigos, una flotilla de calamares viscosos (venidos de la constelación de los proyectos que deberían haberse quedado en un cajón), parecen menos grotescos».

Los ángeles también lloran (Angels may cry), *de Derek Jones. Con Ben Whyte y Nicole Kidman.*

«Jim (Ben Whyte) y Sarah (Nicole Kidman) solo pueden amarse torturándose el uno al otro. Fe de erratas: solo pueden amarse torturándoNOS. La primera víctima de este melodrama rancio es el espectador, obligado a soportar el histrionismo de la pareja de estrellas. El cretino patético y su rubia tontorrona. Ella: "Eres la puerta de mi dicha. Pero está cerrada con llave". Él: "Fuiste tú quien perdió la llave". Llamen a un cerrajero y acabemos con esto de una santa vez».

… Y la guinda del pastel:

Z-End, *de Trevor Stone: «Enésimo apocalipsis zombi, servido con muertos vivientes tan frescos como un lote de piernas de cordero de oferta. Pero la verdadera catástrofe es que Ben Whyte ha sobrevivido».*

El muy idiota mandó traducir las críticas. Por lo visto, sentía curiosidad. Y, por supuesto, Norma la publicista perdió el culo para satisfacerlo, con una selección personalizada. Premio a la empleada del año.

No fue Ben quien me lo dijo. Ben ya no dice nada.

A fuerza de aporrear el Monolito el día en que todo cambió, logré que me respondiera Martin. Escogió cada palabra con tacto de oncólogo. No, «lamentaba» comunicarme que ya no era posible contactar con Ben. No, no solo en días venideros. Tampoco después. No, ni siquiera por mensaje de texto. De hecho, «y créame que lo siento en el alma», la línea va a ser dada de baja.

Desastre.

Comprendí que Martin me estaba haciendo un favor solo por el hecho de contestar a mi llamada a espaldas de su amigo. Al final de la conversación, incluso se permitió algo más: «Mire, vamos a intentar una cosa. Yo le doy mi dirección de correo electrónico

personal. Usted le escribe y yo se lo hago llegar. Es todo lo que puedo hacer».

No pude explayarme en agradecimientos efusivos. Me cortó al instante: «Marianne, por favor. No se haga ilusiones».

…

El mal de amores es un asco.

Te llena de mocos, de bilis y de saliva. Se te pega a los ojos, chorrea por la nariz, te embadurna el pelo y la ropa, se filtra por todas partes como una lluvia tóxica.

Pensaba en eso mientras potaba en la cuneta, entre dos coches. Jean sostenía mi cola de caballo para minimizar daños. Parecía que estaba agarrando el asa de un cántaro. Un cántaro que había ido mucho a la fuente a por ron, ginebra, vino blanco y sabe Dios qué más, porque yo no me acodaba.

Al pasar, un señor nos preguntó si necesitábamos ayuda. Jean dijo que no, muchas gracias, solo ha sido un trago de más. Eso resume muy bien la situación. ¿Ben Whyte? «Solo un trago de más».

Hilarante.

Mañana, lo prometo, dejo a Jean en paz. Esta noche, en la parada del autobús donde me obliga a sentarme, está casi tan verde como yo.

De lejos, debemos de parecer una pareja de novios, acurrucados bajo la pálida luz de neón. De cerca, es mucho menos tierno. Yo sollozo contra su pecho, me aferro a su jersey, me sueno en él, lo embadurno de desdicha. Él lo soporta todo sin decir nada —ni siquiera un «te lo advertí»—, con la barbilla apoyada en mi cabeza, los brazos rodeando mis temblores.

«¿Sabes que te quiero mucho, verdad, Jean?». Debo de apestar a alcohol, pero me abraza un poco más fuerte: «¿Y tú sabes que tienes al menos cuatro gramos de alcohol en sangre y ningún futuro en el mundo del espectáculo?». Si es una alusión a Ese Gilipollas, es cruel. Me pongo a gimotear de nuevo, toda la vergüenza bebida. Hasta el fondo de la botella.

Pero, no; en lo que Jean piensa es en mis hazañas de esta noche. En ese delicado momento incómodo, en el karaoke, donde terminamos fracasando como grupo. Al parecer, yo no quería soltar el micrófono y tuvieron que arrancármelo dedo a dedo, entre chirridos de acople, para evitar que siguiera berreando con la banda sonora de *Kill Bill*.

Bang Bang.

He shot me down.

Bang Bang.

No lo recuerdo en absoluto.

Para mí, la noche se diluye mucho antes, en otro bar. Me parece que bailé un poco. Y que le comí la boca a un tipo. No, a dos. Después fui a tomar un poco de aire fresco y tropecé con unos escalones.

Bang Bang.

I hit the ground.

Quise quedarme a dormir allí mismo, con la mejilla contra la acera. Jean y Serge se las vieron y se las desearon para arrancarme de allí.

El mal de amores es humillante.

—Al menos cómete eso, que tiene trufa. Te encantan las trufas.

Si pudiera, Charlotte me daría de comer a la fuerza. Estoy segura de que la idea le tienta. Normalmente soy yo quien se termina su plato en Paolo, el excelente italiano donde siempre quedamos cuando viene a París.

—Por el amor de Dios, Marianne… ¿Quieres escupir de una vez esa Valda?

—¿En qué quedamos? ¿Quieres que coma o que escupa?

Inclinada sobre su plato, tenedor en ristre, vuelve a ponerme sus ojos de búho. En la época en que nuestras Barbies compartían piso en el mismo baúl de los juguetes, me bastaba esa mirada para confesarlo todo: sí, fui yo quien liberó el hámster, quien ahogó en el

baño tu reproductor de MP3… Pero eso ya no funciona. No desde que Papá Noel dejó de existir.

La semana pasada, para ser exactos.

Charlotte puede seguir esgrimiendo su tenedor y su derecho de hermana mayor todo lo que le dé la gana. No quiero su estupefacción («¿QUÉ?… ¿ESE Ben Whyte?»), y mucho menos su solicitud de manta eléctrica mal regulada.

No quiero que me arropen.

Quiero que me dejen pudrirme delante de mi bandeja de entrada, tan vacía como mi cama. Sin noticias desde que le envié el mensaje a Martin, ese batiburrillo de excusas y emociones demasiado desnudas para ser enviadas al frente.

Quiero que me dejen con mis pesadillas, mis remordimientos, mis cigarrillos y mis insomnios, con el culo frío sobre las baldosas del cuarto de baño, la frente pegada al lavabo, al borde de la papelera, en posición de desecho.

Quiero a Ben.

Fue a su maldita fiesta de *Star Wars*. Con Elzy, «la estrella fugaz». Así que al menos no se salió del tema.

Rebusqué en cada rincón de internet, en todos los sitios de cotilleo del planeta. Busqué algún signo en su rostro, alguna señal de angustia, un indicio. Algo. Lo que fuera. Pero nada. No reconozco al hombre que posa bajo los *flashes*. Radiante y frío. En plena forma.

En la estación de Lyon, justo antes de subirse al TAV, Charlotte hace un último intento:

—¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—Déjate de adivinanzas. No soy tonta. Sé reconocer el mal de amores. ¿Por qué no me cuentas nada? Normalmente…

Nada es como normalmente, hermanita.

—Está casado, ¿verdad?

Sí. «Con el mundo entero», como dice Jean.

—No…, no es él… Soy yo, fue culpa mía. Le hice daño.

—¿Lo engañaste?

Eso me arranca una sonrisa.

—No como tú crees. Anda, Charlotte, déjalo. De todas formas, se acabó.

Se acabó.

Ciento veinte mil euros.

No puedo apartar los ojos del pósit pegado sobre el contrato: una docena de páginas de pura violencia, en formato A4, impresas y grapadas. Frente a mí, el panorama no es mucho mejor. Norma la Lamprea insistió en venir personalmente a pagarme con la misma moneda su humillación pública en Florencia.

Me citó en Angelina, el elegante salón de té rococó de la calle Rivoli, a pocos metros del hotel Meurice, donde entrevisté a Ben por primera vez. Me pregunto cómo he podido aceptar esta convocatoria, rodeada de turistas y merengues. Debo de haberme sentido importante, contra todo sentido común.

Esperaba una respuesta y la recibí. En plena cara.

Ciento veinte mil euros.

Está escrito negro sobre amarillo, con todos esos ceros puestos en fila para insultarme.

Ben Whyte me da pasaporte a través de un despacho de abogados. Collins, Webber & Abrahmson, con sede en Nueva York y sucursales en todo el mundo.

«Las partes concernidas se comprometen a no divulgar ningún tipo de información, testimonio o prueba material relativa a la totalidad de sus intercambios privados…».

Mientras leo esta lacerante cumbre de romanticismo, Norma saborea su té a sorbitos, lo que produce ligeros ruidos de succión en la porcelana, la banda sonora de un desatascador de retretes. Ni siquiera parece particularmente satisfecha.

Página tras página, constato que «las partes concernidas» soy principalmente yo. «Yo» reconozco y comprendo el presente

documento. «Yo» juro no volver a intentar contactar con el «cliente», por ningún medio (¿el código morse cuenta?).

«Yo» soy conminada a desaparecer.

Firmar y rubricar.

Y, de propina, el premio gordo. Tras la carta de despido, las indemnizaciones. Después de las plumas y el alquitrán, un tiro en la cabeza.

Bang Bang.

Norma da unos toquecitos en el pósit: «A cambio de su discreción, hemos previsto una compensación. Es una oferta generosa. Muy superior a lo que podría sacarle a la prensa o a un editor».

Chupi canela.

«Obviamente, necesitaré sus datos bancarios».

Obviamente.

Gracias a Ben, descubro el poder inusitado de una emoción completamente nueva. Un superpoder.

La rabia.

En el momento, sienta de maravilla. Tal vez no sea eficaz contra el dolor, pero pulveriza hasta los restos de culpabilidad más incrustados. Esta vez, no hay lágrimas que contener. Estoy muy ocupada considerando si clavarle mi cucharilla en el ojo a esa mujer o vomitarle encima, al estilo Linda Blair en *El exorcista*. Tentador, pero técnicamente complicado, sin la ayuda de una entidad demoníaca o, en su defecto, tres litros de pipermín. Así que opto por una sonrisa. «Dígale a su jefe que busque la respuesta en *Bartleby*».

I would prefer not to.

Y me como el pósit.

Bang Bang.

El primer golpe le revienta un pómulo. El segundo lo catapulta al otro lado de la habitación. Ben Whyte se deja mazar como un filete por un tipo obeso de camisa hawaiana, pero es otro esbirro —con

gafas Ray-Ban y traje gris— quien lo levanta y lo arrastra hasta colocarlo frente a Samuel L. Jackson.

El susodicho exhibe una bonita fila de tumbagas mientras se frota el mentón: «Ah, Frank, Frank… ¿Qué te había dicho? ¿Lo recuerdas?».

Con el arco superciliar hecho papilla y el ojo a la virulé, «Frank» deja escapar un gorgoteo. Una burbuja ensangrentada estalla entre sus labios.

Jackson inclina la cabeza, casi cortésmente.

—¿Cómo? No te he oído.

—Guemdefollunbez.

—Respuesta incorrecta. Tch, tch… ¿Quién te crees que eres?

Me acerco al televisor. Jean y Fatou intercambian una rápida mirada de preocupación. ¿Tienen miedo de que me lo cargue?

—No has aprendido la lección, Frank O'Brien. No tenías que haber vuelto a husmear por aquí. Como dice el sabio en El paso del dragón: *«Fuera de su hábitat, el tigre no vale más que un insecto».*

—En realidad, depende del insecto.

Todos se giran hacia Camisa Hawaiana, quien continúa, pensativo:

—Bueno, sí, jefe. Si el bicho es de tipo mortal, verdaderamente mortal, una picadura de nada y, paf, ¡hasta luego, Lucas! Yo preferiría vérmelas con un tigre.

Traje Gris frunce su narizota partida:

—¡Venga ya!, pero qué dices. Imagínate que te quedas atrapado en el retrete con un tigre. Ya te digo yo que te ibas a arrepentir, tu insecto…

—Ah, vale, ¡pues ponte tú a mear con una de esas mierdas peludas, no sé, una tarántula, por ejemplo, que se te sube a los co…!

—Las tarántulas no son insectos, ignorante, son arác…

—¡CERRAD EL PICO!

Samuel L. Jackson inspira profundamente, parpadea y vuelve a centrar su atención en Ben Whyte.

—Bien. Continuemos. Quiero verte morir, Frank O'Brien. Nunca había deseado tanto ver morir a alguien.

—Ejem… ¿Jefe?

Camisa Hawaiana levanta la mano.

—¿Ni siquiera a Tony el Descuartizador?

¡BANG!

Samuel L. Jackson acaba de dispararle a Ben Whyte en la rodilla.

—¿Ves lo que acabo de hacer por tu culpa, animal de bellota? Deja de distraerme. Por poco me lo cargo antes de tiempo. Pásame el cuchillo…

Y, entonces, todo se apaga.

Fatou no suelta el mando a distancia. Lo agarra con determinación.

—Querías un Tarantino, vemos un Tarantino. Querías *Bye Bye Bitches,* con Ben Whyte, pues vemos *Bye Bye Bitches*. Pensé: va a llorar otra vez, pero bueno, vale, qué se le va a hacer. Pero verte babear a dos centímetros de la pantalla mientras lo degüellan como a un cerdo… No, gracias. Por ahí no paso. Es demasiado espeluznante.

¿Por qué? Solo soy como Samuel L. Jackson. Nunca había deseado tanto ver morir a alguien.

27
El club de la lucha

Festival de Cannes, 24 de mayo, 22:30 h. Quedan dos días para la clausura. Dos días con sus dos noches.

La de hoy ha caído durante la proyección. El aire huele a quemado, a parrillada, a sal y a flores. La sala Debussy, reservada para la prensa, acaba de vaciarse de público. Más de un millar de acreditados invade la calzada cerrada al tráfico, ocupa las medianas, las aceras y las terrazas. Una manifestación de cinéfilos, nunca de acuerdo en ningún lema, en ninguna filiación.

«Qué quieres que te diga, es una peli-perra».

El tipo debe de haber empollado la parida durante toda la proyección. Dos horas y cuarenta y cinco minutos exprimiéndose las meninges. Pero ¿qué es exactamente «una peli-perra»? ¿Un largometraje que mea contra las farolas apagadas de nuestras conciencias en crisis?

Guárdate tus comentarios sarcásticos, bonita. Nadie te escucha. Es un grupito de siete u ocho críticos, de cháchara frente al Palacio de Festivales. Egos masculinos, exclusivamente, todos muy ocupados en ver quién mea más lejos. Haría falta un pie de cabra para entrar en esa camarilla.

«Yo aún diría más…: ¡es Buñuel a cuatro patas!».

Ja, ja, ja.

Un *boy's club* de clones. Idénticas camisas de lino de coqueto efecto arrugado. Idénticas gafas de pasta, idénticos bolsos en bandolera… Y, sobre todo, idénticas acreditaciones con distintivo blanco y rosa. Pases prioritarios. Los de los traseros de élite, que se sientan en las salas antes que nadie. En Cannes, todo es cuestión de

jerarquía. De exclusión. Todo el mundo es un paria para alguien. A menos que seas Isabelle Huppert, claro. O Brad Pitt.

O…

Deja de pensar en Ese Gilipollas.

Aquí es peor que en París. Está en todas partes. No en persona, gracias a Dios. Debe de estar terminando su rodaje en Malta, en Tailandia… o alrededor de Neptuno, por lo que a mí respecta.

No hago más que ver su fantasma, en cada grupo de papanatas, en cada coche negro con cristales tintados, en cada hotel, detrás de cada palmera.

Por su culpa, incluso la cagué en mi entrevista de esta mañana con Gael García Bernal, un actor y cineasta mexicano, con una paciencia a prueba de bomba, capaz de observar el crecimiento de las calabazas. La prueba: el pobre hombre perdió diez minutos de su vida frente a una auténtica cucurbitácea. Diez minutos de balbuceos, mientras ahogaba todas mis preguntas en sus ojos verdes. Sí. El mismo puñetero color. Clavadito.

Desde entonces, he corrido tanto de una proyección a otra que ni siquiera he tenido tiempo de sentir vergüenza. Cannes es ya un maratón para los atletas del trabajo bien hecho, dopados de ambición y verduras ecológicas. Pero, cuando estás subalimentada, enferma de amargura y de ausencias, es una sucursal del infierno.

Y la cosa no mejora después del crepúsculo. He olvidado mi chaqueta. Tengo frío. Me duelen los ojos. En mis sandalias nuevas, las ampollas se cocinan a fuego lento. Ya ni siquiera encuentro el valor para volver al hotel. Antes que rumiar sola en mi cuartucho con vistas al patio de la basura (olores variados opcionales), prefiero acoplarme a la pandilla de húsares de la prensa parisina, los cuales, inasequibles al desaliento, siguen anclados a la acera y ahora mismo están en pleno ataque de nostalgia: «¿Te acuerdas en 2012, cuando acabamos, con Benjamin Biolay y miss Costa Azul, en aquel bar de putas de La Bocca?».

Paren el mundo, que me bajo.

A no ser que…

Releo el mensaje de texto de mi colega de *L'Œil,* mi compañero en este campamento de *scouts* en Cannes. Julien Maillol, alias Yuju Milmañas: «¡¡Tengo DOS invitaciones para LA fiesta!! ¿Vienes?».

Cannes, festival internacional del champán gratis. Durante diez días, en las playas y en los yates, en los clubes, en las suites, en todas partes, Cannes es la capital de las fiestas. Nos pirramos por las fiestas. Incluso los más sobrios venderían su pase de prensa por el más humilde guateque con cacahuetes. Aquí, colarse es un deporte de combate. Y Julien acaba de colgarse la medalla de oro: la fiesta más inaccesible del año, en una villa en lo alto de Cannes, en honor a la única película hollywoodiense en competición. Con el cineasta Steven Soderbergh y la flor y nata del elenco de actores… —Adam Driver, Emma Watson— y litros de champán.

Litros de olvido.

LA fiesta.

Sello mi destino con una fila de emojis entusiastas.

La piscina, una habichuela semiolímpica, está iluminada desde dentro. Rosa, azul, rosa, verde, en sincronía con los cientos de bombillas colgadas de los árboles. Agua, olivos en bancales… Como aquella noche, en la Toscana, cuando la luz se encendió entre nosotros…

… antes de apagarse como una luciérnaga aplastada. Así que cállate y bebe.

Nunca había visto tanta barra libre en un solo lugar. No es un jardín, es un abrevadero gigante, donde se han dado cita todos los gorrones del planeta. Me paseo de copa en copa, riéndome sola. Perdí a Julien en el bullicio en cuanto bajamos de la lanzadera. Sí, la lanzadera. Aquí se compadecen de los invitados indigentes que ni siquiera pueden permitirse un chófer particular. Nos transportaron en grupo hasta esta villa con vistas al mar, encaramada en el Quinto Pino del Festival. Todo esto para darse un gran baño de yanquis, que gesticulan y berrean para oírse bajo una música atronadora, al borde de la *dance floor*.

La *dance floor* no está nada mal. Es una gran tarima de madera al aire libre, rodeada de palmeras en macetas gigantes y antorchas encendidas. ¿Habrán planeado una ceremonia pagana? ¿Vamos a sacrificar uros? «Damas y caballeros. Gracias por apagar sus móviles. Adam Driver está a punto de iniciar el ritual. ¡Gloria a Cthulhu!».

Y, por cierto, ¿dónde está? Me refiero a Adam Driver, no a Cthulhu. Volavérunt. He oído a alguien explicarlo hace un rato: incluso aquí las estrellas se protegen. La sección VIP está en el piso superior, con su terraza con vistas a los bailones, los árboles y el panorama de luces titilantes. Alzo la vista hacia la balaustrada de ese olimpo local, pero no distingo más que luces trémulas y siluetas vagas. Me la refanfinfla. Que los dioses del balcón se vayan a freír buñuelos.

Alguien me agarra por el hombro. Me giro hacia una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh, caramba, pero si… ¡Lancelot Duvernet!

—Oh, caramba, pero si… ¡Marianne Corvo!

Risas juguetonas.

Lancelot curra en el magacín *Urban Choc,* nuestro competidor directo. El *non plus ultra* de lo *cool,* la guinda ácida de un pastel de arrogancia compacta.

Y eso se contagia a los empleados.

Al menos hasta donde yo sé. Solo me cruzo con Lancelot —sus aforismos pretenciosos y sus poses de dandi— en el festival. Y no será esta noche, en medio de este guirigay, cuando por fin vaya a conocer sus pensamientos más profundos. Aunque me está hablando tan cerca que parece a punto de comerme la oreja, es totalmente incomprensible.

Y me gusta.

Lo mío con Lancelot es una especie de tradición: nos encontramos, tonteamos una o dos noches y nunca llegamos a nada. Nada, en todo caso, que no sean ingentes cantidades de alcohol. Está como un queso y lo sabe. Esbelto, fibroso, de rostro

afilado, nariz aguileña, rizos negros. Pintiparado para la portada de un disco de rock alternativo.

O para mi cama.

Con su modesta colaboración, quizá pueda abordar por fin el proceso de desintoxicación.

Lo arrastro hacia la pista, se deja llevar, nos lanzamos al popurrí pop. Todas las chorradas que Ben detesta, una tras otra. Maravilloso. Celebro el ultraje saltando como una rana al ritmo de David Guetta.

Yo agarro a Lancelot por la camiseta, chocamos los hombros, él me agarra las caderas, siento cómo se sube un poco el fino algodón de mi vestido. Esta terapia va por buen camino.

De repente, la lista de reproducción se desboca.

Apagado de luces. *Flashes* estroboscópicos. Me sé de memoria esta vieja intro. Llega como una tormenta. Como una revolución.

Rage Against the Machine.

La pista enloquece, yo también.

Killing in the Name.

Voy hacia delante, hacia atrás, dentro de una manada de autómatas salvajes.

Blanco, negro, blanco.

Rage. Rabia.

Vuelvo a encajarme en Lancelot, prácticamente bailo a horcajadas sobre su muslo…

Y, de repente, algo lo arranca de mi lado.

Parece como si acabara de atropellarlo un tren.

Montaje epiléptico. Fragmentos de imágenes. La multitud se abre. Gente corriendo. Gente apartándose. La música ruge.

Negro, blanco.

Rage. Rabia.

Un energúmeno ha agarrado a Lancelot por el cuello. Lancelot sangra por la nariz. Lancelot cae de rodillas. El otro se abalanza sobre él. Instantánea de su puño en alto. La gente se agita alrededor, separan, sujetan.

El tipo se incorpora. Se sacude con brusquedad, con el esmoquin torcido. Desaparece, aparece, desaparece. Se gira hacia mí, desgarrado por las sombras eléctricas.

Ben Whyte.

Ben *Fucking* Whyte.

Los ojos son como cuévanos, el rostro es una máscara de guerra. La basca ha sacado los móviles. Lo graban todo.

Cabrón.

Si da un paso más, me muero. Si da un paso más…

… le estampo mi puño en la cara.

No una simple bofetada, no. Ni un sopapo. Un puñetazo en toda regla. Lo suficiente para que me crujan los nudillos. Y para desencajarle la mandíbula.

«MOTHERFUCKER!», brama el sistema de sonido a modo de conclusión.

Pies para qué os quiero.

Ni loca espero yo a la próxima lanzadera. He perdido demasiado tiempo. He tenido que abrirme paso a contracorriente hasta el guardarropa, entre la marea de cuerpos sudorosos y móviles voraces, sin mirar a nadie.

Tras unas cuantas zancadas, la calle está desierta. Bajo a toda velocidad por una pendiente oscura y sinuosa, bordeada de buganvillas, rejas altivas y fortalezas llenas de plutócratas dormidos. Mi respiración rasga el silencio al ritmo de mis pasos.

Le he dado un golpe tan fuerte que mis dedos todavía lo recuerdan. El impacto late aún, me hace casi tanto daño como estas malditas ampollas. Me quito las sandalias sobre la marcha, saltando, cojeando, sin detenerme.

Descalza, corro más rápido, aunque no mejor. Tengo que llamar a un taxi… ¿Cómo estará Lancelot? ¿Está herido el pobre? Ni siquiera lo comprobé. Lo dejé tirado como un trapo.

Parada técnica en un murete, con el trasero entre agujas de pino, cargada hasta el cuello con el bolso, las sandalias, el móvil… Ningún

vehículo disponible en la zona. Que viene a ser lo mismo que si en mi pantalla apareciese un «allá te las compongas» en letras góticas.

Finalmente, me echo a llorar.

Esta calle es interminable y no tengo ni idea del viacrucis que me separa de mi cama. Y ya puedo darme con un canto en los dientes si no me pierdo.

Ruidos de motor, música a toda pastilla. *Bad Romance,* la banda sonora perfecta para la ocasión.

El 4×4 se detiene a mi altura. Son cinco los que van apretujados allí dentro. Apenas lo suficientemente mayores como para poder empinar el codo legalmente.

«¡Eh, zeñorrita!».

Íncolas. Acento muy marcado, potente olor a marihuana que emana de las ventanillas abiertas.

«¿La llevamos al centro?».

Y toda la parafernalia. Besos ruidosos, gruñidos de animales en celo. Muy tentador, en efecto. Como para confirmar que, cuando las cosas van mal, siempre pueden ir a peor. Trato de ser educada. No hay que provocar a la bestia de cinco cabezas. Les digo que no, de verdad, muchas gracias, y me pongo en marcha de nuevo, con la mirada fija en el suelo.

El coche avanza al paso, a mi lado: «¡Oh, pero estás llorando! ¡Eh, bro, está llorando! Anda, sube que te consolamos…».

Nadie a la vista, ni piante ni mamante, salvo los cinco mastuerzos.

«¿Cómo te llamas, ricura? ¡Vaya! ¿No contestas cuando te hablan?».

En la escala de las pesadillas, la situación acaba de subir tres barrotes. Los Mamoncetes Motorizados huelen el miedo a la legua: «¡Aquí mi colega dice que tienes un culo precioso!».

Al parecer, es hilarante.

«Eh, zorra, ¿no me oyes?».

Bien. El muro a mi derecha. Los zopencos a mi izquierda. ¿Cuál era el número de la policía? ¿El 15? No, ese es el de emergencias

médicas. ¿El 17? ¿El 18? Estoy considerando seriamente pelearme por segunda vez esta noche cuando otro vehículo, negro y brillante, aparece a toda pastilla y frena en seco justo detrás del primero. Chirrido de frenos, parachoques contra parachoques. ¡Uf! ¡Qué alivio! A menos, claro, que Gran Cilindrada número dos esté lleno de caníbales.

A estas alturas todo es posible.

Basta un largo bocinazo para ahuyentar a mis acosadores, que se largan en un concierto de bajos atronadores y floridos insultos. Vuelve a reinar el silencio y hago todo lo posible por ignorar que mi supuesto salvador, oculto tras sus ventanillas tintadas, también se ha quedado a mi altura.

Genial. Todo un éxito.

La portezuela se abre de golpe, bloqueándome el paso. Ben Whyte se asoma por encima del asiento vacío del copiloto.

«Sube».

Ha llamado a casa de Marianne Corvo. Todas nuestras facultades mentales están ocupadas. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde.

«¡SUBE!».

Pero ¿qué…?

Y el aire empieza a rugir.

Motos. Muchas motos.

Todavía están en lo alto de la pendiente, pero sus faros ya nos deslumbran. Los *paparazzi*. Y pensar que hace un rato esta calle me parecía demasiado vacía.

Tengo ya medio cuerpo dentro del coche cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Y de que él arranca a toda velocidad. Una de mis sandalias, presintiendo el peligro, sale volando hacia la carretera. Me pregunto si los *paparazzi* la recogerán y se la probarán a todas las periodistas de Cannes hasta encontrarme.

Mientras tanto, Cenicienta se aferra a la puerta y casi se queda KO al cerrarla de golpe. En la primera curva, me veo catapultada contra el codo de mi chófer, que cambia de marcha con destreza de especialista.

Pierdo el uso de la palabra. Me limito a buscar aire y gracias. Si fuéramos en moto, como los tipos que nos persiguen, estaría tragándome todos los mosquitos de la provincia.

En el salpicadero, las cifras luminosas se disparan. En el primer cruce ya ha pulverizado el código de circulación. Detrás, los parásitos no se rinden. En la vía de circunvalación, que sirve de bulevar periférico a la ciudad, superamos los 120 km/h. En la rampa de acceso a la autopista A8, acometemos los 200.

Nos vamos a matar. Vamos a morir por culpa de la prensa sensacionalista, como unos gilipollas. Como la princesa Diana y su amante… ¿Cómo se llamaba?

Ah, sí. Dodi al-Fayed.

Voy a morir y mi último pensamiento será: «Dodi al-Fayed». Lamentable.

—¿Adónde vamos?

No hubo respuesta, salvo un juramento ahogado dirigido al parabrisas.

Si salgo de esta, destriparé a este lunático, que se cree que es el único mortal a bordo. Pálido, con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula tensa, su mirada oscila como un metrónomo entre el espejo retrovisor y la carretera. Acabamos de pasar de largo la salida 48 (Vence-Cagnes-sur-Mer) y sigo sin entender qué hago en este coche.

—¿Y desde cuándo les intereso yo a los *paparazzi*?

Lo pienso en voz alta, tres octavas por encima del nivel del sarcasmo y el resentimiento.

—Desde que te crees Mike Tyson.

Oh, su Inefable Supereminencia ha hablado.

—¿Yo? ¿Estás de coña? ¿Quién empezó primero?

Lo sé. La capacidad de réplica de un alumno de cuarto de primaria.

—Quiero bajarme. Para en la siguiente salida.

—No. Si te dejo aquí sola, se ensañarán contigo.

Yo flipo.

—¿Tengo que darte las gracias encima? Vete a la mierda.

Un brusco volantazo con adelantamiento temerario a una furgoneta que iba a paso de tortuga sirve para recordarme, al ser proyectada contra la guantera, que he olvidado abrocharme el cinturón de seguridad.

—¿Es tu novio?

—¿Perdona?

—El imbécil de la fiesta. ¿Es tu novio?

Que alguien me haga el favor de pellizcarme con unas tenazas oxidadas hasta que sangre.

—¿Quién, Lancelot?

—¿Ese *hipster* de mierda se llama Lancelot?

—No, se llama «métete la lengua por donde te quepa».

—Ah, le queda mucho mejor.

—Espero que te denuncie.

Mi deseo se ve recompensado con la primera mirada desde que me subí a esta montaña rusa infernal.

—¡Ah! ¡Denuncias a mí!

Nos acercamos a Niza. En el último momento, el coche gira bruscamente en dirección a Italia. Nuevo acelerón y mi frente casi se estrella contra el salpicadero. Las motos se tumban cambiando el centro de gravedad y siguen sin esfuerzo.

La cagaste, Burt Lancaster.

Un muro de cabinas luminosas y de barreras se alza frente a nosotros.

Peaje. Ratonera. Contrariado y forzado, Burt, o sea, Ben, reduce la velocidad mientras yo hurgo en mi bolso en busca de algo para pagar. Mi Visa. Monedas sueltas. Porque me sorprendería que él tuviera algo en los bolsillos. Me hago un lío con las manos y las monedas se desparraman entre mis pies, entre mis piernas, detrás del freno de mano.

Empiezo a recogerlas mientras él se contorsiona en su asiento. Se quita la chaqueta como si le hubiese picado una avispa y su brazo me golpea en el proceso. No hay tiempo para preguntarme qué está

haciendo, ya tenemos las motos encima. Una mano implacable me cae sobre la nuca, obligándome a agacharme, y la chaqueta me tapa la cabeza. Justo antes del diluvio de *flashes*.

Incluso bajo la tela opaca del esmoquin parece un linchamiento. Puedo oírlos rodeándonos. Empujones, arañazos, gritos. Urgentes, brutales, codiciosos… «¡BEN, mira aquí! ¡AQUÍ! ¡BEN!».

Silencio sepulcral en el habitáculo.

Y arrancamos de nuevo, quemando llanta. Espero el impacto de las barreras contra la carrocería, como en las películas. Pero no. Pasamos*. La carrera de la muerte,* segunda etapa, hacia la Moyenne Corniche. Una carretera estrecha, excavada al borde de la roca. Del mar. Del vacío.

La jauría sigue pegada a nosotros.

El ensañamiento de esta gente no tiene parangón. A su lado, los villanos de *Mad Max* son unos pelagatos puestos de Prozac.

El coche roza el quitamiedos, la vista se acerca peligrosamente: abruptas montañas negras se precipitan en la espuma centelleante de la costa y los rascacielos de Montecarlo irrumpen de repente en las tinieblas. Un trampantojo absurdo, vanidoso y deslumbrante.

Más o menos como Ben.

Miro las venas de su mano, crispada sobre el volante. Su camisa blanca, casi tan tensa como él. La punta del cuello, roto a la altura de la nuez de Adán. El labio inferior, ligeramente partido. ¿Eso se lo hice yo? Mi sortija, me imagino. Me alegro. Le está bien empleado. Me apetece lamer ese rasguño minúsculo, hincarle ahí los dientes, morderlo, chupar la sangre. Al deseo le importan un bledo las circunstancias. No le hace ascos a nada.

Un bandazo brutal me devuelve a la realidad. Dios mío, acabamos de cruzar la frontera italiana.

—Joder, prefiero a los *paparazzi*… ¿Hasta dónde…?, pero… ¡FRENA!

—No.

—¡No quiero MORIR contigo, pedazo de ANORMAL!

El fugaz reflejo de un semáforo en rojo le incendia las pupilas y da un violento volantazo hacia la izquierda. El coche cabecea, ruge, yo también. Se balancea de un lado a otro, queda un instante suspendido sobre dos ruedas, duda —¿vuelco o no vuelco?— y aterriza pesadamente en una carretera perpendicular. Corremos a toda velocidad entre invernaderos y pueblos, al azar, hacia las montañas.

Las motos, por su parte, siguen recto.

Varados al final de un senderuelo de tierra sin salida, en un secarral de las quimbambas. En medio del inmenso Quién sabe Dónde.

Apaga el motor y nos sumimos en la oscuridad.

—Ben, ¿qué haces?

—No lo sé.

—¿Por qué nos paramos aquí?

—No lo sé.

—Eso es lo que pasa, que no sabes nada. Aparte de sacudir a todo bicho viviente, como un…

—¿«Cretino patético»? Venga, dilo. No te cortaste al escribirlo.

—Mierda…

—Lo mismo digo.

—No quiero volver a verte nunca más.

—No te preocupes, yo tampoco.

—Perfecto. Así que arranca y acabemos esto de una vez.

—¿Te importa? Tengo gente a la que avisar.

Y pasar de mí, concentrado en el rectángulo luminoso de su teléfono móvil.

—¿A quién llamas? ¿A emergencias? ¿Al Air Force One? ¿Al Gobierno italiano? ¿A tu manicura? A lo mejor te has roto una uña al pegarle a Lan…

—Estoy tratando de minimizar daños. Para salvar tu bonito culo de mentirosa. Porque estamos de mierda hasta el cuello, Marianne. *King size*.

—Pero…

—Nuestra bonita función en la fiesta ya está dando la vuelta al mundo. Adiós al anonimato. Saluda a los chinos. Qué ironía, ¿no? Publicidad sin polvo. Justo lo contrario de lo que querías.

—¿Y de quién es la culpa? ¿Soy yo quien se metió una sobredosis de testosterona allí abajo, pedazo de machirulo degenerado? ¿Con qué derecho…?

—Con ninguno, joder. Pero… me chupo un viaje para una noche…, ¡solo una noche, por Dios!, y resulta que te encuentro restregándote con ese Galván, como… Y me… me…

—Lancelot, no Galván. Y yo me «restriego» con quien me da la gana, como si me paso por la piedra a toda la Mesa Redonda si me…

—*Fuck!*

Respiraciones entrecortadas, rápidas, irregulares. Hay que ver lo mucho que se parece la banda sonora de la cólera a la del amor.

—¿Y qué coño hacías allí, Marianne?

—Yo…

—¿Quién te invitó?

Calma, Toutoune. Cuenta hasta diez. Piensa en cosas agradables. Hundirle los pulgares en las órbitas, por ejemplo.

—Eso no es asunto suyo, señor mío.

—Pues haberlo pensado antes, «señora mía». Porque ahora es asunto de todo el mundo.

—Pero yo…, tú…, si lo hubiera sabido, habría emigrado a GROENLANDIA para estar segura de no encontrarte, gilipollas… Menudo… cerdo…

Demasiadas injurias a la vez, hay un atasco.

Me largo del coche tan digna que me caigo de bruces con todo el equipo al suelo de guijarros. No es para tanto. Es más, ni siquiera me duele. La rabia es un poderoso anestésico, me empuja y me arrastra a ciegas, en medio de una maraña de hierbajos, altos, rígidos y pringosos, que se enganchan en mi vestido y me azotan las pantorrillas.

Los faros se encienden y la escena cobra vida: un trozo de cerca forestal oxidada, detrás de unas ramas de coníferas y un viejo

neumático abandonado.

Hemos aparcado en *Twin Peaks*.

Más allá, solo está el lindero de un bosquecillo, un agujero negro insidiosamente arrullado por el estridular de los grillos. Adentrarme allí me apetece tanto como organizar un pícnic de brochetas en casa de Vlad el Empalador y, aun así, prefiero esa perspectiva antes que volverme atrás. Hace frío, huele a savia y a humus. Al internarme entre los árboles, empiezo a darme cuenta de lo estúpidamente absurda que es esta huida hacia delante. Pero lo que me frena en seco, unos diez pasos más lejos, es el encuentro fortuito y entusiasta de mi dedo descalzo con una robusta raíz rastrera.

Derrotada, de rodillas bajo los árboles, a las dos de la madrugada.

Se ruega encarecidamente, a la deidad majareta que se ha apoderado de la realidad, tenga a bien devolverla a su lugar, si es posible en el estado en que la encontró.

Oigo a Ben acercarse antes de distinguir la mancha blanca de su camisa y la de su rostro, casi igual de pálido. Un fantasma altivo, envuelto en la noche:

—Levántate. Te llevo de vuelta.

—No.

—¿«No»? ¿Piensas dormir aquí? ¿Volver a pie? ¿Solo con una sandalia?

—No te necesito. Lárgate.

Su Malevolencia se queda boquiabierta, pero no por mucho tiempo.

—OK. Tú misma. Tienes razón, a mí qué coño me importa. No es asunto mío.

Hace amago de alejarse hacia los faros, antes de volver e inclinarse hacia mí.

—Después de lo que me hiciste…

—¿Qué te hice? ¿Tres comentarios triviales en un periódico?

—Confiaba en ti. Joder, por una vez que… Y me escupiste en la cara. Me humillaste.

Eso me pone en pie de nuevo, sin necesidad de las manos.

—Hablando de humillación, ¿qué tal tus abogados? ¿Preparando otra pequeña transferencia para tu próximo consolador desechable?

—Guárdate tu ironía de mierda. Ya he pagado lo mío.

Esta vez mi puño no alcanza su rostro, lo detiene con la palma de la mano. Sus dedos tiemblan mientras se cierran alrededor de los míos.

—*Fuck you,* Marianne Corvo.

—*Fuck you more,* Ben Whyte.

Alrededor todo calla. Hasta los grillos ponen punto en boca.

Y entonces es la hecatombe.

No nos besamos, nos vandalizamos. Nos derrumbamos, rodamos el uno sobre el otro por el suelo. Francachela en la tierra y la hojarasca. Yo empujo mis caderas contra las suyas, él enrolla mi vestido, lo bloquea entre mis senos, yo le levanto la camisa… Y nuestras pieles se reconocen.

Un instante de asombro en lo infinitamente suave.

—Ben…, espera…, acuérdate…

—¿Qué? ¿Que me acuerde de qué?

Susurros roncos.

—De que esto no cambia nada.

—No, Peter. Nada de nada.

El regreso es caótico, paradas, besos, ramitas prendidas en la ropa, rumbo al asiento trasero del coche. Él se estira para encender la luz del techo, la claridad repentina me deslumbra, amarilla y fría. Parpadeo, me froto los ojos y, cuando los abro de nuevo, me está contemplando.

Sobrecogido de repente, sentado muy recto contra el respaldo. Solo se mueven sus ojos, alerta, mientras le paso una pierna por encima, me subo el vestido y lo saco por la cabeza. Como si estuviera esperando su turno en un baile triste.

Entonces lo saco a bailar.

28
Réquiem por un sueño

En la radio suena un viejo *slow* rasposo. Un jarabe de testosterona como solo los italianos producían a hectolitros en la época en que los hombres llevaban bigote, cadenas de oro y ni gota de desodorante. Revuelvo los posos de mi taza, atrapada a mi pesar. Toda esa pasión rancia inunda la taberna, posándose sobre Ben como un filtro de película.

Lo vuelve borroso. Me erosiona los ojos.

Somos los únicos clientes de La Casa del Tifoso. La Casa del Hincha, en singular. Muy atinado. No cabrían muchos más en estos pocos metros cuadrados impregnados de olores, como el del café recién hecho y un tufillo de iglesia, salitre y cera solidificada. Tres mesas de formica roja de época indeterminada, un mostrador con vitrina lleno de paninis de vientres blancos, acechados por una avanzadilla de moscas madrugadoras. Detrás de esa barra, un anciano de una delgadez trágica atiende sus asuntos. Cuando nos sentamos, se acerca con pasos vacilantes, como si empujara un andador invisible. Instintivamente, Ben tuerce la cara, pero el vejete no lo reconoce. Ningún brillo de interés en ese rostro alargado, de Fred Astaire tuneado por Edvard Munch. Ni siquiera estaba segura de que hubiese entendido lo que pedimos, hasta que nos trajo los dos expresos humeantes.

El pueblo se llama Dolceaqua, Agua Dulce, seguramemente por las largas y perezosas charcas en el lecho pedregoso del río que lo divide en dos. En una orilla, unas cuantas calles de aceras escuetas y fachadas amarillentas. En la otra ribera, un pueblo medieval que trepa por la montaña hasta un castillo en ruinas. La Casa del Tifoso

está encajada al pie del burgo, en el casco viejo. Hace un rato, Ben abandonó la carretera sin previo aviso y aparcó justo enfrente. Con la cabeza gacha y el pelo de punta en la coronilla como un niño recién despertado. Una mano en el volante y la otra todavía en la palanca de cambios.

«Necesito un café».

Un respiro negro, sin azúcar, antes del fin del mundo.

Porque eso es exactamente lo que me ha augurado. Los cuatro jinetes del apocalipsis de la prensa rosa: escándalo, difamación, persecución y Photoshop. O, en sus propias palabras, *«a hell of a mess».*

Un desastre de padre y señor mío.

Me gustaría volver a ese coche, esconderme en la vasta noche palpitante de su pecho. Besar de nuevo la boca que he herido. Seguir haciendo el amor y olvidarme de todo lo demás. Al diablo con la incomodidad, con el empalagoso olor a cuero nuevo y con todas las consecuencias. No sufrir jamás. Solo hacer relinchar a los caballos del placer, como cantaba Bashung, que sabía de pulsiones errantes en los asientos traseros de las berlinas.

Después de la primera vez, no hablamos en absoluto. Estábamos demasiado aturdidos, demasiado ebrios. Con demasiadas ganas de repetir. Después de la segunda vez, nos limitamos a respirar el uno a través del otro. Durante mucho tiempo. Nada se movió, salvo su pulgar, recorriendo una a una mis costillas.

—Has adelgazado…

No pude evitar la risa, con un deje de amargura.

—… ¿por mi culpa?

No, imbécil. Gracias al *aquagym* y la oración.

—*Honey*…

Y una cucharadita de miel, para endulzarme. Su enorme mano me cubrió toda la cabeza y se perdió entre mi pelo.

—Yo también, sabes, yo… yo estaba fatal.

—¿Ah, sí?, ¿no me digas? ¿Antes o después de llamar a los abogados?

Del arte de echar un jarro de agua fría. En dos tiempos y tres deslizamientos, ya estaba dándome la espalda para fumar un cigarrillo, con la puerta abierta al *nubah* de grillos.

—¿Cuál es tu problema, Marianne?

—¿Mi problema? ¿En serio me lo preguntas? Puede que estés acostumbrado a tratar a la gente como basura, pero yo…

—Tú te acuestas con tipos a los que desprecias.

—¡Por el amor de Dios! Lo que escribo no tiene nada que ver con… Soy crítica de cine, Ben. Sabes de lo que hablo, ¿no? A veces no me gusta lo que veo. Sí, incluso cuando actúas tú en la película. Y tú te estrellas como todo el mundo. ¿Tus lacayos tienen demasiado miedo de tu estúpido ego para decírtelo? Además, ni siquiera nos conocíamos en la época de…

—*¿Z-End?* ¡Venga ya! Si acababa de salir de tu casa, literalmente… ¿Sabes lo que hice cuando me enseñaron tus artículos? Pedí otra traducción. Porque no me lo podía creer. Si supieras… Joder. Ni siquiera sé por qué me esfuerzo. ¿Dónde demonios he dejado mi ropa?

Una pausa tensa, escuchando a la Orquesta Internacional de los Insectos Nocturnos que se encargaba de la banda sonora.

—Espera…

—¿Para qué? ¿Para oírte repetir que mi trabajo es una mierda?

—¡Nunca he dicho eso! Yo…

—Y luego no te atrevas a hablarme de ego. ¿Sabes por qué me dedico a este oficio, Marianne? Porque antes no servía para nada. Un error. Una vida de sobra. ¿Qué se hace con una vida de sobra? Te deshaces de ella. Créeme, lo pensé muchas veces. Y entonces encontré este… compromiso. Mi piel. La alquilo. Hay gente que paga mucho dinero para que yo haga mutis por el foro y que ellos entren en escena y ocupen ese lugar. Es… menos definitivo, como dijiste una vez. ¿Te acuerdas cuando me preguntaste por qué me moría siempre en las películas? Creí que por una vez alguien lo había entendido. ¡Qué imbécil!

Ese timbre de voz de fumador, amortiguado, oxidado. Esa famosa voz que, de repente, ya no pertenecía a todo el mundo. Ya no. Allí, en la oscuridad, me golpeó como un rayo.

—¿Y tú por qué crees saber lo que pienso? La primera vez que te vi en una película fue en *White Trash;* tenía quince años y me cambió la vida. Me hiciste adicta al cine, Ben. Tu rostro, tu nombre, tu carne, todo se incrustó en mí. Fue casi aterrador. Volví a casa como una sonámbula. No pude hacer los deberes. No pude hacer nada de nada. Solo quedarme en la cama. Esperando a que aquella fusión ardiente pasase. Deseando que durase. ¡Así que no te atrevas a hablarme de desprecio!

Habría dado lo que fuese por disolverme en el silencio mortal que siguió, mientras él se ponía los pantalones de nuevo y salía al aire fresco de la noche. Lo seguí, aterida de frío, perdida y completamente desnuda.

—Di algo.

—…

—¿Ben?

—Estoy pensando en tus críticas. Evaluando su grado de «fusión ardiente».

—Muy bien, finge que no lo entiendes…

—¿Y qué es lo que tengo que entender exactamente?

—Que yo te…, que tu talento no está en cuestión. Algunas películas, en cambio…

—Encantador. Qué adorable balance de competencias. Se lo comentaré a mi agente.

—Podrías hacer muchas más cosas…

—Ah, sí, por supuesto. Cosas. Increíble, nunca lo había pensado.

—No, pero… Humm… Más…

Es lo que tiene la improvisación.

—… buenas películas.

No podría jurarlo, pero creo que su risa malvada espantó algunos ratones de campo. En un radio de treinta kilómetros.

—¿Tienes otras ocurrencias como esa? ¿Es triste la muerte? ¿La contaminación apesta? ¿Los pelos de la nariz son feos? O quizá…

—*¡Las uvas de la ira!*

—¿Qué?

—*Las uvas de la ira*.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Es el tipo de cosas que deberías interpretar.

—Pero…

—Steinbeck.

—¿Qué pinta aquí…?

—Tu libro favorito. El papel de Tom Joad.

—Tom Joad está pillado. Lo bordó Henry Fonda. En una vieja película. Y ahora, basta de bromas. Nos vamos.

—Qué Henry Fonda ni qué… Tú, con tu presencia, tu rabia, tu pasado, tus…

—Vístete, anda. Vas a coger una pulmonía.

—¿Prefieres quedarte encasillado en James Bond?

—Marianne, al coche. Fuera bromas.

—O, peor aún, dedicarte a desmembrar catetos en cota de malla toda tu vida? ¿Con qué objetivo? ¿Disfrutar de islas aún más privadas, grifos de oro y piscinas llenas de rubias?

—¿Llenas de qué? Si ni siquiera me gustan las…

—¿Quieres envejecer rodeado de gente que te dore la…?

—¡QUE A MÍ NO ME GUSTAN LAS RUBIAS, JODER!

De repente, es como si la noche misma entrase dentro de mí, envolviéndome en su calor exasperado. Insuflándome en el rostro una oscura y repentina dulzura.

—Y a mí no me gusta… nadie más.

El día amaneció demasiado pronto. Apenas más fresco que nosotros y no más feliz de descubrir un callejón sin salida, inhóspito y tristón, cercado de chatarra abandonada y vegetación hirsuta. Todo estaba sumido en un resplandor turbio, amarillento como agua de fregar.

Ben giró sus hermosas ojeras hacia el exterior.

—¿Nos vamos a dormir?

Con las manos detrás de la nuca, una pierna doblada y la otra atravesada, ocupaba todo el asiento trasero. Los primeros rayos de sol le dibujaban tatuajes de sombras en el torso. Con las yemas de los dedos admiré esos frágiles fantasmas, ramas y ramitas. Acurrucada contra su costado, sin esbozar el menor gesto para apartarme.

—Estoy en el Eden Roc… No muy lejos de aquí, creo.

Muy práctico. Casualmente el hotel más suntuoso de toda la Costa Azul, en la punta del cabo de Antibes. La idea de colarme en ese «edén» como un sucedáneo de la serpiente bíblica me agotaba de antemano. Durante un segundo consideré sugerir mi propia suite con vistas a los cubos de basura, detrás de la estación de ferrocarril de Cannes.

Para cuando lo pensé, él ya estaba lejos.

—Y luego te llevo a Chipre.

¿QUÉ?

Me pregunté si era un episodio de amnesia o si…

—Una semanita y luego volvemos a Inglaterra para terminar la película…

¿«Volvemos»? ¿Yo también? ¿La Yoko Ono de su John Lennon? ¿La bola con pelo atada a su tobillo que se arrastra por todas partes y no sirve para nada salvo para irritar a quienes te rodean y estorbar en las esquinas?

—Después estoy libre hasta agosto. *Thank God*. Iremos adonde quieras. A mi casa, a otro sitio, lo que te apetezca. Y luego…

… cuando me dejes caer de la faz de la tierra, ¿en qué clase de vacío aterrizaré?

Mi posición, tan confortable, se volvió incómoda. Agujetas, un conato de calambre, sueño, tiritona. Acaricié el vientre firme de mi amante, mi actor, mi desastre. Su respiración venía suavemente a la palma de mi mano, como un animal confiado.

Intenté retenerlo todo. Esa desnudez imponente y tranquila. La delicada forma del ombligo. Los músculos pálidos y armoniosos. La

famosa cicatriz de la ceja. El pelo alborotado. Y el perfume del sexo, una reminiscencia salvaje y dulce que aún nos envolvía en el aire confinado.

Cada detalle. Para después.

—Entonces, Peter, ¿adónde vamos?

Derechos al abismo, amor mío.

En La Casa del Tifoso, una violenta ráfaga de anuncios publicitarios sucede a la canción y el Fred Astaire expresionista apaga la radio. Así que aquí estamos, entregados al silencio, frente a nuestros pocillos, vacíos de su néctar desde hace mucho. Ben parece más viejo y más pesado. Los ojos surcados por venas de insomnio, la mirada perdida en el aire, en un rincón del techo, en la esquina de la ventana. Parece estar buscando un lugar donde colgar su humor negro y ponerlo a secar. Si lo miro mucho rato, me parece que podría retorcerlo y sacar todo lo que se esfuerza en contener.

Interior día, ruptura, escena uno. O, mejor dicho, dos, si contamos su llamada histórica de abril pasado. *«Go to hell».*

Contamos. Claro que cuenta.

Quería que lo olvidásemos. Quería todas las gracias. La suya, la mía. La nuestra.

Quería que yo «corriese el riesgo».

Me negué. Nos condené.

El tabernero ha emprendido la tarea de fregar con lejía el suelo de su establecimiento con una fregona tan gris y cansada como él.

Fuera, el sol calienta con ganas. En la Costa Cristal mi mejilla se tuesta al sol. En la Costa Lejía, nunca he vivido nada más triste. Una despedida con olor a desinfectante. Último espectáculo: la danza vacilante de un viejísimo zancudo de superficie.

Ben, por su parte, revuelve los posos de azucarillo derretido. Me muero de ganas, pero no me atrevo a tocarlo. Me pregunto si el muy idiota ha entendido que lo quiero. Tanto como para cultivar celosamente el remordimiento. Será el mayor, el más lujuriante de

los remordimientos. Lo regaré, lo haré crecer, sin podarlo jamás. Hasta que me parta el corazón.

El abuelete italiano enjuaga su fregona en un cubo de playa decorado con una ballena rosa.

Y Ben toma mi mano.

La gira delicadamente. Observa las desolladuras, recuerdo de mi caída de anoche. A juego con la rodilla coronada, que todavía escuece un poco.

—Cada vez que nos vemos te haces daño.

Bueno. Ya está. Aquí estamos. Al borde del abismo.

—Marianne…, ¿crees que podría llamarte… de vez en cuando?

Dios. Piensa en los abogados. En el *staff*. En las fans. En los hoteles de lujo. En los pinganillos. En los contratos. En lo que sea, menos en…

Amor mío.

—… Creo que no.

Se esfuerza en sonreír, con tanto empeño que mi rostro empieza a desmoronarse por sí solo.

—… Ben…

—Vale.

No puedo esconder la cara entre mis manos, porque él las sujeta con fuerza y las acerca a sus mejillas ásperas. Su frente ardiente contra la mía, por encima de la mesita. Habla rápido, en voz baja, con ese peculiar acento suyo, más marcado que de costumbre.

—No llores, *honey…, please*… De acuerdo, te lo digo…, eres tú quien tiene razón, está bien, vale, mantente a salvo… No somos… Yo no soy tu riesgo. Me vuelvo a mi locura y tú… escribirás novelas. Un montón de novelas. Y seguirás adelante, ¿me oyes? Las publicarás… Cállate, ya lo sé. Y te prometo…, te juro que las leeré todas. Ya verás, incluso aprenderé francés si hace falta.

Y me besa. Y pone en ese beso todas sus fuerzas, la pasión de cien personajes, y uno más, el único que importa. Y yo le devuelvo el beso. Y lo ahogo en la sal de mis lágrimas.

Es en ese momento cuando escuchamos un chasquido inconfundible: *scritch*. Detrás de su cubito de playa, el vejete sigue igual de inexpresivo. Lo que en ningún caso le impide apuntarnos con la cámara de su teléfono móvil.

29
Manhattan Sur

—No le puede dar pasaporte. Tiene que quedarse en la historia. Tarde o temprano volverá a encontrarlo.

—Pero…

—Ya sé. Va a preguntarme cómo ha sobrevivido. Podríamos imaginar… Solo dejo caer una idea, así al azar, eh… ¿Y si se hubiese equivocado usted de víctima?

Si «yo» me hubiese equivocado de víctima, habrá que reescribir enterito el final de la novela. ¡Que venga un tipógrafo tuerto y lo vea! Porque, en el estado actual de las cosas —y de mi manuscrito—, «yo» maté a Benedict, «yo» le impedí desencadenar un apocalipsis temporal, en resumen, «yo» me deshice de él para siempre.

—A ver, Marianne… ¡Es su gran amor!

Clémence Boucher, de la editorial El Ombligo del Dragón, disfruta confundiéndome con mi heroína. Sobre todo cuando quiere que corrija algún pasaje. Es decir, siempre.

El otro día, por ejemplo, en un restaurante, mientras destripaba su *andouillette:*

—Acabo de releer el capítulo nueve. A ver. Sigue siendo demasiado tímida. Que es policía, joder. Que ha visto de todo… Su Benedict no es precisamente de mírame y no me toques. Súbasele a las barbas. Lámalo, cásquele las nueces, cómaselo… Y no se olvide de la mostaza, gracias.

La camarera estaba casi tan espeluznada como yo.

—Haga lo que quiera, menos esto. Es blandito. Es soso. Es un coñazo. —Con la boca llena y la copa vacía—. Y el vino, ¡chanfainas!, ¿cuándo piensan traerme el vino? ¿Es que tengo que ir a trasegarlo yo misma, señorita? Así que, Marianne, hay que ponerse manos a la obra. Y deje de jugar a los médicos. ¡Deme sexo, por el amor de Dios!

Así es mi editora.

¡Ay de aquellos que se dejen engañar por sus joyas bereberes y sus blusas bordadas de quesera neorrural! Clémence Boucher no es la dulce mamá excéntrica que siempre soñaste tener. No te dejará retozar en el jardín salvaje de tu imaginación. Vive Dios.

Te hará arar tu parcela. Y tragarte los guijarros.

Clémence caza al vuelo los trucos, los gazapos y los clichés, marca los cambios perezosos, las repeticiones y las incoherencias con ironía implacable, juramentos de mosquetero y un Bic rojo todo mordisqueado.

Esta mañana se suponía que íbamos a pulir la versión final. «Tres detallitos, dos tonterías de nada y listo», me había prometido por teléfono. Me quedé tan aliviada que el trayecto hasta El Ombligo del Dragón, en la otra punta de París, me pareció casi placentero. Sin paranoias, sin miradas furtivas a 360 grados, sin transeúntes sospechosos. Sin ataques de pánico.

Ahora es cuando estoy teniendo uno.

Encajonada en su despacho abarrotado de libros, comparto, como de costumbre, el único sillón reservado a las visitas con una pila de novedades coloridas (*Nuestra Señora de las Vísceras,* volumen 4, *El grizzli del futuro,* libro 16…). E intento digerir el bombazo que acaba de lanzarme.

—¡Albricias, Marianne! No vamos a cargarnos a Benedict.

¿Me está tomando el pelo?

—Porque, verá, tengo buenas noticias: aquí a todos les encanta su libro. Ya estamos pensando en una secuela. Sí. Tal vez incluso una saga…

Dudo entre saltar de alegría o por la ventana.

—Es… maravilloso, Clémence, pero… pero no veo la relación con Benedict…

—Yo sí. No puede prescindir de él. ¿Qué les dará a los lectores después de esto? ¿Un replicante? Sus lectores se desengancharán, la dejarán compuesta y sin novio, mi querida amiga. En este tipo de colecciones, eso no se perdona jamás, créame.

Como su nombre más o menos indica, El Ombligo del Dragón es una editorial especializada en mundos imaginarios, divididos en colecciones: ciencia ficción, distopía, fantasía urbana, terror…

A mí decidieron publicarme en la categoría «Romantasy»: fantasía romántica. Escalofríos, magia, sexo y sentimientos. El refugio de vampiros sexis y extraños dioses griegos con pantalones de cuero. Tan indestructibles y eternos como Benedict.

Tiro las llaves en la bandejita azul —por una vez que me acuerdo— y me dejo caer como un misil en el sofá.

—¡Ay!

—Perdón.

—¡Mi bruta preferida! ¡Socorro…!

Me abraza sin sombra de resentimiento. Entierro la nariz bajo su brazo. Un buen chute de lana tibia.

—¿Cómo te fue con Paranormal?

Él fue quien le adjudicó ese apodo para consolarme, después de una reunión en la editorial que se había cobrado dos víctimas: un personaje secundario —«Nos la suda ese Martin no sé cuántos. Ningún interés, ¡por todos los cielos!… ¡qué desperdicio de papel!»— y el abrigo de Clémence, una especie de poncho de inspiración pastún, cuya costosa tela tuvo la mala suerte de encontrarse con la punta de mi cigarrillo.

Desde entonces, ni siquiera a mi heroína se le permite fumar en su presencia.

—Paranormal quiere publicar la secuela.

—¡¿Y lo dices así?! ¡Eso hay que celebrarlo! ¡No te muevas, que bajo ahora mismo a por champán!

Lo retengo agarrándolo por la cinturilla del jersey.

—Espera. Fuera llueve a cántaros. Ni que estuviéramos en noviembre.

—Estamos en noviembre, Marianne.

—Sí, eh, bueno…, prefiero tenerte aquí calentito… Y además es demasiado pronto para brindar. Tengo que reescribir todo el final. No te lo vas a creer, pero el gilipollas de Benedict se supone que sobrevive.

—¿Ah, sí? ¿Y eso es un problema?

—Tú dirás.

—¿Por? A mí me cae bien tu «gilipollas».

Pues no debería, Clément.

¡Ah, es verdad! Clément. Mi novio.

Y Clémence. Mi verdugo.

Desde hace unos meses este nombre me persigue. Si creyera en esas tonterías, pensaría que el universo intenta decirme algo. Algo amable, en principio. Tal vez esté tratando de subsanar la debacle que provocó en mi vida hace casi un año y medio. Una época sin clemencia para la ladrona de estrellas.

Es una buena foto.

Muy intensa, muy nítida. Todavía la miro de vez en cuando. Los dedos entrelazados en mi cabello. El rosa fugaz de mi lengua entre los labios de Ben. Nuestros ojos cerrados.

Perfiles emocionados, confundidos. Perfectamente reconocibles.

Es una buena foto. La miro con menos frecuencia que al principio. Al parecer, el resto del mundo también. El interés se va apagando poco a poco.

No recuerdo cómo regresé del festival. De esos primeros meses solo quedan algunos rescoldos ardientes. Jean y Serge como escudos humanos en la estación. La cara de madame Kerfouët cuando tuve que refugiarme en la portería porque los *paparazzi* me acorralaron en las escaleras. O aquella vez en que lloré tanto, detrás de mis cortinas opacas recién instaladas, que me quedé dormida de

pie. Y todas las ocasiones en que mis amigos montaron guardia, cuidaron de mí, me mimaron y me regañaron por turnos.

Tuvieron que pasar casi seis meses para que los cazadores se cansaran, al no poder cobrarse la pieza de caza mayor. Fin de la caza furtiva en estos parajes. Ni rastro de Ben Whyte bajo el pórtico de la entrada; ni rastro de Ben Whyte detrás de las persianas; ni rastro de Ben Whyte en mi cama.

Él los lanzó sobre otras pistas.

Durante varias semanas, después de Cannes, ocupó las portadas de todos los tabloides y sitios de chismorreos. Se exhibió, se emborrachó, montó números, saltando de un huso horario a otro. La vuelta al mundo de la cogorza.

Una distracción espectacular.

Como si buscase deliberadamente alejar a los depredadores. O perderse donde fuera y como fuera. Al menos es lo que yo quería creer entonces. Una bonita ilusión romántica. Confundí un tremendo *burnout* post-007 con *Las penas del joven Werther*.

Con la distancia, casi me hace gracia. Con la distancia, ya no importa.

Gracias de todas formas: sus escándalos acabaron por eclipsar la foto del beso y los vídeos aficionados de nuestro concurso de bofetadas en la fatídica fiesta. Al principio no me atreví a comprobarlo por mí misma. Ni pensar en acercarme a internet. Me aterrorizaba casi tanto como salir a la calle, coger el metro, sentarme en una terraza…, seguir viviendo. Pero al mismo tiempo me rompía el corazón no verlo. No saber. Así que sonsacaba a Fatou cada vez que venía a verme, con sus vestidos perfumados de anonimato y libertad. Al final, Fatou siempre cedía, rompiendo a regañadientes la ley del silencio impuesta por Jean: «Si se entera de que te lo he contado, me arranca el cuero cabelludo».

Su cuero cabelludo sigue intacto. Jean nunca lo supo.

Ni siquiera encerrándome en una habitación del pánico habría podido librarme del devenir de los acontecimientos. Las imágenes que me saltaban a la cara al pasar junto a un quiosco de periódicos

o todas las trampas tendidas por el azar. La fase 2. Ben Whyte, el tenorio insaciable. El rey del libertinaje, saliendo de lagunas de aguas cristalinas, o de clubes nauseabundos o de fiestas mal enfocadas. Con morenas.

Siempre morenas. Nunca las mismas.

Pero lo peor de esa pesadilla despierta no era verlo rodeado de todo el elenco de Miss Mundo babeando con él, antes y durante la estridente promoción del nuevo James Bond, estrenado a principios del otoño siguiente. Ni jugar al escondite con los fotógrafos. Ni rechazar toneladas de propuestas alucinantes —no, no quiero publicar mi testimonio ni grabar un anuncio de medallones de buey congelados. Y mucho menos presentar un *reality* en una gruta prehistórica.

Lo peor era la gente. La maldita audiencia. Los curiosos, los fanáticos. Los que, ya que no podían verlo a él, querían verme a mí. Tocarme porque yo lo había tocado. Los que me adoraban como si fuese una reliquia de la Vera Cruz y me abordaban por la calle para hacerse un selfi baboso, por las buenas o por las malas.

Por no hablar de los otros. Los envidiosos resentidos, los obsesivos vengativos. Los propietarios expoliados. El odio. Las amenazas. En francés, en inglés, en español, en tagalo… Los correos electrónicos, las llamadas telefónicas en mitad de la noche. E incluso algunos insultos subidos de tono, en vivo y en directo.

Cambié mi número de teléfono, mi correo electrónico. Me borré de las redes sociales. Caminé pegada a las paredes. Tomé pastillas.

Una noche de noviembre, hace casi un año, recibí un regalo de cumpleaños, con unos días de antelación.

Una paloma.

Me estaba esperando en el felpudo, con las alas abiertas y el vientre también. Rebosante de entrañas tornasoladas. Elegantemente presentada en papel de seda, como un ramo de flores.

Puse una denuncia.

Al día siguiente, estaba en la prensa. Dos días después recibí la visita de dos empleados de una empresa de seguridad, «Private Individual Force International Agency». Los señores de la «PIFIA» —quién sería el lumbreras— me explicaron que «alguien» había pagado por mi protección.

Los mandé a la mierda. Esa misma noche hice la maleta.

Viví un tiempo en casa de Jean y Serge y luego me mudé a otro apartamento. En otro barrio.

Ah, y también estuvieron a punto de despedirme. Justo después del «escándalo», el periódico vivió un breve pero intenso estado de sitio. Sobre todo cuando los buitres descubrieron mis artículos sobre la estrella. Todos mis artículos. Algunos tabloides ingleses, y más tarde otros en Australia, incluso tradujeron los más mordaces, sin faltar una coma.

Aproximadamente una semana de baja médica después de mi regreso de Cannes, arrastré los pies hasta el periódico sin saludar a nadie, en una atmósfera tan tensa que se podía cortar con un cuchillo.

BTT me llamó a su despacho.

En lugar de su eterno cigarrillo electrónico, jugueteaba con un flamante paquete de Lucky Strike. Aquello no auguraba nada bueno.

—En el mismo momento en que comenzó esa relación, deberías haberme informado. Y apartarte de cualquier tema concerniente a… «él».

Inapelable. Nada que objetar.

Me limité a bajar la cabeza intentando no llorar por enésima vez ese día.

—¿Eres consciente de la publicidad desastrosa que nos estás haciendo?

Asentí, todavía incapaz de articular palabra.

—Bueno. Entonces será mejor abreviar esta penosa reunión. Te impondré una sanción y te aseguro que puedes darte con un canto en los dientes. La dirección quería tu cabeza. Un lío de mil pares de pelotas… Ahora te vas a tomar unas… vacaciones. Una pequeña

suspensión oficiosa, digamos de un mes. Ya iremos viendo en función de los acontecimientos. Recursos Humanos ya está al corriente.

Estaba saliendo del despacho cuando me llamó de nuevo.

—Marianne…, no creas que soy insensible. Sé por lo que estás pasando.

Silencio incómodo.

—Hace unos diez años, yo mismo tuve… un momento de extravío… con Céline Crochet, la que salía en la serie *Las chicas de la gendarmería*. Yo ya estaba casado en aquel entonces, así que…

Dejó escapar un suspiro.

—En fin…, buena suerte.

Me recluí un tiempo en Aix, en brazos de Charlotte. Ella ya estaba al tanto. Igual que mis padres, quienes, durante aquel *annus horribilis,* recibieron numerosas visitas: un falso electricista, falsos amigos perdidos de vista… Y un auténtico imbécil que se escondió en el huerto de mi madre pisoteando sus calabacines.

A decir verdad, ninguno de mis seres queridos salió indemne.

«Mantente a salvo», decía.

—¡Feliz cumpleaños, Floupette!

Sí, Clément me llama «Floupette». Es un cambio respecto a «Peter».

Solo necesito acostumbrarme.

Mientras tanto, aprecio la originalidad del recibimiento. De pie en medio del salón, este tontorrón despeinado se exhibe alegremente, vestido… con mi manuscrito. Desencuadernó una de las copias para hacerse un taparrabos. La portada cuelga por delante y las páginas por detrás. Lo ha pegado como Dios le dio a entender con cinta adhesiva alrededor de las caderas. Lo que no oculta gran cosa de su largo cuerpo, delgado y esbelto, un cuerpo perfecto para interpretar a un arquero pícaro en una película de aventuras con trajes de época.

Solo que no lleva traje. Y no es actor. Gracias a Dios.

—¿Eres mi regalo?

—No. Esto es erotismo festivo. Tu regalo está en mi casa.

Creo saber de qué se trata. Lleva semanas trabajando en secreto en un lienzo enorme, que siempre castiga mirando a la pared en cuanto me dejo caer por allí.

Sorpresa, sorpresa.

Espero que no sea algo demasiado naíf.

Clément López, que firma como «kloP», es ilustrador, especializado en libros infantiles y, en particular, en la serie *El dino Bob,* por la que se pirra mi sobrina. Sobre todo *Bob aprende a hacer caca* y *Bob se come la sopa con los dedos*.

Adorable.

¡Hum!, sin embargo, no veo a Nino haciendo ese tipo de cosas en la pared de mi salón.

El apartamento de kloP también es su estudio. Una leonera llena de colores y olores arcillosos. La guarida me sedujo tanto como su dueño. Y hasta puede que un poco antes. Es una sólida barricada de fantasía, cincuenta metros cuadrados de resistencia pasiva a los asaltos del mundo exterior. Y para refugiarme allí solo tengo que cruzar el rellano.

Cuando cambié de piso, nunca imaginé que seguiría al pie de la letra los consejos de mis amigos: búscate a alguien de tu mundo. El famoso *boy next door*. El chico de al lado. Mi vecino.

Cariñoso. Disponible. Divertido.

Normal.

En fin, casi.

Esta noche es discutible. Don «Erotismo Festivo» airea un fragmento del capítulo 12 (creo) en el muslo derecho, con un contoneo de *stripper* experimentado.

«Estoy lleno de erratas… Necesito una buena corrección…».

¡Mira que está ridículo! Pero esos músculos finos, ese pelazo de color chocolate, ese pendiente en la oreja…

¿A quién no se le alegrarían las pajarillas?

… A mí. Porque me estoy riendo a carcajada limpia. Porque nuestros invitados están al caer. Y porque… No sé nada.

—Me sangran los ojos. ¿Quieres que te ayude a darle la vuelta?

—Cállate. No seas malo, que te va a oír.

Estoy plantada con Jean frente a la Obra, un fresco, por así decir: la cosa ocupa media pared ella sola. Hace un rato cometí el error de desenvolver el regalo de Clément delante de todo el mundo. Es decir, frente a más de una docena de nuestros respectivos amigos.

Silencio incómodo. Tosecillas de circunstancias.

Desde lo más hondo de la estupefacción, oigo a alguien decir: «No, bueno, o sea…, es… como muy realista, ¿no?».

La cara, no digo que no. Clément tiene buena mano para las caras. Pero hacia abajo… Es más confuso. Y, al mismo tiempo, no lo bastante.

Y no. No es *El dino Bob,* soy yo. A carboncillo. De cuerpo entero. A pelo.

Y, sobre todo…, «en situación», como suele decirse. Nadie se atrevió a preguntar cuál. Digamos simplemente que si el *Kamasutra* tuviera una sección «onanismo invertebrado», yo tendría mi página dedicada.

Sorpresa, sorpresa.

Al otro lado del sofá, el culpable reparte cervezas entre la peña con muchas risas. Orgulloso y encantado de la vida. La fiesta de cumpleaños empieza de maravilla.

Dani se une a nosotros, un poco aparte del resto de la tropa, que charla ruidosamente, lo más lejos posible de la expo feísta.

«Es muy fuerte, la verdad. Es atrevido… Aunque algo ampuloso…».

Y venga a retroceder un paso y a frotarse la barbilla… Pero ¿de qué va la tía? ¡Ni que estuviera en el Palais de Tokyo!

«¿Atrevido? ¿Ampuloso e hinchado? Bue… hum, sí…, depende de dónde mires… Por cierto, ¿qué es esa cosa de ahí abajo?». Jean se

descoyunta el cuello para observar mejor. «¡Aaah!, ¡mierda! Vale. Voy a tener pesadillas durante un mes».

Mientras Dani y Jean discuten sobre los límites de la creación artística y los de la moral pequeñoburguesa, yo me devano los sesos pensando en cómo escamotear el Pongo —debajo de mi cama…, en el garaje de mi hermana…— sin herir los sentimientos del artista.

Fatou irrumpe en mis pensamientos impuros y en la sala, abalanzándose sobre mí:

—¡¡FELIZ CUMPLEBESO!!

Ya veo. El motivo de su retraso no fue la asistencia a una cata de agua mineral.

Todavía colgada de mi cuello, repara en el cuadro.

—Pero ¿qué es eso? Oh, Virgen Santa… ¡LULÚ! ¡VEN A VER!

Lucas duda si obedecer, tan aterrorizado por mi doble pictórico que ni siquiera se atreve a mirar al modelo.

—Hola, Marianne —saluda a mis pantorrillas.

Lucas y Fatou llevan juntos aproximadamente un año. Se conocieron en un equipo de rugby mixto. Sí, existen. Ella buscaba «encontrar su rabia», él intentaba vencer su timidez. Doble fracaso. Nunca lograron placarse.

Así que ahí está él, más ruborizado y mudo que de costumbre, aferrado como un chiquilín sobredimensionado al brazo de su novia piripi.

—Pero, MIRA, Lulú, ¡es MARIANNE!

Creo que «Lulú» preferiría sacarse los ojos con un tenedor.

—Por otro lado —Fatou se inclina, se inclina… Y su infortunado caballero la sostiene por el codo—, nunca he intentado esta posición. ¿Es yoga Bikram?

Jean escupe su cerveza por la nariz y Dani deja escapar un relincho. Me interpongo rápidamente entre Fatou y el cuadro, antes de que se ponga las gafas.

—Y, por cierto…, ¿qué habéis hecho hoy Lucas y tú?

Sutil cambio de tema. Jean me mira riéndose más y mejor.

—¡Hemos ido al CINE, porque es SÁBADO!

Ah, ¡yupi! Lleva al menos un litro de alcohol y un arcoíris de ventaja sobre nosotros. Clément también. Con un porro entre los labios, ahora intenta hacer bailar a todo bicho viviente. Si me apresuro a cubrir el Pongo con una sábana, solo verá…

—… *Las uvas de la ira*, ¡y ES GENIAL!

Ah.

Eso parece, sí.

La película se estrenó la semana pasada.

Al final la hizo.

Interpretó a Tom Joad. E incluso fue coguionista de la adaptación.

Cuando salió la noticia, hace unos meses, no pude dormir en toda la noche. Me escaqueé de todas las proyecciones de prensa. Me llega de sobra con el cartel. Sus ojos, duros y tristes.

—Ejem…, Fatou…

—¡Pero quéééé, Jean! ¡Es cierto que es una pasada! Y… YA SABES QUIÉN me hizo llorar, ¡te lo juro!

—Fatou, ¡JODER!

Bueno, a ver si nos tranquilizamos. En primer lugar, no soy una flor de estufa a la que haya que proteger de todo. Y, en segundo, me gustaría disfrutar de la velada. Es mi cumpleaños, JODER.

—Venga, Jean… Dejemos de hacer como si no existiese. En *L´Œil* todo el mundo habla de la película.

Aunque rara vez conmigo, claro.

—¡EXACTAMENTE! Peter ya ha pasado página… o sea, quiero decir, Floupette. ¡Tiene su novela y tiene a CLÉMENT! Y, de todas formas, Ben Whyte ¡SE CASA!

…

Es la Gran Depresión.

No la mía (aunque…). La de los Estados Unidos. Los terribles años treinta. El colapso de un pueblo entero. Las tormentas de polvo. La tormenta de la miseria.

Las uvas de la ira.

Tom Joad y su familia, al final de un largo y doloroso periplo.

Está sentado sobre una caja, con los codos apoyados en las rodillas, embutido en una vieja chaqueta mal cortada. La visera de su gorra le proporciona una especie de refugio precario, un baluarte de sombras. Las llamas inciertas de la fogata apenas iluminan su rostro demacrado. Solo logran encender su boca.

«Estaré dondequiera que la gente luche por alimentar a los hambrientos…».

Se inclina para coger la mano de su madre. Sus dedos están tan ásperos y desgarrados como la tela de sus ropas.

La madre llora.

Tom Joad ha tragado demasiado polvo, demasiada miseria. Tom Joad acaba de matar a un canalla. La policía lo está buscando, tiene que irse.

De repente, levanta la cabeza. El fuego prende en sus ojos…

Se propaga a los míos.

Y me dejo arder, en la tercera fila de la sala 4, del UGC Ciné Cité de Les Halles. O puede que en otro sitio, no estoy segura. Tal vez, afuera, el mundo haya girado pesadamente sobre sus goznes. Tal vez haya cambiado de estación y de latitud. Tal vez haya desaparecido todo.

Todo, excepto esa voz inmensa, desgarrada por la esperanza.

«Estaré dondequiera que haya oscuridad. Estaré dondequiera que mires…».

…

Pasé la noche con Bruce Springsteen.

La misma balada melancólica, en bucle, desde que volví del cine. La misma dulzura engañosa.

The Ghost of Tom Joad.

Ben Whyte la menciona a menudo en las entrevistas.

Dice que «el fantasma de Tom Joad» sigue rondando los campamentos de los sintecho, los guetos, los polígonos industriales abandonados; marcha al frente de las manifestaciones y se alza dondequiera que la injusticia social impere…

Básicamente, parafrasea la canción. O cómo cultivarse una conciencia política, entre dos jets privados y una petición de matrimonio.

El «fantasma de Tom Joad» me persigue de una crítica a otra, es un confitado de éxtasis unánime. Ni siquiera *Libération* se resiste. A doble página titulada «La erección de la ira», el autor evoca «el prodigioso despertar de un gólem cinematográfico, nacido en la turba del infortunio proletario». Y añade que Ben Whyte y Ángel Torres, el director, un joven prodigio de veintinueve años llegado de México —«empapan el viejo humanismo fordiano de toxinas contemporáneas». Y que los no iniciados espabilen para captar la referencia al clásico de John Ford protagonizado por Henry Fonda.

En resumen, huele a Óscar. O al cuarto Globo de Oro.

En torno a la medianoche, con un esfuerzo titánico, consigo apagar a Springsteen y cerrar todas las pestañas de mi navegador.

Intento una retirada bajo el edredón. El edredón huye de mí deslizándose hasta el suelo. De común acuerdo, dejamos el asunto ahí.

Una taza de café más tarde, echo de menos a Clément. Está pasando el fin de semana en Burdeos, con su hermano. Persianas echadas, justo a la derecha de mi ventana. Mi nuevo apartamento de dos habitaciones da a un pequeño patio interior, poco más grande que un pozo de luz. El estrecho vacío que apenas nos separa y que nos unió.

Fue en enero pasado, cuando acababa de mudarme. Me ahogaba de nostalgia y de exilio, entre olores desconocidos, cajas sin desembalar y la penumbra mezquina de las tardes. Ese día, Ben Whyte estaba morreándose con vaya usted a saber quién, como de costumbre. Al borde de una piscina y en todo internet.

Aquel día, mi nuevo apartamento de dos habitaciones daba al fondo húmedo del invierno.

Me encontré sollozando junto a la ventana. No sé cuánto tiempo estuve allí enmarcada, aferrada al alféizar, bebiendo la llovizna a tragos amargos.

Hasta que alguien me tendió… un rollo de papel higiénico.

Eso me dejó seca, por así decir.

Una voz masculina, procedente del piso de enfrente: «Lo siento. He buscado por todas partes, pero no tengo pañuelos».

No me atreví a mirar a qué se parecía el socorrista aficionado. Demasiada vergüenza. Con los ojos todavía clavados en las baldosas del suelo, rechacé cortésmente la ofrenda y emprendí la retirada.

—¡Espere! ¡Espere!

El rollo de papel higiénico desapareció. Casi inmediatamente fue sustituido por un gran trapo embadurnado de colores. Lo dejó colgando frente a mi nariz.

—¿Y esto, por ejemplo?

—No, gracias, de verdad, es usted muy amable, pero…

Antes de que terminara la frase, me estaba ofreciendo una manopla. Luego un calcetín. Y después una lámpara.

—¿Quiere que me suene con una lámpara?

Eso merecía algo de atención.

Ahí estaba él, ahogado en un jersey informe y lleno de manchas, el primo demasiado flaco de Corto Maltés —pendiente incluido— sonriéndome de oreja a oreja.

—No. Quiero hacerla reír. Y yo diría que funciona.

Así fue como, hace casi un año, Clément me sacó del fondo del pozo.

Venga, piensa en él.

Deja al gólem en su turba.

En mi escritorio, sin embargo, el voluminoso sobre ya está franqueado. Listo para volar hacia Collins, Weber & Abrahmson, los abogados de infausta memoria. La única dirección postal de la que dispongo.

Incapaz de dormir, me rindo a la televisión. ¡Vaya!, mira qué curioso. No sabía que las ballenas tenían que copular fuera del agua. Parece un accidente de zepelines enamorados. Toneladas de optimismo que se resisten a la gravedad, desafiando el sentido

común, y que sea lo que Dios quiera. ¡Mecachis! Fallé de nuevo, cariño. Qué se le va a hacer. ¡Hasta el año que viene!

Hago *zapping*.

Dentro de una hora amanecerá.

Me froto la cara. Su cara. Este fenómeno de posesión es mucho peor que antes. Ojalá pudiese arrancarme la piel. Hacerme exorcizar.

Cálmate. Deja de mezclarlo todo. Esto no es deseo, no es amor ni magia negra. Es cine.

Y cine del bueno.

No pudiste evitarlo, ¿verdad? Te contaste a ti misma que él lo había hecho para demostrarte algo. Solo a ti. Y, por supuesto, tenías que comprobarlo.

Su mejor papel. Dentro de cien años todavía inflamará las filmotecas.

Y a mí qué me importa, para entonces habré muerto.

Saco mi manuscrito del sobre. La versión actual, en la que Benedict se muere. Aún no he empezado la operación de salvamento.

Como si fuese a servir de algo… Este paquete se perderá en el correo de los fans. Y, aunque llegase a su destino…, «Tom Joad» no tiene tiempo para la ciencia ficción pseudocuántica y sentimental de una ex olvidada. La adoración de las masas consume mucho tiempo. La de su prometida, también. Nunca pensé que fuera de los que se casan.

Aunque claro, es Emma Sörensen.

Hasta yo podría casarme con ella. La tía es un milagro de la genética. El triunfo definitivo del *melting pot* estadounidense. La melena negroazulada de la nación lakota; gracias, mamá. La tez delicadamente esmerilada de los antiguos pioneros daneses; gracias, papá. Y unos enormes ojos violeta. Sí, violeta. No en vano, la prensa la llama la «Liz Taylor 2.0». Una versión corregida y aumentada. Esplendor y voluptuosidad, pero sin las borracheras ni las crisis nerviosas.

La Liz Taylor de mi Richard Burton.

Él también encontró a alguien de su mundo. La estrella de al lado. Mejor dicho, la estrella de más arriba: con más premios, más homenajes y más logros en su haber. Todos los *hipsters* que se precian la quieren en sus películas. ¡Ah! Y es embajadora de buena voluntad de la ONU.

Cómo no.

Madre Teresa a tiempo parcial. Te bajas del helicóptero en no sé qué infierno mugriento, sonríes a los desheredados de la tierra, coges en brazos a un bebé harapiento para la foto y luego te largas tan pichi, con tu bonito conjunto de lino especial tercer mundo.

Aggg. Genial. Ahora tengo acidez nocturna.

Me la refanfinfla Emma Sörensen. Por mí puede bendecir a las multitudes, casarse con Ben, darle seis hijos, dos perros y un Óscar.

Yo solo quiero que me lea.

«Ya verás, incluso aprenderé francés si hace falta…». Ya te digo. Hay que estar borracho, aunque sea sin alcohol, para creer en ese tipo de promesas.

«Incluso aprenderé francés si hace falta…». ¿Habría tenido el valor de insistir, de exponerme, sin este susurro en mi oído?

No lo sé.

Vuelvo a meter el manuscrito en el sobre. Se lo debo. Necesita un final de verdad. El que mi editora me robó.

De acuerdo. Pero entonces, ¿por qué no se lo has contado a nadie?

Porque la gente se imaginaría cosas. Porque a Jean le daría un ataque de ictericia. Porque Clément… Clément no tiene nada que temer.

Son las nueve. La oficina de correos acaba de abrir. Es ahora o nunca.

Me visto, cojo mis llaves y releo por última vez la dedicatoria que garabateé en la primera página:

«Gracias por *Las uvas de la ira*. Estás "en todas partes en la oscuridad". En todas partes, el único Tom Joad».

Es decirle muy poca cosa. Muy poca. De forma impulsiva, agarro un bolígrafo y añado algo más:

«Y gracias por el "riesgo". Aquella última noche, en Italia, me diste mucho más que recuerdos. Solo quería que lo supieras. Este otro "Ben" se parece a ti y te pertenece tanto como a mí».

Cierro el sobre, bajo corriendo las escaleras y salgo a la calle como una ballena emergiendo del agua.

Que sea lo que Dios quiera.

30
Adivina quién viene esta noche

20 de diciembre, 19:30 h.

Ya que nunca vamos a vivir juntos…

… Qué necesidad había de cargar con el chucho y con los críos. Apretujados en el asiento trasero, los tres tienen ganas de hacer pis.

Y yo tengo un enorme salmón congelado en las rodillas. Este monstruo recién arrancado del casquete polar no cabía en el maletero. Al ritmo en que avanzamos, la Bestia resucitará antes de volver a ver un congelador.

Me gustaría al menos decirte que todo lo que he escrito lo he sacado de la tinta de tus ojos…

Menudo atasco hay a la salida de Aix. Todo el mundo se exaspera dentro de su pequeño habitáculo de chapa y vaho. Las luces del semáforo no paran de cambiar: rojo, verde, rojo, diluidas por la lluvia vespertina, sin lograr despejar nada en absoluto.

¿Quién tuvo la brillante idea de asaltar un hipermercado un sábado por la tarde, seis días antes de Navidad? Yo no. Pero claro, ¿quién debería haberse quedado unos días más en París celebrando la versión final de su libro, en lugar de pudrirse en este coche con sus sobrinos, su cuñado y Francis Cabrel?

El hocico de Cézanne asoma entre los asientos. Una enorme lengua sondea cautelosa la caja de la criatura marina, que se derrite sobre mis vaqueros.

—¡PAPÁ! ¡Lila ha vuelto a desabrocharse el cinturón!

—¡NO ES VERDAD!

—¡Cómete los mocos!

—¡Eh! Cuidadito, FÉLIX! ¡No le hables así a tu hermana! Te vo… ¡CÉZANNE, túmbate! ¡A TUMBARSE TODO EL MUNDO! Joder…

… ¿Incluso yo?

—¡Papá ha dicho JODER!

Denis se pasa la mano por la cara.

No me atrevo a pedirle que apague la radio. Es su último contacto con la civilización, pobrecito. Y, si la canción suena como una parodia cruel de mi iniciativa epistolar del mes pasado, qué se le va a hacer. Podré sobrellevarlo.

Y, si a pesar de todo consigo olvidarte…, me gustaría al menos decirte que todo lo que he logrado escribir…

… se quedó sin respuesta. Como era de esperar.

Dentro de tres semanas, en Hollywood, se celebrará la ceremonia de los Globos de Oro. El inicio de la temporada de premios, que concluirá a finales de febrero con los Óscar. Espero que se lleve alguno de los dos.

Arrancamos de nuevo. La caravana se mueve. Denis suspira aliviado. Un ruidito tan pequeño para un corpachón tan grande.

—Es mejor que avises a Charlotte o creerá que hemos tenido un accidente.

En mi móvil descubro trece llamadas perdidas. Es mucho, incluso para mi inagotable hermana. También hay un aluvión de mensajes de texto:

«Acordaos del salmón».

«Coged dos, los primos Corvo tragan como enzimas».

«¿Cuándo llega Clément?».

El 29, Charlotte. Te lo he dicho mil veces.

Y suma y sigue. Todo lo que se le ocurre y más. Hacia el final, incluso me avisa de que Ben Whyte está en la tele. Pues qué bien, ¿de paso no querrá recortarme artículos y hacerme un álbum?

Y ahora no contesta.

Cuando por fin avistamos la casa, está completamente oscuro, casi es hora de cenar y Francis Cabrel nos dice que se va a dormir con la señora de la Alta Saboya. Enhorabuena, me alegro por él.

Nosotros, en cambio, tenemos que sacar del maletero el equivalente a cinco cenas navideñas como poco y tratar de colocarlo todo en el frigorífico.

Si logramos entrar.

—¡Grrr! ¡Será gilipollas! Otro que ha vuelto a aparcar delante del portón.

En efecto. Una ranchera gris bloquea nuestro acceso a la liberación. Charlotte y Denis viven en una calle estrecha, en una zona residencial semirrural donde las plazas de aparcamiento son un bien escaso.

—¿Qué parte de «Prohibido aparcar» no entienden? Voy a tener que meterles el carajo del bolardo sí o sí.

—¡Papá ha dicho CARAJO!

No, Denis no está contemplando tomar represalias sexuales. Solo quiere instalar una especie de poste retráctil delante de su propiedad. Hace meses que no habla de otra cosa.

De modo que nos vemos obligados a atravesar el jardín, a oscuras, con la humedad calándonos hasta los huesos, cubiertos de bolsas del Carrefour y niños, y el perro pisándonos los talones. En fila india, sorteamos las obras embarradas de la futura piscina. Las luces de la terraza se encienden de golpe y Charlotte sale disparada como una bala de cañón.

Apenas tengo tiempo de entreverla antes de que choque conmigo. Se me cae una de mis bolsas. Una botella se escapa y rueda a nuestros pies.

—Mierda, Charlotte. ¡Ten más cuidado!

—¡Ohhh, Toutoune! ¡Ohh, Toutoune…!

¿Y ahora por qué susurra?

—¡Caray!, ¿puedes recoger eso, por favor? —le pregunto mientras doy vueltas a su alrededor. No tengo brazos para lo que cayó más todo lo que llevo, quiero llegar a la cocina sana y salva y, a ser posible, al final de este día. Denis me sigue con su cargamento, los niños corren hacia la gran puerta acristalada, pero Charlotte se interpone con las palmas hacia delante.

—Alto ahí. Esperad. Todos.

No, no susurra. Refunfuña. Mejor dicho, agoniza. ¡Será comedianta!

—Está bien, cálmate… No irás a cantarnos *Madame Butterfly* por una hora y media de retraso, ¿no? Estábamos atascados en el…

—Denis, quédate aquí con los niños. Dos minutos.

—Pero…

—No hay pero que valga. Y tú, Marianne, escúchame. Deja todos los bártulos. Respira hondo. Ben Whyte está…

—Sí, pesada… He leído tu mensaje, ¿y qué? No paran de poner sus películas en la tele, y me la…

—No he dicho nada de la tele, que estás en Babia, pero Ben está…

Me agarra del hombro con tanta fuerza que mañana me saldrá un cardenal.

—¿En el periódico? ¿En la radio? ¡Oh, Dios mío!, ¿se ha MUERTO?

—¡Aquí!, Marianne. Ben Whyte está aquí.

…

Yo entro.

Él se pone de pie.

Yo lo miro a la altura del estómago. Más arriba es mucha altura.

Veo la copa de vino en la mano. Veo las luces del árbol de Navidad desvanecerse en la lana negra de su jersey. Veo el bolsillo de sus vaqueros y un cigarrillo electrónico asomando. Veo sus enormes zapatos de ante con suelas dentadas sobre los arabescos de la alfombra.

El perro me empuja y corre a olisquear al desconocido, moviendo la cola.

No recibe ni una triste caricia.

Yo, en cambio, sigo abrazando salvajemente a mi enorme salmón.

No puede ser. No es posible.

Media vuelta. Sálvese quien pueda.

…

—¡No, no y no! No pienso volver ahí en tu lugar… ¡Me cago en…, Toutoune!

—Hazlo por mí, Charlotte… Dile…

—¡Nada de nada! Olvídalo, Toutoune. No soy tu correveidile.

Perdemos los estribos *mezzo voce* frente al salón, como dos figurantes atrapadas en una película de terror.

—Dame ese pescado y vuelve ahí ahora mismo. Haz algo, o te ju… Oh. Ejem… Buenas noches de nuevo.

Acaba de abrirnos la puerta en las narices.

La barba le come la cara, invade su palidez. Sigue sosteniendo su copa, como si hubiese olvidado su existencia. Dos manchas de un rojo enfermizo arden en sus pómulos.

Más que emocionado. Contagioso como la muerte.

Hasta el aire tiene fiebre. El vestíbulo palpita con todo lo que contiene. Las baldosas grises, el triciclo. Los pares de zapatos desperdigados, el gran jarrón de siemprevivas secas.

—Marianne… —dice. Y su voz me disuelve la columna vertebral.

Charlotte está petrificada. Sus pupilas tienen ese brillo extraño que Ben despierta en tanta gente. El famoso efecto Bernardita, «Pellízcame, que no me lo creo», de Lourdes.

Yo ya he tenido mi dosis de apariciones divinas para toda una vida. Aun así, me contengo para no caer de rodillas.

En el piso de arriba, alguien tira de la cadena.

«MAMÁÁÁ! ¡He hecho PIIIS!».

Mi hermana sale del trance, resopla, me arranca de los brazos el salmón congelado y me abandona a mi suerte con un último susurro: «Arréglatelas *yourself*».

…

Yo sola, y él.

En casa de Charlotte y Denis. En Puyloubier, Bocas del Ródano, pueblo florido. En las quimbambas.

Ben Whyte, fuera de lugar. Fuera de sí.

Una idea absurda se abre paso en mi cabeza: mi novela le horrorizó. Le pareció tan execrable que me ha rastreado hasta aquí

solo para decírmelo.

No hay forma de sostenerle la mirada. Es como arrojarse al fuego de un incendio forestal. Me chisporrotea la retina y se me fríe el corazón.

—He venido.

Ejem, sí.

Ese no es el problema. El problema está en cualquier otro lugar.

—He venido por él. ¿Está aquí?

¿Él?

—¿Quién?

Milagro, he logrado emitir una sílaba.

—El niño.

¿Eh?

—… ¿Félix?

—¿Se llama Félix? Quiero verlo.

Mi cerebro, ese accesorio ahora completamente inútil.

—Pero ¿por qué?

—¿A ti qué te parece?

A mí lo que me parece es que vamos a acabar todos en el manicomio.

Este es el momento que mi sobrino elige para aventurarse en el vestíbulo, con una tostada en la mano y migas por todas partes, incluida su camiseta azul y blanca del Olympique de Marsella y la mata de pelo negro marca registrada de los Corvo.

—Bueno, pues… Ahí lo tienes… Idefix, esto…, Félix, ¿me dejas hablar un momento con este señor?

Idefix no mueve una pestaña, los ojos abiertos como frisbis. Durante su etapa de fantasía, estaba obsesionado con *La hueste de las tinieblas*. Muy muy obsesionado. El DVD prácticamente se derritió. Así que «este señor», con esa barba y ese aire feroz, no es un señor. Es Samael, el rey hechicero. Azote de orcos, leyenda de los Tres Condados, heredero del Olmo Sagrado. Y todo ello en persona y en vaqueros, a domicilio.

Este niño va a volver a creer en Papá Noel.

—Venga, Marianne, no me tomes el pelo. No es ese. El otro.

—¿El otro? ¿Lila?

Algo se tambalea en los ojos surcados de venitas de Ben Whyte. Parece que no haya dormido desde el verano pasado.

—¿Es una niña? Pero tú dijiste… Escribiste «el otro Ben»… Creí que…

Y, de repente, todo cobra sentido.

Todo, absolutamente.

«Esa última noche me diste mucho más que recuerdos…», le escribí.

Oh, no.

«Este otro "Ben" se parece a ti y te pertenece tanto como a mí». No, no, no…

—Veamos…, ¿cómo decirlo? Creo que ha habido un pequeño malentendido… Ese «otro Ben» no es… Solo es un personaje…, ejem, de mi novela. Yo nunca… Tú y yo no… hemos tenido un hijo.

Abre la boca. La cierra. Traga saliva. Retrocede hasta la pared. Pisa una zapatilla. Se ajusta las gafas. Observa a Félix, que sigue la escena sin enterarse de nada, en trance frente al Héroe.

Samael, Tom Joad, James Bond… Todos al borde del colapso, como un solo hombre.

—*No baby?*

—*No baby.*

—¿Estás segura?

A ver. Déjame que lo piense, que yo soy muy distraída.

—Segura.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Mierda…

El fondo del vino en su copa oscila peligrosamente.

—Mierda, mierda, puta mierda de…

—No, pero…

—*Bloody fucking stupid moron*… Pédome …

¿Pedo qué?

Me inclino hacia delante intentando descifrarlo, en la frontera de su perfume: menta, cuero y plástico, lujo químico.

Huele a viaje. A aire acondicionado. A avión.

—Perdón a me… soy… un gili grande. Es fallido estar aquí. Me parto, ahora mismo.

En francés. O emparentado con.

Traga saliva con dificultad y señala la puerta del salón:

—Mi gabán…

—Félix, ve a ducharte… Y, entonces, eh… *¿You* piensa quedarse un poco… *tonight?*

Charlotte acaba de surgir de la nada, con su inglés macarrónico y una sonrisa de demostradora de electrodomésticos.

—*Because… we have very good lawyers.*

Pero ¿se ha vuelto loca? ¿A qué viene esa amenaza?

Ben se tensa como una cuerda de guitarra. En su rostro, la máscara de estrella altanera se endurece como yeso de fraguado rápido.

—Yo también tengo excelentes abogados, señora… —Habla rápidamente, entre dientes—. Espero que no tengamos que compararlos con los suyos. No se preocupe, ya me voy.

Charlotte no entiende ni jota. Se limita a asentir con entusiasmo y aire alentador:

—Ah… OK. Y ¡ojito!, *I make* yo misma la mayonesa. *With* finas hierbas. *Deliciousa*.

Tengo el tiempo justo de girarme hacia Ben y chillar *«avocado, not lawyer»* antes de que me dé un ataque de risa incontenible.

21 de diciembre, 00:04 h.

La terraza está sumida en la penumbra.

Solo las luces del salón nos proporcionan una sensación de calor parpadeante.

No hace falta preguntarse qué hacen Charlotte y Denis todavía abajo, en lugar de irse a la piltra a digerir sus emociones y sus *lawyers* con mayonesa.

Pongo la mano en el fuego a que esos dos fisgones están agazapados tras una cortina disfrutando del espectáculo. Aunque, en realidad, no hay mucho que ver.

Marianne y la estrella, sentados uno al lado del otro en la gran mesa de hierro, ocupados en guardar silencio. Intensamente.

Nuestras infusiones («ze hierbas of ze jardín», le ofreció Charlotte) están frías desde hace rato. Aquí, en invierno, la noche es pura y cortante, sobre todo cuando el viento azota la lluvia. Pero bajo el grueso tabardo de piel vuelta de Ben debe de estarse de maravilla.

Como siempre. Como antes.

Las colillas de mis cigarrillos se acumulan en el viejo tarro de yogur previsto para esa función. Una delgada cinta de humo se entrelaza en la densa y pesada nube de vapor blanco de su cigarrillo electrónico.

Se quedó a cenar. En la cocina de mi hermana. Todos apretujados en torno a la mesa. No cuesta buscar el gazapo. Como un pulpo en un garaje. Ajena a la incomodidad general, Lila cantó a voz en cuello su *best of* navideño: *Rodolfo el reno de la naricita roja,* en bucle, hasta el postre. Félix se olvidó de comer: no podía apartar la vista de Ben, mientras mordisqueaba su servilleta. Y el bendito de Denis, por su parte, le hablaba a su plato. Creo que, mientras rebañaba la mayonesa, balbuceó algo como: «Soy su más ferviente admirador».

Yo, mientras tanto, estaba en rotación satelital.

Alrededor de nada.

Solo Charlotte desplegó grandes esfuerzos, en un cosmopolita franglés: *«¿Do you are in* vacaciones por la zona?». Y Ben…

Ben, que se dejó invitar, alimentar y regar con Côtes de Provence y palabras, contra toda lógica. Ben, cuyos ojos me atormentaban, sus ojeras de prisionero, su acento suave y esforzado, cuando le contestó a Charlotte en la lengua que prometió aprender: «No, yo no estoy. Yo busco por Marianne. Poyeya… Por hablarle a ella».

¡Uf! Menos mal.

Finalmente había recibido el manuscrito, se había quedado bloqueado con la dedicatoria. Y había decidido «buscar por Marianne» hasta lo más remoto de la Provenza.

«Cuando se tienen los medios, encuentras a quien quieras», dijo, siguiéndome a la terraza.

Desde entonces estoy esperando que se explique. Cómo tres frases ambiguas pudieron calentarle la cabeza hasta el punto de dejarlo todo. De cruzar el mundo entero. De alquilar un coche en el aeropuerto para correr hasta aquí, completamente solo. Sin asistentes, sin cortesanos, sin guardaespaldas. Sin Emma Sörensen. Y sin avisarme.

Todo eso por un niño que no existe.

Doy una calada, inhalo su presencia, tan nítida, tan difusa. Él observa mi boca.

—Me das ganas de tirarme a la piscina de nuevo.

Un escalofrío violento. Maldito invierno.

—Quiero decir…, de robarte un pitillo de verdad —se apresura a añadir, señalando vagamente nuestro perímetro nebuloso.

Ah.

Sigue llevando el mismo anillo en el meñique. A la espera de su compañera la Alianza.

—¿Cuándo decidiste…

… casarte?

—… dejar el tabaco?

—El año pasado. Y tú…, ¿cuándo te cortaste el pelo?

La mano se eleva, toca los rizos, me redibuja la oreja. Observa su propio gesto, ausente, pensativo. Como una marioneta que no se responsabiliza de los caprichos de sus hilos.

—Tu precioso pelo…

—Cuando la gente empezó a reconocerme.

—Oh, Peter.

Hay confusión y tristeza, desde el arco de sus cejas hasta las yemas de sus dedos, que se demoran, despertando fantasmas lentamente a lo largo de mi mejilla, en la comisura de mis labios.

—Aún no he leído tu novela… La haré traducir. Intento mejorar mi francés cuando puedo, pero…

Ahora soy yo quien acaricia su áspera palma, ferviente y desordenada. Con todo mi rostro.

—Estás helada… Deberíamos…

—Sí. Es tarde.

Nos levantamos, con un pesado chirrido metálico.

—Bueno. Yo…

—¿Dónde vas a dormir?

—En el cielo. Vuelvo al aeropuerto.

—¿Qué habrías hecho con ese niño?

Es superior a mí, tenía que preguntarlo.

—No sé. Solo necesitaba verlo. Y quizás, también… Da igual. No debería haber venido.

El tiempo le ha dejado algunos arañazos en el rabillo de los ojos. No los había notado antes. Solo se ven de cerca.

Desde muy cerca.

Estoy aferrada a las solapas de su tabardo de cuero; él, a mi jersey, deformándolo con sus puños cerrados… ¿Desde hace cuánto?

—Peter. Échame.

No respondo. Ya no lucho contra mí misma. Es como una letargia.

Quédate.

Quédate.

He cerrado los ojos.

He sentido besos rozándome los párpados y templando nariz helada.

—*Please*… No puedo…, tengo a alguien.

—Lo sé.

El mundo entero lo sabe.

—Yo también tengo a alguien, Ben. Pero…

—¿Pero?

—Pero… solo…

—¿Solo esta noche?

—Solo esta noche.

21 de diciembre, 11:50 h.

Su brazo me ciñe la cintura, sus labios me calientan la nuca, mis talones le hacen cosquillas en las pantorrillas.

Esto no es un edredón, es un anexo del verano, mientras diciembre sacude las contras y silba en la ventana. Esto no es una cama, es una pequeña república libre. Población: dos. Clima: ecuatorial. Producto interior bruto: una felicidad robada, extenuada, adúltera.

Impenitente.

Alguien está cacharreando abajo. No puede ser otro que Denis. Huele a tomillo y a salsa de tomate. Oigo la voz de Charlotte, pero con la radio de fondo —esta vez, es Polnareff quien nos promete que iremos todos al paraíso—, no se entiende lo que dice.

Me doy la vuelta, en la tibieza de Ben, sin abrir los ojos. Lo dejo creer en mi sueño, arroparlo, mimarlo… Alargo el momento. Nos soldamos un poco más, el edredón se desliza…

—¡TOUTOUNE!

… para volver *ipso facto* a su cometido de edredón y cubrirnos de nuevo. Hasta los ojos.

La puerta se abre de golpe. El paraíso no tiene cerrojo.

Tres pasitos vivos.

—*Hello…, Lily.*

—Lila, no Lili. ¿Por qué estás ahí?

—Chisss… Marianne está… durmiendo.

—¿Ahora eres su enamorrado? ¿Le das besitos en la cama y todo eso? ¿Se ha divorciado de Clément?

—*What?*

—Entonces va a ser reina. Porque Félix dice que tú…, que eres el rey de… de los tres lados del colmo sagrado. Así que, si se casa contigo, eso quiere decir que…

Siento la risa de Ben vibrar contra mi costado.

—*Hey, hey, wow… Slow down… Too much French*.

Ligero trajín bajo el edredón. Ben se retuerce discretamente tratando de encontrar sus calzoncillos. Sin éxito.

—*Fuck*…

—¿Por qué dices «foca»?

Un silencio.

—Bueno, pero… ¿de verdad que Marianne es tu enamorrada?

—¿«Enamorrada»?… *Well, this is none of your business, you nosy little pixie*.

—No te entiendo.

Otro silencio.

—Bueno, entonces. ¿Es tu enamorrada o no?

Déjalo ya, Lila. Por el amor de Dios.

…

—*Yes, Pumpkin.*

¡Cómo que *yes*! *¿Yes* a qué?

—Sí, soy… enamorrada… de… ella. *Happy now?*

No.

No. No.

Habla con una niña de cinco años. Por Dios. A los niños se les cuenta cualquier trola, cosas absurdas. Que la muerte no existe, pero el Ratoncito Pérez sí. Que los filetes crecen en los árboles, no en los terneros. Que…

Lila se troncha de risa:

—¡Se dice enamorrado, tonto! *¡Ado,* no *ada!*

—*I wish I wasn't, Pumpkin. God… Not again.*

Lo dice muy bajito. Solo para él.

Tal vez vayamos todos al paraíso, pero solo hasta completar el aforo.

23 de diciembre, 17:20 h.

Denis finge leer *L'Équipe*. Cada cinco minutos, sus ojos furtivos cruzan la línea de flotación del periódico.

Objetivo: Ben.

Quien, para sorpresa general, sigue aquí tan pancho, en toda su espléndida y lanuda presencia. Espatarrado en el sofá, como si estuviera en su casa, y absorto en la lectura de un guion.

«¡INCREÍBLE!», grita la portada del diario deportivo, que mi cuñado al menos tiene la delicadeza de no sostener bocabajo.

«Just an Ordinary Day», responde tranquilamente el título del guion que mi actor repasa, con las gafas en la punta de la nariz y los pies descalzos cruzados sobre mis rodillas.

Sí, sobre mis rodillas.

Ya nada es *ordinary*.

Tieso en su puf, medio escondido entre las amplias ramas del árbol de Navidad y tan iluminado como las bolas que lo rodean, Denis se halla en estado de hipnosis crítica.

Desde el sábado por la noche solo es un ente de balbuceos y contemplación idólatra.

Acaricio los tobillos de nuestro invitado. Hasta sus maléolos son bonitos. Levanta los ojos hacia mí y esboza una lenta sonrisa…

—¡Toutoune!

Luego, Charlotte. Luego… Ahora estoy ocupada venerando unos maléolos.

Ben mueve los dedos de los pies.

—*Two Toons*… Te queda muy bien: Goofy y Betty Boop en el mismo cuerpo.

Nos reímos como tontos. Entre los dos, estamos llevando los límites de la negación feliz hasta Australia.

—¡Marianne! *Vieni qua! Subito!*

Uy. Se ha pasado al italiano. Se va a armar la mundial.

Me levanto a regañadientes para ir a la cocina y recibir el chorreo que ya estaba tardando:

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí infiltrado tu espía?, ¿eh? *Cazzo*… ¿A qué estáis jugando?

—Pero, Charlotte… Creí que te caía bien. Me pareció que te gustaba. Ayer hasta le hiciste lasaña.

—Claro que me cae bien. ¿Y a quién no le gusta?… Es tan irresistible que mi hija y mi marido quieren dejarme para casarse con él. Idefix se ha olvidado de su obsesión por el fútbol y yo ni siquiera recuerdo quién es Tom Cruise; con eso te lo digo todo. Pero…

Retrocedo hacia la puerta, pero ella me retiene por el codo.

—Va a tener que… dejar el campo libre, «Floupette».

No quiero pensar en Clément. En sus cariñosas bromas por teléfono, mientras Ben también mentía, a solo tres pasos de mí: «Sí…, en el rancho, con Martin… Sí, cuando vuelvas de Aspen… Humm… Yo también». Y luego colgó y volvimos a mi habitación para practicar el arte de evitar el tema.

Lila asoma su naricita en la cocina, tocada con una diadema amarilla de antenas integradas que se mueven solas, agitadas por una brisa invisible:

—¿Puedo ir a jugar a las abejas asesinas con Ben?

Y, sin esperar respuesta, se larga zumbando hacia el salón.

Me dejo caer en una silla.

—No sé por qué sigue aquí, Charlotte. Creo que él tampoco lo sabe. Estamos prorrogando la libertad condicional día a día.

Y nos quedamos despiertos hasta el amanecer, bloqueando la puerta con una silla, como adolescentes embriagados de intimidad.

—¿Crees que esa marisabidilla, o incluso Félix, van a guardar tu secreto? Tienes que hablar con Clément.

—Ahora mismo no.

—¿Cuándo? ¿El día que llegue? Y, mientras tanto, ¿tu amante famoso no tiene nada que hacer? La mitad del planeta debe de estar buscándolo por tierra, mar y aire. ¿Y los *paparazzi,* Marianne? ¿Has pensado en ello? ¿No hemos tenido ya suficiente?

—No hay ningún peligro. Todo el mundo cree que está en Nueva Zelanda para Navidad. Me dijo que…

—Y hablando de Navidad. Te recuerdo que la cena de Nochebuena es mañana. ¿Ves a Ben Whyte bailando la conga con papá, con el matasuegras y el sombrerito de cartón en la cabeza? ¿O con la tata Monica?

La tata Monica. La hermana mayor de mi difunto abuelo Corvo. Noventa y ocho años, es decir, casi un siglo de pura malevolencia. Sobre todo desde que se le va la pinza, incluso bajo el gorrito.

La yaya Giù la llamaba «La Piaga». La Plaga.

Nunca entendí por qué tenemos que cargar con ella en cada cotillón. Pero si está dispuesta a bailar la conga…

—Para, Marianne, no tiene gracia.

—No… Sí. Me da igual.

—A mí no. ¿Sabes cómo os encontramos cuando volvimos hace un rato? Dormidos en el sofá, acurrucados como dos gatitos en una caja de zapatos. Tú babeabas sobre su jersey y él te sostenía como si tuviera miedo de que alguien te robara, con las gafas torcidas en la cara, la nariz hundida en tu pelo y el guion todavía en la mano.

—Ya, ¿y qué?

—¿Y qué…?

Se sienta frente a mí y apoya las manos firmemente en mis rodillas.

—Que se me rompió el corazón.

25 de diciembre, 2 de la mañana, y los picos.

Veamos:

Uno, engaño a mi novio.

Dos, decepciono a mi padre.

Bueno. Desde hace unas horas, estoy demasiado pedo como para preocuparme, pero hay que admitir que nos lo pasamos mucho mejor desde que Jean-Pierre Corvo se retiró a dormir, llevándose consigo su indignación, sus regalos y a la tata Monica.

Mi madre, en cambio, se ha quedado. Se está acabando el champán a morro, mientras gira como una peonza con una Lila despeinada, a la que nadie tiene el valor de mandar a la cama por duodécima vez.

Y yo… A mí me encanta Ben Whyte. Su mirada encendida. Los mechones que caen desordenados sobre su frente. Su camiseta de Black Sabbath pegada a mi vientre, la presión de su mano…

… lo mucho que desentona con el ambiente.

«¡ES TAN GENIAL QUE NO ME LO PUEDO CREER!».

Charlotte, con su moño apuntando hacia el este y aromas de alcohol, se lanza entre los dos para abrazar a Ben contra su vestido de lentejuelas doradas.

Él ha representado su papel de estrella. Los ha dejado boquiabiertos, deslumbrados, con su regalo de lujo: un viaje para cuatro, adonde quieran y cuando quieran. Todo lo que tienen que hacer es contactar con Martin.

Se parece a lo que me propuso a mí hace un año y medio. Pero ellos han aceptado.

Félix da saltitos regateando detrás de un balón. Se ha puesto su flamante uniforme de fútbol, botas de tacos incluidas, y nos empuja gritando: «¡PSG, que le den!».

¿Cómo hemos llegado a esto? Empiezo a preguntarme si esta visita-milagro no se ha convertido en un estudio de campo sobre los catetos.

Al fin y al cabo, encaja con la única información que dejó caer sobre Emma Sörensen la otra noche: «Me está enseñando a deconstruir mis prejuicios».

Chúpate esa.

Pues la tal Emma también podría ocuparse de mi padre. Los prejuicios de Su Excelencia el Director de Estudios no van a deconstruirse solos. Son un bloque de hormigón armado. Esta noche nadie lo había prevenido. Se presentó al apuesto extranjero, con la mano tendida y una sonrisa académica, cortésmente intrigado: «Jean-Pierre Corvo, encantado».

Y entonces lo reconoció.

Aunque su cinefilia rara vez va más allá de Europa y los años ochenta, al bueno del hombre no le quedó otro remedio que actualizarse cuando los *paparazzi* nos acosaron a todos. Sospecho que llevó peor la vulgaridad del escándalo que la violencia de la intrusión.

Su hija, expuesta al populacho en la prensa sensacionalista, por culpa de un representante de la subcultura global.

Plantado en el vestíbulo, el profesor Corvo miró a Ben como si acabara de entregarle una tesina plagada de faltas de ortografía a mayor gloria de la economía de mercado. Y, por supuesto, esa vieja arpía de la tata Monica olió la sangre y sacó su lengua viperina: «¿Este es el sustituto del larguirucho? ¿Tan rápido?».

No tan gagá como dicen.

Mi padre no dijo ni mu durante toda la cena. Ni siquiera se rio cuando Félix le pidió al «rey hechicero» que resucitara el pavo. Y mucho menos cuando Lila declaró, tenedor en ristre, que nuestro invitado estaba «enamorrada» de mí, pero que yo estaba enamorrada «de Alpa».

—¿De quién, *Pumpkin*?

—De Alpa Tchino. Su noviete de la tele.

—¡Esta chica los colecciona! —terció la tata Monica, evaluándome a través de su catarata.

Pero yo tenía las caricias de Ben, bajo el mantel. Sus dedos jugueteando con los míos.

Susurré: «Lo siento» y recibí una sonrisa extraña: *«Nevermind.* Tu padre no volverá a verme. Todos lo superaremos».

Eso me amargó un poco el postre navideño.

25 de diciembre, 13:20 h.

Nada tiene seguro el hombre, ni su fuerza, ni su debilidad, ni su corazón…

Brassens me despierta tarde. Sola.

Me hundo en la almohada, con la boca pastosa y el cuerpo molido.

Y entonces lo recuerdo.

Un último beso. El olor a jabón y a verbena.

Anoche, en las escaleras, tropecé con cada peldaño. Al final, me llevó en brazos a la cama, mientras yo seguía dale que te pego, hablando como una cotorra.

—Ben…, estoy muy contenta de que estés aquí.

—Yo también.

—Muy contenta, muy contenta. De verdad…
—Yo también.
—¿Ben?
—Dime.
—A Charlotte se le rompió el corazón.
Sentí que me recostaba en la cama.
—No me digas. ¿Y eso por qué?
—Porque somos dulces.
—Tú sí que eres dulce.
Me desabrochó los zapatos, que cayeron sobre la alfombra.
—¿Ben?
—Dime.
—¿Tú quieres a Alma?
—Emma.
—No te pregunto cómo se llama. Te pregunto si…
—Ya… Incorpórate un poco.
Mis medias se deslizaron a lo largo de las piernas.
—¿Ben?
—*Honey?*
—Creo que te prefiero.
—¿A quién?
—A todo el mundo.
—Chiss, levanta los brazos.
Adiós a la camiseta.
—Y también… quería decirte… *Las uvas de la ira*… fue…
—Peter…
La cremallera de mi falda quedó entreabierta en sus manos.
Te voy a echar de menos el resto de mi vida.
Pero tal vez lo soñé.
…
Mi bello amor, mi amor querido, desgarradura mía…
Dos toquecitos en la puerta.
Charlotte entra con precaución, como si fuera en una habitación de hospital. Se sienta al borde de la cama y acaricia mi brazo inerte.

—Se ha ido, Toutoune.

—Ya lo sé.

—Me dijo que te diera esto.

Un trozo de papel doblado en cuatro. Cuando lo abro, algo cae sobre el edredón.

El Anillo. El metal es pesado, grueso. Hay algo grabado en su interior.

«Liz & Joe. 23-08-85».

Una alianza. La de su madre.

No hay amor feliz.

—¿Charlotte?

—Dime.

—¿Me haces un favor?

—Lo que quieras, Toutoune.

—Quita ese disco.

31
Todo el mundo a escena

—Espera, tengo otro: ¡«Hannibal Lector»!

—No está mal. Si te dedicas a vender novela negra muy sórdida… Yo prefiero «Tumbo A».

—Muy agresivo. ¿Qué tal «Mono Sílabo» o «Garra Patos»?

—¿Quieres ir a la quiebra?

—¿Y «Pipirijaina» o «Bululú»?

—¿Lulú? ¿Ya? ¿Dónde, fuera?

—Que no, Fatou, tu chico no ha llegado todavía. Estamos buscando un nombre para una librería.

—¿Queréis llamar «Lulú» a una librería?

No. Solo quieren liberar tensión. Jean y Serge han llegado temprano, tan nerviosos como yo. Así que se entretienen con juegos de palabras penosos. En las mismísimas narices de Clémence Boucher, de la jefa de prensa, de los vendedores y del dueño de… Lis Tes Ratures.

—En serio, creí que estas chorradas solo eran cosa de las peluquerías —insiste Jean, sin que le importe que lo oigan—. Ya sabes, como Réverb'Hair… o Laxa-Tif…

Serge ahoga una carcajada en su jersey de cuello alto:

—¿Te imaginas el eslogan? ¡Nuestros cortes son una cagada!

Ni el personal de la librería ni el de la editorial El Ombligo del Dragón celebran su gracia. Clémence Boucher me dijo que podía invitar a algunos amigos, no a una pandilla de cómicos pasados de rosca.

Son casi las seis de la tarde. Primera sesión de firmas. Lis Tes Ratures es una de las librerías más bonitas del Barrio Latino, muy

cerca del Panteón. Tan profunda como estrecha, más señorial y acogedora que la madriguera de un hobbit. Huele a miel, a papel, a calma y a cera para madera. Al lado cálido del invierno. A lo largo de las estanterías, altas escaleras parecen tender hacia un cielo de cuero envejecido.

En este santuario tenue, mi pila de «novelas paranormales» y sus portadas de color azul eléctrico desentonan como restos de un pícnic en mitad de un bosque.

No va a venir nadie.

Hasta el título me parece ridículo: *Anticrónica*. Incluso mi foto, en la contraportada de este ladrillo, me crispa los nervios. Sonrisa vaga, ojos de cordero degollado, flequillo disparado sobre un maquillaje deslucido: el encanto de un búho nival disecado.

Si Clément estuviera aquí, se moriría de risa. O no. Después de todo, incluso en esta horrible contraportada, llevo puesto el Anillo. Como un colgante, al final de una cadena de plata.

Clément ya no quiere estar aquí. Aunque lo intentó. Con todas sus fuerzas. Le conté todo, lloramos. Pasamos noches enteras hablando. Se fue. Volvió.

Pero mi corazón ya no estaba allí.

Lo buscó por todas partes hasta la extenuación. Le dolió mucho encontrarlo por azar, en la caja con los flamantes ejemplares que me entregaron hace tres semanas. En la tinta negra de mis remordimientos, impresos en el exergo: «Para ti solo, en tu isla. Contra viento y marea».

Resultado: ya no tengo a mi chico de al lado. Solo a un vecino.

Y ya no sé dónde vivo.

Incluso Clémence lo nota:

«Por las barbas del Altísimo, Marianne, deje de poner esa cara de escobilla de baño. ¡Va a conocer a sus lectores! Las ventas han arrancado muy bien y tengo excelentes críticas que mostrarle. Y, ¡albricias!, no todas hablan de sus… ayuntamientos».

Ni que decir tiene que mi editora está al cabo de la calle de lo que ella llama mis «ayuntamientos». Como todo el mundo. Ya no

importa. Desde hace poco, los tabloides se hacen otras preguntas.

Yo también.

El domingo pasado, en Los Ángeles, fue la ceremonia de los Óscar.

Este año, nada en el mundo me habría impedido verla en directo, a pesar de la diferencia horaria.

Ni siquiera Jean.

Así que se dopó con café, trajo pizzas y nos tumbamos frente al televisor hasta las tantas de la mañana. Mozzarella, chorizo, orégano…

Y trauma colectivo.

…

Flashback. Todo empieza como siempre: con un pimpollo hiperactivo frente a la entrada del Dolby Theatre, en Hollywood Boulevard. Este año, el tipo en cuestión lleva un traje satinado y unas gafas enormes estilo Elton John. A su alrededor todo es desmesurado, incluso la alfombra roja. Todo brilla. La ropa, las luces de neón, los focos, los *flashes,* los cortinones, los dorados, las sonrisas, el mareante desfile de monstruos.

Micrófono en ristre, el pimpollo de oro desafía al tumulto glamuroso para abordar a cada estrella que llega. Nicole Kidman, con muselina tan pálida como su piel; Reese Witherspoon, envuelta en su picardías. Christopher Nolan… Saoirse Ronan… Matt Damon… Y Ben.

Ben Affleck.

Nuestro reportero dicharachero se tira media hora larga con preguntas revolucionarias del tipo: «¿Qué ha comido antes de venir?». Macaron de café, en el caso de Meryl Streep. Tayín vegano en el de Joaquin Phoenix. Y solo «mis uñas» en el caso de Ben.

Ben Stiller.

Joder.

Lo estoy esperando desde el principio, con una mezcla de terror y ansiedad. Y, sin embargo, nada amortigua el impacto cuando llega el turno de Ben.

Ben Whyte.

La expresión hostil, del ceño fruncido a la barba impecable. El cabello repeinado. Los labios, apretados con desdén.

Y su prometida.

Señor y señora Ideales de la Muerte.

Esmoquin oscuro y vestido rojo ceñido. Vigor y gracia. Cogidos de la mano. Fake-Elton da saltitos de emoción como un chiquilín: «¡Emma, Ben! ¿Es esta su última aparición oficial antes de la boda?». De repente, hace mucho frío en los ojos-chalupa del hombre que he perdido. Pero Emma Sörensen sonríe y apoya un hombro desnudo contra el brazo de mi… su chico: «¡No se adelante a los acontecimientos! ¡Antes tenemos que ganar un premio!».

¿«Tenemos»?

No recuerdo haberte visto empujando carretas en *Las uvas de la ira,* bonita.

«Humm», murmura Ben, jugueteando con los gemelos de su camisa, sin mirar a nadie ni molestarse en fingir interés. Sin embargo, Elton-Toc, que está a la que salta, coge el pie: «¡Exac-ta-men-te! Sería un hito en su carrera: un Globo de Oro hace unos días y esta noche, quizás…, ¡su PRIMER Óscar! Es tan excitante, estamos excitados, ¿usted también?».

No, estúpido. Cuando se excita, sus ojos pierden su color. Su sonrisa se desmorona. Y su acento neozelandés resucita, entorpecido de indecencia.

«You're so damn delicious…».

Ese tipo que sale ahora en la tele es quien dijo que le encantaba encenderme. Ver chisporrotear las cenizas y avivar las llamas. Dijo que eso le gustaba *«more than anything».* Que quería quedarse dentro de mí para siempre. Demasiado conmovida para ser sincera, le respondí que «eso complicaría un poco los desplazamientos». Y nos reímos como dos tontos.

Ese tipo que sale en la tele se comió la lasaña de mi hermana. Jugó al fútbol con mi sobrino.

Preguntó por el pez Wanda.

El pobre murió el año pasado.

¿Cuánto dura un duelo?

«¿Me das tus bordes?», pregunta Jean, tendiendo la mano hacia mi caja de pizza.

Menudo apoyo.

…

El escenario del Dolby Theatre está decorado con enormes paneles reflectantes que multiplican la menuda figura de Natalie Portman. Brilla en su vestido de lamé blanco, sola ante el micrófono. «¿Qué es un actor?», comienza, sujetando con fuerza el precioso sobre entre los dedos.

Jean ronca y no oigo el resto.

«Juegos de sombras, juegos de máscaras. Shakespeare decía…».

Eso de pellizcarle la nariz a quien está dormido para que deje de roncar es una estupidez como la copa de un pino. No funciona en absoluto.

«Cinco hombres excepcionales esta noche… Cinco interpretaciones que, cada una a su manera…».

Ve al grano, Natalie.

Jean, cierra la boca.

No me atrevo a ir por algo más fuerte que el refresco de cola por miedo a perderme algo.

Tengo miedo. Tengo miedo. Tengo miedo.

Si alguien me hubiera dicho que algún día (o quizá una noche) iba a estar como un flan y me disolvería de ansiedad interpuesta mirando la ceremonia de los Óscar, ni siquiera me habría parecido gracioso.

La sala parece inmensa. Un infinito de glorias atentas y terciopelo rojo.

En su palacio de espejos, las doce Natalie Portman enderezan los hombros: «Y estos son los nominados a mejor actor principal: Leonardo DiCaprio, por *Moneymaker*…».

En la sala, Leo saluda. Breve extracto de la película.

Voy a morirme. «Hugh Jackman, por *Love Prodigy…* Tom Hanks, por *Un hombre corriente*…».

La cabeza de Jean resbala de mi hombro y se despierta sobresaltado.

—Joder, ¿esto no se acaba nunca?

—Chisss.

—¿Queda algo de pizza?

—Jean, no seas coñazo y cállate.

«… Y finalmente Ben Whyte, por *Las uvas de la ira*».

Ovación. Extracto. Primer plano.

Qué pálido está en su traje negro. Qué tenso. No se aplaude cuando dicen su nombre. No reacciona cuando Emma Sörensen, sentada a su lado en la primera fila, le susurra algo al oído, le aprieta el brazo, interpreta sola la escena de íntima complicidad.

A mí me pasa lo mismo, pero con Jean dándome palmaditas en la rodilla.

Doce Natalie Portman, un solo sobre.

«And the Oscar goes to…». Tris, tras…

«… ¡BEN WHYTE!».

Y la cámara hace su habitual pirueta, un barrido completo para capturar la emoción, entre la sala entera que se pone de pie, el breve abrazo de la prometida, los tipos de la fila de atrás que le dan palmadas en el hombro, lo felicitan, lo zarandean, lo despeinan; Ben que cruza los pocos metros que lo separan del escenario, aturdido, con el pelo en los ojos, Ben que sube los escalones, que abraza a una de las Natalie Portman, Ben que….

«Sabíamos que iba a ganar, ¿no? ¿No hay algo de paripé? Me habías dicho que… ¿Marianne? ¿Estás llorando?».

Para nada.

Doce Ben Whyte contemplan ahora sus doce estatuillas doradas, en religioso silencio.

«No he preparado nada…».

Tremendo jolgorio entre el respetable. La sala prorrumpe en carcajadas, como si acabara de rematar un monólogo cómico. Ben

aparta la mirada del Bibelot Sagrado y esboza una sonrisa traviesa.

«No, de verdad. Os lo juro».

La cámara enfoca a Emma S., radiante y conmovida. Luego vuelve a Ben W., que hace una pausa.

«Y es que… todo está escrito de antemano, ¿no? Todo el mundo sabe lo que voy a decir. Ángel… Ángel Torres, sabes lo mucho que te debo. Eres un puto genio, y… mierda, acabo de decir "puto"…».

La sala rompe a reír de nuevo. El director de *Las uvas de la ira* llora sobre su pajarita, mientras la voz de Ben tiembla un poco.

«Y todo lo que debo a John Steinbeck. Gracias, John. Gracias, Tom Joad. A todos los Tom Joad del mundo, esos que encajan cada día como un puñetazo en el estómago. A esos con los que crecí tan lejos de aquí, tan lejos de…».

—¿Tienes yogures? Me muero de hambre.

—Jean… No porque susurres es menos molesto.

Ben pasa su Óscar de una mano a otra. En el centro de todos los espejos, deslumbrante y turbado, parece un ilusionista que hubiese olvidado sus trucos.

«Por supuesto, también me gustaría dar las gracias a mis compañeros de rodaje, al equipo de la película…».

Jean se levanta.

—Voy a ver si tienes algo comestible.

«… A los miembros de la Academia…Y a todos los que confiaron en nosotros. Pero…, sobre todo…».

Creo que tengo cucuruchos de chocolate.

—Mira en el congelador.

Cuando vuelvo a prestar atención a la pantalla, el ganador se ha quedado en silencio, con la mirada fija en el micrófono. El silencio se alarga, con una o dos toses incómodas de fondo, más allá de lo razonable.

Luego levanta la cabeza y su sonrisa ya no es la misma. Está rota. Convulsa. Inestable. Combustible. Capaz de carbonizar el Dolby Theatre y todos los satélites que retransmiten el evento.

«… Sobre todo a ti, Peter».

Jean se traga la puerta de la cocina.

Yo me caigo del sofá.

«Sin ti, esta película no existiría».

Marianne, el tipo de la televisión te está hablando.

Se ríe un poco, para su coleto.

«La cara que debes de haber puesto, si me estás viendo… Me vas a matar».

No, qué va. Por ahora, solo estoy tratando de recuperar mis órganos vitales de debajo de la alfombra. No va a ser fácil.

«Estoy seguro de que acabas de tropezar con algo. Ahí, ahora mismo. ¿La esquina de la mesa? ¿Tus rodillas?».

Marianne, el tipo de la televisión te está viendo.

«Sí, porque… tengo que aclararles… A Peter no le gusta llamar la atención. Siempre provoca… colisiones. Peter es un accidente grave… Es mi accidente grave. Es…».

Su pecho se agita. O el mío.

«… mi amor».

¡Madre del amor hermoso!

No soy yo quien lo dice. Es Jean. Desde muy lejos.

«Sí, ya lo sé, Peter… Renuncié a ser tu riesgo. Pero no a ofrecerte el mío».

Levanta su óscar. Como un puño.

«Esto… esto es para ti. ¿Me oyes? Para nadie más. Eso es todo. Gracias a todos».

En el gran vacío que sigue, se podría oír el vuelo de una mosca en la República Lakota. Y entonces estallan los aplausos, histéricos y confusos. Las dos cosas a la vez. Alguien en realización se acuerda de cambiar de cámara. El asiento de la prometida está vacío.

Desde entonces, la pareja de estrellas está desaparecida. Sin declaraciones. Sin pistas. Deben de estar en algún lugar de un asteroide privado, haciendo las paces.

Mientras tanto, los quioscos hacen su agosto.

«Ben Whyte: después del Óscar, ¿la salida del armario?».

Media docena de «Peter» famosos —sí, incluso Jackson, Dinklage y Doherty— se sintieron obligados a emitir desmentidos de urgencia. No me fastidies.

¿«Salida del armario»?, naranjas de la China. El domingo por la noche se dejó llevar. Se lució y se lo pasó en grande a mi costa frente a millones de testigos. Después del Anillo, el Show. Solo un adiós más. Otro más. Es el cuento de la buena pipa.

«Orden de búsqueda y captura: ¿quién es Peter?».

Ya pueden remover Roma con Santiago, que no van a descubrirlo. Y, sin embargo, esta vez me gustaría que lo intentasen.

«Go public».

Benjamin Winston Whyte vale todos los riesgos. Todos los mordiscos. Ya no tengo miedo de nada. Salvo de la nada.

«¡Emma Sörensen, humillada en directo! ¿Podrá reconquistarla?».

… ¿Querrá?

Fatou, Serge, Charlotte… Incluso Jean y Dani… Todos pensaban que iba a lanzarme de cabeza a un avión hacia lo Desconocido, con billete solo de ida, con una sonrisa ingenua y el corazón como único equipaje de mano. Incluso querían hacer una colecta para pagarme el billete. Muchas gracias, ¿y luego qué?

Los Ángeles. Dieciocho millones y medio de habitantes. Son muchas direcciones que comprobar.

Tengo más probabilidades de unirme accidentalmente a una banda de pandilleros de South Central que de encontrar a Ben por aquellos pagos. En el supuesto de que siguiese allí. Y de que no hubiese «renunciado» del todo.

En consecuencia, le envié un correo electrónico. A través de Martin, su asistente. El lunes por la mañana, mientras el alba de helados dedos apuntaba en el horizonte y Jean roncaba en el sofá, vacié mi corazón sobre el teclado. Sin dejar ni una sola gota. Sin releer ni una palabra.

Dicen que mis aspiraciones no son de altos vuelos. Muy gracioso, viniendo de quienes no paraban de decirme que pusiese los pies en la tierra.

¿Y desde la noche de autos, qué? NS/NC. Después del Óscar, el Chasco.

La cabeza me da vueltas, es una alegría nueva, que asusta un poco.

«Lis Tes Ratures» está hasta los topes. Hace un rato, Fatou volvió a mi mesa, abriéndose paso a codazos, jadeando, con el gorro torcido: «¡La cola llega hasta la esquina de la calle! ¡Y no para de venir gente!».

Los demás se turnaron para salir a comprobarlo. Mientras yo seguía firmando libros a punta pala.

Después de un cuarto de hora de euforia, mis amigos empezaron a aburrirse mortalmente y se fueron a tomar una copa al bar de al lado. Acaban de volver, algo achispados, para comprobar que la situación no ha cambiado mucho.

Solo he tenido que lidiar con media docena de obsesionados con Ben Whyte. «¿Qué se siente al verlo con otro tío?», me preguntó una chica, mientras su amiga coqueaba detrás de ella. Estuve a punto de escribir «no hay tutío» en su ejemplar. Y luego apareció un tipo que ni siquiera se molestó en tenderme un libro. Ataque frontal: «Arnaud Chenu, de la revista *InstaGlam*. ¿Qué le pareció la gala de los Óscar? ¿Siguen en contacto? ¿Sabe algo de él?».

Clémence lo agarró por el codo y lo desalojó con la firmeza de un segurata de camping en las inmediaciones de los aseos.

Yo pedí un vaso de agua. Y consideré brevemente vaciármelo sobre la cabeza.

…

«… En la lógica de un bucle temporal, si nos atenemos al principio de coherencia de Nóvikov…».

Son más de las ocho y este pequeño apunte de «ciencia & credibilidad» nos lo brinda un tal Ludovic, un físico puntilloso, mientras yo garabateo en su libro, con una caligrafía cada vez más patatera.

Mis dedos ya no se cierran muy bien en torno al bolígrafo, al contrario que mis párpados. La luz cobriza de la librería, el calor, los

perfumes mezclados, el murmullo, la monotonía de los gestos, todo invita a la somnolencia.

Hemos superado con creces la hora de cierre y la gente sigue llegando.

Detrás de mí, el equipo y mis amigos han descorchado el champán. Clémence, más en forma e inspirada que nunca, divierte a la galería con sus anécdotas de escritores: «El quídam quería hacer una versión de *Rebelión en la granja,* pero con plantas… Sí, en un huerto. Calabacines dominantes, puerros sumisos…».

Y yo sigo firmando.

Y firmando.

Y firmando.

Sentada a mi mesa, sin apenas tiempo de ver a quién tengo delante. Hablo con un desfile de vientres. Con chaqueta de cuero. Con sudadera. Con jersey, con anorak, con plumas, con vaqueros. Con camiseta de Anonymous. O de Wonder Woman.

O de Bad-Xzorcism.

Otro friki.

Bueno, lo Xzorcizo en un periquete y se acabó lo que se daba. A tomar una copa, que ya va siendo hora. Con la nariz metida en el libro, lo abro por la página de la dedicatoria.

—Buenas noches, ¿para quién es?

Para Satán, me apuesto lo que sea.

—Es para… un trueque.

Al posarse ante mí, Óscar hace un ruidito sordo. Un toc chic.

Oh. Espera, espera.

Un momentito.

Durante ese momentito, me quedo atrapada en la arrogante estatuilla. Calvorota, hombros anchos, culo pequeño: Mr. Proper Golden Édition.

Detrás de esta anomalía está el hombre de la camiseta horrorosa. La «X» rojo sangre que marca su pecho como una herida o la ubicación de un tesoro. El rostro oculto bajo una discreta gorra de

béisbol, la visera a la altura de los ojos, una barrera irrisoria contra la emoción.

Durante unos larguísimos segundos no pasa nada. Aparte de ese ligero paréntesis/hoyuelo que se abre en su mejilla barbuda.

No oigo cómo se apaga el rumor de las conversaciones. No veo a la gente romper la fila. Las personas que se dan cuenta. Que lo reconocen. Que se estremecen. Que rebuscan en sus bolsillos, en sus bolsos, hasta encontrar su teléfono.

Él pone un dedo sobre el libro. Sin dejar de comerme con los ojos.

—¿Querrá ponerme una dedicatoria?

Sí.

Sí, sí.

¿Dónde está mi boli?

La pila de libros se tambalea, yo me levanto para sujetarla, mi brazo roza el Óscar… Y todo se derrumba.

Ben se muerde el labio.

Alguien me pasa un bolígrafo. Alguien dice: «no, no puede ser», y alguien más dice: «no me lo creo». Y los móviles brillan y se agitan como farolillos de fiesta.

Bajo la frase impresa, esa que ya lo dice todo, escribo: «Muchos besos».

De verdad.

Nada del tipo «cada día sin ti es un grano de sal sobre una herida abierta» o cualquier otra cursilería por el estilo.

No. «Muchos besos».

Amigos de la poesía, *fuck off*.

«Thanks, Peter».

Y señala al caballero de la espada hollywoodense, que ahora yace de lado entre los libros, como la estatua de un dictador entre los escombros de una revolución.

«Para tu estantería».

Ese gesto al desgaire. Ese monumento al encanto.

Que ahora da un paso atrás, con un toque teatral, de *gentleman*-ladrón con su botín literario en la mano. La multitud se aparta y yo recibo una sonrisa deslumbrante.

Es como entrar en el sol. Y luego gira sobre sus talones, en medio de una atónita guardia de honor, en dirección a la salida.

…

Toco el Óscar caído, que se tambalea un poco.

Fatou se acerca:

—Marianne…

Ya, pero…

… ¿Me estará tomando el pelo?

Quizá sea algo que esas encumbradas estrellas de cine aprenden desde su primer contrato: arreglárselas para que la gente siempre corra tras ellos.

La puerta de la librería hace ding y yo me lanzo de cabeza a la acera sin que haya que lamentar víctimas. En doble fila, el coche brilla bajo la lluvia fría y las luces borrosas.

—¡BEN!

Él se gira.

Como Carmine, que le sostiene la puerta. Como los transeúntes, bajo sus paraguas oscuros. Como ese pobre tipo en patinete eléctrico que casi se lleva por delante un contenedor.

A mis espaldas, la puerta vuelve a hacer ding. Y otra vez ding. Toda la librería se está echando a la calle.

Yo ya estoy al borde de la acera. Al borde de Ben Whyte.

—¿Por qué te vas?

Un paso más. Mi cara arde, la suya también. Parece como si le faltase el aire. Como si mi mirada ocupase demasiado espacio en su pecho. Nuestras respiraciones secan el mismo aire.

El universo entero va a incendiarse.

—¿Por qué has venido?

Lentamente, su palma se acerca a acariciar mi mejilla.

—Peter… Ahora no… Vas a llamar la atención de toda la ciudad.

—¡Me da igual!

—… ¿De verdad?

—Pues claro, ¡joder!

Y claro que es verdad. Aunque se me quiebre la voz; aunque la multitud siga creciendo.

Frente a los coches que reducen la velocidad y empiezan a bloquear la calle. En el caos de llamadas y bocinazos, mientras Carmine intenta apartar a los curiosos e incluso a un policía uniformado.

Sin olvidar a los *paparazzi,* que ya están aquí.

No importa. Liberamos tal campo de fuerza que sus fotos saldrán veladas. No captarán la sonrisa de Ben. Esa alegría salvaje que le sube a los ojos. Un sunami verde.

—¿No te importa que nos vean juntos?

—¡No! ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—¿Ni que salgamos en los periódicos?

—¡Qué me va a importar!

—¿Aunque digan que estamos enrollados? Aunque…

—¡Ben!

—… ¿Peter?

—No quiero que nos desenrollen nunca más.

Le levanto la visera para verlo mejor. Un mechón se escapa y se le engancha en las pestañas.

Nuestro beso hace que la lluvia eche vapor.

Durante mucho rato.

Un *flash* nos ilumina por completo. Y Carmine interviene:

—Señor… Hay demasiada gente. Hay que largarse.

No creo que Ben lo haya oído.

—Es por culpa de tus orejitas.

—¿Qué?

—Tus orejitas, Peter. Eran demasiado… conmovedoras. Me he ido… para no morderlas allí mismo y… —otro destello rasga la noche— que acabásemos dando un espectáculo.

Un fotógrafo salta hacia nosotros. Carmine lo agarra por la mochila y tira brutalmente hacia atrás mientras Ben se ríe a

carcajadas.

—*How ironic*.

¿Es mía esa risa de gaviota colocada con pegamento?

—En cuanto a tu otra pregunta…, sabes de sobra por qué estoy aquí.

—No.

—Mentirosa.

—Un poco, pero…

—¿Qué más quieres que haga? ¿Un comunicado de prensa? ¿Mudarme a París? ¿Dónde quieres que vivamos?

—… ¿Cómo?

—Señor… Ben. Debo insistir. Con firmeza.

—Sí, Carmine, un segundo…

En el que inspira y cierra los ojos ante un nuevo destello de luz.

—Me prometí a mí mismo que te daría este puñetero Óscar. Pasara lo que pasara. Pero tú me escribiste… Me escribiste, joder. Así que he venido a… entregarme como premio adicional.

—¿Para mi estantería?

—Para tu cama. Para tu vida, en general.

Estoy llena de chispas. Si no me sujeta voy a despegar.

Él mira su anillo en mi cuello.

—Te prefiero a ti antes que a nadie en el mundo, Marianne Corvo.

—Y yo a ti, Benjamin Winston Whyte. Te…

Y Carmine pierde la paciencia.

—Bueno, se acabó. Al coche los dos. Señor, tengo a su equipo de prensa en línea. ¿Quiere que se lo pase?

La cosa promete.

Agradecimientos

Títulos de crédito:

Un instante más, antes de que se enciendan las luces y la sala se vacíe. Para mí, *París-Hollywood* es una «película para leer». En todo caso, así me divertí «dirigiéndola». Y, como todas las películas, incluso la que acabáis de hojear (¡mis más expresivas gracias!), no existiría sin la fuerza, el calor y la imaginación de todo un equipo. Es hora de que los nombres desfilen y de que mi gratitud se proyecte en Dolby 3D.

Papeles principales, apoyo incondicional, efectos especiales mágicos (con prosecco):

Mi indispensable y maravilloso primer elenco de lectoras (por orden alfabético): Aude, Emmanuelle, Guillemette, Mélanie, Myriam y Pascale.

Making of esencial, tecnicolor familiar y arrumacos internacionales:

Mis padres; mi hijo, Gabriel, y mis queridos quebequeses: Muriel, Marie, Alice, Mathieu, Félix y Emilien.

Distribución (de *pâtés en croûte*) y revisión meticulosa:

Emmanuel.

Montaje, milagros, producción (y más prosecco):

Pierre Beaucousin, sin el cual mi manuscrito aún seguiría en el fondo de mi ordenador.

El formidable equipo de Flammarion al completo, sin el cual dicho manuscrito habría pifiado su gran evasión: mención especial a Bertrand Pirel y Carole Saudejaud.

Iluminación, apoyo logístico y difusión de optimismo (con o sin prosecco, pero más bien con):

Todas aquellas y aquellos, colegas y amigos, que leyeron, releyeron, aconsejaron, alentaron… y soportaron sin una sola queja mi obsesión por Ben y Marianne. Espero que se reconozcan.

Efectos visuales, trucos y advertencia:

Mi querido periódico, que me proporcionó las herramientas para construir el decorado y la ilusión de actuar con los engranajes del oficio de periodista. Hasta ahí llega la similitud: *París-Hollywood* no es una «novela en clave» y todos los personajes que en ella aparecen son completamente ficticios. Si alguien logra encontrar en esta ficción absoluta el menor «parecido con la realidad», entonces quiero el número de Ben Whyte.

Claqueta y fin.

A todas y todos,

Gracias.

Título original: *Paris-Hollywood*

Edición en formato digital: junio 2025

Ilustración de cubierta: Deanna Halsall
Diseño de cubierta: Compañía

Copyright © Éditions Flammarion, 2025
© de la traducción: María Dolores Torres París, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-19822-76-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.